

HOTEL DE MIL ESTRELLAS

LOUIS HENDERIKS

PARTE I

PRÓLOGO

POR QUÉ EL HOMBRE SOBRE LA TIERRA
ESTÁ LLAMADO AL DESTINO MÁS ALTO

La súplica

En un remoto planeta, en lo profundo de la constelación del León, un padre llamó a su hijo para tratar con él una súplica grave. El hijo le había pedido permiso para abandonar ese planeta y encarnarse en la Tierra. La Tierra era considerada por los habitantes de aquel mundo - y por multitud de otros - como el centro espiritual del universo. Allí moraban los hijos más amados de Dios y, precisamente por ello, los más duramente probados. Él sabía que debían sufrir y sentía en su interior un llamado a socorrerlos.

Mientras el hijo aguardaba ante la morada de su padre, el primero de los tres soles del día se deslizaba lentamente tras las colinas. En torno a él no había más que arena. Ni un solo árbol, ni una brizna de vida. Reinaba un silencio absoluto. Poco a poco aparecieron dos lunas, la una detrás de la otra, temblando sobre el horizonte. Primero una pequeña y, después, una gigantesca y silenciosa. La luna mayor fue ensanchándose y avanzó sin ruido hacia la menor, a la que acabaría sobrepasando sobradamente a lo largo de la noche.

Pronto seguirían otras cinco lunas, cada una con su propio recorrido.

Aquel día había sido, como siempre en esas regiones, abrasador. No en vano, tres soles bañaban el planeta sin descanso. El enorme sol central - a medio año luz de distancia - y dos soles satélites vertían una luz tan intensa que sus habitantes podían percibir cuanto existía en y sobre el planeta hasta sus mínimos detalles. Para ellos, la materia se presentaba casi como un cristal transparente.

Aunque el calor pudiera ser implacable, sus moradores no sufrían en absoluto por ello. Poseían el don de someter la naturaleza a su voluntad. Así, podían regular sin esfuerzo la temperatura de su cuerpo. La naturaleza, en aquel mundo, no guardaba secretos, y estaba completamente subordinada a las facultades espirituales de sus habitantes. Nunca se hacía plenamente de noche. Las noches eran breves y sólo se distinguían del día porque los colores se transformaban y las formas se dibujaban con mayor nitidez.

Siguió el lento recorrido de las lunas y sus pensamientos se desviaron hacia la Tierra. El profundo sufrimiento de sus habitantes - que él no conocía con la mente, pero sí percibía con el corazón - resonaba en su interior como un clamor que no lo dejaba en paz.

Al principio, su padre se lo había desaconsejado.

“Debes dejarlos en paz,” había dicho. “Practicar la paciencia - esa es nuestra naturaleza.”

El padre le había señalado que a veces era más sabio dejar que la tragedia hiciera su trabajo. Su anhelo de amor no haría sino crecer, y con ese anhelo también la comprensión y la sabiduría.

El padre tenía razón, por supuesto. Sin embargo, no podía resignarse a ello. ¿Dudaba su padre de la fuerza de su voluntad? Lo que él deseaba no era acaso también la

voluntad del Gran Maestro - Padre y Creador de la vida. ¿Quién podría entonces detenerlo? La situación era, a su juicio, demasiado grave. Quería ayudar. Fuera como fuera. Contribuir al gran propósito que impregnaba este mundo.

Aquí no había guerra, ni violencia, ni odio = nada que pudiera perturbar la armonía.

Habían aprendido que actuar contra el orden sagrado significaba la muerte. Y, sin embargo, todos eran completamente libres. Las leyes ya no existían; habían sido abolidas hacía mucho tiempo, porque habían dejado de ser necesarias. Solo quedaba un principio: aquel del que todos habían surgido y al que todos regresarían = el amor humilde.

Los habitantes de la Tierra anhelaban ardientemente ese amor, pero no lograban hacerlo realidad. Estaban en necesidad. Él creía que podía significar algo para ellos, con todo el conocimiento y la experiencia que había acumulado a lo largo de sus muchos años solares.

Entrelazó las manos; el llamado permanecía claro.

El encuentro con el padre

Mientras se hallaba sumido en sus pensamientos, vio llegar a su padre, que extendió los brazos hacia él. Se abrazaron y se besaron, gozosos por el reencuentro. Sonriendo, el padre lo tomó del brazo y lo condujo al interior de su morada: una especie de iglú construido con arena comprimida, compuesto por una sola estancia.

No había muebles; sólo suelo y paredes, nada más. El suelo era la arena blanda y cálida del exterior, que proporcionaba todo el descanso y la comodidad necesarios. En el lado oriental se abría una hendidura circular que llegaba hasta la cúspide, por donde la luz entraba sin estorbo alguno. A través de ella podían ver cómo las cinco lunas

restantes se alzaban cada vez más alto y habían comenzado ya su juego de esferas en el cielo.

El rostro del padre, de un marrón claro, irradiaba cordialidad. No parecía más anciano que cuando lo había visto por última vez, hacía unos cincuenta años solares. Y no era porque hubiesen dejado de comunicarse. Padre e hijo podían transmitirse pensamientos y sentimientos siempre que lo desearan. También se les permitía aparecer en los sueños del otro, siempre que hubiera consentimiento. Lo mismo valía para la madre, que había muerto hacía tiempo. La muerte no había quebrado su vínculo; es más, la relación con la madre se había profundizado aún más desde su fallecimiento.

La muerte no era una frontera, sino una bienaventuranza más elevada, en medio de un mundo henchido de seres queridos que los habían precedido. Con todo, el padre le había pedido ahora, de manera muy excepcional, que viniera en persona. Sintió esa necesidad porque aquello bien podía ser la última vez. Debía tomarse una decisión crucial en una situación que él llevaba tiempo viendo venir. Deseaba acompañar la decisión de su hijo, brindarle claridad, sin interferir en lo más mínimo en su elección. Su libertad debía ser respetada en todo momento. El hijo esbozó una sonrisa; sabía perfectamente por qué estaba allí.

La oración y el comienzo del diálogo

“Tomemos asiento y pidamos la bendición para esta conversación,” dijo el padre.

Juntos elevaron su oración al Gran Maestro, suplicando que les concediese Su sabiduría para poder tomar la decisión justa.

“Lo he meditado durante largo tiempo,” dijo, y clavó la mirada en su hijo.

“Sigo considerando que se trata de un gran riesgo. No sé si dicho riesgo compensa el posible bien que podrías llevar a los hombres. Permíteme primero describirte el estado espiritual en que se encuentra la humanidad, esos hombres a los que tú tanto amas. Entonces comprenderás lo que allí te espera.”

Su voz se volvió más grave; la casa guardó el silencio.

La muerte en la Tierra

El padre comenzó su relato:

“El sufrimiento que soportan los hombres en la Tierra procede de que la muerte es la que allí gobierna. Viven en un mundo delimitado por las fronteras de la muerte, de las que les parece imposible escapar. La muerte significa para ellos el final irrevocable de la vida, y eso los llena de temor. En el breve lapso de tiempo que se les concede, se aferran con todas sus fuerzas: suplican, adoran, odian, se burlan y aman. En resumen, viven completamente bajo el dominio de la muerte.

En su intento de escapar, se glorifican a sí mismos. Ésa es su manera de añadir valor a una existencia puramente material. Pero, con ello, sólo refuerzan el poder de la muerte. Los hombres lo sienten. Y, movidos por el miedo y la ira ante su encarcelamiento, se vuelven unos contra otros, y también contra sí mismos. Así acaban destruyendo todo cuanto les es querido.”

El padre prosiguió:

“Para nosotros, la muerte no significa nada, porque sabemos que la vida no conoce la muerte. Es infinito. La solución parece sencilla: si se les arrancara el temor a la

muerte, serían libres. Ese temor los vuelve ciegos, mudos y dependientes. En su ignorancia confunden la muerte con la vida, porque no se ocupan de otra cosa. No conocen la vida ni conocen la muerte. En suma: no se conocen a sí mismos.

Sólo creen en lo que pueden ver y tocar, y eso no es más que lo pasajero. Se aferran a su cuerpo y a todo lo que lo rodea. Su existencia gira en torno a la satisfacción de los sentidos. Ésa es su prisión.

Que el cuerpo es únicamente una morada temporal de la verdadera vida, ellos no lo saben ni quieren creerlo. Así, cada uno persigue sus propios deseos sin tener en cuenta a los demás. Puedes imaginar cuánta lucha, cuánta resistencia y cuánta angustia hay entre ellos. Todo se les antoja lícito, incluso matar a su prójimo.”

El padre guardó silencio. Fuera, cayó una leve sombra cuando la luna mayor cruzó delante del sol central. El cielo pasó del blanco al magenta y luego a un delicado tono rosado.

El hijo miró a su padre; estaba profundamente impresionado. La idea de todo ese sufrimiento, de una vida que en realidad no era vida, sino una lucha sin horizonte, lo conmovió hasta las lágrimas. Lágrimas de compasión comenzaron a rodar por sus mejillas. El padre tomó su mano y la acarició suavemente.

Cuando el hijo recobró la serenidad, murmuró:

“Eso ha de ser el infierno, padre, un lugar donde los espíritus condenados tienen libre juego.”

“En cierto sentido, lo es,” respondió el padre. “A los hombres se les ha quitado todo poder sobre la naturaleza porque no aceptan la voluntad de Dios, a quien nosotros llamamos el Gran Maestro.

No lo conocen y creen que deben arreglárselas solos, arrojándose de esa manera de una desgracia a otra.”

“¿Y cómo ha podido llegarse a tal extremo? ¿Dónde está el amor de nuestro Gran Maestro, que podría librarlos en un instante de su sufrimiento?” preguntó el hijo.

“Eso mismo se preguntan ellos,” dijo el padre. “Y de ahí concluyen que Dios no existe, porque, piensan, un Dios amoroso jamás toleraría tanta miseria. Pero se equivocan. Su desdicha no es la voluntad de Dios, sino la suya propia. Y esa voluntad es libre. Siempre. Permíteme explicarte por qué.”

El origen de la vida y del amor

El padre giró la cabeza y miró a través de la abertura redonda de su morada, como esperando una señal para continuar.

“Dios fue, es y será por los siglos de los siglos. Él es el único Poder y la única Fuerza, y fuera de Él nada puede existir. Es la fuerza primordial eterna que impregna hasta lo más hondo a todo ser. Sin embargo, no fueron únicamente el poder y la fuerza de Dios los que dieron lugar a la creación. Fue el amor lo que lo movió a crear. El amor es el corazón humilde de Dios, al que Él mismo llamó el Hijo.

Al experimentar el amor, brotó en Dios una dicha inmensa, y se entregó por completo a Su Hijo. Entre ambos surgió un vínculo sagrado que concentró todas Sus fuerzas hasta el infinito. De la unión de esas fuerzas nació un calor que todo lo penetra: así es el amor, que siempre engendra calor. Pero para no perecer en tal ardor, Dios pronunció, en Su infinita sabiduría, las palabras liberadoras: “*Hágase la luz*”. Y la luz fue.

Así quedó iluminada toda la vida espiritual procedente de Dios y fue despertada a la existencia. Por eso se llama también a Dios la *Palabra*, porque Su Palabra es la causa de

que la vida surja de Él. Esa Palabra es el Amor mismo. Por medio de Su Hijo, Dios se hizo uno con el Amor. Y así, cada una de Sus obras devino obra de amor.

De aquí se desprende otra enseñanza: del calor del amor nace la luz, es decir, la sabiduría de Dios. El amor es, pues, el único camino hacia el conocimiento divino. Para nosotros esto es algo evidente; para los hombres de la Tierra, sigue siendo un misterio.”

El hijo soltó el aire lentamente; reconoció la fuente de la vida.

Libre albedrío y Ley del amor

El padre prosiguió:

“Dios se complació en el Amor y resplandecía de dicha. Para culminar Su obra, quiso que también otros pudieran gozar del Amor como Él mismo. Entonces creó tres ángeles: dos más pequeñas y una grande.

El gran ángel, llamado Lucifer, brillaba casi tanto como Dios. Los ángeles todavía no eran conscientes de su existencia, ni del Amor de su Creador. Su conciencia se asemejaba a la de un embrión en el vientre materno.

Para que pudieran conocerse a sí mismos y conocer a su Creador, Él les otorgó - a imagen de Sí mismo - el derecho de autodeterminación, es decir, una voluntad libre. También grabó la *Palabra* en sus corazones, de manera indeleble y para toda la eternidad.

Así, la Palabra se convirtió en *Ley*. Y la *Ley es el Amor*.

Les fue pedido que siguieran esa Ley. De ese modo llegarían a reconocer su verdadero ser, que no es sino amor. Entonces participarían de la gloria de Dios y se harían uno con Su poder y Su fuerza. Ésta es la promesa de Dios para todo cuanto vive.”

“Padre, perdona que te interrumpa, ¿puedo plantear una pregunta?” dijo el hijo.

El padre asintió con un gesto.

“Veo aquí una aparente contradicción. *Si el amor es una Ley, ¿somos en verdad libres?* ¿No se impone entonces el amor bajo la amenaza de la muerte? ¿Qué queda del amor cuando se nos impone, y qué valor cabe todavía otorgar a nuestra libertad? ¿No están, en ese caso, justificados los temores de los hombres? ¿No resulta comprensible que se vuelvan hacia la muerte en busca de liberación?”

El padre sonrió. Sabía que la respuesta ya se hallaba en el alma de su hijo. El motivo para expresar aquella pregunta no era el interés propio, sino el deseo de recibir una respuesta nacida del amor.

Toda manifestación de amor - dondequiera que se produzca en el universo - encuentra siempre el camino hacia aquel que desea acogerla. Nunca se pierde, sino que crece como una rama del árbol de la vida, alimentada únicamente por el amor, hasta abarcar toda la existencia visible e invisible. El padre lo miró significativamente y le dio aquello que pedía.

“La creación no responde a una necesidad. Es expresión libre del Amor y la Bienaventuranza infinitos de Dios. No hay nadie que pueda obligar a Dios a crear o a dejar de crear.

Para Dios, la Ley no es una limitación, sino la forma más alta de libertad. No conoce límite alguno en Su actuar ni restricción alguna de Su voluntad. La Ley es la expresión perfecta de lo que Él es: amor.

La Ley no fue impuesta a los ángeles para limitarlos, sino para hacerlos conscientes de quiénes son en realidad. La lucha interior - entre obedecer la Ley y querer quebran-

tarla - condujo a los ángeles, con la sola excepción del más grande, a su plena madurez.

Esas fuerzas opuestas se encontraron una y otra vez, como en un círculo. En cada vuelta libraban una batalla existencial. Y, en cada ocasión, el amor terminaba venciendo. De este modo fueron formados estos ángeles hasta convertirse en seres plenamente libres y conscientes de sí mismos, capaces de crear, como el mismo Dios. La Ley es el camino.

El amor, la meta. Y, en última instancia, son uno."

El hijo se inclinó ante las palabras de su padre y besó su mano.

Lucifer y la caída desde la Luz

El Padre lo contempló con una mirada cálida y prosiguió su relato.

"El mayor de los tres ángeles, Lucifer, había abandonado el círculo del Amor. Cuando Dios le mostró una pequeña llama de Su amor eterno y le mandó que la adorase, Lucifer no podía concebir que hubiese de inclinarse ante algo tan diminuto.

Se sentía muy por encima de aquella insignificante llamita.

Rehusó. Y en su furor intentó destruir a Dios y al Amor. Entonces Dios se encendió en una *ira* infinita a causa de la desobediencia de Lucifer y lo arrojó, junto con todo cuanto él había engendrado, al más hondo abismo de eterna oscuridad.

Las personas en la Tierra suelen comprender mal la ira de Dios. Creen que con ella Dios quiere hacer daño a alguien, que castiga. No es así. La ira de Dios no nace de una voluntad de castigar, sino del hecho de que Su amor - la vida

misma - es atacado. Pues la vida brota del amor y es amor. Quien intenta destruir el amor destruye la vida y, con ello, se destruye a sí mismo.

La ira de Dios no es, por tanto, un acto contra el ser humano, sino la resistencia inevitable del amor frente a su propia destrucción. Así protege Dios la vida: no castigando, sino porque el amor no se deja destruir.”

Uno de los soles brillaba directamente a través de la ventana y, mientras tanto, dos lunas, como sombras, descendían bajo el horizonte.

La lágrima de Dios y el nacimiento de la tierra

"Así como Su Amor es infinito, así también lo es Su Gracia. Eternidades de eternidades transcurrieron hasta que Lucifer, por fin, se arrepintió de su acto. Temía que se le arrebatase la vida y, en el estado más desesperado, deseó ser totalmente destruido por Dios.

Entonces el Amor - Su Hijo - se volvió hacia Dios y Le pidió que tuviese misericordia de Lucifer.

Dios no se dejó desviar de Su ira, mas hizo al Amor una proposición:

“Si Tú tomas sobre Ti la culpa de Lucifer, Yo la perdonaré.”

El Amor, infinito y purísimo, aceptó con júbilo y dio gracias a Dios con todo Su Ser por Su misericordia.

Dios se acercó nuevamente a Lucifer, le mostró de nuevo la tenue llamita y le preguntó si quería inclinarse ante el amor humilde. Lucifer comprendió que, si Dios venía a buscarlo en aquella desolada oscuridad, Su Amor era más vasto que Su ira. Se inclinó ante la pequeña llama y rogó a Dios misericordia y un lugar donde pudiera hallar reposo.

Rodó una lágrima de compasión desde el amor de Dios. Aquella lágrima se convirtió en un gran mar de piedad, y el Amor sopló sobre las aguas. Las aguas se dividieron en incontables gotas, y la pequeña llama creció y se encendió en cada una de ellas. De ahí surgieron innumerables soles, y de tales soles nacieron planetas, y de estos planetas sus lunas.

Desde el centro de la lágrima de Dios, la tierra se deslizó hacia Lucifer, y el Amor la bendijo.

La tierra era el lugar de reposo que Dios había reservado para él, desde donde podría retornar algún día al santo Seno de Dios.

En un sentido más tangible, esto significó lo siguiente. Todas las fuerzas, ideas y criaturas de Lucifer fueron asociadas y comprimidas de tal modo que ya no pudieron escapar hacia una existencia libre e independiente. A partir de ese momento quedaron sujetas a las leyes materiales del universo. Dentro de esa limitación, el amor permaneció activo, oculto pero presente. Así comenzó un camino de purificación, hasta que pudieron reconocer nuevamente su destino y regresar a una forma libre y espiritual.”

Afuera comenzó a levantarse el viento. Una tormenta de arena se avecinaba. El hijo miró por la ventana y vio un torbellino pasar junto a la vivienda. Podían, si lo deseaban, apaciguar la tormenta, mas no sentían necesidad alguna. No duraría mucho. La naturaleza lo precisaba. Ella también debía purificarse.

Adán y Eva

El Padre retomó el hilo.

“La siguiente fase de la creación de Dios fue el ser humano.

Dios creó a Adán. El espíritu de Lucifer, purificado y templado, se transformó en el primer hombre: Adán. El ser humano es el fin último de la creación, la etapa final del viaje espiritual a través de la materia.

Dios concedió a Adán dominio sobre todo el universo, para que lo gobernara según su propio entendimiento. La vida espiritual, tanto dentro como fuera de la materia, le era tan visible y palpable como la materia misma.

Adán penetraba los secretos de la naturaleza, pues hablaba con Dios y, por ello, con todo lo que procede de Dios. Mas Adán debía aún someterse tres veces a la prueba, a fin de fortalecerse en su amor hacia Dios. Sabía esto, pero se sentía en su forma humana distinto de lo que había sido como Lucifer: en Lucifer todas las contradicciones estaban unidas; en Adán no.

Se sentía solo.

Dios tuvo compasión y le ofreció la posibilidad de superar las contradicciones creando de él a Eva, su esposa. Tomó de Adán la semilla del mal que en Lucifer residía y la depositó en Eva, para que Adán, mediante su amor por ella, venciera también su propio mal. Adán se alegró de su esposa y la amó profundamente; en ese amor eran uno solo.

La primera prueba no tardó en llegar. Vivían en el paraíso, donde amaban tanto a Dios como el uno al otro. Allí habrían vivido por toda la eternidad si permanecían obedientes. Para confirmarlo Dios había colocado en el paraíso dos árboles: el árbol del conocimiento del bien y del mal y el árbol de la vida eterna.

Dios les prohibió comer de los frutos, pues estos les causarían muerte segura. La serpiente - el mal depositado en Eva - la sedujo para que comiese un fruto del árbol del conocimiento. Le dijo que así sería igual a Dios.

Como Lucifer, también Eva cayó en la ilusión de que podría igualar y aun superar el poder de Dios.

Adán, que amaba más a su esposa que a Dios, se dejó persuadir por ella y comió igualmente.

Si en tal estado hubiesen comido también del árbol de la vida eterna, la catástrofe habría sido inconmensurable. Por ello Dios los expulsó a otra parte del paraíso y les retiró ciertos dones adquiridos. Perdieron su visión de la estructura oculta de la creación y tuvieron que trabajar para ganarse el sustento."

La luz que entraba por la abertura trazaba un círculo en torno a ellos.

Caín y Abel, y la desaparición de la cercanía de Dios

"En aquella nueva región separada del paraíso, Adán y Eva vivieron y tuvieron dos hijos: Caín y Abel.

Un día Adán pasó junto a un arbusto de frutos. Probó algunos, aun sabiendo que aquella planta no había sido bendecida por Dios. Le agradaron tanto que cayó en un estado de embriaguez. Llevó frutos a su familia, que al comerlos - excepto Abel, que trabajaba en el campo - cayeron también en embriaguez. Este estado los condujo, movidos por la lujuria, a abusar los unos de los otros.

Cuando Abel regresó y vio a su familia dormida, comprendió al instante lo sucedido.

No podía creer lo que veía y lloró. Pero esta vez Dios no mostró indulgencia: expulsó a la familia entera del paraíso y les quitó - salvo a Abel - sus dones particulares. Tras el asesinato de Abel por Caín, la humanidad conoció el verdadero peso de la existencia sin la cercanía directa del Amor de Dios."

El hijo bajó la mirada.

La venida del Hijo

"Pero Dios tuvo gran paciencia y se compadeció del destino del hombre. Su acto supremo - la redención final - aún estaba por venir. Cuando vio que la humanidad, aun bajo la suave coacción de la ley, se apartaba cada vez más de Él, envió a Su Hijo - el Amor - en forma humana a la tierra.

Para que también la humanidad fuese liberada del yugo de Adán, el Hijo proclamó:

"Yo soy la Luz, el Camino, la Verdad y la Vida. Quien cree en Mí y vive según Mi enseñanza ya lleva en sí la vida eterna y no verá ni sentirá la muerte."

El Hijo dejó claro que el amor es el único camino hacia la redención. No vino a sustituir la Ley - Ley y amor permanecen unidos - sino a verla por lo que es: amor.

Como guía, dio a la humanidad dos mandamientos sencillos, en los que todo quedaba resumido:

"Ama a Dios por encima de todo, y a tu prójimo como a ti mismo."

Así comenzó una nueva era.

Pero los hombres no Le creyeron, porque amaban más al mundo que a su Creador. Decidieron entregarlo a la muerte y Lo clavaron en la cruz de la materia. Su sufrimiento y muerte constituyeron la prueba suprema de Su Amor. Mas con Su resurrección mostró que la muerte no existe y que todos estamos llamados a la vida eterna."

Hubo un instante de silencio. El Padre puso ante ellos dos vasos de agua. No había grifo ni pozo: el agua - o cualquier cosa deseada - se formaba mediante un único acto de voluntad. Transformar la materia en cualquier forma o

composición era cosa habitual entre los habitantes de aquel mundo.

Todos los elementos necesarios estaban ya presentes. Incluso desplazarse de un lugar a otro no les exigía esfuerzo alguno. Podían adoptar cualquier forma y, si lo deseaban, hallarse en varios lugares a la vez.

Por qué la tierra es la más amada

El Padre prosiguió con voz serena:

"Ahora llego al último punto, quizá al más importante. La tierra es el planeta máspreciado de Dios.

Los hombres de ese mundo son los más cercanos a Su Corazón. Son los verdaderos hijos de Dios. Porque Él desterró a Lucifer, el más grande y amado de los ángeles, a la tierra. La Tierra conoce las pruebas más duras, porque el espíritu de Lucifer actúa allí con toda su fuerza en los seres humanos. Allí ejerce su influencia y hace lo que siempre ha hecho: intentar someter la vida a sí.

Mas su poder es limitado. En mundos lejanos a la tierra, como el nuestro, su influencia ha casi desaparecido - si aún se percibe en algo. El hecho de que también nosotros vivamos en cuerpos materiales delata su presencia, pero su espíritu está tan debilitado que apenas nos perturba.

Esto significa que nuestra purificación se realiza más lentamente, pues recibimos poca o ninguna resistencia de parte de Lucifer. El impulso de transgredir las leyes divinas apenas lo conocemos. Por eso no es gran mérito que aquí sigamos únicamente los mandamientos de Dios: nuestra libertad está limitada. Los hombres de la tierra han de vencer el mal - esto es, a Lucifer - en su interior. Esa victoria les otorga la *filiación divina*: la más alta bienaventuranza en

los cielos y la unión más íntima con Su Amor. Entonces el ser humano es uno con Dios.

Impulsados por el anhelo de penetrar en su verdadero ser y de conocer el Amor humilde de Dios en libertad absoluta, muchos seres de otros mundos eligen encarnar en la tierra. Allí esperan, en medio de las pruebas, llegar a ser uno con Dios."

Los cabellos grises del Padre resplandecían como plata bajo la suave luz.

Lo que significa hacerse hombre

"Si deseas ayudar a los hombres - como anhelas - debes saber qué duras pruebas te aguardan. Solo existe un camino para entrar en ese mundo: debes convertirte en uno de ellos. Eso significa renunciar a la experiencia y al conocimiento que aquí has adquirido. Olvidarás todo: quién eres, de dónde vienes, por qué vienes.

La razón es que, de otro modo, no serías libre en ese nuevo mundo. Comenzarás de nuevo. Sin nosotros. Sin la presencia de Dios. Sin certeza de que el Amor existe. Cualidades tuyas que aquí no son obstáculo alguno, allí podrán convertirse en pesadas cargas. Tu verdadera naturaleza será puesta a prueba y expuesta a tentaciones tan poderosas que no hay garantía de que no sucumbas.

Con ello surge la pregunta de si podrás algún día regresar a nuestro mundo. Y si no regresares, te aguardaría un largo camino - un viaje de eternidades - para volver aquí. Te seguiremos, pero no podremos guiarte. El libre albedrío es el santuario de la vida - y ni siquiera Dios lo toca. Y eso significa que habrás de tomar por ti mismo todas tus decisiones."

Y ahora el hijo deseaba ir a un mundo donde el Amor

no era evidente, donde reinaba una ignorancia tan profunda que ellos - y quizá él mismo - podían sucumbir.

"Sé lo que deseas decir", dijo el hijo. "Temes perderme."

"El temor no es la causa de esta conversación, hijo mío", respondió el Padre con calma.

"Confío en que finalmente volverás. Lo que importa es si el motivo de tu petición es verdaderamente puro. Dices que deseas ayudar a los hombres porque sufren. Eso es noble y es lo que el Amor suscita en nosotros. Mas la pregunta es si en verdad puedes ayudarles. Cada uno ha de recorrer su propio camino y recibe el tiempo que le corresponde para llegar a la comprensión. La intervención desde fuera, por bien intencionada que sea, no siempre es deseada."

"Pero, Padre", exclamó, "desde aquí solo podemos juzgar las cosas desde lejos y, en el mejor de los casos, dar un giro favorable inspirando a los hombres con las intuiciones adecuadas. Si yo estuviera entre ellos, sería uno de ellos. Podría señalar aquello que aquí he aprendido y así hacer que el entendimiento nazca más pronto."

"No olvides", dijo el Padre, "que todo conocimiento y sabiduría que has adquirido aquí allá no valdrán nada. Tampoco sabes si llegarás siquiera a tener ocasión de ayudar a otros. Quizá tus propias tribulaciones te consuman hasta tal punto que ni siquiera puedas mirar más allá de ellas ¿Acaso no hubo ya en el pasado muchos valientes que intentaron guiar a los hombres por el buen camino? ¿Qué piensas añadir tú a ello?"

El hijo no pudo responder. Era lógico: su Padre tenía razón. ¿Qué podría él aportar a esos hombres, habiéndose emprendido ya tantos intentos semejantes? ¿No era, acaso, cuestión de tener paciencia y confiar en que todo terminaría bien, como había prometido el Gran Maestro?

Duda, motivos y el llamado interior

La realidad que su Padre había delineado le obligaba a tomar una decisión. La duda se deslizó en su interior. La incertidumbre descendió sobre él como un manto pesado. Una sensación que hacía ya largo tiempo no experimentaba.

"¿Era en verdad una misión sin sentido?" se preguntó.

No podía imaginárselo; de ser así, tendría que renunciar a su mayor sueño. Y sin embargo, ese sueño amenazaba con deshacerse bajo el peso de la duda. Incluyó la cabeza e intentó mirar las cosas desde otro ángulo. ¿Qué pensaba realmente? ¿Que él, en soledad, sería capaz de salvar un mundo del desastre? No, eso lo sabía demasiado bien. Su única motivación era el amor que sentía por esos seres. ¿No bastaba eso? ¿No era el Amor motivo suficiente?

Su deseo de estar entre ellos se hacía - a pesar de las palabras de su Padre - todavía más fuerte. Al mismo tiempo sabía que, objetivamente, su misión no era necesaria. Todo ocurriría tal como había sido anunciado desde antiguo. ¿Por qué, entonces, arriesgarlo todo - para comenzar desde cero?

Poco a poco comenzó a comprender que solo existía una razón auténtica para partir: responder al llamado que, como un tono cristalino, llenaba ya su interior. La filiación divina. En ello todo hallaría sentido. Ser hijo de Dios - amándolo a Él y amando a los hombres. Allí se unirían el camino y la meta.

El silencio entre ellos se hizo más profundo.

Sentados con las piernas cruzadas, con sus largas túnicas drapeadas hasta las rodillas, el padre y el hijo permanecieron largo tiempo frente a frente.

La sombra blanca: la última prueba

"Creo que lo sé", dijo el hijo.

"Yo también lo creo", respondió el Padre serenamente.

"Ahora que piensas estar seguro de tu decisión, ha llegado la hora de la última prueba: la "sombra blanca", como nosotros la llamamos. Si la atraviesas, la última resistencia interior contra tu resolución desaparecerá. Te harás consciente de tu yo oculto - tu sombra.

Así como en los ángeles creados por Dios, la conciencia se forma como un círculo donde

fuerzas opuestas se encuentran una y otra vez. Esa sombra es la fuerza contraria dentro de la rueda, aquella que combate continuamente tu Amor. Es menester que la Luz penetre también en ella. Solo así podrás determinar tu voluntad con plena conciencia."

El hijo miró a su Padre y sonrió. ¿Estaba preparado? En su corazón lo sabía. Ambos cerraron los ojos.

El Padre posó sus manos sobre los hombros del hijo. Una profunda vibración recorrió su cuerpo,

como si el mundo bajo sus pies comenzara a temblar. Imágenes y sentimientos lo inundaron - como si la otra vida ya se desplegara ante él.

Por la poderosa facultad imaginativa del Padre, las tensiones de la tierra se volvieron inmediatamente palpables. Emociones lo golpearon como jamás en su mundo natal - ni siquiera cuando, con toda intensidad, había dirigido su atención hacia la tierra. En su mente les enviaba un flujo constante de Amor para aliviar su sufrimiento. Lo que entonces experimentaba le daba una vislumbre de la batalla que allí se libraba. Una y otra vez llegaba a la misma conclusión: no sabían lo que realmente acontecía. Ese vacío deseaba llenar -

cueste lo que cueste - para que su sufrimiento terminase.

Pero las imágenes que ahora veía eran de un orden completamente distinto. Fue arrastrado a una tempestad de emociones que lo atravesaban desde todos los flancos, jalándolo y rompiendo toda seguridad. No había punto alguno donde aferrarse.

Visiones destellaban ante él como alucinaciones. Sonidos resonaban como ecos en un cráneo que se quebraba. Oía su propia voz clamando -, mas ya no la reconocía. Estaba completamente entregado al capricho de fuerzas desconocidas y luchaba desesperadamente contra poderes que intentaban dominarlo.

Sentía como si fuera desgarrado. La oscuridad reptaba en su alma. Algo parecido a la locura surgió en su interior; ya no podía distinguir lo que era suyo de lo que no lo era. Como si se deshilara entre sueño y pesadilla, entre prueba espiritual y la pérdida de su yo.

Por un instante le pareció no existir más - solo un torrente de impulsos sin núcleo, sin dirección, sin sí mismo. Solo podía caer... o soltarse. De pronto, todo quedó en silencio dentro de él. Nada más. Frío y vacío. Una desolación infinita se extendió. El suelo bajo él se resquebrajó - y miró hacia un abismo insondable.

No había escapatoria. Fue tragado y cayó, interminablemente, en la nada. Todos los caminos a su mundo actual estaban cerrados. Una eternidad pareció pasar. La desesperación lo inundó. El Amor, el calor - todo había desaparecido. Entonces resonó una voz profunda, burlona:

"¿Te atreves realmente a enfrentarte a MÍ, niño? Primero intenta salir de ese hoyo." Una risa helada llenó el vacío, y al desvanecerse arrastró consigo toda esperanza.

Otra eternidad pareció pasar, hasta que recordó un

llamado - un sonido claro que una vez lo había penetrado:

"*La filiación de Dios.*"

Y clamó con todas sus fuerzas:

"*¡Dios, ayúdame!*"

La palabra cayó como fuego en la profundidad.

La decisión

En ese mismo instante regresó. Las manos del Padre descendieron de sus hombros

y él ardía de pies a cabeza. El fuego santo de su amor por los hombres - y su profundo anhelo de ser uno con Dios - llenó todo su ser. Aquél era el camino. El único camino para hacer frente a Lucifer.

Se volvió, miró a su Padre con profundo significado y dijo:

"*Lo haré.*"

El padre asintió; no hacía falta decir nada más.

La despedida y el tránsito

"Invoquemos juntos al Gran Maestro y pidamos Su asistencia", dijo el Padre. Se tomaron de las manos y se hundieron en un silencio profundo. El Amor del Padre lo calentaba hasta la última fibra. Entonces, poco a poco, el frío se acercó.

"Tu espíritu ya está en camino", susurró el Padre.

"Pronto dejará atrás tu cuerpo."

Lo abrazó y pronunció sus últimas palabras: "*Te amo por toda la eternidad.*"

RECUERDOS

FANTASÍA, VÍNCULO Y PÉRDIDA DE LA INOCENCIA

Nacimiento

Dieciséis años después de la Segunda Guerra Mundial vine al mundo en una aldea situada en el extremo sudoriental de Drenthe, en los Países Bajos, cerca de la frontera alemana. Fui el primer hijo de la familia y el primer nieto por parte de mi madre. Dos y tres años más tarde nacerían mis dos hermanitas.

Cuando retorno a mi infancia, hay ciertos recuerdos que acuden una y otra vez.

Fantasía y experiencia paradisíaca

Poseía una imaginación vivaz. Podía permanecer largas horas en la cama, soñando cómo debería ser el mundo. Eran fantasías infantiles acerca de un mundo mejor en el que todos serían, ante todo, felices. Me imaginaba una vida en un gran parque de atracciones, con juegos inventados por mí, en los que podía perderme por completo. La inspiración

provenía del Ponypark Slagharen, adonde íbamos de vacaciones durante los veranos.

Aquel lugar me parecía tan maravilloso que, semanas antes, apenas podía dormir por la emoción. Alquilábamos una casita y recibíamos un poni con un carro. Apenas usábamos el carro, pues a quien yo realmente quería era al poni. Había que tener algo de suerte, ya que también había animales lentos o testarudos. Si uno tenía mala fortuna, podía cambiarlos, con la esperanza de obtener un animal más vivaz.

Yo ya sabía montar; lo había aprendido en la granja frente a nuestra casa. Con otros niños del parque me aventuraba por los alrededores. Recorríamos todo el terreno como si fuésemos auténticos vaqueros. Junto al parque vacacional se encontraba el parque de atracciones - para nosotros, la feria. Podíamos entrar gratis durante todas las vacaciones, lo cual se sentía como un privilegio.

Para mí, aquello era lo más cercano al paraíso que un niño podía concebir. Estaba convencido de que existía un mundo en el cual todos podían ser felices. En la cama elaboraba sobre aquella idea, sintiéndome dichoso al imaginar cómo podíamos embellecerlo aún más.

Leer pensamientos y pureza moral

Además de mis fantasías sobre la felicidad, albergaba otra convicción profunda.

De niño creía que la gente podía leer mis pensamientos. Mentir no era posible, ni siquiera en mi mente. Mantenía mi mundo interior bajo estricto control, pues de lo contrario podía acarrearle problemas.

Para mí era como si todos fuésemos transparentes unos para otros, como si sentimientos y pensamientos fuesen

propiedad compartida. Sin embargo, con el tiempo advertí que estaba solo en esa experiencia. A nadie parecía preocuparle lo que uno pensase o dijese.

Cuando las personas no decían la verdad, yo me asombraba. Me preguntaba si los demás no lo notarían. Pero la mayor parte del tiempo no era así.

Con los años, la idea de que debía ser puro en mis pensamientos se desvaneció. Ya no tenía que justificarme. Sin embargo, ello no trajo satisfacción. Al perder aquella pureza también se disipó la sensación de vínculo. Se sentía como si algo se apagara: una luz interior, invisible para el mundo, pero inconfundible para mí.

La libertad que gané carecía de la calidez del íntimo estar-juntos. Finalmente busqué de nuevo la sensación de unión del principio, aquella que había experimentado tan intensamente de niño. Pero la claridad de mis sentimientos había desaparecido. La razón me había extraviado.

Demasiadas dudas habían invadido mi pensamiento. Ese camino quedó cerrado. Solo permaneció el recuerdo - como si hubiese comido del árbol del bien y del mal y debiera primero “morir” para, algún día, regresar a la unidad.

Recuerdo espiritual y procedencia planetaria

Desde muy pequeño sentía que provenía de otro planeta. No tenía recuerdos concretos, pero quizá aquella sensación primera de conexión fuese un eco de una vida allí.

No era una certeza luminosa. Muchas veces deseché la idea de una existencia previa y la tomé por fantasía. Sin embargo, seguía retornando - consciente e inconscientemente. Me sostenía en momentos de duda e incertidumbre.

Entonces podía creer que mi existencia aquí era solo temporal, que viajaba por esta vida para recoger las experiencias que me correspondían. Había un plan - o al menos una dirección - y mientras lograra sentirla, tenía un asidero.

Semilla de anhelo

Estos recuerdos - de vínculo, de claridad interior, de un origen distinto - contenían la semilla de un anhelo que jamás me ha abandonado: una nostalgia por la luz del principio.

EL HIJO PRÓDIGO

A LA DERIVA EN UNA NOCHE PARISINA

Huir del hogar

Dos semanas después de mi decimosexto cumpleaños regresé a casa en una noche de sábado, tras haber estado en el café. Para mi sorpresa, mi padre me estaba esperando, algo que jamás hacía. Según él había llegado demasiado tarde. No tenía deseo alguno de aguantar sus reproches, así que respondí con dureza. Discutimos. En unos minutos la situación se descontroló por completo.

Desde hacía tiempo la relación entre mi padre y yo era mala y apenas nos hablábamos. Y cuando lo hacíamos, solía ser a voces, con reproches siempre listos sobre la punta de la lengua. El que yo supuestamente hubiera vuelto demasiado tarde me daba igual: hacía ya tiempo que hacía lo que me venía en gana.

En un momento dado dijo: “Si no quieres escuchar, entonces márchate.”

La impresión de no pertenecer allí llevaba ya tiempo aferrada a mí. En silencios, miradas y palabras no pronunciadas crecía una sensación persistente de rechazo. Me

volvía rebelde, pero también triste. Ahora él lo decía abiertamente por primera vez.

Entre nosotros no había nada: ni sentimiento, ni comprensión, ni aprecio, solo un inmenso vacío interior.

Pensé: “Si quieres que me vaya, lo haré.”

Dije: “De acuerdo.

Furioso subí las escaleras. Ahora sucedería. No había ya retorno posible. Busqué en mi escritorio;

allí debía estar mi pasaporte. Lo guardé en el bolsillo de mi chaqueta. Luego tomé el último dinero que tenía, unos veinticinco florines. Sin decir una sola palabra bajé las escaleras y salí por la puerta.

La primera noche

Era ya bien pasada la medianoche. Caminé en dirección a Schoonebeek e intenté hacer autostop, pero la carretera estaba desierta. Justo fuera del pueblo, en dirección a Coevorden, logré conseguir un viaje. Al subir al coche sentí algo semejante a una liberación, como si hubiera cruzado una frontera invisible. El mundo del que provenía quedaba de pronto muy atrás.

Me dejó en la asociación juvenil Parallaxis, donde aún había luz. Dentro estaban tres hombres sentados junto a la barra, fumando porros. El dulce aroma del hachís impregnaba el espacio. Por los altavoces sonaba *Station to Station* de David Bowie.

Pregunté cuánto tiempo permanecerían abiertos, pero ya era la última ronda; después cerrarían. Volví a ponerme en camino. La dosis de adrenalina del acalorado enfrentamiento y de mi drástica decisión se había agotado. El cansancio comenzaba a pesar.

Bajo el viaducto de la N34 intenté dormir algo. Sin

manta ni saco de dormir no era fácil - era mediados de marzo. No obstante, no tuve que permanecer acostado demasiado tiempo: pronto empezó a clarear. Un nuevo día despuntaba en el horizonte. Era domingo por la mañana.

La marcha hacia el sur

Subí al viaducto y comencé a caminar hacia Hardenberg. No pasaba un solo coche. Las innumerables líneas blancas, en el centro del asfalto oscuro, me marcaban el camino. De manera imprevista e incierta había dado un paso hacia el ancho mundo.

Mis pensamientos regresaban a la noche anterior. Seguía furioso. Esta vez lo sentiría: no volvería. Era como una especie de pulso espiritual a distancia: yo no cedería. Pero junto a mi determinación surgió la duda, un murmullo que insinuaba que quizá estaba yendo demasiado lejos. También podía regresar. Pero ¿para qué?

Nada cambiaría. Solo una eterna repetición de movimientos, en la que una y otra vez ponía mis sentimientos sobre el tajo. Ya no podía más. Tenía que acabar alguna vez. Si yo desaparecía, tal vez él lamentaría su conducta. Era la única manera, para mí, de ponerlo de rodillas. Entonces veríamos si realmente le importaba.

Los prados a ambos lados estaban envueltos en un manto blanco de neblina matinal. Vaharadas de bruma se deslizaban silenciosas por la carretera vacía, justo delante de mí. Aquí y allá una granja emergía entre copas desnudas de árboles que sobresalían solitarios sobre el velo del paisaje. Estaba húmedo y frío. La ropa que llevaba apenas protegía contra el frescor de aquella hora temprana. No sabía con exactitud adónde quería ir - solo hacia el sur.

El tráfico comenzaba lentamente a animarse. A veces

pasaba un coche, usualmente en dirección contraria. Veía a conductores y pasajeros girar la cabeza, mirando hacia atrás hasta que me perdían de vista. Sus pensamientos y sus preguntas sin respuesta sobre este extraño caminante a la vera del camino quedaban suspendidos en el aire y me envolvían en un ánimo melancólico. También yo me preguntaba qué estaba haciendo allí. ¿Por qué no podía simplemente desaparecer en la niebla y no volver jamás a salir de ella? Simplemente - disolverme. Como si nunca hubiera existido.

Cada cien metros un poste; así contaba mis kilómetros. Un coche aminoró la marcha. Un Opel Kadett verde.

El hombre abrió la puerta lateral y dijo con acento rural: "También tú andas madrugado, ¿eh?

¿Adónde necesitas ir?"

"A Hardenberg", respondí.

"Perfecto", dijo, "yo también voy en esa dirección."

Llevaba un mono gris y una gorra sobre su cabeza calva.

"Trabajando en domingo", pensé, "seguro que es un campesino."

En Hardenberg me dejó en la entrada hacia la N34, donde podría seguir haciendo autostop.

Conocía bien los Países Bajos. Desde pequeño me encantaba hojear el Gran Atlas Escolar y me fascinaban los países, ríos y ciudades. Podía perderme horas en los mapas, soñando y fantaseando acerca de cómo serían otros lugares del mundo. Conocía la capital de casi cada país. En las vacaciones a Francia me dejaban sentar delante - yo era el único que sabía leer los mapas.

El viaje transcurría sin contratiempos. Para entonces el clima había mejorado. El sol había disipado los últimos restos de neblina. El cielo era de un azul claro. Prometía ser un día hermoso. A través de Almelo y Hengelo llegué a la

región de Achterhoek. Me vino a la mente el festival de Lochem, al que acudíamos cada año con amigos el día de la Ascensión. Con el tío Henk como conductor en el autobús más viejo de Reisbureau Lanting. Lo suficientemente bueno para la pandilla de granujas que éramos. A las nueve ya bajábamos tambaleándonos y casi siempre teníamos que dormir la borrachera antes de enterarnos de algo de los conciertos. “Debe de ser por esta zona”, pensé.

A primera hora de la tarde hacía unos veinte grados, mucho calor para esa época del año. Me recogió un joven vestido con traje. En el asiento trasero había una gran corona de flores. La fragancia que desprendía me recordó un funeral. Tenía que ir a Alemania, pasando por Arnhem. Me pareció bien. Comenzaba a sentirme mejor. El sol y el calor me sentaban bien. Ya no pensaba en casa. Estaba en ruta y solo quería avanzar, más y más.

En la frontera había una larga cola. En la radio oímos que un delincuente había escapado de la prisión y por ello registraban cada coche, tanto del lado alemán como del holandés. Era un puesto fronterizo enorme, con conexión directa a las autopistas de ambos países. Incluso en domingo había mucho tráfico.

A ambos lados del camino se veían numerosos vehículos policiales con luces azules parpadeando. Aquello podía durar un buen rato. El conductor dijo que él solo debía llegar hasta Emmerich, a unos kilómetros ya dentro de Alemania. “También podrías bajarte aquí; después de la frontera sigues haciendo autostop.” Aquello también era una posibilidad. ¿Quería ir a Alemania?, me pregunté. ¿Por qué no? Estaba tan cerca ya. En el control no tuve problemas. Mostré mi pasaporte y pude continuar.

Risas ahogadas en el asiento trasero

Me quedé un buen tiempo con el pulgar alzado, pero la gente, al parecer, no tenía ningún deseo de llevar a alguien más. Era como si ellos mismos se sintieran liberados ahora que habían dejado la frontera atrás. La tensión iba dando paso a una especie de cansancio lánguido. El sol de la tarde ardía suavemente sobre mi chaqueta. Me pregunté si realmente estaba en el lugar adecuado o si acaso no sería mejor caminar un tramo más.

Justo cuando estaba a punto de rendirme, se detuvo una vieja ranchera rojo oscuro. La puerta trasera derecha se abrió. Un muchacho alemán y tres muchachas me miraron. Me permitieron subir. Él y su novia se acomodaron delante, las otras dos detrás. En el coche flotaba una dulce mezcla de pachuli y golosinas.

Una vez emprendida la marcha, vi, para mi asombro, cómo la mano derecha del conductor desaparecía durante la conducción entre los pechos de la muchacha que tenía a su lado. A ella parecía no importarle en absoluto. Sin sujetador y con una blusa fina, abrochada apenas por encima del vientre, dejaba muy poco a la imaginación.

Mientras él continuaba en lo suyo, la muchacha a mi lado comenzó a reír entre dientes. No sabía sinceramente cómo debía reaccionar.

“¿Me estaban provocando? ¿Esperaban algo de mí?”

Traté de apartar la mirada y no pude pronunciar una palabra. De pronto la muchacha a mi lado dijo: “Es tímido, ¿verdad?”.

Sentí cómo me sonrojaba.

“Mierda”, pensé. “Eso también. ¿Tenía que parecerme normal?”

Sentí un profundo alivio cuando me dejaron en algún

lugar. Aire fresco, fuera. Mas el contenido de aquella blusita fina no desapareció fácilmente de mi mente.

Noche en Düsseldorf

Comencé a sentir hambre, pues no había comido nada decente en todo el día. A veces recibía algo en un coche: caramelos o chocolate. Pero con eso no podía llenar el estómago. Debía armarme de valor y ver qué sucedía. Tras un par de trayectos breves, ya al final de la tarde conseguí que un camionero con un vehículo de siete toneladas y media me llevase.

Se llamaba Rudolf, un hombre de unos cuarenta años. Un sujeto robusto, de cabellos rubios y rizados, rostro algo rojizo y ojos azul claro. Parecía preocuparse un poco por mí. Por el tono paternal y su cálido porte, me sentí enseguida en confianza. Vio que viajaba sin equipaje y preguntó si todo estaba bien. Me mantuve firme y, sin mirarlo, dije que no había problemas. No parecía totalmente convencido, pero respetó mi respuesta.

Ya me había preparado para este tipo de situaciones. No quería quedar sin palabras, temeroso de que la gente sospechara y llamara a las autoridades. Para evitar preguntas incómodas me había inventado una historia. Si alguien quería saber adónde iba, decía: "A Suiza, a ver a mi padre, que trabaja allí en una fábrica de relojes".

Y para darle algo más de peso, solía añadir: "Él diseña relojes".

No importaba dónde estuviera; siempre podía decir que me dirigía allí. Así que cuando Rudolf preguntó hacia dónde iba de viaje, le dije: "A Suiza, a ver a mi padre".

"Entonces aún tienes un largo camino por delante", respondió él.

Asentí. Cayó un largo silencio.

Llegó la noche y Rudolf me ofreció pasarla en su casa. En secreto lo había deseado. Me llevó a su hogar, en un barrio de las afueras de Düsseldorf. Preparó una comida para ambos que devoré con verdadera ansia. Se echó a reír al verme comer con tanta hambre.

"No has comido en mucho tiempo, ¿verdad?", dijo.

"Así es", respondí con una leve sonrisa.

Después de cenar me invadió de golpe un sueño profundo. Me sentí un tanto desagradecido por no tener ya fuerzas para conversar, pero Rudolf lo comprendió. Me miró con serenidad y me mostró la habitación de huéspedes. Apenas apoyé la cabeza en la almohada, me dormí.

A la mañana siguiente, después del desayuno, me llevó a la entrada de la autopista para que pudiera seguir haciendo autostop rumbo a "Suiza". Me estrechó la mano y me deseó buen viaje. Sentí cómo me subían las lágrimas, pero no dejé que se notara. Fingí ansias de ver a mi padre.

Deambular por la autopista

El sol rompió entre las nubes. Ello me dio ánimo. Rudolf, sin embargo, me había advertido que el clima probablemente empeoraría hacia la tarde. De momento, aún era bueno.

Era lunes y había mucho más tráfico. No es que hacer autostop fuese necesariamente más fácil. A veces permanecía horas al borde del camino esperando que alguien me recogiera. Ríos interminables de coches, comprimidos en carreteras de dos y cuatro carriles, desfilaban ante mí. Motores gruñendo, tubos de escape humeantes, miradas fugaces que desaparecían detrás de parabrisas relucientes bajo el suave sol primaveral.

No era exigente. Aceptaba cada trayecto con las manos abiertas. No llevaba un cartel con un destino claro. Aún no sabía adónde quería ir. Hacía autostop a la deriva. Mi conocimiento geográfico me fallaba también aquí en Alemania. Las grandes ciudades del Ruhr las conocía solo de nombre, pero su ubicación exacta me era un enigma.

Tras varios trayectos indeterminados llegué finalmente a Bélgica. Había pasado la frontera sin darme cuenta. Lo supe por las señales de tráfico, que de pronto eran distintas.

Pasado Lieja me dejaron en medio de la autopista. El conductor dijo que desde allí podría seguir haciendo autostop sin dificultad. Pero lo contrario era cierto: conducían demasiado rápido para detenerse a tiempo por un autostopista. Tenía que encontrar un acceso, pero podía estar kilómetros más adelante. Además, comenzaba a oscurecer, hacía frío y caía nieve húmeda. Rudolf tenía razón, el clima cambiaría.

Deambulaba junto a la barandilla, sobre el asfalto gris, sin ver el final. Para proteger mi rostro de los miles de copos de nieve levanté el cuello de mi chaqueta. Mantuve la cabeza lo más baja posible. Mientras tanto, los coches rugían sin cesar a mi lado. De vez en cuando uno tocaba el claxon, señal inequívoca de que representaba un peligro en la vía. Ya no hacía autostop; no tenía sentido alguno.

Noche en la celda

Mi ánimo viró hacia lo sombrío. Me sentía miserable. Pensé en mi hogar, donde hacía calor y quizá me estarían esperando. Pero allí me sentiría aún más desdichado. Quería dejar mi punto claro. Debía seguir adelante, pasara lo que pasara.

Mientras así me perdía en mis cavilaciones, apareció de

pronto la policía. Las luces giratorias se encendieron, se abrieron y cerraron puertas, y dos agentes descendieron del vehículo.

Uno dijo: "Está prohibido caminar a pie por la autopista".

El otro me iluminó el rostro con una linterna y preguntó: "*Usted consume drogas, ¿verdad?*".

Lo negué y dije que no consumía drogas, esforzándome por parecer lo más lúcido posible. De tanto tiempo al borde de la carretera, había desarrollado una erupción en el rostro, sobre todo alrededor de la boca. Pensé que quizá los gases de escape fueran la causa, pero no estaba seguro. Probablemente no tenía muy buen aspecto. Querían ver mis papeles y saber mi dirección. Dijeron que debía abandonar la autopista.

"¿Y adónde se supone que debo ir?", pregunté.

Junto al guardarraíl había un matorral con árboles que acababan de brotar. Y detrás, ¿qué? No tenía idea. Llanuras. No parecían interesados en las posibles consecuencias para mí y me dejaron claro que no era su problema. *¿Me abandonarían allí? ¿Debía arreglármelas solo?* Protesté. Si exigían de mí lo imposible, también ellos debían proponer una solución.

Pregunté si no sería posible que me llevaran con ellos. Casi al unísono dijeron que no era esa la intención. Sin embargo, al oír una versión tristona de mi historia sobre "el viaje a Suiza", comenzaron a dudar y finalmente cedieron. Me llevaron a la comisaría. Me permitieron dormir en una celda. Eso sí, cerraron la puerta con llave. Era menos agradable, pero mejor de lo que hubiera conseguido por mi cuenta.

Meses después me enviaron una citación para compa-

recer ante un juez en Bélgica por vagabundeo. No me presenté y, por fortuna, jamás volví a saber de ello.

La familia griega

A la mañana siguiente el tiempo había despejado por completo y pude gozar otra vez de un delicioso día primaveral. Mientras salía del pueblo donde se hallaba la comisaría y elevaba ya el pulgar, una familia griega - un hombre, una mujer y un hijo y una hija de unos diez años - se detuvo para llevarme.

Mikos, el padre, me indicó que me acomodara atrás con los niños. Apenas cabía en el asiento, y no entendía del todo por qué había decidido detenerse. Era un espacio estrecho. Los niños me miraron con timidez, se hicieron a un lado dócilmente y no pronunciaron palabra.

Pronto comprendí que Mikos y su familia estaban perdidos. Llevaban un mapa, pero ninguno sabía leerlo. Tras un rato, Mikos preguntó si sabía yo por dónde debían ir para llegar a Gante.

Nos detuvimos en un área de descanso y me mostró el mapa. Vi que iban por la ruta equivocada y traté de explicarles cómo retomar el camino correcto lo antes posible. Mikos no lo comprendía bien. Dijo que lo mejor sería que yo me sentara adelante para guiarle. Me resultó incómodo que la madre tuviera que cederme su sitio, pero también lo tomé como un honor: confiaba en mí. Eso me reconfortó.

Lo que en las vacaciones hacía siempre para mi propia familia, ahora podía hacerlo por ellos. Pronto estuvimos en la ruta adecuada y Mikos y su esposa estaban encantados. Sentí como si me volviera parte del pequeño hogar. Compartían todo conmigo: comida, bebida, dulces.

Mikos era un hombre jovial y, de cuando en cuando,

comenzaba a cantar espontáneamente canciones griegas, que los niños y su esposa acompañaban en un tono más bajo o tarareaban. De mi parte, aportaba una humilde voz al coro.

Estaba tan feliz que de repente exclamó: "*¡Yo conduzco contigo hasta América!*", golpeó el volante con las manos y rompió en carcajadas, y todos reímos con él.

Lo estábamos pasando de maravilla... hasta que llegó la hora de repostar.

No bienvenidos

No bien hubimos llegado al surtidor, nos hallamos ante una larga fila de automóviles. Cuando por fin nos tocó el turno, el empleado de la gasolinera rehusó atendernos. Yo no comprendía nada; bajé la ventanilla y le pregunté cuál era el problema. Él señaló, sin pronunciar palabra, a las personas que venían en el coche y, al mismo tiempo, hizo un ademán de rechazo. Entonces lo entendí. Aquellas personas tenían un aspecto distinto y, para mi incredulidad, por esa sola razón no podían obtener gasolina.

Aquello era tan absurdo que las palabras resultaban insuficientes. Me puse lívido de ira; jamás había vivido algo semejante. Rechazar a gente tan bondadosa y gentil porque un mocoso de más o menos mi edad así lo decidía.

Quise abalanzarme sobre él, mas Mikos me sujetó. "Mantén la calma", dijo, "no pasa nada".

La serenidad y el temple con los que soportó lo que aquel mequetrefe hacía a él y a los suyos me hirieron quizá más hondo aún.

"¿Cómo puede dejar pasar algo así?", pensé. "Esto exige una reparación".

Intenté por segunda vez bajar del coche, pero nueva-

mente Mikos me detuvo. Vio que aún hervía de cólera. Si me dejaba ir, pensaría él, aquello terminaría mal. Mi furia se tornó impotencia. No me estaba permitido hacer nada, mientras que en mi imaginación ya había derribado a aquel bellaco mil veces contra el suelo.

"Ya encontraremos otro lugar", dijo Mikos, y abandonamos la estación de servicio.

Aún no podía dar crédito a lo que habíamos vivido. En tan breve tiempo nos habíamos acercado tanto y habíamos tenido tanta alegría juntos, que sentía por ellos un afecto semejante al de una familia propia. Deseaba protegerlos de tanta injusticia.

"Conozco el idioma", pensé, "y podría hacerle entender a ese necio que algo así es absolutamente intolerable."

Pero Mikos era un hombre sensato; no era la primera vez. Él escogía siempre la senda de menor resistencia. No crear problemas si no es imprescindible. Íbamos todos abatidos y en silencio proseguimos el camino.

Una multitud de preguntas sin respuesta llenó el interior del coche. Era una realidad. Su realidad. Y por más que lo intentara, yo no lograba comprenderla del todo.

No tardamos en hallar otra estación de servicio. Y además fuimos atendidos de inmediato. Esta vez quise anticiparme a cualquier desaire. Apenas nos detuvimos, salí del coche, caminé hacia la bomba, tomé la manguera y comencé a repostar. Enseguida se acercó un empleado para advertirme que no era autoservicio. Me disculpé, alegando que no me había dado cuenta, y le cedí la tarea.

Aquel empleado no pareció preocuparse en lo más mínimo por la familia. Con el depósito lleno, reanudamos la marcha. Poco a poco nos volvió el ánimo y comenzamos a divertirnos otra vez, aunque ya sin el mismo desborda-

miento que antes. Aquel muchacho impertinente había dejado su huella.

La ruta hacia Gante ya no presentaba dificultad alguna: era, en esencia, una vía recta. Yo no sentía deseo de ir allí. Al consultar el mapa había visto que París no quedaba lejos. La ciudad me atraía como un poderoso imán. Había oído tanto sobre ella. Quería ir. Conté a Mikos mi intención y le pedí que me dejara en una salida hacia París. Él podía luego seguir sin desvíos camino de Gante. Me apeé y su esposa volvió a ocupar su lugar en el asiento delantero. Saludé a la familia con la mano hasta que desaparecieron en la distancia.

Aquel pequeño núcleo familiar quedó rondando en mi pensamiento. Un padre que se sentía orgulloso de mí... por un instante fue como un regreso al hogar. Quizá fuese una ilusión. Tal vez no había habido más que intereses mutuos que nos juntaron. Mas el respeto que me mostraron obró en mí un efecto sanador.

Yo tenía valor.

Hacia París

Recibí un aventón hasta la frontera francesa. En el lado francés había un amplio aparcamiento lleno de camiones. Aquello representaba una oportunidad para obtener un largo trayecto. Podía hablar con algún conductor. Primero, empero, debía pasar por la aduana. Di una vuelta para ver si podía deslizarme sin ser visto. Si lograba pasar inadvertido, evitaría preguntas indeseadas.

Mas solo había un camino: un estrecho sendero que discurría junto a las garitas de los aduaneros. Había mucha actividad y al principio pareció que no reparaban en mí. Cuando creí haber pasado, un funcionario me llamó y me

hizo entrar. Me pidió el pasaporte y lanzó una serie de preguntas indiscretas en francés, que apenas comprendí.

Por qué viajaba solo, por qué no llevaba equipaje. Traté de explicarle, con palabras sencillas, que me dirigía a París. Desde allí tomaría un tren a Suiza. Para ver a mi padre.

Me preguntó cuánto dinero llevaba. Le mostré el billete de veinticinco florines. Estaba casi seguro de que aquello no bastaría para un billete de tren. Él debió considerar otra cosa, pues me dejó marchar y me deseó un *bon voyage*.

Tras media hora en el aparcamiento hallé a alguien dispuesto a llevarme un tramo. Me dejó en la salida hacia Amiens. Poco después, una mujer de unos treinta años detuvo su coche. Abrió la puerta del pasajero e me invitó a subir.

Vacilé. Tenía un aspecto enfermizo: los ojos oscuros y hundidos, el rostro pálido, manchas rojizas en la piel. Parecía bajo los efectos de alguna sustancia. Su destino era Amiens y me ofreció, de manera espontánea, un lugar donde dormir. Sonaba tentador. Mas algo no encajaba. Tal vez todo fuese bienintencionado y yo me alarmaba sin razón. Mas en tales momentos uno solo cuenta con su intuición.

La mía dijo: "*No lo hagas*".

Le di las gracias y respondí que prefería ir directamente a París. Aún quedaban algunas horas antes de que cayera la noche; tenía tiempo.

Tras un largo trayecto con un camionero y dos breves aventones más, al anochecer me dejaron junto a un puente arqueado sobre el Sena, envuelto en la luz crepuscular parisina.

Pigalle

Anduve errante, sin rumbo cierto, y fui a dar en un barrio cuajado de tabernas. Los neones teñían las calles de rojo, verde, púrpura y amarillo. Automóviles y taxis circulaban sin cesar. Los peatones avanzaban en densas oleadas por la acera: el gentío era inmenso. Vendedores ambulantes - hombres africanos en su mayoría - abordaban a los transeúntes y les ofrecían relojes, brazaletes, collares y otras fruslerías, agitándoselas ante el rostro. La mayoría proseguía su camino con estoica indiferencia.

Grupos de travestis se congregaban ante un hotel y hacían requiebros a los hombres que pasaban. Me detuve un rato a contemplarlos. Parecían mujeres de veras. Llevaban maquillaje, uñas lacadas, pechos, vestidos, tacones altos, largas cabelleras. Incluso sus movimientos tenían algo de femenino, tal vez más que en muchas de las mujeres que yo conocía. Poco a poco comprendí que andaban reclutando clientes, a quienes conducían al hotel por un breve instante de placer.

Me quedé allí, intrigado. Preguntábame: ¿Qué veo en verdad? ¿Qué siento ante esto? Mas por convincente que fuese su atavío, seguían siendo hombres a mis ojos.

Algunos me miraron e hicieron gestos invitantes. Había en ello algo teatral, un juego escénico que parecía dirigido tanto a mí como a ellos mismos. Encerraba también un matiz cómico, casi ligero. Como si tampoco ellos se tomaran enteramente en serio - y me convidaran, con ello, a hacer lo mismo.

Proseguí mi camino. Las calles se sucedían en una hilera interminable de sex-shops y cafés. Mujeres vestidas de modo provocador, con faldas cortas y labios encendidos, aguardaban a la entrada para atraer a los transeúntes.

También ellas tenían, sin duda, su precio, igual que las damas de la barra.

Aquello era Pigalle, como luego supe, el centro nocturno de París. Un parque de diversiones para adultos. A ratos se me acercaba alguna mujer que no dejaba lugar a equívocos acerca de sus intenciones. La multitud de tentaciones me sumió en un estado de voluptuosidad, mas sabía que no podía hacer gran cosa con ello. Solo querían mi dinero, y yo no tenía ninguno.

Poco a poco, entre tantos seres y tanta mercancía, empecé a sentirme perdido. No había cordialidad alguna. Cada cual deseaba algo del otro. Hablar con la gente carecía de sentido. Podrían pensar que yo también formaba parte del comercio carnal. Además, no dominaba la lengua.

Si pretendía hallar un rincón seguro donde dormir, lo mejor era alejarse de allí. La duda comenzó a rondarme. ¿Y si no encontraba nada? Las perspectivas en aquella urbe inmensa, poblada de gentes distantes, no eran halagüeñas. Allí no era nadie, un perfecto don nadie. Mis pensamientos sombríos proyectaron su sombra sobre los neones y su esplendor seductor. De pronto, aquella atmósfera incitante perdió su encanto.

Abandoné Pigalle. En un pequeño jardín, con algunos árboles y un estanque, hallé un banco donde reposar. Era relativamente tranquilo. Amplias avenidas y altos edificios de apartamentos rodeaban aquel rincón de verdor. Contemplé las largas hileras de coches estacionados junto al bordillo. En la mayoría de los apartamentos brillaba la luz. Dentro, la gente estaba cálida y segura. Pensé en mi hogar. Pero la imagen de mi padre, que surgió al instante, disipó de inmediato cualquier nostalgia.

Maurice

De cuando en cuando pasaba alguien. Quedaba yo prendido de ellos con la mirada, como queriendo atraerlos hacia mí. En silencio clamaba por auxilio. Sentía un hambre atroz. Un muchacho pasó varias veces ante mí, sin prisa. Anhelaba tanto el contacto humano que casi dolía. Él me miraba, sin dejar de observarme.

A la tercera vuelta se sentó a mi lado. Parecía algo mayor que yo. Se presentó como Maurice. Al advertir que apenas nos entendíamos, fui directamente a lo esencial. Un lugar donde dormir. Lo comprendió y se ofreció a ayudarme. Podía alojarme en su casa. Aunque estaba lejos, eso poco me importaba. Sentí que se me aligeraba el alma.

Me preguntó si tenía hambre.

“Oui”, respondí, asintiendo con vehemencia.

“Pas de problème”.

En una Wimpy Bar cercana me invitó a un bocadillo de hamburguesa y una ración de patatas fritas. Fue un gesto bondadoso, y pensé: “Al final todo saldrá bien. París no es tan fiero.”

Después de comer, estaba saciado y le agradecí su generosidad. Guardé el recibo en el bolsillo. Tomamos el metro y luego el tren hacia su casa. No compramos billete alguno y atravesamos cada control sin dificultad.

Pensé: “Qué extraño. ¿Será gratuito el transporte público en París?”

Su apartamento estaba en el cuarto piso de un viejo barrio. Al entrar, vimos a su padre, en camiseta, sentado en un minúsculo balcón, fumando. Las estrechas puertas de la sala estaban abiertas. Padre e hijo intercambiaron breves palabras; me dio la impresión de que no había mucha estima entre ellos.

El padre no se dignó a mirarme; observaba únicamente a los viandantes que cruzaban la calle unos diez metros más abajo. Maurice me condujo hacia la cama doble que también se hallaba en la sala. Dormiríamos juntos. No me inquietó. De niño había dormido muchas veces en un lecho compartido con amigos.

Una vez bajo las mantas, caí dormido casi al instante. Hasta que sentí, de pronto, un manoseo en mis partes.

Me sobresalté. Y pensé: "Ah... de esto se trataba."

Con voz contenida, mas firme, dije a Maurice que cesara de inmediato o me marcharía. Murmuró una disculpa y retiró la mano. Miré alrededor: su padre seguía en el balcón, a pocos metros, sin prestar atención.

Pese a la duda sobre sus intenciones y la tensión que sentía, el cansancio me rindió y volví a dormirme. Pero no tardó en repetirse lo mismo. Esta vez fue suficiente: salí del lecho, me vestí y me marché.

Estaba furioso. Maurice intentó detenerme. Su padre, desde la distancia, permaneció en silencio.

"Había prometido no hacerlo más, y aun así lo hizo. Ya no podía confiar en él", pensé. Se acabó.

Por más que anhelaba un lecho cálido, volví a vagar por las frías calles de aquella inmensa ciudad.

Tras una larga caminata llegué a los Campos Elíseos. Había allí menos bullicio que en Pigalle, quizá porque ya era tarde. Sin querer, me sentí de nuevo atraído por la gente. Al fin y al cabo, solo ellos podían auxiliarme.

Émile

Un vagabundo se me acercó para pedirme dinero. Le indiqué con un gesto que nada tenía y quise proseguir mi camino. Mas él me asió del brazo y susurró: "Yo tengo dine-

ro." Me condujo a un rincón apartado, tras un edificio, y me mostró los bolsillos repletos de monedas y billetes. "Vamos a beber algo", dijo, mientras hacía con el pulgar unos movimientos ascendentes y descendentes hacia la boca. "Je m'appelle Émile", agregó, y me tendió la mano.

Había en él algo desarmante. Sus intenciones parecían limpias. Ningún propósito oculto. Por fin alguien que me veía. No como cliente, no como niño, no como extranjero. Simplemente: como un ser humano.

O quizá deseaba yo creerlo así.

A lo largo del paseo se alineaban pequeños bares de vidrio, en rigurosa fila. Fuimos avanzando de uno a otro, aquellos quioscos diminutos donde bebíamos cerveza apoyados en la barra. Él sufragaba todo.

En cada uno tomábamos una sola cerveza, y acto seguido partíamos de nuevo. Era un ritual de aparecer y desvanecerse, adentrándonos poco a poco en la noche.

Émile amaba a la gente. Reía por cualquier cosa. Sus ojos buscaban constantemente a los marginados: borrachos, turistas, prostitutas, dandis venidos a menos, travestis, mujeres de pestañas postizas.

Notaba que yo miraba todo con asombro; era un novato, y eso le divertía. Aunque no nos entendiésemos bien por la lengua, disfrutábamos sobremanera. El desfile incesante de tipos y caracteres era una fuente inagotable de maravilla. La comicidad nos era servida en bandeja. Una simple mirada de reconocimiento bastaba para que soltásemos carcajadas.

Recorrimos toda la hilera de bares y, cuando llegamos al último, los bolsillos de Émile estaban casi vacíos. El alcohol me había animado y había logrado disfrazar mi cansancio. Mas ahora regresaba con toda su fuerza; también Émile estaba fatigado.

Afirmó que encontraría algún lugar donde pudiésemos

dormir. En una avenida amplia fuimos probando las puertas que daban acceso a los portales de edificios de cuatro o cinco plantas. Me sorprendió que no estuviesen cerradas con llave, pero la mayoría se abría cuando él presionaba el picaporte. Dormía a menudo en las escaleras. Allí, al menos, hacía algo de calor.

Hallamos un espacio en un rellano. Émile se echó en el suelo y me dijo que me acostara a su lado. Tras lo ocurrido aquella misma noche yo estaba algo receloso, pero nada había visto en él que me alarmara. Me tendí junto a él e intenté dormir sobre aquel pavimento frío y duro. No tardó, empero, en comenzar también él a manosear mis partes.

Mi cuerpo se quedó rígido.

"Otra vez", pensé.

Estaba exhausto y me sentía derrotado.

Mis pensamientos daban vueltas sin descanso, mas mi cuerpo rehusaba moverse. La conciencia de que volvía a suceder - tan pronto, tan inesperadamente - me dejó sin aliento. Allí yacía, en la oscuridad, entre las paredes de un edificio extraño, junto a un hombre en quien había creído poder confiar. Se sentía como una traición.

La garganta se me cerró. Ya no podía indignarme; ni siquiera asombrarme. Tan solo vacío.

¿No habría nadie capaz de ser simplemente *humano*?
¿Sin exigir nada a cambio? ¿Sin esa mano, sin esa expectativa?

Fue entonces cuando me quebré.

No de modo ruidoso, ni dramático.

Silenciosamente, por dentro.

Me puse en pie sin pronunciar palabra y bajé las escaleras hasta salir a la calle. Mis piernas se movían solas, mientras mi mente era un torbellino. *Quería volver a casa.*

El regreso

Mi decisión estaba tomada y busqué el modo más rápido de abandonar la ciudad. Pensé que los Campos Elíseos me ofrecerían la mejor oportunidad. Comenzaba a amanecer y ya circulaban algunos vehículos. A tientas levanté el pulgar. Tras un tiempo, un automóvil se detuvo. Me preguntó hacia dónde me dirigía.

"Al norte, a Bélgica."

"Sube, te pondré en la buena ruta", respondió.

La tensión que sentía por emprender el regreso desvaneció mi cansancio. Solo me preocupaba que me dejase en un lugar adecuado para continuar.

En la radio sonaba *It's Only Rock 'n Roll (But I Like It)* de los Rolling Stones, pero en francés. Aquello me hizo gracia.

"¿Pourquoi français?", pregunté, señalando el aparato.

El conductor rió y me explicó que lo hacían para proteger la lengua francesa de un influjo excesivo del inglés. Todas las canciones en inglés eran traducidas y reinterpretadas en francés, y solo esas versiones radiaban.

Me dejé en perfecto orden y, desde aquel punto, pude proseguir hacia el norte. *Hacia el hogar.*

Sleep-in

Pasé el día entero haciendo autostop. La mitad del tiempo apenas servía de compañía a los conductores, pues en cuanto me sentaba caía casi de inmediato en un profundo sopor.

Al caer la tarde, en el norte de Francia, no lejos de la frontera belga, me recogió un camionero neerlandés. Me preguntó adónde me dirigía y respondí que a Drenthe. Él no llegaría tan lejos, pero podía dejarme en Breda. Allí, según

dijo, había un *sleep-in* donde por unas pocas monedas podría pasar la noche. Aquello sonó a música celestial. El resto del trayecto lo pasé dormido.

Cuando llegamos al *sleep-in*, me despertó. Por fortuna aún quedaban plazas. El precio era de doce florines: la primera suma que había gastado desde el comienzo de mi viaje. Sentí tal alegría de hallar una cama que me eché a dormir sin más.

A la mañana siguiente no desperté hasta bien avanzado el mediodía. En la sala donde descansaba había varias literas. En una de ellas, dos muchachos fumaban un porro. Uno de ellos me preguntó si deseaba una calada, mas lo rechacé. Jamás había fumado hierba o hachís, y no sabía qué podía esperarme.

Me contaron que viajaban juntos por los Países Bajos para asistir a conciertos y festivales musicales. Habitualmente dormían en lugares como aquel. En cada ciudad del país conocían los albergues más económicos. Vivían de un subsidio estatal y tenían algún domicilio postal donde recibir la correspondencia. Una vez al mes entregaban puntualmente su formulario en la oficina de prestaciones sociales.

"También así se podría vivir", pensé.

Mientras yo dormía, uno de ellos había ido a comprar. En la cama yacía una gran bolsa repleta de víveres. No eran nada avaros y me invitaron a compartir un desayuno digno de un *bon vivant*.

Me reconfortaba la idea de volver a casa. Estaba harto de aquel viaje. Estaba agotado. No daba para más. Creí que emprendía una vida nueva, mas lo que de verdad anhelaba era ser visto. Ahora debía esperar a ver qué ocurriría. Si algo había cambiado.

No salí a la calle a hacer autostop hasta bien entrada la

tarde. Primero tuve que caminar varios kilómetros para llegar a las vías de salida, lo cual llevó mucho tiempo y, por ello, aquel día no avancé más allá de Nimega. Allí había también un *sleep-in*. Costaba lo mismo que el de Breda. Me alcanzó justo: me quedó un solo florín.

A la mañana siguiente madrugué, y al caer la tarde por fin alcancé mi destino. Me dejaron en la carretera de Nieuw-Amsterdam a Erica, a la altura del cruce con la Dikke Wijk. Apenas unos pocos kilómetros más, y estaría en casa.

Había decidido que, si mis amigos me preguntaban dónde había estado, les diría que había estado enfermo. Pensé que con esa excusa podría arreglármelas. Entretanto avancé hacia Erica.

Apenas hube iniciado el camino cuando un automóvil se detuvo. Una señora a quien apenas conocía abrió la puerta y exclamó: "*¡Qué alegría que estés de vuelta!*"

Vi mi plan desmoronarse por completo; aquello de fingirme enfermo y obrar como si nada hubiese sucedido ya no tenía sentido. Si ella lo sabía, seguramente lo sabía todo el pueblo. ¿Qué habría ocurrido?

En casa

Me dejó ante la puerta de nuestra vivienda. Mi madre se alegró en extremo de verme. Me abrazó y lloró de emoción. Siempre me había colmado de atenciones - quizá en exceso; cariñosa y comprensiva, pero a veces hasta lo asfixiante. Donde mi padre mantenía distancia, ella estaba siempre encima de mí. Y, aun así, en aquel momento su abrazo se sintió como un verdadero retorno al hogar.

Mi padre estaba en la sala, airado. Según él, merecía un castigo. Lo primero que dijo fue: "Tú debes ir a un correccional."

No respondí y pensé: *Si tú mismo querías que me marchara...*

La búsqueda

Al principio, mi padre no se había preocupado por mi desaparición. Ocasionalmente dormía yo fuera cuando no soportaba estar en casa. Entonces me quedaba bajo el cobertizo de la sala mortuoria detrás de nuestra vivienda y regresaba por la mañana. Pero cuando me ausenté durante días, todo se puso en movimiento.

Había telefonado a mis amigos, mas ninguno sabía nada. Tras unos días acudieron a la policía. Esta contactó con Interpol para emitir una alerta internacional. Se pusieron de inmediato a trabajar y llegaron incluso a llamar a una amiga de vacaciones del año anterior en un camping de Francia: Brigitte, del oriente del país. Ella tampoco sabía nada, por supuesto.

La noticia corrió como la pólvora por el pueblo. Todo el mundo hablaba de ello y había una gran preocupación.

Esa noche llamaron a mis amigos para que vinieran. Poco después, la habitación estaba llena y reinaba un ambiente casi festivo. Allí supe lo que había ocurrido durante aquellos días.

Con orgullo contaron que me habían estado buscando durante casi una semana, en todos los lugares donde podría haber estado. Algunos incluso habían conseguido permiso para faltar a la escuela. Se sentía como una cuestión de vida o muerte.

Habían rastreado toda la zona alrededor de Erica, incluidos los campos y los canales de los agricultores. Habían registrado cada viejo cobertizo y todo almacén donde los campesinos guardasen heno y paja. Yo estaba

atónito, e incluso sobrecogido, por todo lo que se había desencadenado. Jamás lo hubiera imaginado.

Cuando conté dónde había estado, no quisieron creerme.

"Bah, cualquiera puede decir que estuvo en París. Demuéstralo", dijeron.

Aún conservaba el recibo de la Wimpy Bar de París. Se lo mostré. Dudaron, pero seguían escépticos.

"Hay Wimpy Bars en todas partes", dijo uno.

Tomé el recibo de nuevo y señalé la cuenta en francos franceses y la dirección en París.

"Eso podrías haberlo encontrado por ahí; no prueba nada."

Pensé: *Da igual. No hay modo de convencerlos.*

Sacaron cerveza, pues el regreso del "hijo pródigo" debía celebrarse. Y entonces vinieron las preguntas. Les relaté mis aventuras. Mi padre acabó desistiendo de la idea del correcional, pero en nuestra difícil relación nada cambió.

Y entonces llegó la historia del ciclomotor.

Ciclomotor

Pronto surgió entre los familiares una explicación propia para mi desaparición: yo me habría fugado porque no me compraban un ciclomotor.

Aquello me hirió profundamente, pues reducía todo a una vulgaridad. Como si se tratase de un simple juguete. Como si uno abandonara su mundo seguro - para ir a París haciendo autostop - solo porque no posee un vehículo de dos ruedas.

Pero ese era justamente el problema: no miraban lo que *realmente sucedía*, sino que inventaban una historia que a

ellos les resultaba más cómoda. Ninguna pregunta. Ningún intento por comprenderme.

Únicamente suposiciones, rumores, explicaciones perezosas que se extendían por la familia como una mancha de aceite.

Finalmente obtuve un ciclomotor. Un Kreidler de segunda mano. El vecino de enfrente, que trabajaba en una tienda de bicicletas, había conseguido un buen arreglo para mi padre. Me alegré con aquel aparato - naturalmente -, pero me molestaba que creyeran que al fin había obtenido mi capricho. Como si hubiese forzado algo.

Entre mis amigos obtuve respeto por mi acto de rebelión. En la familia me veían como un niño mimado que imponía su voluntad. Y quizá eso fuera lo más doloroso: que nadie viera realmente por qué me había marchado.

El psicólogo

Debía presentarme ante el rector del colegio. Por qué había faltado una semana. Le dije la verdad: que me había fugado de casa tras una disputa con mi padre. Me miró largo rato, pero no pronunció reproche alguno. Ningún castigo. Ningún sermón.

Solo la propuesta: "Tal vez sería bueno que hablaras con un psicólogo. ¿Te gustaría?"

Asentí. Por fin alguien que podría comprenderlo, pensé. Al fin un espacio para decir lo que de verdad ocurre. Para explicar cómo se siente uno cuando, en casa, simplemente no existe.

Me senté en una silla gris frente a ella, a una mesa. Era una mujer de unos cuarenta años. Correcta, pulcra, no anti-pática, pero distante. Ya tenía un expediente ante sí. ¿Qué saben realmente de mí? Me miró y dijo: "He oído que has

estado desaparecido una semana. ¿Puedes decirme dónde has estado?"

Sentí como un pequeño orgullo ascendía en mí. No fanfarronería, sino una suerte de necesidad de demostrar la verdad.

"En París", dije. No asintió. Tampoco escribió nada.

"¿París?", repitió. Su voz se tornó de pronto más fría.

"¿Estás seguro de que me dices la verdad?"

¿Qué? ¿Creía que mentía?

"Sí", dije. "He estado realmente en París."

Volvió a preguntarlo, con un tono que me irritó.

"¿Por qué habrías de ir a París? Solo, con dieciséis años. Suena poco verosímil."

¿Qué importa *dónde* estuve? ¿Es que no ves lo que realmente intento decir? ¿No ves lo esencial?

Lo repetí. Que había hecho autostop. A Alemania, a Bélgica, finalmente a París.

Suspiró y dejó caer el bolígrafo.

"Así no puedo hablar contigo si no estás dispuesto a ser honesto."

Luego se levantó, recogió sus papeles y salió de la sala sin decir palabra.

Quedé allí, perplejo.

¿Qué había hecho mal? ¿Fue la bravura de mi respuesta? ¿El hecho de haber hecho algo que otros no harían? ¿O mi orgullo, esperando que bajo esa fachada encontrara a un adolescente inseguro?

¿No se suponía que ella me entendería? Este era el momento en que yo habría querido explicarlo todo. Todo. Y ahora no era más que aquel niño problemático que cuenta fantasías. Un mentiroso incluso. No me había visto en absoluto.

Una ocasión perdida.

Héroe del pueblo

De pronto me convertí en el centro del pueblo, sobre todo entre los jóvenes. Era el héroe del momento. Mas aquella atención tenía también su otra cara. Cuando la gente me elogiaba, yo me dejaba arrastrar fácilmente.

Una parte de mí deseaba ser admirado y buscaba la confirmación de que era especial. Aquello se reveló una pendiente resbaladiza. Comencé a comportarme como ellos me veían. Al principio funcionó; obtuve más atención de mis compañeros y me sentí más seguro de mí mismo.

Con el tiempo, sin embargo, la atención se desvaneció, pero la imagen que yo mismo había creado me resultaba difícil de abandonar. Vivía en una fantasía, donde realidad y ficción a veces se entrelazaban. Comencé a dudar - de mí mismo, de cómo me veían ellos -. ¿Seguía siendo el "héroe" o esa imagen se había desvanecido hacía ya tiempo? A veces me excedía por exceso de confianza. O acababa recibiendo golpes - mentales y físicos - cuando volvía a no comprender del todo las cosas.

Escuela y autoridad

En casa cambió poco. Mi padre y yo no cedíamos ni un ápice y la tensión permanecía. Nos evitábamos todo lo posible, pues una sola mirada equivocada bastaba para que todo estallara.

En la escuela no iba mejor. Hacía años que había perdido toda motivación. Mantenerme allí era un suplicio. Tener que acudir todos los días, asistir a clases tediosas, hacer deberes - que nunca hacía - no aprendía nada. No veía utilidad alguna. La presión de los exámenes, para los que

jamás estudiaba, y el estrés, sabiendo de antemano que no lograría nada. Llegué a tener pesadillas.

Lo de que sería bueno para mi futuro - como decían mis padres y otros - no entraba en mí. Yo no vivía pensando en un futuro. Sentía que yo mismo determinaría eso. No me preocupaba. Pero por mi pasividad y falta de interés estaba a punto de repetir por segunda vez tercero de Havo.

El rector me aconsejó pasar a la Escuela Técnica Media (MTS), o de lo contrario sería expulsado. Allí estaría más ocupado con trabajos manuales durante las horas de práctica. Aquello resultó ser una mentira. Solo cuatro horas semanales de práctica, igual que en el Havo. Sencillamente querían librarse de mí.

Tenía dificultades con las estructuras de autoridad. Mis padres, la escuela, la iglesia: todos parecían saber lo que era bueno para mí. Pero lo que yo sentía no importaba. Lo llamaban buena intención, pero yo lo vivía como coerción. No sentía amor, solo presión para ajustarme. Y quien no obedecía era problemático.

Aguanté año y medio en la MTS. En un examen de química escribí únicamente mi nombre en la hoja, salí del aula y jamás regresé. La escuela, para mí, había terminado definitivamente.

Mi padre dijo: *"Si no quieres ir a la escuela, entonces te irás a trabajar. No quiero verte deambulando por la casa todo el día."*

Comencé a trabajar a tiempo completo en el invernadero de rosas donde ya trabajaba los fines de semana. Medio año después obtuve un empleo en una fábrica metalúrgica. Poco después tuve que cumplir el servicio militar y abandoné el hogar - un alivio tanto para la familia como para mí.

NEW LIFE

DESAPEGO Y LOS LINDEROS DE LA EMPATÍA

Solo hacia Reading

Tras mi servicio militar, mi antiguo empleador estaba obligado a reincorporarme formalmente, mas anunció de inmediato mi despido - con un mes de preaviso. No deseaban que regresara. Bien. Yo tampoco lo anhelaba; mi porvenir no se hallaba en aquella fábrica. Dentro de un mes sería libre y ansiaba partir, alejarme de lo conocido y aventurarme en algo nuevo.

Era verano y, junto con dos amigos, había acordado acudir a finales de agosto al festival de rock de Reading, en Inglaterra. Pero, poco antes de partir, ambos se dieron de baja. Aquello me cayó como un jarro de agua fría; me había ilusionado y, de pronto, debía afrontar el viaje en soledad. Dudé, mas pronto pensé: ¿qué importa? Iré solo.

Partí haciendo autostop. Cerca de Utrecht la policía me obligó a abandonar la autopista; tomé entonces el tren hacia Hoek van Holland y embarqué en el barco nocturno con rumbo a Harwich. Reading se halla al oeste de Londres. Salí de Harwich a pie y comencé a hacer dedo hacia la capital,

olvidando que en Inglaterra se conduce por la izquierda. Con el pulgar en alto y buen ánimo, avancé por la carretera; tardé un momento en comprender que los vehículos me pasaban por el lado contrario. Me había situado en el borde equivocado.

El autostop marchó con relativa facilidad y, por primera vez, hube de emplear el inglés. Al comienzo se me hacía arduo; no entendía bien a la gente, hablaban deprisa y con acentos diversos, y yo no sabía qué responder. Mi último conductor fue un joven al que logré seguir mejor; me habló largamente de Londres, que - según él - era un universo propio, rebosante de actividad. Allí podía uno adquirir un librito con todos los conciertos, obras teatrales, películas y espectáculos del día: un sinfín de opciones para quien buscara diversión. Aquello despertó en mí un vivo interés. Me dejó en una estación de tren en Londres, desde donde tomé el tren a Reading. Era un día radiante de verano, caluroso, unos veinticinco grados. Me sentía exultante. Al llegar, la primera banda ya tocaba.

Reading Rock Festival

Ian Gillan iba a presentarse, antiguo vocalista de Deep Purple, una de mis bandas predilectas. Verle era casi la razón esencial de mi viaje. Deep Purple se había disuelto para entonces y él actuaba con su propia Ian Gillan Band. También figuraba en el cartel Wishbone Ash, otra de mis favoritas. Del resto conocía pocas, pero no me importaba. Ya había asistido a festivales como Pinkpop, Torhout-Werchter y Lochem. Se trataba sobre todo de la convivencia. Pero era la primera vez que iba solo, y no sabía cómo me sentaría.

Hallaba algún rincón, escuchaba la música y observaba a la multitud.

Muchachos con vaqueros desgastados y chaquetas de cuero, muchachas con el cabello teñido y imperdibles en las orejas; por doquier flotaba el aroma de la hierba y de frituras grasientas. Rockeros de melena larga y torso desnudo yacían en grupos sobre el césped. Muchas mujeres se tumbaban topless entre ellos. Sobre la muchedumbre ondeaban banderas escocesas, inglesas y galesas.

Artistas corpóreos invitaban a los caminantes a metamorfosearse con colores vivos. Rostros y cuerpos pintados se movían en trance al compás de la música. Había risas, gritos, saltos.

En los extremos del campo se levantaban carpas de cerveza, puestos de hamburguesas y falafel, camisetas baratas, casetes piratas, collares y ropa alternativa. Bajo un árbol, un grupo de skinheads se mantenía aparte: cabezas rapadas, miradas duras, botella de cerveza en la mano.

Ante el escenario hervía la masa. Rockeros, metaleros, hippies - todos se entregaban al frenesí. Se empujaban, saltaban, chocaban hombro con hombro. Los bajos golpeaban el pecho como mazos. Las guitarras aullaban, los cantantes desgarraban sus gargantas bajo las luces intensas. El público vociferaba, arrojaba cerveza, se arremolinaba hacia adelante.

Vendedores ambulantes de cerveza, cargando neveras, abrían paso entre el gentío. De cuando en cuando alguien susurraba "hashish" al pasar. Hombres vestidos con túnicas blancas al estilo indio intentaban entablar conversaciones espirituales con quien estuviera dispuesto a escuchar. Corría abundante bebida - algo que, de haber ido con mis amigos, también habría hecho. Pero, en soledad, sentía menos inclinación.

No participaba del todo en aquella marea humana. Sin un grupo era yo un observador. Contemplaba todo desde

cierta distancia, incluso las bandas por las que había venido. Aun así procuraba sacar lo mejor de la experiencia. El clima era benigno, el ambiente vibrante. Si una banda no me interesaba, paseaba entre los puestos, me compraba una cerveza o una hamburguesa. Había sobrada distracción, incluso fuera del recinto.

Por las noches, tras finalizar los conciertos, solía recorrer el área de acampada. Entre tiendas, furgonetas y caravanas la fiesta continuaba sin descanso, hasta que la gente caía rendida. Se asemejaba a los festivales que conocía, si bien aquí todo parecía un punto más salvaje, más rudo.

Todo Perdido

Al final no resultó tan arduo hallarme solo. Aquel aislamiento me concedía incluso cierta sensación de libertad: no pertenecer a ningún grupo, permanecer anónimo. Podía observarlo todo a mi antojo y dejar correr mis pensamientos.

Por las noches dormía en una gran tienda común, situada junto al recinto del festival y destinada a los visitantes. Durante el día dejaba allí mi bolsa con el saco de dormir y mis demás pertenencias; cargar con ello constantemente era demasiado fatigoso, y otros hacían lo mismo. No parecía representar peligro alguno... hasta el último día.

Había comenzado el éxodo. Visitantes con mochilas y banderas ondeantes abandonaban el recinto en largas hileras. Del césped ya nada quedaba. Solo persistía una planicie reseca, sembrada de vasos de plástico, latas vacías, colillas, tiendas rotas y sacos de dormir desgarrados. Por doquier ascendían volutas de humo de pequeños fuegos moribundos.

Me encaminé hacia la tienda para recoger mis cosas.

Mas mi bolsa había desaparecido. Miré una vez. Otra. Nada. El corazón se me desbocó. ¿Todo perdido? ¿Mi saco, mi ropa... simplemente esfumados? No podía ser cierto.

Busqué durante largo rato, dentro y fuera del terreno; incluso entré en Reading. En vano. Había un puesto policial en el festival y allí denuncié el hurto. El agente dijo que, si hallaban la bolsa, la enviarían a los Países Bajos. Poco consuelo me brindaba aquello. Caía ya la tarde y el frío comenzaba a arreciar. Solo llevaba mis pantalones, mis zapatos y mi chaqueta de cuero; por fortuna aún tenía conmigo el dinero y el pasaporte. Debía hallar un lugar donde dormir.

Para serenarme, volví a adentrarme en Reading. Sin proponérmelo, mis ojos se posaban en las casas. Eran distintas a las de mi tierra. Los tejados tenían otra traza, sin apenas aleros; los ladrillos tendían más al rojo que al pardo; las ventanas eran pequeñas. Los jardines estaban cercados por muros de piedra. Era, sin duda, otro mundo.

Bhagwan y el envoltorio que se abre

Encontré grupos de gente por el camino. Algunos levantaban la mano de forma espontánea y lanzaban gritos hacia mí, evidentemente ebrios. De pronto, una muchacha se me acercó con un fajo de formularios de alguna campaña. Me preguntó si quería colaborar.

“De acuerdo”, dije, “pero entonces quisiera que tú también hicieses algo por mí.”

“¿Qué quieres decir?”, respondió perpleja.

“Busco un lugar donde pasar la noche. Quizá puedas ayudarme.”

Le expliqué que me habían robado y que apenas abrigaba esperanza de recuperar mis cosas.

“Lo preguntaré a un amigo”, dijo.

“¿Firmas tú mientras mi formulario?” Se trataba de una campaña contra el hambre en el Tercer Mundo, causa con la que no tenía reparos. Volvió radiante: su amigo tenía una cama libre. Qué alivio. Por el momento estaba a salvo. No mucho después caminábamos los tres hacia su casa.

Eran seguidores de Bhagwan. Me contaron que habían viajado a la India y que habían quedado hechizados por su enseñanza. Aquel proyecto contra el hambre procedía también de su movimiento. Poco sabía yo de Bhagwan, salvo que poseía trescientos sesenta y cinco Rolls-Royces - uno para cada día, que predicaba la libertad sexual y que, según él, la verdadera senda espiritual solo comenzaba cuando uno se liberaba de las preocupaciones materiales. Ignoraba por completo su supuesta dedicación a los pobres.

Lo habían conocido en persona, y para ellos era una suerte de mesías. Según su interpretación, su mensaje se resumía así: quien renuncia a su ego hace espacio a su verdadero ser.

“Primero debe desprenderse el envoltorio, para que el paquete pueda ser abierto”, dijo el amigo.

“Es una hermosa imagen”, respondí.

Yo acababa de perderlo todo, mas su serenidad y convicción me ofrecían un inesperado asidero, aunque su universo espiritual fuera muy distinto del mío. Charlamos un poco más, sin alargar la noche. Al día siguiente nos despedimos y les agradecí su hospitalidad.

En camino hacia la estación, numerosos pensamientos se arremolinaban. Inicialmente deseaba dirigirme a Berlín, pero deseché esa idea. También podría haber regresado a casa; tendría sentido, reponer mis pertenencias, recomponerme. Mas algo en mí se rebelaba. Volver tan pronto me habría sabido a derrota, a cerrar un capítulo que aún no

había concluido. No quería regresar cabizbajo. Sentía nacer una inquietud, una sed de aventura. Inglaterra me atraía. Londres estaba cerca. Quizá hallaría allí trabajo. A casa siempre podría volver más tarde.

Un nuevo comienzo en Londres

En Londres entré en la primera agencia de empleo que encontré. Serían cerca de la una. Detrás del mostrador se hallaba un hombre.

“¿Qué deseas?”, preguntó.

“Un trabajo”, dije.

“Muy bien. Deja tu nombre y dirección y llámame hacia las cinco.”

Le expliqué que no tenía dirección alguna.

“Entonces usa provisionalmente la de esta oficina.”

“Qué diligentes son aquí”, pensé.

A las cinco, cuando llamé, en efecto había un puesto para mí. Buscaban un lavaplatos en una cervecería. ¡Qué fortuna! Podía comenzar al día siguiente. Debía presentarme a las tres de la tarde. Dije que me hallaba cerca de la agencia y que deseaba recoger la dirección, lo cual le pareció bien.

Me entregó también un plano del metro. Mientras recorría las calles, tomé plena conciencia de lo que ocurría: me quedaría allí. Tenía trabajo. Londres era ahora también mi ciudad. Me sentía en éxtasis y aspiraba con avidez aquel aire nuevo de mi futura morada. Se desplegaba ante mí. Anhelaba descubrirla.

La Señora de Róterdam

En la cervecería trabajaba una señora que hablaba neerlandés. Era oriunda de Róterdam y llevaba ya muchos años viviendo en Londres con su esposo inglés. Me contó cómo había llegado hasta allí - por amor, desde luego. Mas aquello había sido muchos años atrás. Un suspiro, seguido de un breve silencio, dejaba entrever que la vida no siempre había sido benigna con ella desde entonces. Le complacía volver a conversar en neerlandés y permanecía casi todo el tiempo a mi lado. Durante las pausas para fumar salíamos juntos y me relataba, por fragmentos, la historia de su familia.

Tenía tres hijos, de los cuales uno había caído en la esclavitud de las drogas. Apenas lo veía. Deambulaba por Londres, alojándose ora aquí, ora allá. A veces aparecía para pedir dinero. Ella solía dárselo, aun sabiendo que probablemente lo gastaría de inmediato en su vicio.

“Nada puede hacerse”, dijo. “Esa sustancia posee tal fuerza que ninguna hierba puede contrarrestarla. Han de quererlo ellos mismos. A nadie se puede obligar a dejarlo.”

Me resultaba espantoso: ver a tu propio hijo hundirse y no poder intervenir.

“Solo queda esperar - añadió, aspirando hondo de su cigarrillo - y confiar en que no sucumba. Lo hemos intentado todo. Mi marido lo ha buscado varias veces para conseguirle un programa de desintoxicación. Todo en vano. Al final dijo: me lavo las manos. Estaba a punto de quebrarse él mismo. Y esto dura ya unos diez años.”

No me atreví a preguntar cómo se había llegado a tal extremo. No era asunto mío y tampoco deseaba juzgarla. Quizá hubieran sucedido cosas desafortunadas, pero no quería insinuar que los padres fueran parte del problema.

Esa discusión no quería tenerla con ella; era demasiado afable.

Para no arrastrar a la familia en la caída del muchacho, ella mantenía el ánimo en alto y se mantenía firme para los demás. Por fortuna, los otros hijos no padecían tales tribulaciones. Sus dos hijas estaban casadas y ella era ya abuela de cuatro nietos.

Su relato quedó prendido en mi memoria - una lección de impotencia y de cómo se sigue esperando aun cuando ya no se tiene influencia alguna.

Bajo el Cielo de Neón

Tras mi jornada, a las nueve de la noche, podía regresar al albergue estudiantil donde había dormido la noche anterior por cinco libras. Un lujo que no podría permitirme por mucho tiempo, desde luego, no si además quería comer y de vez en cuando beber una cerveza. Todo era tan desmesuradamente caro aquí. A diferencia de la víspera, cuando el agotamiento me precipitó al lecho, aquella noche no lograba decidirme a acostarme tan temprano.

La ciudad ejercía una atracción inmensa. Movimiento y bullicio por doquier: taxis que pasaban rozando la acera, neones que fulguraban sobre pubs, cines y clubes de dudoso prestigio. Fachadas encendidas de un rojo chillón, letreros estridentes, carteles desconchados de bandas punk y consignas políticas. El olor de la curry y de las *chips* con vinagre se mezclaba con los gases de escape de los pesados autobuses de dos pisos.

Artistas callejeros ejecutaban sus trucos; un saxofonista lanzaba un motivo de jazz junto a la entrada del metro. Los pubs rebosaban. En su interior resonaban risotadas y el repiqueteo de los vasos de pinta.

Gentes de todos los colores y procedencias desfilaban ante mí. Tipos, rostros, miradas. Vagabundos acurrucados junto al bordillo. *Punks* desparramados en la acera. Un panorama de almas, comprimidas en aquella estrecha franja de tierra. Cada cual con su propia historia - y la mía empezaba a entrelazarse con la suya.

En un *pub* pedí una pinta de *lager* en la barra - más de medio litro, sin espuma, que para los ingleses no era sino aire. Busqué un rincón tranquilo, pero no fue fácil; estaba hasta los topes. Aun así, el ambiente era cordial. Todos eran conscientes de la estrechez y procuraban, dentro de lo posible, hacerse espacio unos a otros. Al fin me acomodé en una mesa alta donde estaban unos americanos: tres muchachos y una joven.

Su atuendo y su porte los delataban: hijos de familia acomodada. Conversé con la joven y le conté mis primeras impresiones de Londres, en especial la extraordinaria variedad de pueblos y razas que me fascinaba. Aquello pareció tocar un nervio sensible.

“Las razas no han de mezclarse”, dijo con firmeza.

“¿Por qué no?”, pregunté.

“Cada cual con los suyos - así son más felices.”

“Pero ya ocurre”, respondí. “Mira alrededor. Lo mejor es aceptarlo.”

Ella asintió. “Quizá aquí. Pero yo no querría vivir de ese modo.”

Los muchachos se sumaron entonces a la charla. Eran más moderados: según ellos, personas de otras razas podían convivir en el mismo barrio, siempre que tuvieran educación y una buena ocupación.

A mí me parecía extraño, tan rígida distinción. Jamás habíamos recibido tal enseñanza en mi hogar.

Al mismo tiempo comprendí cuán natural me resultaba

que la gente se mezclase, viviese, se encontrase. Tal vez porque yo mismo me hallaba en medio de ello: un extraño en una ciudad extraña que, pese a todo, se sentía de algún modo acogido.

Así comenzó mi tiempo en Londres. Sin plan alguno, sin pertenencias, sin idea de hacia dónde me conduciría el camino. Pero tenía trabajo, una cama para la noche, y más allá de eso todo estaba abierto.

Casa Ocupada en Earls Court

Los primeros días en Londres me infundieron esperanza. Mas no tardó la realidad en reclamar su lugar. Tras unas cuantas noches en el centro estudiantil, mi dinero estaba prácticamente agotado.

Necesitaba hallar otra solución. Durante mis deambulaciones por la ciudad llegué a Earls Court. En una calle flanqueada por airoas casas señoriales vi que varias estaban vacías y habían sido forzadas. Puertas derribadas, ventanas destrozadas, y en el interior reinaba un caos absoluto. En el sótano de una de aquellas viviendas todo se hallaba todavía en un estado pasablemente aceptable. La puerta permanecía abierta, pero los cristales seguían en su sitio. El conjunto causaba una impresión sorprendentemente ordenada. Aquí y allá había algo de despojos. Aquello era una oportunidad inusitada.

Lo limpié todo. Contra la pared había un viejo colchón; lo puse en el suelo. Una cortina que aún colgaba de un solo extremo del riel la usé como manta. Cerré la puerta. No podía echar llave. Poco sentido habría tenido, pues por la casa cualquiera podía entrar. Este sería, por ahora, mi albergue. Lo que viniese después ya se vería.

El trabajo en la cervecería fue de corta duración. El

empleado de la agencia ya había dicho que se trataba de algo temporal y me prometió algo mejor. El nuevo empleo sería mucho más llevadero, y tendría más horas. Sonaba a un buen arreglo. A los dos días pude comenzar en un almacén de Toyota, un centro de distribución de piezas de automóvil para todo el Reino Unido.

El inconveniente era que debía ir desde Earls Court hasta Chiswick en metro, donde se encontraba el almacén. Ir a pie era imposible; la distancia era demasiado grande. Pero no podía pagar el pasaje. Tras un solo viaje, mi dinero se había esfumado. Tenía trabajo, sí, pero el salario se abonaba una vez por semana, el viernes, y apenas era jueves. Necesitaba pedir prestado. Con mi jefe, Scott, hice enseguida buenas migas. Le pregunté si podía adelantarme algo. No puso objeciones. Lo que entonces aún ignoraba era que aquel hombre llegaría a ser una figura importante en mi vida londinense.

El viernes por la tarde recibí por fin mi paga y quise celebrarlo con una botella de vino y una visita al cine. Había visto que cerca proyectaban un documental sobre Jimi Hendrix. Ese quería ver. Compré una botella de vino, la oculté bajo la manta en mi habitación y me dirigí a la película.

Llevaba todo el día aguardando este pequeño deleite - por fin algo de lo que disfrutar. Pero cuando regresé, la botella había desaparecido. Levanté la manta - nada. ¿Cómo era posible? ¿Había entrado alguien? ¿Lo sabría quien fuese? ¿Quién, si no, miraría debajo de un viejo cortinaje? Aquello me cayó como un jarro de agua fría. Mientras seguía allí lamentándome, escuché música y voces en un piso superior.

“Deben de ser ellos”, pensé.

Ya me había dado cuenta de que por las noches entraba gente en mi estancia. Me dejaban tranquilo y por eso no lo

vivía como una amenaza. Pero por la mañana despertaba rodeado de objetos de lujo que habían dejado: equipos de música, televisores, botellas de champán. Por la noche, a mi regreso del trabajo, ya no había nada.

Furioso subí la escalera hasta la planta más alta. Abrí la puerta de donde provenía el ruido. Allí estaban, unos cinco hombres. Les pregunté en tono airado si habían robado mi botella de vino; algo que en mi fuero interno ya sabía.

Rompieron a reír por mi vehemencia y exclamaron: “Siéntate con nosotros, aquí hay bebida de sobra.”

Me recibieron con cordialidad y enseguida me ofrecieron de todo. Hachís, bebida, comida - nada faltaba. Mi enojo se disipó como nieve al sol.

Eran unos escoceses recién salidos de prisión. Apenas habían recobrado la libertad y ya estaban otra vez en el viejo oficio.

“Esos objetos de abajo... ¿son vuestros?”, pregunté.

“Yes, yes.”

“¿Y por qué los dejáis allí? Si viene la policía, pensarán que soy yo quien los ha robado.”

Pero no les apetecía subirlos todo el tiempo hasta arriba.

“Hemos encontrado un buen vigilante”, dijeron riendo.

Nada parecía preocuparles - y aquello tenía cierto encanto. Aquella noche me quedé un buen rato. El lugar estaba agradablemente cálido. Incluso habían logrado hacer funcionar una vieja estufa de gas.

Su despreocupación era contagiosa, pero yo sabía que no quería quedar atrapado en su mundo.

Tras un tiempo comencé a sentirme cada vez menos a gusto. No era un sitio seguro. Todo quedaba abierto; en cualquier momento alguien podría entrar o surgir algún lío. No es que yo poseyera gran cosa. Todas mis pertenencias cabían en una bolsa de plástico que llevaba siempre

conmigo. Pero ahora que ganaba algo de dinero, pensé que había llegado el momento de aspirar a algo mejor.

Mi Canto

De vez en cuando dormía también en casa de Scott, que vivía no lejos del trabajo. Era un hombre de unos cuarenta años, oriundo de las cercanías de Hull: afable, agudo de ingenio y sociable. Se preocupaba un poco por mí y me abría nuevos horizontes, por ejemplo en materia de música.

Yo llevaba en mi chaqueta un botón con la efigie de Jim Morrison. A Scott no le decían nada The Doors. Según él, aquello era antigualla.

“Escucha lo que está pasando ahora,” dijo.

“El rock es cosa del pasado. Eres demasiado joven para vivir en el pasado.”

Me resistí. ¿Cómo podía desestimar así a uno de mis ídolos? Mas poco a poco fui soltando lo antiguo y abriendo mis oídos a sonoridades nuevas.

Me sumergí cada vez más en la vida nocturna. Era tanta la oferta, especialmente en el ámbito musical. Cada día había conciertos - desde nombres consagrados hasta bandas que apenas daban sus primeros pasos. Se sucedían los más variados estilos y corrientes, muchos de los cuales jamás habría oído fuera de Londres. Éste era el corazón palpitante de la industria musical británica. Aquí acontecía todo.

Bandas ambiciosas acudían a Londres en busca de gloria, esperando llamar la atención de los jefes de A&R y de los críticos musicales. Apenas surgía algo nuevo - una banda o un estilo - todos se precipitaban sobre ello. La prensa, los sellos discográficos, los clubes, los aficionados - todos querían ser partícipes. Las discográficas deseosas de promover sus grupos les procuraban actuaciones en la

ciudad donde debían probar su valía. Quien no convencía desaparecía tan rápido como había llegado. Todos luchaban por un lugar bajo los focos.

Me cautivó la corriente *New Romantic* - música de sintetizadores. No más solos de guitarra desgarradores, sino ritmos electrónicos y melodías pegadizas. *New Life*, de Depeche Mode, se convirtió en mi himno personal. Representaba todo cuanto yo intentaba: desprenderme de viejos patrones, ensanchar mi mirada, reinventarme. Sentía como si la canción hubiese sido escrita para mí. Una vida nueva, una energía nueva; encajaba a la perfección.

No solo cambió mi gusto musical, también mi estilo se transformó por completo. Comencé a prestar más atención a mi vestimenta, recorrí tiendas de segunda mano, y procuré crear una apariencia lo más original posible. Incluso mi peinado hubo de ceder: las melenas medio largas dieron paso a un corte moderno y breve. La metamorfosis quedó consumada.

Aquel nuevo estilo me llevó igualmente a nuevos lugares. Varias veces por semana asistía a conciertos. La banda que más profunda impresión me causó fue OMD (Orchestral Manoeuvres in the Dark). Les vi dos veces en el Hammersmith Odeon, y aquello fue para mí la cumbre. También asistí a actuaciones de Depeche Mode, The Cure, Flock of Seagulls, Duran Duran, Ultravox, Gary Numan y otros más.

Por lo general intentaba entrar sin pagar - y a menudo lo lograba. Normalmente había una multitud ante la taquilla y no suficientes acomodadores para vigilar todo. Apenas se presentaba la ocasión, me escurría hacia dentro. Pero con ello no estaba aún a salvo. Salas como el Hammersmith Odeon solo tenían asientos. Era preciso reservar una butaca de antemano. Si uno deseaba sentarse en algún lugar, un

acomodador revisaba el billete y conducía al espectador hasta su plaza. Yo permanecía por ello primero en el pasillo. Cuando el concierto ya había comenzado y los acomodadores se retiraban, buscaba un asiento vacío. Pero incluso entonces debía permanecer alerta: si el verdadero poseedor del billete aparecía, estaba perdido.

Scott y yo solíamos salir juntos por la ciudad los fines de semana. Él mismo había partido hacia Londres siendo apenas un muchacho y ahora quería enseñarme el camino. Me sentía a gusto a su lado. Era para mí como una suerte de padre. Fuese lo que fuese, siempre podía acudir a él.

Deambulábamos por Notting Hill, Portobello Road, Camden Town y otros barrios semejantes. Quería acercarme al espíritu de Londres: sus callejuelas, mercados y tiendecillas. No había aquí un verdadero centro; parecía más bien que varias ciudades hubiesen sido fundidas en una, cada una con su propio carácter.

Visitábamos también encuentros deportivos, como rugby league y hockey - los deportes predilectos de Scott. A ellos acudíamos juntos. Y no podía faltar el fútbol: en un repleto Wembley vimos a Inglaterra vencer a Hungría por 1-0. Una vez incluso consiguió dos entradas para asistir en directo a la grabación de "Top of the Pops".

Me llamaba "Klomps". Según él, todos los neerlandeses caminaban sobre zuecos. Cuando en cierta ocasión me preguntó por la palabra neerlandesa correspondiente, quedó establecido mi apodo.

Cuando estaba solo también gustaba de hacer largas caminatas. La ciudad era tan vasta y tan variada que tras cada esquina aguardaba algo nuevo por descubrir. Con frecuencia acudía a Hyde Park, que quedaba cerca de Earls Court. Un oasis de sosiego y verdor. Para un muchacho del campo, tenía algo de regreso al hogar.

Podía pasear allí durante horas, o simplemente tumbarme en la hierba. Olvidar por un momento el estrépito, dejar volar la mente. Lentamente comencé a sentirme realmente en casa en esta ciudad. Londres ya no era solo escenario - se había convertido en mi propio relato.

Desde mi partida, aproximadamente mes y medio antes, no había dado señales de vida. Para tranquilizar a mis padres, les escribí una carta. Les conté mis peripecias y que me iba bien en mi nuevo mundo.

Valle Canguro

Entretanto llevaba ya algún tiempo buscando otro lugar donde pasar las noches. En una calle cercana al caserón descubrí un albergue. Tenían una cama libre, aunque debía compartir la habitación con otros. Eso me pareció bien. El precio era además razonable para los usos londinenses: veinticinco libras por semana. Conocí a los muchachos de mi dormitorio. Todos provenían de Australia o de Nueva Zelanda. Más aún: todo el albergue estaba lleno de *Aussies* y *Kiwis*. No en vano llamaban a Earls Court *Kangaroo Valley*. Para muchos de ellos, Inglaterra era la tierra de sus antepasados - el antiguo país madre que deseaban conocer mejor.

Me resultaba difícil integrarme. Permanecían sobre todo entre sí y se comportaban a menudo como una pandilla de jóvenes desatados en una gran ciudad. Mostraban poco respeto, y en ocasiones eran francamente bruscos o despectivos. El ambiente no siempre era agradable. Por fortuna había un muchacho con quien sí podía llevarme bien. De no haber sido por él, me habría marchado pronto.

Cabeza de Queso

En el trabajo mi mundo era más sencillo: clasificar piezas y colocarlas en los estantes adecuados. Casi todos allí hacían lo mismo. Al cabo de cierto tiempo oí entre los pasillos una vocecilla estridente que repetía: “¡Kaaskop!” Me tomó un momento comprender que oía algo en neerlandés. ¿Alguien me estaba llamando “*cabeza de queso*”? ¿Quién podría ser? ¿Sería un neerlandés? Parecíame improbable que un inglés conociese aquel término.

Pasaron algunos días antes de averiguar quién era. Cuando por fin lo descubrí, resultó ser Fred - un sudafricano blanco. Se burló de mí porque había tardado tanto. Ni siquiera sabía que era sudafricano; apenas le conocía. Dijo que vivía en Earls Court.

Desde entonces solía ir a la taberna a beber unas pintas con él y con su camarada Theo, que también trabajaba con nosotros.

A medida que le trataba mejor, supe que había pasado por mucho. Una vez, en el pub, me contó que había servido en el ejército sudafricano y que había combatido en varias guerras. En una situación extrema incluso había comido carne humana.

“Es dulce,” dijo.

Las experiencias habían dejado huella. Fred era un hombre alto y enjuto, de mediana edad, con grandes ojos castaños y un rostro picado de viruelas. Bebía todo el día. En el trabajo llevaba siempre una botellita en el bolsillo para soportar la jornada. Tenía los brazos y las piernas tan delgados que uno temía que se rompiesen al menor choque. Pero poseía un corazón cálido, y conmigo siempre fue muy amable. A veces me hablaba en afrikáans, y yo le respondía en neerlandés. Ello daba lugar a momentos

divertidos, en que ambos reíamos de nuestras palabras y pronunciación.

Fuera, junto a la taberna, fumábamos alguna vez un porro juntos. Él tenía una hierba potentísima, *Durban Poison*, llegada directamente de Sudáfrica. Aquello era tan fuerte que con una sola calada yo quedaba completamente noqueado.

Fred conocía lugares donde se podía seguir bebiendo después de la hora de cierre. No eran cafés, sino salones particulares. Una vez pude acompañarle. Sentía curiosidad. Me presentó a los moradores y luego pude sentarme en algún rincón. No había música, ni atmósfera - nada que hiciese el ambiente acogedor. Hombres y mujeres de cierta edad estaban allí sentados bebiendo en silencio. Para mí fue una estampa tristísima. Tras aquella única visita, lo consideré suficiente.

Cuando la proximidad roza demasiado

En el trabajo corrían rumores de que Scott era homosexual. Yo nunca había notado nada, pese a que solía alojarme en su casa. Pero una noche me preguntó si quería acostarme con él en la misma cama. No entendí la razón. Jamás lo había hecho antes. Pero la cama era lo bastante grande, y no me pareció un problema. En mitad de la noche sentí de pronto su mano sobre mi cuerpo. Me sobresalté, le aparté, y permanecí luego en tensión. Por fortuna no ocurrió nada más.

Al día siguiente se lo mencioné. Dijo que había creído que la colega Tara estaba acostada a su lado. Aquello me pareció poco verosímil, pero decidí dejarlo así. No quería que nuestra relación se quebrase por ello; le tenía demasiado aprecio. Tampoco era para tanto. El que fuese quizá

homosexual no le convertía en otro hombre. Era el mismo buen tipo. Pero desde entonces ya no dormí con él en la misma cama.

Más esperanza que amor

Yo, por mi parte, sí anhelaba compañía femenina. Scott tenía un amplio círculo de amistades, hombres y mujeres. A través de él conocí a una joven que me agradó: Agnes. Vivía en un lugar precioso, al borde de un parque. Desde su habitación se divisaba todo el verdor. También yo le caía bien, aunque no lo bastante. Pasábamos ratos juntos y me permitió quedarme algunas veces a dormir, con la condición de que no intentase nada. Y yo cumplía, esperando que algún día cambiase. Pero no ocurrió, y nuestras sendas volvieron a separarse.

Un golpe en Shepherd's Bush

Londres era una ciudad repleta de oportunidades, pero también de contrastes. Constantemente me encontraba con otros mundos, culturas y valores. No todo era hermoso o fascinante. Algunas experiencias señalaban mis límites, o los ampliaban.

Una noche estaba con algunos extranjeros en una taberna en Shepherd's Bush. Me acerqué a la barra para pedir una ronda. Mientras aguardaba mi turno, recibí de pronto un golpe en el costado del rostro. No fue muy doloroso, pues más me alcanzó el hombro, pero el susto fue grande. Era un hombre negro. Estábamos en una taberna frecuentada sobre todo por gente de color.

Miré al tabernero - no hizo nada. Su silencio dejaba claro que debía arreglármelas yo mismo. Me mantuve

alerta; miré hacia atrás, hacia mis compañeros, pero no habían notado nada. El hombre que me había golpeado estaba evidentemente ebrio - ello explicaba mucho. Le pregunté de frente por qué había hecho tal cosa. Masculló algo confuso sobre los blancos, como si yo debiese sentirme culpable de algo, y se dio la vuelta. Poco pude hacer con ello y pensé: “¿A qué viene todo esto?”

La “iglesia” en Fulham

Algún tiempo después fui testigo de un fenómeno que tampoco logró granjearse mi favor. Cada domingo por la mañana organizaba una taberna de Fulham un espectáculo de striptease que los huéspedes del albergue, con sorna, llamaban “la iglesia”. Cada semana acudían allí en grupo.

Mi camarada australiano decidió ir en cierta ocasión y me invitó también. En un pequeño escenario, ante unos cincuenta espectadores, una joven exhibía sus destrezas con consoladores, botellas, frutas y otros adminículos. Ejecutaba toda suerte de acrobacias con las que, sobre todo, mostraba cuánto podía admitir su parte más íntima. La mayoría se mostraba entusiasta, mas para mí aquello era lo contrario de lo erótico. No despertaba anhelo alguno - más bien repulsión. Me costaba mirarlo. Una sola vez bastó.

Una habitación para mí solo

Estaba harto del albergue: demasiado bullicio, demasiado poco descanso. Yo debía trabajar de día, y aquella gente vivía a sus anchas con dinero de casa. Había, no obstante, una alternativa - aunque temporal. Había conocido a Yves, un francés, y podía alquilar su habitación por una semana. También en Earls Court.

Él regresaría por un breve tiempo a Francia. Por treinta libras estaba hecho, los mismos gastos que él tenía. Era un cuarto amplio en la planta baja, con vista a la calle. Contra la pared del fondo había una gran cama matrimonial. Además, disponía de un hornillo, un refrigerador, un armario y un lavabo con agua corriente. Acepté.

Por primera vez tenía una estancia para mí solo - con una puerta que podía cerrarse con llave y sin nadie de quien depender. Sentí como si adquiriese un grado de control sobre mi vida en esta ciudad. Aunque fuese por un breve lapso.

La doncella de Earls Court

Tras mi fallida aventura con Agnes conocí en Earls Court a otra joven: Sarah. La veía a menudo en la misma callejuela - vestida con esmero, andar seguro, mirada que nada parecía perturbar. Al principio pensé que simplemente pasaba el tiempo allí, como tantos otros. Solo más tarde comencé a comprender qué hacía realmente.

Tenía dieciséis años, era hermosa, y se había fugado de casa. A diferencia de Agnes, que llevaba una existencia previsible, vivía Sarah con aparente desenfado en un mundo áspero. Era alguien que se ofrecía a hombres mayores. Estos la recogían en coche, para devolverla luego al mismo sitio. Trabajaba sobre todo al anochecer y recorría siempre la misma franja de calle, para que sus clientes pudiesen hallarla con facilidad.

Debía de tener fortuna para poder hablar con ella un instante. A menudo estaba demasiado pendiente de los coches que transitaban, buscando sin pausa a posibles clientes. A veces bajaba una ventanilla y asomaba la cabeza de algún hombre mayor, que le hacía señas.

Entonces corría hacia él, se apoyaba con los codos en la ventanilla y ponía en marcha sus artes de seducción: suaves caricias en su brazo y en su rostro, movimientos rítmicos de caderas y hombros. Con una mirada lánguida y su voz dulce le atraía a su mundo - suave, tranquilizadora, sin violencia. El prelude comenzaba ya en la calle.

No alcanzaba yo a comprender cómo podía dejarse usar por aquellos individuos turbios. Había en mí algo que deseaba protegerla, cuidarla.

“Bien debía de haber vivido lo suyo,” pensaba yo.

Mas no la veía triste, ni desesperada. Siempre estaba animada y nada parecía afectarla.

Me agradaba, pero era indómita e independiente. Ganaba buen dinero - llevaba su propia vida. No necesitaba de mí.

Le conté que dispondría de una habitación propia durante una semana. Eso llamó su atención. Propuso de inmediato recibir allí a sus clientes. Yo percibiría una parte de la ganancia.

“¿He de ser tu *rufián* ahora, Sarah?” le pregunté.

“No, no,” dijo, “puedes ganar un poco de dinero extra.”

Vacilé. Parte de mí se sintió halagada - como si de pronto se me adjudicase un papel en su mundo. Tal vez pudiera por fin significar algo para ella. Quizá llegara incluso a gustarle.

Pero al mismo tiempo sentí resistencia.

¿En qué me estaba metiendo, con todos esos desconocidos entrando y saliendo del cuarto de Yves? ¿Quién sabía lo que allí podía suceder? Pese a su atractivo, prevaleció la prudencia. Me pareció, en fin, que no era buena idea, y respondí que no.

Sentí con claridad el límite dentro de mí - un hilo tenue entre ayudar y ser utilizado, entre cercanía y pérdida de la

propia integridad. Sarah podía arreglárselas sola. Y yo debía aprender a contentarme con ello.

Boris

Desde que moraba en Earls Court pasaba con frecuencia junto a un mendigo, Boris, un polaco. Ocupaba siempre el mismo lugar para pedir limosna. Los días tornábanse cada vez más fríos, y cada vez que le veía allí sentado, crecía en mí un sentimiento de compasión más hondo.

Una tarde, cuando llovía a cántaros y él intentaba mantenerse seco bajo el exiguo cobijo del portal de un edificio, no pude soportarlo más. Le dije que podía dormir en mi habitación. Él me miró tan solo - lleno de incredulidad. Pero me mantuve firme, y al cabo consintió.

Le ayudé a incorporarse - sus piernas temblaban y cada paso parecía exigirle un esfuerzo desmedido. Puso su brazo sobre mi hombro, y así avanzamos, arrastrando los pies bajo la lluvia torrencial, hacia mi cuarto. Hablar era difícil. Mascullaba palabras ininteligibles. No sabía si me comprendía.

Ya dentro, le pregunté si deseaba comer algo; podía asimismo lavarse el rostro y las manos. Nada de eso quiso. Anhelaba dormir. Y entonces comprendí que no había sope-sado bien la situación. ¿Qué había de hacer ahora, Boris y yo en una misma cama? Debía idear un plan, y resolví que Boris durmiese en un extremo, sobre la colcha. Yo dormiría entre las sábanas. En el armario había algunas mantas adicionales: se las ofrecí. Boris lo aceptó, y en cuanto se recostó, cayó rendido como una roca.

Rechinaba los dientes mientras dormía. Pensé que cesaría, mas continuó sin tregua. Me despertaba una y otra vez

aquel sonido exasperante. Allí dormía él plácidamente, mientras yo no lograba conciliar el sueño.

¿Qué demonios me había impulsado a esto? ¿Por qué debía yo ayudarle, cuando millares de personas pasaban junto a él cada día sin reparar en su desgracia? ¿De dónde nacía ese impulso? Él ni siquiera lo había pedido. ¿Imaginaba yo acaso que podía salvarle - como a Sarah? En parte lamenté haberlo traído conmigo. Lo hice movido por la compasión. Mas ¿hasta dónde llega uno en ello? ¿Dónde se halla el límite?

A la mañana siguiente Yves apareció de improviso en la puerta. Había regresado un día antes de lo previsto. Cuando vio a Boris, tuve que darle explicaciones. Le dije que me había lastimado verle allí, bajo aquel temporal, y por eso le había ofrecido un lugar donde dormir. A Yves no le agradó en absoluto.

“¿Cómo se te ocurre traer a un vagabundo a casa? ¿Quién sabe qué enfermedades tendrán!” dijo, irritado. Me sentí abatido. Las dudas que ya me asaltaban se vieron confirmadas. Había sido una torpeza. No podía ayudar a aquel hombre. Era una ilusión. Solo me perjudicaba a mí mismo y a otros. Tal vez intentaba salvar algo que no deseaba - o no podía - ser salvado.

Boris percibió enseguida la inquietud que había suscitado su presencia. Con gestos me hizo entender que se marcharía de inmediato. Me dolió ver que se sintiera tan poco bienvenido. Ahora había defraudado a ambos.

Cuando Boris salió tambaleándose a la calle, aferrándose a cuanto pudiera servirle de sostén, miré a Yves y noté que su corazón se ablandaba un tanto.

“Fue con buena intención,” dijo al fin.

Me hice a mí mismo la promesa de que, si algún día llegaba a tener un perro, lo llamaría Boris.

Límites de la empatía

Este acontecimiento me afectó más profundamente de lo que había esperado. Me di cuenta de que había pasado por alto algo fundamental: donde creía estar haciendo lo correcto, hacía justamente lo contrario. Eso me confundió - más de lo que quería admitir.

Mientras tanto había perdido mi alojamiento, y recurrí nuevamente a mi única constante: Scott. Le conté lo sucedido y lo que me perturbaba. Poco a poco comenzaba a comprender que en una ciudad como esta, donde tanto está roto y tantos viven en soledad, acecha el peligro de perderse uno mismo en la desgracia ajena. Debía aprender a guardar distancia, a templar mis emociones. No por frialdad, sino por preservación de mí mismo.

Y aun así lo sentía como una traición - una suerte de rendición ante la indiferencia que tanto aborrecía. Una pendiente resbaladiza hacia un mundo donde ya nadie se cuida del prójimo. Una sociedad fría donde la caridad se ha evaporado del todo.

Scott también ayudaba a menudo a otros, pero lo veía de otra manera.

“Hay algo más importante que querer ayudar a alguien,” dijo. “Y es mostrar respeto por su libertad.”

Me dijo que debía aprender a dejar a las personas más en su dignidad, incluso cuando desde fuera parecieran desdichadas. Era su vida, su responsabilidad, su elección. Si alguien pedía ayuda, uno siempre podía decidir intervenir. Pero mientras esa demanda no viniera, tal vez no fuese sino proyección - el propio deseo de sentirse necesario.

Dijo: *“Poner límites es a veces la forma más alta de respeto - hacia ti mismo y hacia el otro.”*

Esas palabras quedaron resonando. Cada cual es dueño

de sí. Con ese pensamiento procuré retomar el hilo de mi vida. Me dio aliento.

Couchsurfing

Tras unos días en casa de Scott volví a vagar, hospedándome donde podía: en casas de colegas, allá donde hubiera espacio. Durante un tiempo hallé cobijo en un albergue para hombres. Todo era transitorio. Todo prestado. Mi vida cabía en una bolsa; mis noches dependían de la bondad de otros.

Intenté también, en un par de ocasiones, alquilar una habitación. Pero entonces habría tenido que pagar tanto dinero por adelantado - al propietario y también a la agencia de habitaciones - que, en conjunto, equivalía a casi un mes de salario. No me seducía la idea, sobre todo porque salía mucho y prefería gastar mi dinero en eso.

“Ya me toparé con algo,” pensé.

Torneo de Fútbol en Gante

Entretanto, el trabajo en el almacén seguía su curso habitual. Fuera de los momentos de mayor ajetreo, todo consistía en esperar, beber té y, de cuando en cuando, desplazar una caja. A mediodía solía ir con algunos colegas al pub para tomar una comida caliente y una pinta. Tras el almuerzo me invadía a veces tal modorra, que apenas lograba moverme; entonces me arrastraba hasta un estante bajo y me acostaba dentro de una gran caja para echar una siesta. Y no era yo el único.

En una ocasión me aventuré a algo deportivo. Entre nosotros trabajaba un marroquí, Abdoul, también camarada de Scott. Él jugaba al fútbol varias veces por semana con amigos y con algunos compañeros del almacén en el

parque. Como antiguo jugador, le pregunté si podría acompañarles alguna vez. Aceptó, mas no podía yo igualar su nivel. Quedó en aquel único ensayo.

Y he aquí que de repente surgió algo inesperado que rompió por un instante la monotonía gris: Toyota había organizado un torneo de fútbol en Gante para todos los centros de Europa occidental. Allí podríamos medirnos durante un fin de semana. Nosotros representaríamos a Inglaterra.

Con unas cuarenta personas en la plantilla, había suficiente donde escoger. Además de Abdoul, existían otros cuantos entusiastas que jugaban regularmente con él. Él armó el equipo, y en él me incluyó. Scott sería el entrenador. Todo quedó dispuesto: el viaje en barco, el hotel, las comidas. Tan solo las bebidas corrían por cuenta propia.

En el barco hacia Zeebrugge entablé conversación con un grupo de belgas. Como viajaba con ingleses, me tomaron por británico. Me hablaban en inglés mientras entre ellos usaban el flamenco.

Quise gastarles una broma y dije que podía entenderlos. No me creyeron, y empezaron a contarme toda suerte de cosas en flamenco para que las tradujese - cosa que hice. Quedaron tan asombrados, que pensaron que yo poseía un don extraordinario.

“Seguro que eres todo un prodigio de los idiomas, ¿eh?”, dijo uno.

Les dejé en su ilusión - y gocé en silencio de haberlos engañado así. Hasta que uno de mis colegas gritó que yo era de los Países Bajos. Entonces cayó el velo y me quedé sin palabras. Por fortuna, los belgas lo tomaron con humor y rieron a carcajadas por haber caído tan fácilmente.

Disputamos cuatro partidos, repartidos en dos días, siempre dos tiempos de media hora. Los equipos que más

puntos obtuviesen debían enfrentarse en la final del domingo. Fue una excursión de lujo, con un buen hotel y magníficas comidas. Por la noche recorriamos los bares del casco antiguo de Gante. Salvo algunas excepciones, solíamos regresar a tiempo al hotel para descansar bien. Los compañeros tomaban el torneo muy en serio.

Era una sensación extraña volver al continente. Se sentía distinto. Aquí se extendía todo un continente a tus pies, y uno se hallaba ligado al resto de Europa. En Inglaterra no se experimentaba eso. Aquella tierra parecía casi separada del mundo. La distancia psicológica que imponía el agua entre isla y continente se había anclado también en mí. Miraba el mundo desde una isla, y ahora estaba “al extranjero”.

Ese sentimiento se desvanecería pronto si regresaba a casa. No distaba mucho. Una idea tentadora. Empecé a dudar y me pregunté qué deseaba realmente. ¿Qué buscaba yo en Londres? ¿Qué buscaba en mi hogar?

Pero sabía que, si volvía ahora, abandonaría algo inasible. No solo una aventura, sino también el proceso de desprenderse, de buscar, de tropezar y recomenzar. Volver a casa era retornar a una piel antigua que ya no me pertenecía.

Por eso permanecí, como parte del equipo. Pronto volvería a la isla. Aquélla era ahora mi mundo y así deseaba que fuese.

Durante los partidos Scott me dejó en el banquillo, y allí seguí. Para cuando alcanzamos la final, no había jugado ni un solo minuto. Tampoco en la final me concedieron entrada. No insistí - ellos eran sencillamente mejores. Pero el gozo no fue menor cuando resultamos campeones y pudimos llevar el trofeo de vuelta a Londres.

Dead Kennedys en Brixton

En Brixton habrían de presentarse los Dead Kennedys. Nunca fui propiamente adepto del punk, mas músicas afines - The Clash, The Stranglers, Siouxsie and the Banshees, de quienes Scott hablaba con auténtica devoción - sí me agradaban. De los Dead Kennedys apenas conocía una sola pieza, que, para mi sorpresa, no sonaba mal del todo. Resolví, pues, asistir al concierto. Sin embargo, no mucho antes habían estallado disturbios raciales en Brixton. Scott me desaconsejó ir. A mí me pareció una exageración. A fin de cuentas, aquellos sucesos habían ya quedado atrás.

Llegué demasiado temprano cuando bajé del metro; faltaba casi una hora para que comenzase el concierto. Para matar el tiempo entré en el primer pub que hallé y pedí una cerveza. Todos los presentes eran negros; yo era el único visitante blanco. Aunque el local estaba tranquilo, los pocos que allí se encontraban me miraron con escasa amabilidad al cruzar el umbral. Me sentí profundamente incómodo. Aún recordaba con nitidez mi experiencia anterior en el pub de Shepherd's Bush.

Normalmente habría pedido una pinta, mas ahora me limité a media. Me senté a una mesa y, algo encogido, observé mis alrededores. Nada sucedió, pero la tensión era palpable; quizá era solo mi imaginación, alimentada por los relatos que Scott me había hecho. Me sentía vulnerable y procuré, con aquella media pinta ante mí, ser la presencia más neutra posible en aquel recinto.

De pronto, alguien desde una mesa cercana me gritó qué hacía yo allí. Respondí que iba a un concierto de los Dead Kennedys, que esperaba la hora y que por ello había entrado a beber algo. Pero él replicó que yo nada tenía que buscar allí y que lo mejor era que me largase cuanto antes.

El barman - esta vez sí dispuesto a intervenir - le dijo que me dejase en paz. Hubo entre ellos una breve discusión, tras la cual el cliente guardó silencio. Con todo, era evidente que aquél no era lugar para mí. Apuré mi cerveza, di las gracias al barman y salí. No fue sino después de caminar un buen trecho cuando sentí cómo la tensión abandonaba mi cuerpo.

En el concierto me di cuenta de que había leído mal la hora - ya estaban tocando. El lugar estaba a reventar. Primer movimiento: abrimme paso hasta el bar para una pinta.

Mientras aguardaba mi bebida, miré alrededor. El cuadro era brutal. Toda la multitud estaba pogueando y, entretanto, se escupían unos a otros en la cara. La banda hacía exactamente lo mismo: escupía al público, y todos lo celebraban. Por doquier veía dedos índice y corazón alzados hacia el escenario. Era una gran masa en movimiento, con un llamativo grado de tolerancia hacia cuanto allí sucedía.

Deseaba encontrar un rincón tranquilo desde donde contemplarlo todo en su plenitud, y comencé a abrimme paso hacia un lateral - junto a la pared había aún algo de espacio. Pero a cada medio metro alguien me pedía un sorbo de mi cerveza. Cuando por fin llegué al lugar deseado, mi vaso estaba casi vacío.

“Tendré que racionármelo”, pensé.

Volver a la barra no tenía sentido.

Un penetrante olor a pegamento saturaba la sala. En una escalinata junto al escenario, jóvenes aspiraban los vapores. Las bolsitas de plástico que sostenían contra el rostro se inflaban y desinflaban al ritmo de su respiración. Tan jóvenes y ya tan entregados a la destrucción - no lograba comprenderlo. Muchachos y muchachas de mi edad, o incluso menores, que parecían no guardar respeto alguno por su vida. ¿Qué les había sucedido? ¿Qué pensa-

mientos anidaban en sus mentes? ¿Qué desilusiones no habían podido superar?

Me dolió contemplarlos allí, tan abatidos. Recordé a la mujer holandesa de la cervecería y a su hijo adicto. Debía de ser insoportable ver a tu criatura desmoronarse así. Yo no encajaba en aquel ambiente. Tampoco me cautivaba la música. Era una descarga de energía cruda, una muralla de estrépito. Nada de bellas melodías, ni de armonías inesperadas. Solo enojo y frustración, como si quisieran derribar de un golpe toda la sociedad. No esperé al final; me marché durante la pausa.

Ése no era un mundo del que pudiera - o quisiera - formar parte. No era un "New Life", sino una calle sin salida. No era la aspereza lo que me contrariaba, sino la falta de rumbo. Había ira, sí, pero ninguna esperanza. Mientras yo intentaba crecer, romper cadenas, abrir horizontes, allí parecía que la destrucción era la única lengua del descontento. Ese sendero no era el mío.

El sistema de clases británico

Comencé a preguntarme si aquella energía destructiva de la juventud no brotaría de algo más hondo: una sociedad donde el lugar de cada uno estaba fijado de antemano. Muy pronto observé cuán firmemente arraigado seguía el sistema de clases en el Reino Unido. De un pueblo que tanto se enorgullece de su Magna Charta habría esperado otra cosa.

La jerarquía era interminable: de la lower class a la middle class, luego a la upper-middle, y finalmente a la upper-upper class. El modo de hablar mudaba con cada escalón - cuanto más alto, más rígida la garganta. Como si la lengua fuese una contraseña que abría o cerraba puertas.

Caros internados y universidades mantenían esta sepa-

ración - fuera del alcance del hombre común. Los conocimientos que se adquirirían allí - y, más importante aún, las redes - circulaban dentro de los mismos círculos elevados.

En los Países Bajos crecimos con la idea de que todos, en esencia, somos iguales. La riqueza puede admitirse, pero no las pretensiones. Aquí, en cambio, había quienes parecían sinceramente convencidos de su superioridad - y actuaban en consecuencia.

Lo vi en un pub. Un joven, claramente de buena cuna, estaba bebiendo con unos amigos cuando un camarero, por accidente, derramó sobre su manga una pinta entera. El vaso estalló en el suelo. El camarero se disculpó de inmediato y quiso traer una toalla.

Mas no bastó.

El joven estalló en una diatriba que silenció todo el local. Tomó la toalla, la arrojó al suelo y quebró su propio vaso.

“Limpia ese también, miserable sirviente.”, espetó al camarero.

Quedé boquiabierto. Jamás había visto a alguien situarse tan rotundamente por encima de otro ser humano.

Más sorprendente aún: el dueño no intervino. Antes bien, ofreció al agresor una bebida por la “molestia”, como si su estatus lo hiciera intocable. Para mí - criado con la convicción de que nadie debía creerse más que otro - aquello fue un auténtico golpe. Parecía que el propio sistema legitimaba tal desprecio.

Pero si hubiera dependido de mí - y sospecho que del resto del pub también - aquel fanfarrón habría sido arrojado sin miramientos a la calle, de una manera que jamás habría de olvidar.

La economía de la deshumanización

La desigualdad que percibía en las calles hallaba su eco en los medios de comunicación. Allí no sólo se hacía visible la diferencia, sino que incluso se legitimaba. En especial la prensa sensacionalista desempeñaba un papel funesto en ello.

Esto se manifestaba con mayor crudeza en los *tabloids*: periódicos como *The Sun*, *News of the World* y *Daily Mail*, que se alimentaban de escándalo, ira y simplificación. No vendían noticias, sino *indignación*; no ofrecían matices, sino imágenes de *enemigos*. Su visión del mundo era diáfana: siempre hay un culpable - y éste suele venir de fuera o de abajo.

Un ejemplo que permaneció largo tiempo grabado en mi memoria fue la cobertura de la Guerra de las Malvinas. Cuando la Argentina ocupó las islas - territorios británicos de ultramar, a miles de kilómetros de su patria, Inglaterra envió una flota. Pendía la amenaza de una guerra. Uno podía preguntarse también qué se les había perdido a los ingleses por aquellas costas argentinas. Mas los *tabloids* no tardaron en hallar su ángulo.

“KILL THE ARGIES”, bramaba la portada de *The Sun* en gruesas letras capitales. Sin espacio para el contexto, sólo odio. Parecía casi un llamamiento abierto al exterminio de un pueblo.

Incluso Osvaldo Ardiles, centrocampista argentino del Tottenham Hotspur, se convirtió en blanco de la cólera pública, como si un simple futbolista tuviera algo que ver con aquel conflicto.

Los límites morales se desdibujaban no sólo al hablar de guerra. También en otros ámbitos era dolorosamente evidente.

Otro ejemplo alucinante de esa implacable economía de la deshumanización fueron las apuestas en torno a la agonía del papa. Se hallaba entonces en fase terminal. Las casas de apuestas se sumaron al espectáculo: uno podía apostar cuántos días le restaban de vida. Las cuotas se publicaban con todo detalle - con sus respectivas tablas de pago - como si se tratase de una carrera ecuestre.

Mas incluso para los estándares británicos aquello cruzaba una línea. Por respeto al decoro humano - y para no tensar las relaciones diplomáticas con el Vaticano - el gobierno decidió finalmente prohibir tales apuestas.

Partida

Poco a poco comenzó a gestarse en mí la idea de emprender algo por completo distinto. De las plataformas petrolíferas frente a las costas de Escocia había oído que se ganaba buen dinero. Aquello me parecía atractivo.

Sentía necesidad de un cambio. Las jornadas laborales eran planas: fichar, soportar las horas, desfichar. Ya no me proporcionaban satisfacción, y aun la vida en torno a ello había perdido su lustre. Además, seguía sin un lugar fijo donde dormir; siempre dependía de otros. Aquella dependencia empezaba a rozarme. Quizá no ponía yo suficiente empeño -o quizá intuía, en secreto, que se aproximaba el final. Como fuese, buscar una habitación me parecía cada vez menos sensato.

El hecho de haber sobrevivido en esta ciudad me dio la confianza de que también en otro lugar sabría abrirme camino. No debía temer a un nuevo comienzo.

Le conté mis planes a Scott. Él asintió.

"Hazlo -vive tu sueño."

EL MAR INFINITO

VIVIR UN SUEÑO HASTA QUE SE QUIEBRA

Buscadores de fortuna

Partí de Londres haciendo autostop. Era comienzos de diciembre. Llovía y soplabla un viento recio. Había ahorrado algo de dinero para sobrevivir las primeras semanas. Mi esperanza era que en ese tiempo hallaría trabajo en la industria petrolera.

Mi primera parada fue Birmingham. Luego obtuve un aventón hasta Lancaster. En una estación de servicio me recogió un camionero que se dirigía a Carlisle. Nos entendimos bien y hasta me invitó a un par de cervezas en una taberna. Aquella noche pude dormir en la cabina de su camión; él, por su parte, tomó una habitación de hotel. A la mañana siguiente me dejó en Edimburgo. Desde allí seguí avanzando, vía Perth y Dundee, hasta llegar finalmente a Aberdeen.

Un cielo pesado y ceniciento pendía sobre la ciudad mientras caía una llovizna tenue. El lugar más barato para pasar la noche era el albergue juvenil. Tras hacer algunas averiguaciones, supe que debía caminar simplemente por

Union Street, la calle principal; tarde o temprano aparecería ante mí. A ambos lados de la vía se erguían sólidos edificios de granito. Grises como el clima, pero tan propios y firmes, como si dijeran: “Nadie nos doblega; aquí permaneceremos por la eternidad.”

Quizá fuera proyección, pero me pareció ver en ellos un reflejo del temple escocés. No me habría sorprendido.

Tras una larga caminata llegué al albergue: otro imponente edificio de granito. Me asignaron un lugar en un gran dormitorio con unos veinte literas, de las cuales sólo un cuarto estaba ocupado. No sabía aún que este edificio - y las personas que en él hallaría - determinarían mi vida durante los meses venideros

Recién volvía del registro y me dirigí a la cocina para prepararme una taza de té. En un rincón, un hombre de cabello rojizo, semilargo, fumaba. Al verme, levantó la vista y vino hacia mí con dos tazas humeantes, como si hubiese leído mis pensamientos. Tomé asiento en un banco desvencijado.

Se presentó como Neil. Neozelandés, los últimos años había vivido en Berlín.

“¿Acabas de llegar?”

Asentí. “Hace una hora. Vine haciendo dedo desde Londres.”

Me tendió una taza.

“Calienta tus manos. El frío aquí no es como en el sur.”

“Gracias. Escocia recibe al viajero con lluvia y viento en contra.”

Él sonrió.

“Bienvenido a Aberdeen. La ciudad donde mueren los sueños... y aun así uno se queda atrapado.”

Se sentó a mi lado. Olía a diésel y tabaco - pero no de modo desagradable.

“¿Has venido por el petróleo?”

Asentí.

“Dicen que trabajo no falta.”

“Eso llevan diciéndolo años. Demasiados hombres, muy poco trabajo. Especialmente para gente como nosotros.”

Relató que había unos quince *contractors* en la zona, y que debía uno presentarse cada día.

“Hay que mostrar que no eres un blandengue. A veces ayuda.”

Llevaba dos meses intentándolo; dos veces estuvo a punto de conseguir algo, pero le faltaba experiencia.

“¿Y aun así sigues aquí?”, pregunté.

“¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Regresar? ¿Para qué?”

Hubo un silencio. Afuera, la lluvia golpeaba el cristal.

“Si mañana haces tu ronda,” dijo, “te daré un mapa con las direcciones más prometedoras. No es garantía, pero te ahorrará pies mojados.”

“¿De veras?”

“De veras. Estamos todos en el mismo barco.”

Guiñó un ojo y se levantó. Yo permanecí con la taza entre las manos. Afuera, el día era sombrío, húmedo y quieto. Dentro, empezaba a comprender: esto podía ser más duro de lo que imaginaba.

Pensé: ¿En qué me he metido? Se me cayó el ánimo. ¿Había sido acertado venir aquí? Parecía que debía unirme a una larga fila de buscadores de fortuna. Las perspectivas eran escasas. Neil llevaba dos meses -sin éxito. Y no era el único.

En el albergue se alojaban jóvenes de todos los rincones: australianos, sudafricanos, canadienses, neozelandeses. Todos buscaban lo mismo: un puesto en una plataforma y el ansiado dinero.

Sus relatos revelaban que acudían cada día al polígono

industrial, donde estaban los *contractors*. Cada cual tenía su ruta fija, un puñado de direcciones en las que confiaba más. Según ellos, todo giraba en torno a la perseverancia. Sólo así demostrabas que lo deseabas de verdad.

La ronda diaria

No había otra opción: si quería empleo, debía seguir su ejemplo. De lo contrario, no pintaba nada allí.

Con la lista de Neil visité al principio tantos *contractors* como pude, pero con el tiempo aprendí en cuáles podía tener alguna oportunidad y en cuáles no. Aquellos más receptivos eran sobre todo firmas extranjeras - estadounidenses y canadienses. Las europeas solían contratar a sus propios compatriotas. Además, pagaban mejor y ofrecían ventajas adicionales. Con los americanos y canadienses no cabía esperar tales beneficios. Pero eso no me preocupaba; el salario, aun así, sería más que suficiente. Finalmente reduje mi lista a unas cinco empresas en las que tenía el mejor presentimiento.

Navidad en pobreza

Casi siempre hacía mi ronda por la mañana. Siempre lo mismo. El mismo recorrido. Las mismas caras tras el mostrador. Siempre un no. Y así iban ya varias semanas.

Mientras tanto, la vida seguía su curso y mi dinero empezaba a agotarse. Cerca de la Navidad tuve que decirle al encargado del albergue que ya no podía pagar las noches. Le pregunté si habría alguna labor que yo pudiera hacer para compensar mi estancia. Teníamos buen trato, y por eso me atreví a solicitarlo. Él - un padre moderno a quien sus hijos llamaban por su nombre- dijo que sí, que había

algunas faenas: sobre todo trabajos en el jardín y limpieza de trastos viejos. Podía quedarme, pero eso no resolvía mi falta de dinero.

Llegó la Navidad. Mientras otros se preparaban para la calidez, la familia y la abundancia, yo me hallaba sin un céntimo en una ciudad ajena, en un dormitorio lleno de desconocidos. El único adorno visible era una guirnalda de papel en la recepción.

El día de Navidad, el encargado me trajo un plato de su propia cena festiva: una ración abundante de patatas, pavo relleno, salsa de arándanos.

“Ten, muchacho. Debes comer algo caliente hoy.”

Era un gesto sencillo, pero me dejó un nudo en la garganta. Por primera vez en días probaba comida de verdad - no salida de una lata, no hervida con sal y agua, sino preparada con esmero.

Aquella comida fue un instante de calor y dignidad humana. Pero cuando el plato quedó vacío, la realidad retornó. Al día siguiente desayuné *papilla*. Sólo *papilla*. Avena, agua y un toque de sal - lo más barato que se podía comprar. Y así continuó durante bastante tiempo.

Otras ideas

La labor en las perforaciones distaba mucho de ser salvadora. Como allí todo marchaba con tanta dificultad, busqué trabajo también en otros lugares. Simon, un buscavidas como yo, propuso Islandia: una temporada en la lonja de pescado, buen salario. Sólo había un problema: carecíamos de dinero para llegar hasta allí.

Era un par de años mayor que yo: un sudafricano alto y rubio, seguro de sí mismo, con una llamativa capacidad para atraer mujeres. Juntos exploramos diversas opciones, sin

éxito. Incluso estuvimos a punto de obtener trabajo como leñadores en las Highlands escocesas, pero el contratista no logró cerrar a tiempo sus acuerdos con la autoridad forestal. De modo que continuamos malviviendo, mientras yo, día tras día, hacía fielmente mi ronda por las oficinas de los *contractors*.

Solidaridad

En medio de aquella situación desoladora surgió, de manera inesperada, algo cálido: apoyo mutuo. Cada uno luchaba por su propia suerte, pero todos deseábamos que al otro le fuera bien. Dentro de nuestro pequeño grupo de buscadores hicimos un pacto. Quien encontrase empleo compartiría lo último que tuviese con los demás.

Éramos unos siete hombres. No amigos íntimos, pero sí compañeros de destino. Nuestro vínculo era sencillo: resistir, cada día de nuevo. A veces alguien tenía fortuna y el sueño se cumplía. Y quien tenía suerte cumplía con lo acordado: repartía lo poco que poseía entre los otros. Nunca era gran cosa, pero bastaba para sobrevivir unos días, o con algo de suerte, una semana. Eso me daba a veces un poco de espacio para respirar.

Setas psicodélicas

Poco a poco comencé a conocer la ciudad - sus callejuelas y plazas, los pubs y los lugares donde los jóvenes se reunían. La zona de Union Street y Union Terrace Gardens era uno de esos sitios donde siempre ocurría algo.

En una tarde lluviosa, cerca de Union Terrace Gardens, conocí a Jim -un local, de poco más de veinte años como yo, amante de la música y con la cabeza llena de letras de

canciones. Conectamos de inmediato. Se convirtió en mi guía en la ciudad. Hablábamos durante horas sobre toda clase de bandas. Tenía la costumbre de citar letras que encajaban exactamente con nuestro estado de ánimo. Si, por ejemplo, esperábamos en vano un autobús, él cantaba: "*Here I am sitting at a busstop, wish I was somewhere else.*"

Y añadía con solemne convicción: "Tal cual, tal cual."

También le gustaba apostar. Cada centavo que le sobraba lo jugaba a los caballos. Yo solía acompañarle, esperando que ganase algo. Pero la mayoría de las veces no era así. Salvo aquella ocasión única: logró una ganancia enorme, más de seiscientas libras. Pero deseaba más. Poco a poco se jugó todo el dinero aquella tarde.

Jim sabía dónde encontrar los *hongos psilocibios* - setas que provocaban alucinaciones. Y yo quería experimentarlo al menos una vez. En mi juventud había leído mucho sobre sustancias que expandían la mente; por alguna razón me fascinaban. Sabía cuáles eran más y menos adictivas. Estas setas pertenecían a la última categoría. Por eso me atreví.

En un prado cercano al albergue juvenil debían crecer. Fuimos a buscar y, en efecto, allí estaban: pequeñas setas por doquier. Jim me indicó con precisión cuáles debía recoger. En poco tiempo reunimos una bolsa llena. Él quiso preparar una tortilla con ellas - según decía, la mejor manera de tomarlas. En el albergue no habría problema, y alguien siempre tenía un par de huevos de sobra. Picamos las setas, las rehogamos un instante en la sartén, batimos los huevos y los vertimos encima. Cuando consumimos nuestro mágico plato, no sentí absolutamente nada. Debía dejar que hiciera efecto, aseguraba Jim.

Para pasar el tiempo bajamos al sótano a jugar un poco al tenis de mesa. Al cabo de media hora empecé a ver unas

leves rayas que se fusionaban hasta formar la cabeza de un león.

“Creo que empieza,” dije, lleno de expectación.

Comencé a ver más formas y destellos. Era como si una capa transparente se hubiese posado sobre el mundo -traslúcida, pero sin ocultar la realidad. Una cálida y embriagadora beatitud me envolvió: ese tipo de dicha que uno apenas experimenta un instante en la vida, pero que ahora parecía no tener fin. El sótano pronto me resultó opresivo y salí a la calle.

Lloviznaba y hacía frío, pero no me importó. Todo me parecía hermoso; con una amplia sonrisa caminé por la ciudad. Sólo sentía calor y dejé que mis pasos me condujeran solos por Union Street hacia el centro. Las visiones persistían - figuras extrañas, siempre aquellos destellos. El mundo, la vida: pura y absoluta bienaventuranza.

Mas al cabo de un rato me percaté de que no estaba solo - vi a los demás transeúntes. Encogidos, con los cuellos alzados contra la lluvia. Miradas sombrías. Damas con paraguas avanzaban a prisa. De pronto me sentí incómodo - tan alegre y relajado como iba yo.

“*Esto llamará la atención*”, pensé, y empecé a sentir una ligera angustia.

Además, no llevaba abrigo - lo había olvidado - sólo un chaleco y una camiseta. ¿Qué tal si alguien pensaba que *estaba trastornado*? ¿Y si llamaban a la policía?

Decidí mimetizarme para atraer la menor atención posible. La cabeza baja, los hombros hundidos, el paso más firme y decidido. La euforia había terminado. Ahora era cuestión de sobrevivir. No había más camino que seguir adelante. Intenté reprimir las alucinaciones. Quería ser normal, como todos. Pero aquella dicha y aquellas imágenes no se dejaron expulsar. Se desató un combate interior. La

paranoia me golpeó. En cualquier momento alguien podía tocarme el hombro para sacarme de la calle. Se volvió insostenible. Sentía como si el mundo entero me observara. Me vigilaban. Debía huir.

Pasé frente a un cine donde un gran cartel anunciaba la película *Fantasia*. Aquella era mi oportunidad. Podía escapar. La función acababa de comenzar. Me deslicé al interior y tomé asiento. Oscuro; nadie podía verme. La presión desapareció y lentamente regresé a mí mismo.

Imaginé que, bajo el influjo de una sustancia visionaria, disfrutaría más de una película animada. Pero ocurrió lo contrario. Las imágenes pasaban lejanas, sin patrón alguno. Nada tenía sentido. Vi la película entera, pero no fue más que un sueño vago e inconexo del que nada quedó en mi memoria.

Al salir, el efecto se había disipado. Me sentí aliviado, aunque un tanto decepcionado por cómo algo tan prometededor había terminado.

Días después lo intentamos de nuevo, Jim y yo, con una cantidad parecida. Pero el efecto fue menor y la gracia se había esfumado.

Sin embargo, estas incursiones psicodélicas no cambiaban la dura realidad. El albergue estaba a punto de cerrar sus puertas. A mediados de enero clausuraría durante seis semanas. Y yo me quedaba en la calle.

Hostal

Necesitaba algo - un techo distinto. Mas sin ingresos aquello no era empresa fácil. La situación tornábase cada día más precaria en aquel Escocia invernal y desapacible. Vivía al día, sin horizonte alguno de mejora. El pensamiento de volver a casa acudía cada vez con mayor insistencia.

A veces sentíame miserable y solo, y preguntábame qué hacía yo aún en aquel lugar. ¿Qué intentaba demostrar? No tenía por qué soportar esto: el frío, la incertidumbre de la existencia, el ser rechazado una y otra vez, la espera interminable de algo que no llegaba.

Mas cada vez que pensaba en mi hogar, veía ya a mi padre ante mí: *“Siempre te dije que nunca saldría nada de ti.”*

No quería darle ese deleite. Antes prefería morir en una cuneta que regresar con el rabo entre las piernas.

No quedaba sino seguir. Simon estaba en idéntico aprieto. Él tampoco tenía ya cobijo. Encontramos un hostel por veinte libras a la semana: semejante al de Londres, pero mucho más sucio. Solo admitían hombres, y la mayoría eran bebedores empedernidos.

Fuimos a parar a un cuartucho mugriento y estrecho, que debíamos compartir con otro. Los primeros días estuvimos solos, hasta que entró a ocupar la tercera cama un hombre de unos cincuenta años: Oscar. Al principio se mostró muy humilde. Me despertó compasión. Parecía vulnerable y desamparado, como alguien que no pertenecía a ninguna parte. Carecía de dientes, y cada vez que intentaba hablar hacía antes unos extraños movimientos con los labios - que se plegaban y desplegaban como el fuelle de un acordeón. El oscuro mechón de cabello sobre su cabeza parecía teñido, como si pretendiera parecer más joven. Algo curioso, pues no daba muestras de vanidad.

Su comportamiento era un tanto extraño: sus movimientos, su manera de expresarse, la mirada en sus ojos - había algo que no cuadraba. Contó que había sido boxeador profesional entre los diecinueve y los veintidós, pero que luego se entregó al tabaco y a la bebida. Después navegó muchos años en la marina mercante y dio la vuelta al mundo. De muchas lenguas conocía apenas unas cuantas

palabras. A pesar de su rareza, era abierto y muy afable. Reíamos mucho con él, sobre todo por su ironía y la total ausencia de pretensiones. Me hacía sentir a gusto. Gracias a él relativizaba también mis propios pesares.

Para conseguir dinero recurrí a la asistencia social. Como ciudadano de la CEE tenía derecho a ello. No lo sabía, pero llegó en buen momento. Fui a los servicios sociales, mostré mi pasaporte y rellené un formulario con mi nombre y la dirección del albergue. Al presentar el comprobante de residencia, me pagaron cuarenta libras en efectivo. Era para una semana: veinte para el alojamiento y veinte para subsistir. Me bastaba por los pelos. Simon lo intentó también, pero como sudafricano no tenía derecho alguno.

No era agradable acudir a aquel lugar. El ambiente era sombrío. Una sala desnuda, con unos pocos bancos de madera contra las paredes, y éstas manchadas de un azul oscuro que pedía a gritos una nueva mano de pintura. En un rincón había una ventanilla protegida con grueso plexiglás y apenas unos minúsculos agujeros para hablar. Por allí se hacía entrega de las ayudas. El dinero se deslizó por una ranura tan estrecha que apenas cabía un dedo.

Había familias enteras esperando. Niños entre sus padres, con la cabeza gacha. Como si las preocupaciones de los mayores pesasen sobre sus pequeños hombros. Cuando la espera se alargaba o no les daban lo que creían merecer, algunos hombres estallaban. Entendí entonces por qué no había muebles en la sala y por qué el empleado tras la ventanilla estaba tan protegido. Llevados por la ira y la frustración - a menudo alimentadas por el alcohol - golpeaban con puños y pies el plexiglás mientras proferían toda suerte de insultos. Siempre me costaba volver allí. Pero no había elección: *beggars can't be choosers*, como decían.

Poco a poco salió a relucir también el lado oscuro de

Oscar. Supe por otros que había pasado dieciséis años en un hospital psiquiátrico por haber matado a alguien. Cuando se lo pregunté, confirmó la historia. No llevaba mucho tiempo en libertad. "La bebida ha arruinado mi vida", dijo.

Y, sin embargo, había vuelto a beber. Entonces aquel hombre modesto y casi tímido se transformaba en un pequeño monstruo que, por cualquier nimiedad, comenzaba a gritar y maldecir. Sus demonios retomaban el mando y se volvía a veces agresivo. Conmigo se contenía bastante. De algún modo nos comprendíamos. Para Simon, en cambio, era demasiado. Se marchó a Edimburgo en busca de trabajo en alguna granja.

Oscar y yo quedamos solos. Era extraño, quebrado - y aun así, de un modo insólito, mi punto de apoyo.

En casa de Bridget

Entretanto buscaba yo algo mejor y más económico, para que mi presupuesto respirase un poco. En un anuncio leí que una señora ofrecía una habitación en su apartamento por dieciséis libras semanales. Aquello suponía ya una notable diferencia - y probablemente estaría también mucho más limpio. Respondí por teléfono y concertamos una cita.

Cuando llamé al timbre, abrió una mujer rubia de unos treinta y tantos. Se presentó como Bridget y me mostró la habitación. Era pequeña, mas aseada. Hablaba con una voz amable, algo lánguida, y se movía por el lugar con segura desenvoltura. El resto del apartamento lo compartiríamos. Me pareció una buena opción y le dije que el alquiler sería abonado por los servicios sociales. Ella aceptó y pude instalarme aquel mismo día.

Aquella noche fue agradable. Bebimos vino blanco y

preparó algunos entremeses. Era abierta, aunque a sus comentarios asomaba a veces un borde afilado - como si bajo su jovialidad se ocultase algo que prefería no mostrar. Reía ruidosamente con mis chanzas y me sostenía la mirada un instante más de lo necesario. De cuando en cuando me tocaba - no de modo impertinente, pero sí lo bastante marcado para hacerme dudar de sus intenciones.

Al llegar la hora de dormir, me retiré a mi cuarto. Pero no pude conciliar el sueño. Algo bullía en el aire. Una vaga tensión flotaba en la atmósfera - cargada, aunque no desagradable.

Al cabo de un rato, Bridget entró. Se apoyó en el quicio de la puerta y, sonriendo, preguntó: "¿Te apetece venir a tumbarte conmigo?"

No sentí que pudiera negarme. Tampoco deseaba hacerlo. Aquella noche fue grata; ambos necesitábamos un poco de calor humano.

A la mañana siguiente hice mi acostumbrada ronda por las empresas y acudí a los servicios sociales para comunicar mi cambio de domicilio, acompañado de una nota firmada por Bridget indicando que el alquiler ascendía a dieciséis libras por semana. Para mi sorpresa, se negaron a cubrir los gastos de vivienda. No entendía nada, puesto que la cantidad era menor que la que antes pagaba en el hostel.

La funcionaria me explicó que se trataba de una dirección de alquiler no registrada. Recibí veinte libras en total. Nada más. Un duro revés. Así no había manera de subsistir.

Al volver, dije a Bridget que tendría que renunciar a la habitación, pues no podía pagarla. Pero ella respondió que podía quedarme por el momento, hasta hallar otra cosa. Agradecí aquel gesto. Al menos no dormiría en la calle.

Días después observé cuánto dependía del alcohol. Tenía el rostro hinchado, el peinado lacio. Contó que antaño

había sido una *Page 3 Girl* - modelo británica de topless. Me mostró un recorte amarillento del periódico. Apenas la reconocí: una joven de abundante cabellera y mirada provocadora. "Pero ahora que soy vieja, nadie me quiere ya", dijo con melancolía, la vista fija en la fotografía - en algo que había pasado para siempre.

Al principio lo pasábamos bien. Pero cada vez más a menudo la hallaba ebria cuando regresaba. Las conversaciones se tornaban monólogos cargados de autocompasión. El calor fue cediendo paso al vacío. Cuando nos acostábamos juntos, sentía cada vez más que desempeñaba un papel. Ya no se trataba de mí - solo de llenar algo en ella.

Una noche dije que no. Con dinero prestado por alguien del grupo - que acababa de encontrar trabajo - había comprado provisiones para preparar la cena. Quería cocinar para los dos. Ella estaba deprimida y ya bastante bebida. Cualquier intento de animarla fracasó. Aquella noche quiso de nuevo acostarse conmigo, pero la rechacé. Se enfureció, y me retiré a la habitación que en un principio era la mía - pero en la que, hasta entonces, no había pasado una sola noche.

A partir de ahí todo se deterioró rápidamente. Cada tarde, al regresar, estaba ya borracha. Seguían interminables lamentaciones y reproches. Exigía que fuese a su cama y amenazaba con echarme si no lo hacía.

Para mantener la paz, la acompañaba a acostarse. Para entonces solía estar ya casi inconsciente. Después me escabullía de vuelta a mi cuarto. Aquello me sostenía - mas era evidente: debía marcharme.

Regreso al hostel

Unos días antes me había encontrado con Oscar. Le conté que buscaba alojamiento porque ya no soportaba la situación con mi casera. Él dijo que en su habitación había dos camas vacías y que estaba solo allí.

"Puedes venir cuando quieras."

Finalmente, lo de Bridget se volvió insostenible. No pudo soportar más mi presencia y me echó.

Me encontré en la calle - tras algo más de dos semanas, sin un penique y sin techo. Por fortuna, Oscar había mencionado que había camas libres en su cuarto.

Pensé: si logro entrar sin que me vean, podré dormir allí gratis. A Oscar le parecía bien.

Fingíamos que yo estaba simplemente de visita. Así pasé una semana, hasta que una noche el encargado irrumpió de pronto.

"¿Quién paga tu estancia? ¡Llevas aquí ya una semana!", bramó.

Intenté ganarle por insolencia: "¿De qué diablos hablas? Estoy solo de visita."

No coló. Me había visto entrar varias noches y salir cada mañana.

"Si ahora mismo no pagas, te echo a la calle", sentenció.

No quería irme - ¿adónde iba a ir? Pero tampoco podía pagar el alojamiento. Oscar se ofreció a adelantar la suma. El encargado aceptó y nos dejó tranquilos.

Tras hablarlo, el encargado me dio un justificante escrito de que llevaba una semana alojado allí. Con ese documento me presenté en la oficina social. Recibí mi prestación y pagué a Oscar. Permanecimos juntos en la misma habitación.

En cuanto nos habíamos asentado un poco, llegó un

tercer individuo: Angus. Conocía a Oscar por haber coincidido con él en un manicomio, donde habían estado internados juntos. Tampoco Angus era un alma cándida. Había pasado doce años en prisión por el asesinato de un agente de policía, seguidos de un largo trayecto en instituciones psiquiátricas. Al igual que Oscar, luchaba con un grave problema de bebida.

De pronto me vi en una misma habitación con dos alcohólicos curtidos, ambos con un homicidio sobre la conciencia. Apenas reparé en ello. Yo llevaba mi propia vida.

Durante el día solía andar fuera - en busca de trabajo, de nuevos encuentros, de amistades, de distracción, o simplemente para no tener que permanecer adentro. El frío me mantenía despierto. Ya conocía la ciudad al dedillo: las fachadas grises, las calles, los rincones donde podía recuperar el aliento. Por lo general no regresaba hasta entrada la noche.

Oscar y Angus vivían en otro ritmo. Sus días comenzaban en realidad cuando el alcohol empezaba a hacer efecto. Aquello les daba la energía necesaria para atravesar la jornada - o al menos para no desplomarse por completo.

Mientras permanecían dentro de esa embriaguez, solía ir todo razonablemente bien. Había espacio para una broma, una conversación, incluso cierta calidez. Pero cuando la frontera se difuminaba, la cosa se tornaba tensa. Se percibía algo en el aire - la amenaza de que el contacto basculase hacia lo imprevisible. Demasiado ruidoso, demasiado cercano, demasiado intenso.

Aprendí a reconocer las señales. Cuándo era mejor retirarse. Cuándo convenía permanecer sentado. Era un ejercicio constante de equilibrio. Pero también me enseñó a mirar. Y a escuchar.

Con Oscar, en general, tenía pocos problemas. Existía

un callado respeto mutuo. Por las noches, cuando yo regresaba a la habitación, solía esperarme - con una sonrisa o con una observación certera que lograba arrancarme una carcajada. Tenía sus rarezas, desde luego, pero también algo desarmante. Algo sincero. Puro.

A veces conversábamos durante horas. Sobre su pasado, sobre la mar, sobre su vida, sus expectativas, sus sueños incumplidos. Entonces veía al hombre detrás de la adicción - con sus historias, su humor, su inesperada sabiduría. Su sensibilidad. Y un corazón más grande de lo que él mismo jamás se habría permitido creer.

La vida en aquella habitación era desordenada, a ratos pesada - pero también un lugar donde podía ser yo mismo. Sin exigencias. Sin juicio. Solo eso ya la hacía llevadera.

La higiene era otro asunto. Era un caos monumental. Por doquier se acumulaban latas vacías de cerveza, botellas, comida enmohecida, ropa sucia. La moqueta pegaba. Bolsas de basura se apilaban en los rincones. Pero aquello valía para toda la casa: olía a alcohol y a humedad, la gente vomitaba en los pasillos, la basura permanecía días sin retirarse. El encargado esperaba que lo limpiásemos nosotros mismos, pero nadie lo hacía.

Una noche irrumpió en nuestra habitación, fuera de sí. "¡Habéis convertido esto en un muladar! ¡Quiero que limpiéis ahora mismo!" Alcé la mirada y respondí con sequedad: "Hablas como si este fuese el único lugar asqueroso. Toda la casa es un vertedero."

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Me echó sin miramientos.

Mas esta vez tenía yo alternativas. Por medio de Jim había tejido ya cierta red - principalmente estudiantes y la gente que los rodeaba. Con ellos podía alojarme temporalmente. Un pequeño salvavidas del que hice uso agradecido.

Una semana de lujo

El albergue de juventud abriría de nuevo sus puertas en breve. Tras semanas de vagabundear y de dormir en casas de amigos, esperaba ese momento con ansia.

Un día tuve una inesperada suerte. Alguien de nuestro grupo de buscavidas que, tiempo atrás, ya había conseguido empleo en las plataformas, debía acudir a Aberdeen para un curso. Él vivía en Londres. Tenía un hotel reservado, pero prefería alojarse en casa de amigos, lejos de la frialdad impersonal del hotel. Me preguntó si quería ocupar su lugar. Pasar de la calle a un hotel de lujo - era una oferta imposible de rechazar. Me entregó los documentos de la reserva, de modo que pude alojarme allí una semana bajo su nombre.

La habitación tenía ducha propia, retrete y un televisor a los pies de la cama. Agradecí tener una estancia solo para mí, poder ducharme y estar limpio. Aquello, por sí solo, era ya un lujo puro. Pero más allá de eso, el lugar era frío y muerto; sin ambiente, sin compañía. Entendí perfectamente que mi compañero prefiriese quedarse con sus amigos.

Por mi parte, no podía quejarme. Solo lamenté que el alojamiento no incluyese cena. Mas el desayuno compensaba con creces: era de tal abundancia, con toda suerte de pescados, judías, huevos, salchichas, quesos y demás que, sin duda, bastaba para sostenerme todo el día. Lo que no comía en el acto, lo guardaba discretamente en una bolsita. Precio especial tenía por los trozos de pescado.

Cumpleaños

Los días transcurrían plácidamente. Tenía techo - aunque fuese temporal - amigos, un propósito. Y, sin embargo, me

resultaba difícil aferrarme a algo de verdad. Todo podía desvanecerse en cualquier momento. La vida era un equilibrio inestable, sin suelo firme bajo los pies.

Entonces ocurrió algo inesperado en la playa.

Aquella tarde vagabundeaba sin rumbo por la ciudad, cuando un muchacho me preguntó si quería acompañarle al mar. Apenas nos conocíamos, pero acepté.

A lo lejos veíamos una plataforma petrolífera, temblando en la bruma, como una sombra suspendida sobre el llano mar. Hacía sol, con alguna que otra nube que cruzaba perezosa el cielo. Caminamos un buen tramo por la arena pálida, en silencio, cada cual sumido en sus pensamientos. Se sentía extrañamente familiar, como si buscásemos algo sin saber qué.

"Por cierto - es mi cumpleaños hoy", dije, más por decirlo que esperando algo.

"¿De veras? ¿Cuántos cumples?"

"Veintiuno."

"Eso hay que celebrarlo", dijo él con alegre resolución.

Instantes después pasamos junto a una freiduría. Entró y regresó con una gran ración de *fish and chips*.

"Para tu vigésimo primer cumpleaños", dijo, entregándome aquel festín envuelto en papel de periódico.

Yo estaba solo, en un país extraño, sin familia ni amigos con quienes compartir ese hito. Nadie sabía que era mi cumpleaños - salvo él. Y justamente él, un desconocido, me dio aquel día algo que se sintió como un verdadero obsequio.

Aquello compensó muchas cosas.

Comimos sobre un murete de hormigón frente a las olas grises. Gaviotas chillaban sobre nuestras cabezas. La grasa resbalaba por el papel y me untaba los dedos. Rara vez algo me supo tan bien.

Vida estudiantil

Por medio de Jim conocí a su novia Ailsa: una joven agradecida y alguien que sabía bien lo que quería. Ella estudiaba en la universidad de Aberdeen. Su hermana, junto con su familia, partiría por unos meses a los Estados Unidos. Ailsa podía vivir entretanto en la casa - una espaciosa vivienda adosada de dos plantas con luz por ambos frentes, en una barriada situada sobre una colina no lejos del aeropuerto. Le pareció bien que yo también me instalase allí, junto con ella, Jim y otros tres.

Me asignaron una habitación propia y no teníamos que pagar alquiler. Cada noche era un jolgorio amable: bebíamos, fumábamos hierba, jugábamos, escuchábamos música y sosteníamos encendidas discusiones sobre política y el mundo.

Acudía mucha gente - sobre todo compañeros de estudio. Si en algún lugar había una fiesta, un concierto o una velada de discoteca alternativa, a menudo íbamos juntos. Así fui quedando lentamente atrapado en la vida estudiantil de Aberdeen.

El experimento

En una velada decidimos probar algo - a medias por curiosidad, a medias por juego, aunque no exento de seriedad. A menudo venía a nuestra casa un muchacho, Dan. Era distinto de los demás, mas también dúctil, receptivo, como si estuviese un paso más cerca de algo en torno a lo cual nosotros sólo girábamos. Había en él algo que despertaba el deseo de protegerle, sin caer en sentimentalismos; más bien una sensibilidad que se respetaba por pura intuición.

Ailsa había leído en algún lugar - o tal vez lo había

vivido en propia carne - que cuando un grupo de personas concentra plenamente su atención en un solo individuo, fijando su pensamiento en una única imagen, tal cosa puede trasladarse a aquel que se presta a recibirla. Una suerte de trasunto, como si pensamiento y presencia tomasen, por un momento, una misma forma.

Dan se ofreció como conejillo de Indias.

Fuimos a la cocina y acordamos en quién pensaríamos. Alguien a quien nosotros conocíamos, pero Dan no. De regreso en la sala, nos sentamos en silencio formando un semicírculo, con los rostros vueltos hacia él. Habíamos atenuado la luz. Reinaba en la estancia una cierta quietud solemne.

Nos concentramos.

Al principio con cierta incomodidad, luego con creciente hondura.

El silencio pareció espesarse.

Comenzó de manera sutil. Dan cambió de postura - exactamente como lo hacía la persona en quien pensábamos: levemente inclinado hacia adelante, como si intentara atrapar un pensamiento a medio camino.

Susurró una palabra.

Luego otra.

Y de pronto, una frase entera - su frase, su modo de decir, con aquel mismo matiz.

Ailsa formuló una pregunta acerca de algo que sólo podía saber quien la conociese de verdad.

Dan respondió al instante. Sin reflexionar. Sin buscar las palabras. Como si simplemente lo supiera.

"Di cuanto acuda a tu mente," murmuró Ailsa.

Mencionó un detalle tan específico que fue como si a alguno de nosotros se le detuviera el corazón por un

instante. Algo que no puede adivinarse. Algo que no se dice por azar. Una peculiaridad que sólo ella poseía.

Advirtió nuestro silencio y preguntó: “¿Debo detenerme?”

Nadie contestó.

Continuó un poco más - observaciones menudas, en apariencia casuales, pero siempre certeras.

Luego se detuvo por su propia voluntad.

Miró un momento al suelo y dijo:

“¿Lo he echado a perder o no?”

“No,” respondimos casi al unísono. “Al contrario.”

Yo quedé perplejo. ¿Cómo era posible?, me pregunté, y no sólo yo

En aquella mezcla de juego y seriedad, de música, conversaciones y veladas imprevistas, hallé en el grupo de Ailsa lo que llevaba tiempo buscando sin saberlo: un lugar con gente afín, muchachos y muchachas de mi edad, donde la vida transcurría sin exigencias, donde nada era obligatorio y todo era posible, y donde uno podía ser quien era sin necesidad de explicación alguna.

Se sentía como una nueva etapa. Comencé a arraigarme. Y ello trajo consigo nuevas experiencias - también en el terreno de la conciencia.

LSD

Uno de los habituales de la casa me dio en cierta ocasión dos pastillas de LSD. Ya habíamos hablado alguna vez de las drogas psicodélicas. Yo había relatado mis experiencias con los hongos - incluso su vertiente paranoica. Los demás sentían cierto temor, pero también una curiosidad apenas disimulada.

Guardé las pastillas y una noche en que aquel visitante

volvió, traía más. Las suficientes para todos. Si queríamos atrevernos, mejor hacerlo juntos. Eso nos infundía confianza.

Al cabo de una hora comenzó a surtir efecto. Empezó de modo sutil, casi imperceptible - pero pronto sentí la misma bienaventuranza que con los hongos.

Todo respiraba. Una sombra en la pared se transformaba en un paisaje. Podía mirar sin fin un patrón o un objeto, y cada vez descubría algo nuevo en él. Cosas que normalmente me pasaban inadvertidas cobraban vida. Alguien puso música - no parecía provenir de fuera, sino de dentro. La estancia palpitaba al compás de la melodía. Las formas se dilataban y luego se contraían. Las voces se desvanecían en cuanto alguien comenzaba a hablar.

Tenía que salir - adentrarme en la noche. La calle ascendía hacia la cima de la colina, desde donde se divisaba el aeropuerto. En lo alto me senté, absorto ante las luces de la pista. Ya no tenía noción del tiempo. Todo era uno - sin futuro, sin pasado. Solo el ahora, en una calma infinita y apacible.

Solo hacia la madrugada empecé a sentir el frío. Volví a la realidad. Entonces supe que era hora de regresar. En la sala algunos dormían ya. Al mirar el reloj descubrí que habían pasado seis horas. Fue como si hubiese visitado otro mundo - y trajese algo de él conmigo.

Música nueva

En la casa de Ailsa me asaltaba nuevamente un torrente de música desconocida. Otros ritmos, otros timbres, nuevas voces.

Escuchábamos a menudo a Fela Kuti y otros artistas africanos. Joy Division era otra preferencia común, aunque las

opiniones allí se dividían: unos se perdían en aquella melancolía suicida, mientras que otros no podían soportarla. También sonaban Patti Smith, Roxy Music, B-52s, Talking Heads, Hawkwind, Simple Minds, Santana - y un largo etcétera.

La música que más hondo me tocó fue la de las bandas británicas de reggae como Steele Pulse, Black Uhuru y UB40. Por unas monedas había conseguido un walkman de segunda mano, y alguien me dio una cinta con solo ese tipo de música. Entraba tan bien - no me cansaba de ella. Cuando caminaba por la calle con aquella cadencia en mis oídos, el tiempo dejaba de existir. Entonces flotaba de un sitio a otro.

La secta Moon

La hospedería juvenil había abierto de nuevo. Aunque en aquel momento ya tenía alojamiento, seguía acudiendo allí con frecuencia - por el contacto con otros que buscaban trabajo en las plataformas. Seguía siendo nuestro lugar de encuentro. El encargado volvió a darme algunos quehaceres, y así ganaba unas monedas. Por fin me había librado de la asistencia social.

En mi camino hacia allí, mientras avanzaba por la ciudad al compás de aquel delicioso y cadencioso ritmo de reggae, tropecé de pronto con un mundo enteramente distinto. En Union Street, cerca de Union Terrace Gardens, se alzaba un grupo que portaba flores y grandes tablillas que proclamaban amor, redención y el retorno de Cristo. Eran miembros de la secta de Moon.

Sentí curiosidad por su mensaje y deseé saber más. Entre ellos se encontraba una muchacha neerlandesa, Judith. Sostenía una florecilla en la mano, como si quisiera ofrecér-

sela a los transeúntes, mas sus ojos reposaban en los rostros de quienes pasaban a su lado. Su sonrisa era desarmante.

Cuando me dirigí a ella, me habló de su fe. Según decía, el señor Moon era el Mesías prometido: el retorno de Cristo. Él completaría la obra que Jesús no había podido culminar debido a Su crucifixión. Había algo puro en su manera de hablar. Por un instante olvidé mi escepticismo. Sin embargo, la historia seguía chocándome. Para mí, la crucifixión y la resurrección eran precisamente la victoria definitiva de la vida espiritual sobre la muerte. ¿Qué quedaba entonces por completar? ¿Qué podía añadir el señor Moon.

Judith, como los demás, caminaba entre el público que iba de compras, con flores y panfletos en la mano, buscando establecer contacto visual. Con amable determinación se dirigía a las personas, mas solo unos pocos se detenían. La mayoría la rechazaba con cortesía o la ignoraba por completo. Aun así no cejaba en su empeño. Su entrega me conmovió. A veces lo lograba: alguien escuchaba un instante, aceptaba una flor y se marchaba.

“No es fácil transmitir el mensaje”, dijo cuando nos sentamos un momento en un banco.

Sonrió débilmente.

“Tampoco fue fácil para los apóstoles. Pero mira lo que de ello surgió”.

Me pregunté si creía de veras que el señor Moon llegaría a convencer al mundo. Sentí cierta lástima por ella. Circulaban historias inquietantes sobre la secta Moon. Se decía que sus adeptos sufrían lavado de cerebro y eran presionados para hacer cosas que no deseaban. Recibían formación para ‘convertir’ a otros en la calle, aumentando así la influencia y el poder de Moon, quien además era hombre de negocios y propietario de varios medios de comunicación.

Le pregunté si hacía aquel trabajo por propia voluntad o si era enviada. Respondió sin vacilar que era completamente libre y que lo hacía por amor al señor Moon.

“Pero tendrás que hacerlo, ¿no?”, insistí un poco, intentando sonsacarla.

“Sois los soldados de vanguardia, y si lo abandonas, te expulsan, ¿no es así?”

Encogió los hombros; la mala prensa parecía no afectarle.

“Vivo en una comunidad cálida en la que me siento en casa. Estamos los unos para los otros, vamos juntos de misión, compartimos nuestras experiencias y ayudamos a quien lo pasa mal. Eso da sentido. ¿Cuántas personas en esta sociedad pueden decir lo mismo?”

No tenía mucho que objetar. Si así lo vivía, ¿quién era yo para juzgarlo?

Me dijo que pronto iba a casarse. Me quedé helado. Así que ya estaba comprometida. Cuando le pregunté quién era su esposo y si pertenecía al grupo, respondió que aún no lo sabía. En breve habría un gran ritual matrimonial, en el cual el propio señor Moon escogería a su marido. Estaba convencida de que él acertaría, y que el hombre con quien se casara sería su gran amor.

No lograba comprenderlo: una muchacha neerlandesa que aceptaba tan fácilmente que la unieran a un hombre desconocido. Ingenuo como era, quizá esperaba hacerla dudar, aunque solo fuera un poco; pero el tiempo apremiaba.

Solo permanecerían unos días en Aberdeen; después regresarían a Dunbar, donde vivía toda la comunidad. Lamenté que se marcharan tan pronto. Ella debió notarlo, pues me dijo que siempre sería bienvenido. Podía comer

allí, quedarme a dormir, y durante el día hacían toda clase de actividades agradables.

Sonaba tentador. Y quizá había más posibilidades.

Le pregunté cuándo sería más oportuno.

“Los fines de semana”, dijo.

De viernes a domingo organizaban encuentros a los que también podían asistir personas de fuera. Quedamos en vernos.

Una semana más tarde, fui haciendo autostop a Dunbar para participar en un fin de semana.

Un baño cálido con bordes fríos

No era una casa corriente, sino una villa, con un camino de entrada, un amplio césped y, alrededor, estanques, rocallas y parterres trazados con formas geométricas. Aquí y allá se alzaban robles monumentales, como si custodiaran el terreno desde generaciones. Sus ramas desnudas contrastaban con el cielo suave, aguardando las primeras hojas.

Para alguien que vagaba de un lugar a otro sin suelo firme bajo los pies, era una recepción lujosa. Irreal. Me sentí pequeño, insignificante. ¿Qué hacía yo allí? ¿Acaso encajaba en aquel entorno?

Adentro me asignaron una habitación, con cama, armario y una tarjeta manuscrita que decía “bienvenido” sobre la almohada. Todos eran amables, casi demasiado amables. A veces me producía escalofríos. Así no se comportaban mis amigos.

Además de mí, había otros dos recién llegados: un muchacho y una muchacha. Ellos sí parecían haber venido con la intención de unirse. Escuchaban a los miembros de la comunidad con devoción, como si ya hubiesen hallado las respuestas.

El primer día nos invitaron a contar nuestra historia. Estábamos sentados en un círculo de siete personas: cuatro miembros de la comunidad y tres visitantes. Una mujer guiaba la conversación. Su voz era serena; sus ojos, atentos.

“¿Quién desea comenzar?”, preguntó.

El muchacho levantó la mano. Lo calculé algo mayor que yo, y relató que estudiaba filosofía en la Universidad de Edimburgo. Se sentía decepcionado, pues no encontraba allí las respuestas sobre la vida que tanto buscaba. Todo se trataba desde el intelecto. Por ello se había interesado por el budismo y otras religiones orientales. Consideraba que estaban más cerca de la verdad, aunque también las hallaba demasiado abstractas. Le faltaba calor, amor. Había abandonado el cristianismo porque, según él, la Iglesia no era más que un bastión de poder que manipulaba a la gente para su propio beneficio.

"Estoy buscando", dijo. "Este fin de semana quería ver si quizá podría encontrar aquí las respuestas que llevo tanto tiempo anhelando."

La otra recién llegada, una muchacha, se mostró visiblemente incómoda cuando le llegó el turno. Vaciló, inclinó la cabeza y comenzó a llorar. La conductora y varios miembros del grupo acudieron de inmediato a consolarla. Le aseguraron que no necesitaba contar nada si no lo deseaba. Quizá en otra ocasión, cuando estuviese preparada.

Aun así reunió valor y, con lágrimas en los ojos, relató que había perdido a su bebé. Tras años de consumir drogas quedó embarazada sin quererlo. Para ella fue la señal de poner fin a aquella vida. Se internó en un centro de desintoxicación y, después de algunos meses, estaba limpia. Le iba cada vez mejor. Le adjudicaron un apartamento costado por el Estado, junto con una ayuda social. Podía así prepararse en paz para la llegada del niño.

“Fue el tiempo más dichoso de mi vida”, dijo. “Vivía por entero entregada a mi futuro hijo y a mi nueva existencia. Sin drogas, sin angustias, sin problemas de dinero. Por fin tenía un propósito puro.”

Se enjugó una lágrima.

Pero tras el nacimiento, hace unos dos meses, todo se torció. La criatura, una niña, tenía una malformación cardíaca sin remedio posible. A los tres días falleció.

“Me siento tan culpable”, susurró. “Si no hubiera vivido así, quizá habría salido bien. ¿Qué le he hecho a mi hija?”

La joven apretó las manos hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Luchó contra el dolor y al fin dejó que las lágrimas corrieran. Todos quedamos sobrecogidos, y la conductora propuso hacer una breve pausa.

Después volvió cada cual a su asiento y me tocó narrar mi propia historia. Judith me miraba con atención, visiblemente interesada. No sabía bien qué decir. Mi vida no tenía nada de fascinante; prefería escuchar las historias de los demás. No estaba acostumbrado a expresar mis sentimientos ni a hablar de mí mismo; muchas veces ni siquiera pensaba en ello. Pero lo que aquella muchacha había contado había abierto algo en mi interior. Una maraña de emociones me atravesaba. Si les dejaba libre paso, habría acabado llorando también. La soledad de mi infancia, la lucha por obtener reconocimiento de mi padre, aquella sensación persistente de no valer nada; las humillaciones de años de acoso escolar; la distancia entre mí y los demás. Incluso allí, en Escocia, rodeado de amigos, me sentía a veces dolorosamente solo. Como si en ninguna parte perteneciera por completo.

Pero no quería hablar de ello. Nunca antes había hablado de eso. Temía lo que aquello podría desencadenar. El estómago se me encogió, la cabeza me ardió, comencé a

ruborizarme. Las palabras se me quedaron atascadas. Bebí un sorbo del vaso que tenía delante, bajé la cabeza y pensé: ¿en qué me he metido?

Al final logré recomponerme; la tensión cedió y me mantuve a salvo. Conté algo de mis andanzas por Londres y Aberdeen, cómo había conocido a Judith, y que nuestras conversaciones habían despertado mi curiosidad. Por eso había venido.

The Divine Principle

A la mañana siguiente nos presentaron el libro *El Principio Divino* de Moon. El núcleo de su doctrina era que el amor universal solo puede nacer del restablecimiento de vínculos familiares puros. Todos los pueblos, razas y religiones debían unirse en una sola familia mundial. Ponía un enorme énfasis en la pureza sexual, los matrimonios concertados, la disciplina y la obediencia. Tal como Judith ya había dicho, Moon se consideraba a sí mismo el Mesías - enviado por Dios para consumir la obra que Cristo no pudo concluir por causa de Su crucifixión.

Tras la exposición hubo una pausa, y luego se abrió espacio para preguntas. Yo permanecí al principio en segundo plano; quería ver cómo reaccionaban los otros. Los miembros de la comunidad aguardaban con paciencia. La joven permaneció en silencio, igual que yo.

El muchacho sí levantó la voz: “¿Pero cómo saben ustedes con certeza que Moon es el Mesías?”

La conductora tomó la palabra: “No podemos saberlo. La religión no es ciencia. Creemos que es el Mesías porque sentimos el amor que irradia y juzgamos sus actos. Confiamos en que puede unir al mundo en una sola comunidad donde reine la paz.”

Creer es escoger

Algo pareció encajar en el muchacho: creer - no saber. Mas ahí surgió el dilema.

“Está bien,” dijo, “pero ¿cómo puedes saber que crees en lo correcto, o que lo que crees es realmente la verdad?”

La conductora asintió con serena reflexión.

“Esa es una pregunta interesante. ¿Desea alguien responderla?”

El grupo guardó silencio. Era, en efecto, una pregunta de peso. Se puede creer en cualquier cosa - incluso que el perro del vecino sea el Mesías. Si lo crees sinceramente, para ti lo es; pero ello no significa que sea la verdad. ¿Cómo discernir lo que es verdaderamente real?

Uno de los miembros del grupo respondió: “Podemos saber muy poco - quizá nada - y todo cuanto tomamos por verdad es, en último término, una creencia. Sin embargo, cada día hemos de tomar decisiones sin saber si son correctas. Solo podemos creer. Y, por lo general, las cosas salen bien. Al parecer, nuestras creencias suelen rondar la verdad. Puedes confiar en ello. En esa misma línea, podemos creer que el señor Moon es el Mesías.”

“Pero eso es personal,” replicó el muchacho. “Yo puedo creer en otra cosa - y entonces eso también es verdad.”

“Exactamente.”

“Jesús, Buda, Mahoma - ¿todos verdaderos?”

“Para quien en ellos cree, sí. Pero nosotros creemos en Moon.”

Se hizo un silencio.

“*Creer es escoger*”, pensé.

Éramos libres de creer cuanto quisiéramos, sin que jamás pudiésemos saber con certeza si era verdadero. Y, sin embargo, la mayor parte de la humanidad cree en un Dios -

o en algo superior. Seguía siendo un hecho asombroso. Yo también creía. En Dios y en Jesús. Aquel credo me daba confianza en la vida: la idea de que la existencia es buena, de que el amor existe.

Hubo un tiempo en que había renegado de la fe. No quería saber más de ella. Y, sin embargo, regresé, porque algo me faltaba. Precisamente aquella confianza. Sin Dios me sentía aún más solo e inseguro. ¿Era entonces la fe no más que un modo de llenar un vacío? ¿Un consuelo para hacer la vida llevadera, como tantas veces se afirma? Tal vez. Pero poco me servía esa explicación, pues también aquello dependía de lo que uno escogiese creer.

Quise plantear una pregunta.

“Por su muerte en la cruz y por Su resurrección, Cristo ha vencido a la muerte. Con ello abrió el camino hacia la vida eterna en el espíritu. ¿Qué cree el señor Moon poder añadir a eso?”

La conductora tomó la palabra: “Cristo encaminó a los hombres en la senda recta, mas no pudo traer la paz. Esa es la obra que aún debe cumplirse.”

No había previsto una respuesta tan simple. Me descolocó un instante. Intenté permanecer sereno - jamás mi punto fuerte en tales circunstancias. Por fortuna el ambiente era distendido, lo cual ayudó.

Entonces me vino a la mente la palabra *Mesías*. Significa: *redentor*. ¿Pero de qué hemos de ser redimidos? Del sufrimiento, del yugo de la materia, de la muerte. Esa era, en verdad, la enseñanza. Si Cristo ya lo había cumplido, ¿por qué un nuevo Mesías? ¿Encajaba Moon, como artífice de paz, en ese cuadro?

Vacilé un momento, pero las palabras brotaron al fin.

“Si Moon es el Mesías, ¿en qué consiste entonces su redención?”

“Él nos libra de la guerra y de la discordia”, dijo ella. “Su meta es la unidad entre los hombres, para que podamos convivir en paz. Un paraíso en la tierra. ¿No es eso lo que todos anhelamos?”

“¿Y no de la muerte?”

“No”, respondió. “Eso lo ha hecho Jesús ya.”

Vi claro.

Aquello cerró algo. No solo en la conversación - también en mi interior.

Presión del grupo

Tras la sesión de preguntas hubo pequeños coloquios donde cada uno podía proponer un tema propio. A intervalos cantábamos juntos. El ambiente era cordial. Parecía un lugar acogedor.

La mayor parte del tiempo lo pasábamos en la amplia sala de estar, con ventanales que iban del suelo al techo y abundancia de luz natural. Las paredes, de un ocre luminoso, conferían a la estancia un aire cálido. El mobiliario era sobrio pero de buen gusto: amplios espacios, y aquí y allá rincones con mesas y sillas. En un ángulo había dos grandes sofás y varios sillones en torno a una mesa baja. Cerca de la entrada, una gran planta subtropical se mecía suavemente con el ir y venir de la gente, tamizando con delicadeza la luz del sol que penetraba en la sala.

Entre las actividades buscaba a menudo a Judith para pasear por el jardín. En silencio esperaba que sintiera algo por mí. Mas fue vana esperanza.

Antes de la comida se rezaba. No era obligatorio participar. Al principio no participé, porque las oraciones estaban dirigidas al señor Moon y yo no creía en él. Durante los cantos solo entonaba las canciones que no me parecían

sospechosas. El primer día me fue fácil; podía delimitar bien mi propio ámbito interior. El segundo día ya fue más difícil. Aunque era completamente libre, sentía cierta separación con el grupo cuando no me unía. No porque se volvieran menos amables o me juzgaran por ello, sino porque surgía de manera natural un dilema social: pertenecer, o no. El tercer día recé con ellos. Mis labios se movían, pero las palabras eran mías. Aun así, lo sentí como una traición a mí mismo. El deseo de pertenecer comenzaba a imponerse. “¿Quiero eso?”, me pregunté.

Contrapuse mi existencia incierta al modo de vida cómodo de aquella gente. Allí reinaban la calma y la mutua cordialidad. Los otros recién llegados se entregaban por completo. Yo seguía resistiéndome; algo no encajaba. Era demasiado perfecto.

Pese a ello, sentía la presión del grupo como una mano invisible que intentaba arrastrarme hacia su mundo, hacia su convicción. Empecé a dudar. El deseo de conservarme fiel a mí mismo, separado del grupo, se volvía una carga. Iba contra la corriente humana. Pero tampoco quería someterme a una doctrina en la que no creía - por muy amables y sinceros que parecieran.

Vieron mi lucha y me ofrecieron quedarme más tiempo, si así lo deseaba.

Entonces lo supe: quería marcharme.

En el fondo, todo había sido por Judith. En mi ingenuidad había esperado que pudiese surgir algo entre nosotros. Pero ella se había entregado ya - primero a Moon, y ahora a su esposo imaginario. No había resquicio alguno. Como si fuese tarea mía arrancarla de algo que ella misma había elegido.

Aquella noche dormí allí. A la mañana siguiente partí. De regreso a Aberdeen, de regreso a mí mismo.

Una oportunidad perdida, un sueño cumplido

Ya era finales de abril y llevaba aquí unos cinco meses. Aunque me aferraba con firmeza a mi propósito y cada día cumplía fielmente mi ronda por las empresas, tenía entre tanto tantas distracciones con los amigos en la casa de Ailsa y otros, que mi vida me resultaba por lo demás bastante grata.

Un día en que, excepcionalmente, había omitido mi ruta y caminaba por Union Street a primera hora de la tarde, vi una larga fila de gente ante el Capitol - el mayor teatro de Aberdeen. Me pregunté qué sucedía. La cola superaba los cien metros y daba la vuelta hasta la parte trasera del edificio. Entonces lo vi: en un enorme cartel ponía: “**¡Tonight: The Rolling Stones!**”

Pensé: “¿Los Rolling Stones en Aberdeen? ¿Y nadie me ha dicho nada?”

Apenas podía creerlo. ¿Sería cierto? *Lo era.* Habían programado en Aberdeen un ensayo general como preparación para una gran gira. Llevaban diecisiete años sin presentarse. Me pareció una oportunidad única. Aunque jamás había sido gran admirador de los Stones, sí que era digno de verse de tan cerca.

La larga fila era un obstáculo. Tendría que esperar horas y aun así podía quedarme sin entrada. Pero vi un rostro conocido. Estaba ya bastante cerca de la taquilla - quizá en quinto o sexto lugar. Entablé conversación con él y, hablando y avanzando - sin que nadie se opusiera - fuimos deslizándonos hacia adelante. En un abrir y cerrar de ojos estaba ante la ventanilla y compré el número máximo de dos entradas. Me sentí como un rey y pensé en quién podría acompañarme.

Pero no llegaría a suceder. En la casa donde vivía me habían estado buscando. Había entrado una llamada telefónica de una firma que deseaba hablar conmigo. Jim acabó encontrándome y me dijo que debía comunicarme con urgencia, pues era algo apremiante. Había apuntado en un papel el nombre de la empresa y el número. Resultó ser Westburne Drilling - un contratista canadiense de las plataformas, uno de aquellos por los que pasaba cada día. Sonaba prometedor. Los llamé y me ofrecieron un puesto, pero debía partir ese mismo día hacia la plataforma.

Me puse inmensamente contento. Por fin trabajo. Pero al mismo tiempo me lamenté profundamente de que me llamaran justo aquel día. Con dos entradas de los Rolling Stones en el bolsillo, era casi la peor sincronía imaginable. Tocaba elegir: perseguir un sueño o renunciar a él. Por supuesto escogí hacer realidad, por fin, mi sueño.

Dejé mi último dinero entre mis compañeros buscadores de fortuna, como habíamos acordado. Las entradas las entregué al director del albergue juvenil y a su esposa - en señal de gratitud por su apoyo. Algunos en la casa de Ailsa no quedaron muy conformes; ellos habrían preferido quedarse con las entradas. Pero debía elegir.

Mi primera vez en el mar

Aquella tarde hice mis maletas. Apenas hubo tiempo para despedidas. Un coche nos recogió a mí y a otros dos y nos llevó directamente al helipuerto.

Era mi primera vez en un helicóptero. Despegamos sobre el puerto, la ciudad de granito encogiéndose bajo nosotros, y luego volamos bajo sobre el mar - gris, interminable, ondulante. Al cabo de aproximadamente una hora y

media, una enorme silueta emergió de la bruma: la plataforma - Brent Delta.

Era gigantesco: una ciudad de acero, grúas, tuberías y cubiertas, firmemente plantada en medio de la nada. Me sentí pequeño - y emocionado. Por fin estaba dentro.

Aterrizamos en la heliplataforma, las hélices azotando el aire. Dentro: pasillos resonantes, escaleras, puertas de acero. El olor llegó primero - aceite, metal, desinfectante.

Me enseñaron mi camarote: dos literas, taquillas, un diminuto ojo de buey. Dejé caer la bolsa y me tumbé un momento. Irreal. Aquella misma mañana aún estaba en Union Street, mirando un póster de los Stones. Ahora me encontraba a millas mar adentro.

Trabajábamos catorce días seguidos y catorce de descanso. Los turnos eran de doce horas diarias - una semana de noche, otra de día. Por qué me necesitaban tan pronto era un enigma - casi no había nada que hacer. Sobre todo nos ocupaban con limpiar la pátina verde que se había formado en la estructura metálica. Incluso dentro de los pilares de soporte del gigante debía limpiarse todo. Con ropa impermeable pesada y una manguera de alta presión subía y bajaba escaleras. Ponía todo de mi parte - pero no veía el sentido.

En la Brent Delta ya no se perforaba. El número de pozos previsto - normalmente entre cuarenta y cincuenta por plataforma - estaba ya en producción. La imagen clásica de una plataforma - con el derrickman bajando las tuberías y los roughnecks acoplándolas con enormes llaves - no se daba aquí: era sobre todo mantenimiento. Limpieza, pintura y labores varias.

Algunos compañeros me recibieron con entusiasmo. Me conocían de la ciudad y celebraban que por fin tuviese trabajo. Al jefe no lo conocía: un escocés de las Highlands,

con acento cerrado y la costumbre de no terminar sus frases. Aunque estaba habituado a toda clase de habla, me costaba entenderle. Más tarde supe que se había quejado en la oficina diciendo que yo no sabía inglés. La empleada que me lo contó sí me comprendía.

“Hablas perfectamente inglés”, dijo. “El problema es el escocés.”

Estábamos a unos sesenta metros sobre el mar. Bajo nosotros flotaba constantemente una pequeña embarcación. En caso de caer, podían recogerte rápido. Pero aquello nunca ocurría. Todo estaba tan bien asegurado. Bote o no, la probabilidad de sobrevivir en aquel agua helada era mínima - dos minutos y medio a lo sumo. Me preguntaba qué harían allí las personas de la embarcación durante todo el día.

La comida era excelente. Quien quisiera podía comer caliente tres veces al día, con todo cuanto deseara. Compartía camarote con un compañero. Había también una sala común donde se podía jugar al ping-pong, al snooker, ver televisión o vídeos, echar cartas. Y si querías hacer ejercicio, había un gimnasio con un surtido decente de aparatos. No se vendía alcohol y estaba absolutamente prohibido - lo cual me parecía razonable en un lugar así. A diferencia de Dinamarca y Noruega, las mujeres no eran admitidas en las plataformas británicas.

Los primeros catorce días los sobrellevé bien. Al regresar a tierra pude cobrar mi paga y recibí un cheque de 570 libras - mi coste de entrada a otra vida. Me di mis gustos: compré ropa nueva, me sumergí aún más en la vida nocturna, salí a comer con amigos y amigas, tomé taxis cuando me antojó. Dos semanas después subía de nuevo al Chinook rumbo a la plataforma. El dinero se había agotado.

Viaje de regreso al hogar

Después de dos rotaciones en el mar, sentí que era el momento de visitar a mi familia. Gozaba de buena salud, llevaba dinero en el bolsillo y tenía la sensación de haber logrado algo. Las privaciones no habían sido en vano. Deseaba presentarme tal como era ahora. Más fuerte. Más independiente. Alguien que había salido adelante sin ayuda.

Quizás, al fin, escucharía aquello que jamás oí de niño: *lo has hecho bien*.

Reservé un vuelo de Aberdeen a Ámsterdam y tomé el tren hacia casa. Ya les había telefoneado; sabían que venía. Y aun así sentí como si debiera presentarme de nuevo a una especie de examen. Mi vida había seguido adelante; la de ellos, quizá no.

Para mi madre había comprado un kilt azul claro y un jersey de lana de oveja, hecho a mano. Mas la verdadera preparación se hallaba en lo que yo mismo vestiría. Quería causar impresión - sobre todo a mi padre. Todo estaba escogido con cuidado: el pantalón, la chaqueta, mi peinado. Hasta los zapatos parecían llevar una declaración oculta.

Quería mostrarle: *mira, me valgo por mí mismo. He hallado mi lugar. Puedes estar orgulloso de mí*.

Pero no se mostró impresionado. Me saludó como si me hubiera visto el día anterior. Sin asomo de sorpresa, sin un instante de reconocimiento. Su reacción fue plana, indiferente - como si cuanto yo hubiese vivido careciera de importancia. Tampoco tenía yo mucho que decirle, pues su interés era escaso y para él todo volvía pronto a la rutina de siempre.

Mi madre no pudo contener las lágrimas. Me estrechó

con fuerza, como si deseara empujarme de nuevo hacia el tiempo pasado.

“Estás tan delgado”, murmuró.

“Solo lo parece”, respondí, intentando tranquilizarla.

“En la plataforma comemos como obreros.”

Rió entre lágrimas, pero no me soltó enseguida.

Marleen también se mostró entusiasmada. Tomó mi bolsa, me llevó a la cocina y quiso saberlo todo. “¿Es realmente tan duro allí?”

“Se aguanta”, dije. “Uno se acostumbra.”

“Pareces mayor”, observó. Me encogí de hombros.

“Eso te lo da el trabajo.” Sonrió.

“O el volverse sabio.”

Dejé aquello sin respuesta.

Karin se mostró más reservada - pensaría seguramente: *ahí lo tienes de nuevo.*

En cualquier caso, vieron que estaba bien. Las historias sobre lo duro que lo había pasado me las guardé. En febrero aún les había enviado una carta sobre mis dificultades para encontrar empleo, pero esa época había terminado. Mi misión estaba cumplida.

Sin embargo, seguía escociendo que mi padre no dijera nada. Entre nosotros había un vacío que no lograba salvar.

“¿Hice esto para mí o para él?”, me pregunté.

¿Ansiaba tanto su aprobación que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de oír: *lo has hecho bien, hijo?*

Quizá sí.

Pero al mismo tiempo sentía orgullo. Orgullo verdadero. Y ese ya no me lo podía quitar.

Mis amigos del pueblo sí lo hicieron notar, y con ellos salía con mayor frecuencia.

Después de diez días en los Países Bajos, volví a Aberdeen. La despedida se sintió extraña. Regresaba a mi nueva

existencia; ellos se quedaban atrás. El vínculo se rompió una vez más, y eso me afectó más de lo que había esperado.

Sin embargo, este era el camino que había elegido. No me esperaba ninguna certeza, ningún reconocimiento. Quería hacerlo solo - vivir mi propia vida. Y comenzó una nueva etapa: convivir con Ailsa.

Con Ailsa

En mi tiempo libre estaba sobre todo en Aberdeen, en casa de los amigos de Ailsa. A veces viajaba a Londres para visitar a Scott, casi siempre por unos días, tras los cuales regresaba. De él supe que Fred había ganado mucho dinero en la lotería - unas sesenta mil libras. Dejó su trabajo en Toyota y disfrutaba de la vida - todos se alegraban por él. Ahora que yo también ganaba suficiente, llegué a considerar la idea de mudarme a Londres, pero aquella etapa me parecía ya concluida.

En cierto momento la hermana de Ailsa regresó de América y nos vimos obligados a dejar la vivienda. Ailsa pudo alquilar una casita en Potterton, un pueblo a las afueras de la ciudad. Ella y Jim se habían separado, y me preguntó si quería vivir con ella. Así compartiríamos los gastos. Era para mí una mujer entrañable, y acepté encantado. Secretamente esperaba que algo pudiera florecer entre nosotros.

Al principio creí ver señales: su mirada que se demoraba, una risa un poco más amplia ante mis comentarios. En las noches en que nos sentábamos juntos en el sofá, pensaba: *quizá...*

Pero con el tiempo se hizo evidente que me veía sobre todo como compañero de casa y amigo. Apreciaba mi presencia, pero mantenía distancia. Una noche, de pasada,

dijo que después de Jim necesitaba a alguien que tuviera firmeza interior. Alguien con calma.

Supe lo que quería decir - y lo que no.

Las veladas siguieron siendo agradables - incluso cálidas - pero sin expectativas. Vivíamos como hermanos, cada uno en su propia habitación.

Desde que trabajaba en la plataforma y tenía dinero para gastar, también tuve alguna que otra novia. Pero nunca duró mucho. A menudo eran mujeres que buscaban algo de mí, mientras que aquellas que yo encontraba atractivas rara vez mostraban interés.

Ailsa estudiaba literatura y filología inglesa. Por las noches, junto al calefactor eléctrico, me leía textos antiguos en inglés. Para mi sorpresa reconocía muchas palabras y sonidos.

“¿Cómo es posible?”, pregunté.

El inglés, dijo, estaba impregnado de influencias de anglos y sajones - pueblos del norte de Alemania que, hacia el año 500 d. C., cruzaron en masa el canal. Su territorio lindaba con la región de donde yo procedía. Una variante de su lengua, el sajón, se hablaba también en nuestra tierra. De ahí el reconocimiento.

Me fascinó cuán estrechamente emparentadas estaban nuestras lenguas.

Al cabo de unos cuatro meses, Ailsa se enamoró de Brendan, un canadiense relajado que trabajaba para la misma empresa que yo y era unos diez años mayor que nosotros. Me llevaba bien con él - como, en verdad, todos se llevaban bien con Brendan.

Cuando ella se fue a vivir con él, nuestra convivencia llegó a su fin. No fue una ruptura, sino un desplazamiento natural - pero aun así sentí como si un sueño cálido y silencioso se disolviera. Algo que pudo haber sido, se desvanecía

sin drama alguno. Me alegré por ella, pero me quedé con un vago sentimiento de pérdida.

Debía encontrar algo nuevo. Y en este caso era evidente: unos amigos míos habían alquilado una casa en el mismo pueblo. Allí me instalé.

Los huéspedes de Potterton

Dos de aquellos amigos me eran ya conocidos desde hacía más tiempo: Irish Jim -para distinguirlo de Scottish Jim, el antiguo compañero de Ailsa- y Ewan.

Irish Jim era un irlandés locuaz de Belfast, de cabello rojizo, fuego en la mirada y un pasado colmado de barricadas y marchas de protesta. Podía hablar sin descanso sobre política, historia o sobre su tiempo en las Orcadas, donde, según él mismo, había desempeñado todo oficio que allí pudiera hallarse. Le gustaba experimentar con drogas y probaba todo lo que podía conseguir. Sin embargo, poseía algo apaciguador, como si con sus palabras mantuviera a raya el tumulto de su espíritu.

Nos conocíamos de la taberna y de las fiestas donde siempre volvíamos a coincidir. Había un círculo laxo de jóvenes con ideas y afinidades compartidas. No era un grupo fijo, sino más bien un enjambre que se recomponía una y otra vez. A él pertenecía yo, lo mismo que Jim y Ewan.

Ewan era distinto. Criado en la alta sociedad, conservaba un leve dejo de arrogancia que jamás había logrado perder del todo. Y aun así era uno más entre nosotros. No tenía pudor alguno, ni freno, y dondequiera que surgiese, atraía todas las miradas. Había sido comando en el ejército británico y había combatido en Irlanda del Norte -irónicamente, pues, contra hombres del talante de Jim. Mas cuando se encontraron una noche en una taberna, la conexión fue

inmediata. Desde aquel momento fueron inseparables, como si por el rodeo de antiguas contiendas se hubiesen conocido ya de años.

Estaba también Julian, un inglés callado que, igual que yo, trabajaba en las plataformas, y cierto William, que pronto se marchó. La casa se hallaba en perpetuo movimiento. Cuando Julian o yo estábamos en alta mar, otros tomaban por un tiempo nuestro lugar.

Se reía, se bebía, se fumaba, se filosofaba y se ponían discos sin fin. Y siempre había amigos que pasaban por allí.

La pérdida de algo valioso

Desde que tenía trabajo, apenas veía a los otros muchachos que también buscaban empleo en las plataformas. El grupo se había dispersado. La mayoría trabajaba ya y vivía repartida por el país o más allá. Por los turnos de catorce días en tierra y catorce en alta mar, uno podía no volver a coincidir con alguien durante meses.

También quienes me habían ayudado en tiempos difíciles habían ido quedando atrás: el dueño del albergue juvenil, Oscar, mi compañero de habitación en el hostel, y tantos otros. Como ganaba bien, ya no dependía de nadie. Era libre de hacer cuanto me viniera en gana. Mas no lo sentía como verdadera liberación. Echaba de menos el lazo con mis antiguos camaradas: aquella solidaridad y desprendimiento que nos unieron entonces. Cada uno tomó su propio camino. No debía quejarme - había logrado lo que anhelaba, pero también algo valioso se había perdido.

Trabajar en la verdadera perforación

Entretanto ya no trabajaba en la Brent Delta, sino que había sido trasladado a una plataforma nueva: la North Cormorant, en el yacimiento del mismo nombre. Allí sí se perforaba de veras, lo cual hacía el trabajo mucho más interesante.

Trabajaba como *roustabout* -una suerte de hombre-para-todo a bordo- y debía, sobre todo, asegurar que las tuberías de perforación estuviesen ordenadas, de modo que pudiesen ser tomadas y elevadas sin dificultad. El *derrickman*, que laboraba en lo alto de la torre, las dejaba descender una a una por el pozo, y los *roughnecks*, los hombres del duro trabajo en el piso de perforación, las unían con grandes llaves. El *driller*, que desde su cabina supervisaba todo, dirigía el proceso. Él era también nuestro jefe.

El trabajo era llevadero, y ya estaba habituado a los turnos de doce horas. Sólo hacia las cinco de la mañana, durante las guardias nocturnas, debía luchar a veces contra el sueño - sobre todo cuando había poco que hacer.

La carga física no era grande, mas el clima podía hacerlo áspero. El Cormorant se hallaba a unos ciento cincuenta kilómetros al nordeste de las islas Shetland. Tan al norte, las estaciones eran extremas. En verano casi no oscurecía: al filo de la medianoche el sol se deslizaba apenas bajo el horizonte, para elevarse otra vez una hora después. En invierno no amanecía hasta alrededor de las diez y ya a las tres volvía a oscurecer, sin contar el frío, las fuertes precipitaciones y el viento.

Por lo general volábamos primero a Lerwick, en las Shetland, y de ahí en helicóptero a la plataforma. A veces partíamos directamente desde Aberdeen en un Chinook.

Las tormentas podían ser feroces. Con viento fuerte debíamos permanecer bajo techo, para no ser arrojados al vacío.

Especialmente traicionera era la pista de helicópteros: abierta, resbaladiza, sin resguardo. Cuando el helicóptero aterrizaba en medio del temporal, tendían una gruesa soga a lo largo del helipuerto, y debíamos aferrarnos a ella para alcanzar la escalinata que conducía a la seguridad. A veces las ráfagas eran tan violentas que uno sentía, por un instante, que podía ser alzado del todo - arrojado a las frías y embravecidas aguas, donde ya nadie volvería a encontrarte.

El mundo cerrado

Aunque el trabajo me resultaba en sí bastante ameno, sentía, con el paso del tiempo, una creciente resistencia a volver a partir hacia aquel mundo clausurado en medio del mar. Comencé a experimentarlo cada vez más como una suerte de prisión. La noche previa a la partida no dormía. Apenas despertaba, sabía: ha llegado el momento.

En los días previos a la partida noté cómo mi estado de ánimo decaía. La perspectiva de estar aislado durante semanas empezaba a pesar cada vez más. El tiempo en tierra parecía siempre demasiado corto. No sabía si esa sensación permanecería o si, con el tiempo, podría aceptarla como una forma de vida.

Hubo quienes tenían esposa e hijos, y para ellos era un empleo normal. Algunos compañeros vivían tan lejos como Irlanda y volaban cada dos semanas de aquí para allá. Mas aquellos horarios antinaturales dejaban, con frecuencia, huellas en los matrimonios.

Solían bromear: “Cuando mi mujer por fin se ha acos-

tumbrado a que no esté, regreso. Cuando se ha acostumbrado a que esté, vuelvo a partir.”

Cada uno afrontaba esa tensión a su manera.

En algunos, el deseo de escapar era más fuerte que la necesidad de descanso. Había compañeros que, en cuanto llegaban a tierra, se pasaban catorce días de fiesta y hacían todo lo que Dios había prohibido. Después subían agotados al Chinook o al avión. Dos semanas más tarde regresaban de la plataforma como renacidos, listos para volver a entregarse por completo.

Humo entre líneas

En el mar también teníamos nuestra manera de desconectar. Casi todos fumábamos hachís. Después del trabajo íbamos a comer y a ducharnos, y luego nos reuníamos en la cabina de alguien para fumar porros juntos.

Llevar el hachís consigo no era difícil, aunque había que andarse con cuidado: en el aeropuerto revisaban el equipaje a menudo, precisamente con ese fin. Quien era sorprendido podía contar con un despido fulminante. Le sucedió a un colega que acababa de comprar una cabaña en las Highlands. Perdió su empleo - y nosotros perdimos un amigo. Era amargo, pues todos lo hacíamos, a menudo en su cabina. Todos sabíamos cuán arriesgado era. Bien podía haberme tocado a mí. Pero guardamos silencio y continuamos como si nada.

Una voz para el mar

Cierto día decidió la dirección que todos los trabajadores debían redactar, durante su turno, un informe sobre la seguridad en la plataforma, con sugerencias para mejorarla. Se

trataba de cuestiones tales como peligros de incendio, riesgos de caída y otras situaciones inseguras. También yo debía consignar mis observaciones por escrito. No me apetecía ocuparme de los problemas obvios. Que otros se preocuparan por eso, pensé. Lo que a mí me inquietaba de veras era que en Gran Bretaña se siguieran usando sustancias químicas nocivas para lubricar la broca al perforar estratos duros - cuando en otros lugares ya estaban prohibidas. Aquellos compuestos eran extremadamente dañinos para el medio ambiente. Noruega los había proscrito y solo usaba agua. Por ello dediqué mi informe a los riesgos del *oil-based mud*, como se llamaba en la industria aquella mezcla.

Un día después de entregarlo vino el jefe a verme, riendo.

“Buen texto, pero no podemos hacer nada con él”, dijo.

No era algo que yo no hubiera previsto. Agitó el papel ante mis ojos con amplia sonrisa.

“Lo guardaré. Me gusta.”

Dublín

Cuando se trabaja en una plataforma, se tiene dinero y se apunta uno a cualquier aventura. No importaba el coste: en tierra reinaba el deseo de diversión. Uno quería recompensarse tras dos semanas de encierro. Aquel que viniera con un plan lo bastante disparatado y cierta promesa de emoción o de una experiencia nueva, bastaba para arrastrarnos a todos.

Ewan tenía licencia de vuelo y propuso alquilar un avión para una travesía privada a Dublín. Nos pareció una idea excelente. Éramos unos cinco y reunimos el dinero; Ewan consiguió una vieja aeronave militar.

En un sábado soleado despegamos del aeropuerto de

Aberdeen. La pequeña máquina era tan ruidosa y tan sensible a corrientes de aire y descensos bruscos que pensé más de una vez: *¿saldrá esto bien?* Yo estaba acostumbrado al helicóptero. Allí tampoco se podía hablar por el estruendo, pero al menos era estable. Aquella vieja carcasa se bamboleaba sin cesar. Nos volvimos hacia Ewan, que confesó no haber volado desde hacía tiempo y no estar familiarizado con ese tipo de aparato. Pero conforme avanzó el trayecto, logró dominarlo.

A eso de las dos de la tarde aterrizamos sanos y salvos en Dublín. Acordamos reunirnos de nuevo a las cinco; quien llegara tarde debería arreglar su propio regreso. Pasé la tarde recorriendo la ciudad por mi cuenta. Bebí Guinness, observé a la gente, me detuve ante músicos callejeros y artistas, me dormí en un parque y tuve que apresurarme para llegar puntual a la cita.

Visita desde los Países Bajos

Mientras yo ensanchaba mis horizontes en Escocia, llamó inesperadamente mi hogar a la puerta. Marleen deseaba venir a verme. No sabía bien qué hacer con ello. Me alegraba que quisiera visitarme - y aquel sentimiento era mutuo, pero mi vida aquí era también un poco mi secreto. Aquí podía ser quien quería y no debía rendir cuentas a nadie. Si ella venía, acaso tendría que explicar cosas. Y eso no me atraía.

Mi hermana había sido siempre mi alma gemela. Con ella no temía compartir aquello que no era para oídos ajenos. Era sumamente comprensiva y procuraba no juzgar. Sin embargo me costaba: todas las noches fumábamos hachís. Formaba parte de nuestra vida. Mas confrontar a mi hermana con ello se me hacía difícil.

Ella insistió, y al fin accedí. Vendría con su amiga Els y se quedarían catorce días. Dormimos todos en la casa de Irish Jim y Ewan, y los muchachos no se quejaron: dos jóvenes agradables bajo el mismo techo. Todo fluyó, y mis temores resultaron infundados. Cada cual seguía su camino; ellas hacían lo suyo, yo lo mío. De vez en cuando hacíamos algo juntos: les mostraba Aberdeen o emprendíamos pequeños viajes por Escocia. Comíamos y bebíamos en tabernas y por la noche regresábamos a casa. Mas la mayor parte del tiempo permanecían juntas.

Mas no me sentía por completo libre. Una tarde nos hallábamos los tres en la sala. Yo quise liar un porro, como solía hacerlo, mas mi mano quedó suspendida un instante sobre la lata con tabaco y hachís. Miré a Marleen y dudé. Al final lo hice de todos modos. No estaba muy impresionada y ya lo había visto venir. No tenía que explicar nada. Lo comprendía. Esa era mi vida.

Poco después surgió algo más con lo que no había contado: un curso obligatorio de tres días de lucha contra incendios en Dundee. Aquel certificado era condición estricta para poder permanecer en el mar. Me fastidió que fuese precisamente entonces, mas no cabía alternativa. Las damas deseaban acompañarme - una suerte de breve excursión, un respiro lejos de Aberdeen. Decidimos, pues, sacar lo mejor de ello. Partimos por la mañana, abrigados contra el viento, y tomamos el tren; afuera desfilaban asfalto húmedo y nubes bajas.

Mientras yo pasaba el día entre simulacros y fuegos de práctica, Marleen y Els vagaban por la ciudad - tiendas, terrazas, té, tabernas. Al anochecer nos reuníamos en un hotel modesto, donde flotaba el olor de moqueta vieja y café en los pasillos. En el comedor se sentaban huéspedes de

toda la vida: hombres mayores, de semblantes curtidos - obreros, solitarios, silenciosos.

La primera noche me despertó un grito; mi primer pensamiento fue: Marleen. Salté de la cama y encendí la luz del pasillo. La puerta de su habitación estaba abierta. De pronto salió un hombre, seguido de dos muchachas aterradas en ropa de dormir. Alguien se había escabullido dentro. El hombre agitaba los brazos y señalaba hacia arriba.

“¡Soldadores!”, gritaba.

No sabía a qué se refería.

“¿Es que no los ves? *Soldadores - por todas partes soldados.*”

La mujer que regentaba el hotel había oído el alboroto y subió. Tomó al hombre con suavidad del brazo y lo condujo abajo. Ignoro qué padecimiento tenía exactamente -parecía inofensivo, pero mentalmente extraviado. Marleen y Els, ya más repuestas del susto, volvieron a meterse en la cama, aunque no sin cierta aprensión.

A la mañana siguiente la dueña del hotel explicó que el hombre había caído en un delirium tremens por exceso de bebida. De ahí que viera por doquier los destellos de soldados. No había motivo para inquietarse; ya había sido trasladado a una clínica.

De regreso de Dundee tuvimos que despedirnos más rápido de lo que yo hubiera deseado. Las vacaciones de mi hermana no coincidían exactamente con mis días en tierra. Cuando hube de volver a la plataforma, ellas aún tenían unos días por delante. Les pregunté si les importaba pasarlos en compañía de los muchachos. Apenas necesité formular la pregunta: vi en sus ojos el mismo pensamiento. Por fin verdaderamente libres.

El alzarse del rechazo

La resistencia a estar encerrado durante dos semanas no hacía más que aumentar. Me costaba cada vez más sobrellevarlo. Los días previos a mi partida luchaba siempre con la misma cuestión: ¿me esforzaré en hacer algo de ello, o dejaré que lo inevitable caiga sobre mí sin más?

En la plataforma cumplía bien con mi labor. Una promoción a roughneck parecía cercana -ya poseía suficiente experiencia y trabajaba plenamente con los demás. El driller tenía alta estima de mí. Me llamaba hombre despierto, y alardeaba de mí ante otros. Mas tal estima se desvanecía pronto ante la visión del mar sin fin, sin un palmo de tierra a la vista.

También la industria comenzó a repelerme - sobre todo el daño que infligíamos a la naturaleza. A veces recordaba aquel informe. Aquellos pocos folios en los que había intentado decir algo sensato acerca de lo que de veras importaba - sobre la inmundicia que vertíamos al mar como si éste pudiera tragarlo todo sin límite. Nadie había hecho nada con ello. Lo sabía. Mas la idea seguía revoloteando en mi espíritu. Lo había dicho, y ya no podía retirarlo.

Por un pequeño accidente hube de abandonar la plataforma antes de tiempo. Al mezclar *oil based mud*, algo de polvo me alcanzó el ojo y quemó parte de mi córnea. Afortunadamente me enjuagué de inmediato con un líquido especial y el daño fue limitado. El servicio médico me mandó no obstante al continente para un examen más minucioso. Quedó una pequeña cicatriz en la córnea, que se sentía como un grano de arena - molesto, mas pasajero.

En la siguiente rotación pude trabajar con normalidad. No obstante me pagaron menos, por haber abandonado

antes el turno. Lo hallé injusto. No había tenido elección. Y con ello las pequeñas afrentas comenzaban a acumularse.

El accidente

Un día vino una muchacha de visita. Le parecía fascinante: un grupo de jóvenes inadaptados en un villorrio como Potterton. Permaneció toda la tarde. Ya entrada la noche preguntó si alguien podría llevarla a casa, en Belhelvie. Ewan, el único con coche, no tenía ganas.

“Dame las llaves,” dije. “La llevo yo.”

Me entregó las llaves de su viejo y destartado Jaguar.

Afuera hacía frío. Del campo ascendía una leve neblina. Mas aún ignoraba cuán cerrada estaba en realidad.

El camino de ida pasó todavía - la visibilidad era limitada, mas no imposible. En Belhelvie la dejé; se volvió y me saludó con la mano. Su rostro quedó un instante iluminado por la luz interior. Una sonrisa - y luego se perdió en la bruma.

En el camino de regreso había empeorado. La niebla cubría el paisaje como una sábana mojada. Un silencio mortal. Conducía despacio, a no más de veinte kilómetros por hora. Los faros cortaban una vaciedad algodonosa. Apenas distinguía el arcén.

Inclinado hacia adelante sobre el volante, miraba fijamente un muro blanco. Los limpiaparabrisas se movían en vano. Las líneas del centro de la carretera aparecían una tras otra. Lentas. Monótonas. El único punto de apoyo. Sentía como si condujera a tientas.

De pronto, dos faros, brillantes y cercanos.

Pero ya era demasiado tarde.

Un choque frontal.

Luego, un silbido agudo.

Por un momento no hubo nada. Solo el estruendo en mis oídos - y la certeza: esto está mal.

Con un dolor intenso en la pierna izquierda, salí arrastrándome del coche. Por un instante pensé que algo estaba roto - pero podía mantenerme en pie, cojeando, temblando. Me acerqué tambaleándome al otro coche, queriendo saber qué tan grave era el estado del conductor. Vi a un chico de mi edad. El rostro pálido, la boca abierta por el miedo o el dolor - no lo distinguía bien. Quise ayudarlo, pero no pude sacarlo. Estaba atrapado entre el volante y el asiento. Grité algo, pero ya no recuerdo qué.

No sabía qué hacer y poco a poco se impuso la realidad: era culpa mía. La causa estaba clara: mi coche estaba en el carril equivocado. En la espesa neblina había cambiado de carril sin darme cuenta.

Algunos coches se detuvieron. La gente corría de un lado a otro, sus voces resonando huecas en la niebla. Poco después llegó la policía, y más tarde los bomberos. Con su ayuda, sacaron al chico del coche y lo colocaron en una camilla. Se lo llevaron entre sirenas aullando.

Me quedé allí, perdido. Miraba atónito lo que había provocado. A toda esa gente y a los servicios de emergencia intentando salvar lo que aún se podía salvar. Me sentía impotente. Un frío intenso recorrió mi cuerpo. Permanecía temblando sobre mis piernas. Uno de los bomberos me echó una manta encima. Apenas ayudó. Fue sobre todo el shock, y la sensación de abandono absoluto, lo que expulsó todo el calor de mi cuerpo. No podía creerlo. Vivía dentro de un sueño. Esto no puede ser verdad. ¿Qué he hecho?

La policía me llevó a su furgón. Fueron amables y comprensivos. Tuve que realizar una prueba de alcoholemia - dio negativo.

“¿Has consumido drogas?”, preguntó un agente, mirándome fijamente.

“No”, respondí.

Aunque no era enteramente cierto. Horas antes había fumado un porro con los muchachos. ¿Habría alterado eso mi percepción? ¿Era ésa la razón de un error tan fatal? Me costaba creerlo, mas la duda comenzó a insinuarse. Lentamente, una culpa densa y amarga se alzó.

Si era así, jamás podría perdonármelo.

La policía me devolvió a Potterton y me dejó en la puerta de nuestra casa. Mientras tanto habían encargado una grúa para ambos vehículos. Conté a Ewan lo sucedido y él me dijo que no me preocupara por su coche: ya estaba para el desguace. Le ofrecí pagar todos los costos y también alguna compensación por el automóvil. Esto último no lo consideré necesario. Las tasas de remolque le parecieron bien.

Mi mayor inquietud era el otro conductor. ¿Cómo estaría? Al día siguiente fui al hospital con un ramillete para visitarlo. Se sorprendió al verme, pero también se alegró. Se llamaba Tom y tenía la pierna enyesada. Los médicos habían determinado que la parte inferior de su pierna estaba destrozada. Dudaban de si llegaría a caminar con normalidad. Aquello me hirió profundamente. ¿Qué había causado con mi torpeza? Mas Tom no me reprochó nada. Se mantuvo afable, y pronto conversábamos como si fuésemos viejos conocidos.

Su indulgencia y nobleza aliviaron por un momento mi culpa. Llegué a pensar que tal vez podríamos llegar a ser amigos. Salí con la sensación de que nos habíamos comprendido. Mas la vida tenía otros designios.

Poco después llegaron las cartas. Abogados que pretendían entablar acciones contra mí por los daños. En mi ingenuidad había supuesto que todo estaría resuelto: los gastos

médicos cubiertos por el Estado, los seguros ajustándose entre sí, y los costos de Ewan los pagaría yo.

Nada que temer, pensaba.

Pero la compañía aseguradora de Tom buscaba resarcirse a través de mí, personalmente.

Jamás lo hubiera previsto.

De pronto todo quedó expuesto. Desprotegido. Frágil.

No sabía si podría afrontar aquello. La responsabilidad. El papeleo.

El temor a la ruina - era como un mundo al que no tenía acceso.

Estaba solo. En un país que no era el mío, entre normas que desconocía. Y esos abogados que enviaban cartas llenas de amenazas veladas. Esto no iba a terminar bien.

Mi culpa reapareció.

Había hecho daño a alguien.

Por mi culpa. Y ahora venían tras de mí.

Todo en mí clamaba por huir.

No fue azar

El accidente no se sintió como un azar. Fue la suma de la vida que llevaba aquí.

Ya no me sentía bien conmigo mismo. La duda se fue colando - sobre mi trabajo, mi futuro, mi vida aquí.

Fumaba más hachís del que me hacía bien.

En los contactos sociales me volvía cada vez más callado, casi tímido.

Me retraía, incluso con amigos.

Era como si interiormente ya me hubiera despedido, sin darme cuenta.

Y entonces ocurrió esto.

La vida me obligó a detenerme de forma brutal - porque yo mismo no quería parar.

Brusco. Violento. De otro modo no lo habría visto.

Comprendí: esto no tenía futuro.

No podía construir una vida aquí.

No en este trabajo. No en este mundo.

No tenía la fuerza.

Todo era fugaz.

Amistades, trabajo, relaciones.

Yo era un extraño. Y siempre lo sería.

Incluso la lengua inglesa, en la que antes me expresaba con facilidad, ya no me resultaba familiar.

Mi vida se sostenía como arena suelta.

Había ido demasiado lejos. Había dañado a alguien - de forma permanente.

Tenía ganas de llorar.

Creta

Tras el accidente, algo en mí se había quebrado de un modo que ya no podía ignorar.

Caminaba como una sombra, sin rumbo.

Todo me parecía hueco - los días, la casa, las conversaciones.

Algo había de acontecer - debía tomar una decisión.

Mas la plataforma aguardaba. Implacable.

Y, extrañamente, ofrecía en medio de aquel caos una suerte de anclaje.

Ritmo. Distracción. Algo a lo cual aferrarme, mientras aún fuera posible.

De vuelta en tierra firme me sentía oprimido.

En la cocina yacía una pila de cartas de abogados. Sin abrir. Pero ineludibles.

Lo había postergado, aunque sabía que no podría evadirlo.

No deseaba quedarme en casa; allí la tensión no haría sino aumentar.

Para huir, reservé un vuelo a Creta.

Allí vería qué surgía. Tal vez hallaría claridad. Tal vez no. Quizá era tan sólo una huida.

A Irish Jim le dije que no sabía si regresaría.

Si no volvía, podía quedarse con mis cosas.

Era primavera.

Llevaba ya más de un año trabajando en la plataforma.

Precisamente en esta época la mayoría dimitía. El buen tiempo despertaba el anhelo de partir.

En especial los extranjeros, para quienes esta vida era, al fin y al cabo, algo pasajero, lo dejaban sin esfuerzo.

“¿Será ahora mi turno?”, me preguntaba.

Volé desde Luton a Heraclión.

Tras un breve control en el paso fronterizo hojeé mi pasaporte por aburrimiento - y allí estaba: una pequeña píldora azul, escondida entre la última página y la tapa.

“Ah, así que aquí estaba.”

Había recibido dos pastillas de LSD, mas la segunda había desaparecido. Al parecer, llevaba todo ese tiempo oculta en mi pasaporte.

¿Qué habría pasado si aquel funcionario la hubiese visto? Mejor no pensarlo. Era, al fin y al cabo, una grata sorpresa.

El Trip

Alquilé una motoneta y puse rumbo a La Canea. Un trayecto considerable para quien no supera los treinta y cinco kilómetros por hora.

Al caer la tarde entré en la ciudad, reservé una habitación en un hotel y cené en una terraza. Ya de regreso, decidí tomar la pastilla. Sabiendo que tardaría en surtir efecto, monté de nuevo y ascendí por las colinas que dominan la ciudad.

Oscurecía y subía cada vez más por senderos apenas iluminados, bordeando casas viejas donde la gente cenaba al aire libre. Llegué a un pequeño prado con vista sobre La Canea. A mi espalda, algo más arriba, se alzaban algunas viviendas. Apoyé la motoneta y me senté en la hierba.

Comenzó a obrar lentamente. A lo lejos, las luces de la ciudad se transfiguraban en las más bellas formas y colores. Una profunda beatitud descendió sobre mí - como si una jarra de amor celestial fuese vertida sobre mi ser. Me sentía uno con todo y con todos. Una suave bondad incondicional, no dirigida a nadie en particular, sino a cuanto existe. Los sonidos ya no procedían del exterior, sino de ese mismo lugar silencioso donde yo me hallaba: un perro que ladraba, una motoneta en la distancia -todo encajaba en un mismo ritmo. El tiempo se dilataba; los movimientos eran pliegues en un gran presente que respiraba.

Entonces sonó una voz. Un hombre mayor salió de la penumbra y me observó con recelo, como preguntándose qué hacía allí solo, en tal oscuridad.

Hablaba una lengua desconocida para mí, mas en mi percepción le entendía sin esfuerzo. Surgió entre nosotros una conversación que, para mí, tenía absoluta lógica - aunque en la realidad probablemente careciese de todo sentido.

Lo curioso es que pareció encontrarlo tan interesante que se sentó a mi lado. Charlamos como dos ancianos en un banco del parque. Al final me invitó a su casa, pero decliné. Prefería quedarme.

Se marchó, y lentamente la magia se disipó. Los colores se apagaron. Todo volvió a ser lo que era.

Incluso algo tedioso. Supe entonces que había regresado a la tierra.

Monté de nuevo y regresé a la ciudad.

En el hotel había un pequeño aparcamiento donde dejé la motoneta. Aún no había terminado la noche. El ambiente era cálido y vivo, y deseaba tomar algo en alguna de las muchas tabernas del centro. Vagué por las callejas estrechas en busca de un lugar adecuado.

La boda

De una puerta abierta brotaba música - música en vivo, por lo que parecía. Movido por la curiosidad, seguí el sonido. Una larga escalera descendía. Suponiendo que se trataba de un bar, bajé y me encontré en una sala repleta de gente celebrando. Pronto advertí que no era una taberna, sino un festejo familiar - una boda, por lo visto.

Pensé en subir de nuevo. Mas alguien me llamó. Un hombre me hizo señas, muy animado, para que me uniera. Titubeé, preguntándome si debía estar allí. Mas él insistió. Pensé: bien puedo observar un momento. Me cedió una silla y me sirvió un vaso de vino. Antes de darme cuenta, estaba en medio del jolgorio.

Varias mujeres me sacaron de la silla y me arrastraron a la pista de baile.

En un pequeño escenario tocaba una banda tradicional griega.

Sabían lo que hacían y encadenaban una sirtaki tras otra - frenéticas, contagiosas, imposibles de resistir.

Animado por los vítores a mi alrededor, me entregué por completo a la música. Era la estrella de la noche. Entretanto,

el vino corría generoso - ligero, afrutado, peligrosamente dulce. Era de ese brebaje engañoso que sabe a limonada, de modo que uno cree que no contiene alcohol y bebe vaso tras vaso sin reparo. Allí es donde me perdí.

Resaca

De pronto sobrevino el hombre del mazo.

No recuerdo cómo regresé al hotel.

A la mañana siguiente la estancia parecía un campo de batalla: la cama, el suelo, las paredes - todo cubierto de vómito. Lo que pude limpiar, lo limpié, mas era empresa imposible; la suciedad se hallaba por doquier. Me moría de vergüenza y no osaba mostrar a la dueña del lugar el estado de mi habitación. Por fortuna, ya había pagado, y también me había devuelto el pasaporte.

Me miré al espejo y no me reconocí. Rostro lívido, ojos enrojecidos, una mirada vacía.

Salir de allí - he aquí lo único que rondaba mi mente.

Como pude lavé mis ropas, las colgué un instante fuera de la ventana para que se secasen, hice mi equipaje, bajé las escaleras y escapé por la puerta. No deseaba permanecer en La Canea; todo en aquel lugar me sabía ahora a torpeza que anhelaba dejar atrás cuanto antes.

Rumbo a la costa meridional

Tras la exaltación y la resaca de La Canea, ansiaba silencio.

Sin estímulos, sin vino, sin música.

Con mi motoneta me interné por las montañas camino de la costa del sur. A mitad del trayecto, impresionado por la grandiosidad de aquellas cumbres - algunas apenas transita-

bles por la nieve helada del deshielo-, me detuve al mediodía en un pequeño hotel.

En aquella altitud hacía frío, mas dentro reinaba un calor delicioso gracias a una gran estufa que ardía en medio de la sala. Gentes del lugar se agrupaban en torno a ella, conversando animadamente.

Me senté solo a una mesa y pedí una infusión de hierbas. Observé a la gente por el rabillo del ojo. Sentí como si hubiese llegado a un rincón del Himalaya - un lugar que sólo conocía por fotografías. Los rostros curtidos, las gruesas vestiduras de lana en tonos terrosos, los gorros puntiagudos. Afuera se oían los balidos de las cabras. El tintinear de sus campanillas formaba una sinfonía intemporal de montes y praderas. Un mundo entero en sí. Decidí pasar allí la noche.

En el sur hacía ya verdadero calor, unos treinta grados. Allí transcurriría el resto de mis días. Visité varios lugares - no más de una jornada en cada uno, antes de proseguir camino. No existía paso por la costa; para alcanzar el siguiente poblado era preciso cruzar de nuevo las montañas.

Por una parte gozaba del paisaje y del clima cálido; por otra, los sucesos recientes seguían minando mi espíritu. Por precaución había traído todo mi ahorro. Todo parecía indicar una despedida, aunque aún no tenía certeza. Así pues, tomaba vacaciones y aguardaba a ver cómo me sentiría cuando lo inevitable volviese a presentarse.

El campamento nómada

A mitad de mi travesía llegué a una suerte de asentamiento poblado principalmente por norte-europeos. Habitaban allí en tiendas y chozas. Había un bar al aire libre donde se podía comer y beber - con el mismo vino del banquete nupcial. A unos cientos de metros, entre abruptas paredes

rocosas, se extendía una pequeña playa de guijarros. Era un enclave alternativo y hermoso, perfecto para concluir mis días de descanso. Alquilé una cabaña y me mezclé con los moradores del campamento.

Llevaban allí todo el invierno. La vida era grata - y mucho más económica que en sus países de origen. La mayoría trabajaba de vez en cuando en casa y con esas ganancias podía vivir sin apuros en aquel rincón. Algunos elaboraban joyas o artesanías durante los meses de invierno para venderlas luego en mercados del norte. Aquel modo de vida me sedujo.

Resultaba inspirador ver cuán esencial era la libertad para ellos - cómo preferían una existencia nómada a la vida programada del hogar. Me abrió los ojos. También así se podía vivir. Bastaba con decidirse.

La víspera de mi partida entablé conversación con Gisela, una mujer alemana.

Estaba sentada junto al bar, las mejillas encendidas por el sol y el vino, mientras enrollaba hilo de plata alrededor de una piedra. Le conté toda mi historia. El accidente. Las cartas. Las dudas. Las tensiones. La incertidumbre. Que ignoraba si debía volver a la plataforma.

Ella me miró, sonrió y dijo:

“No puedo decírtelo. Cada alma toma sus propias decisiones, casi siempre tambaleándose entre dos temores: el miedo a perder algo y el miedo a lo desconocido. Entre ambos se halla la confianza. Si esa confianza es fuerte, elegir se vuelve sencillo. Sientes que todo irá bien. Mas, si falta, permanecerás en la duda. Por eso mi respuesta sería: averigua primero cuánta confianza habita en ti antes de decidir.”

Era un consejo sabio, digno de reflexión. Pensaba que en mí había bastante confianza, pues de otro modo no me

habría arrojado una y otra vez a nuevas aventuras. Pero quizá no era tanta, y aún cabía mucha mejora.

Permanecí junto a ella en el bar. Reímos, conversamos y bebimos toda la noche.

Al despuntar el alba había desaparecido. La busqué por todas partes, mas no pude hallarla.

Como si hubiese venido sólo para decirme aquello.

Demasiado tarde

Al día siguiente me quedé dormido. Mi vuelo salía a las tres y ya pasaba de las doce. Con más de ciento cincuenta kilómetros por recorrer hasta el aeropuerto, supe con certeza: no llegaría. Me sobresalté un instante, pero luego exhalé un suspiro de alivio. El destino había tomado la decisión.

Cuando llegué a Heraclión, el avión hacía tiempo que había partido.

No sentí pánico ni duda - sólo paz.

La elección estaba hecha por mí.

Entré en una cabina telefónica, marqué el número de la empresa y anuncié que no regresaría.

Después colgué, miré hacia el mar y comprendí: este capítulo había concluido.

AMANECER EN EL ORIENTE

LA SUAVE FUERZA ENTRE
ORIENTE Y OCCIDENTE

En el tren

Nada me atraía de vuelta a casa. Lo que quedaba atrás permanecía sin resolver. No buscaba respuesta alguna, sólo movimiento. Turquía me llamaba - lo desconocido, lo misterioso, un mundo distinto. Estaba abierto a una nueva aventura. Tomé el barco de Heraclión a Atenas y, desde allí, el tren hacia Estambul.

En las primeras horas del amanecer, el tren se puso en marcha con bruscos sobresaltos. Los vagones eran antiguos, con bancos gastados y ventanillas que se abrían con un chirrido - si es que lograban abrirse. En los compartimientos flotaba un olor a cuero viejo mezclado con humo de cigarrillos, impregnado profundamente en la tapicería. Lentamente rodaba el tren por el árido interior de Grecia, pasando olivares, estaciones abandonadas y aldeas con muros aún marcados por balas, como si se tratase de cicatrices que nadie deseaba entregar al olvido.

Mis compañeros de viaje formaban una mezcla varipinta de obreros, estudiantes, mujeres del campo con bolsas

repletas de víveres y algún viajero solitario como yo. Se hablaba poco, mas el contacto era fácil. Una mirada de reconocimiento, el compartir una naranja o un cigarrillo. Un leve asentimiento que aseguraba que todo estaba bien, una sonrisa. Los corazones de aquella gente se abrían con prontitud.

El tren se detenía con frecuencia, chirriando y crujiendo al llegar a pequeñas estaciones rurales o a ciudades de mayor tamaño. Luego era esperar el agudo silbido del revisor, señal para partir. Entretanto, el paisaje pasaba en silencio ante nuestros ojos.

Tras horas de silencio y de mirar por la ventana, todo adquirió de pronto más profundidad gracias a un encuentro.

Kostas

En Tesalónica subió un hombre de edad avanzada y tomó asiento frente a mí. Vio mi mochila e inició al instante una conversación. Se presentó como Kostas.

“¿Hacia dónde te diriges?”, preguntó en inglés.

“Primero a Estambul, y después... no lo sé con exactitud - veré adónde me lleve el camino.”

“Es un buen comienzo,” dijo. “Déjate sorprender. Aprende a confiar. El universo cuida de ti.”

Se inclinó hacia adelante, empujó sus gafas sobre el puente de la nariz y me sostuvo la mirada con ojos penetrantes. En el pasillo pasaba una procesión de viajeros errantes, mas en nuestro pequeño rincón no quedaba asiento libre. Dijo que había recorrido el mundo y vivido, meses o años, entre culturas completamente distintas: con una tribu indígena en la Amazonía, con un pueblo nómada en las estepas de Mongolia, y con los aborígenes de Austra-

lia. Entre tanto había enseñado física durante algunos años en la Universidad de Karachi.

Había sido, sobre todo, una larga búsqueda de respuestas a sus preguntas vitales. Su conclusión era sencilla: cada respuesta engendra nuevas preguntas; las respuestas verdaderas no existen. Hemos de aprender a vivir con la incertidumbre de nuestra existencia: quiénes somos, cuál es nuestro destino. Hacer las paces con nuestras dudas y aceptar que nuestro conocimiento será siempre limitado.

“Así debe ser,” dijo, “pues no el saber, sino el *creer* es lo que infunde fuerza a nuestra vida.”

Se hallaba medio iluminado por la luz oblicua que entraba por la ventanilla. Rizosa su cabellera gris en las sienes, unos cuantos pelos rebeldes en la barbilla. En su rostro, finas grietas talladas por sol y viento; unos ojos que sonreían antes que su boca. Su abrigo era pulcro, pero gastado en los codos; el cuello, brillante por el uso constante.

“Creo en la interconexión de todos los seres humanos,” prosiguió. “Y creo que nuestro anhelo de unidad determina desde ahora nuestro porvenir - nada más. Tal vez pienses que estoy loco, cuando miras al mundo. Mas la fuerza de la fe reside precisamente en esto: que soy yo el creador de mi mundo, y que yo decido cómo ha de ser.”

Mientras hablaba, jugueteaba con una piedra lisa que encajaba justo en su mano. A veces miraba hacia afuera, no al paisaje, sino a través del cristal, como si siguiese algo que aguardaba más adelante. A sus pies había una bolsa de lona doblada, con dobladillos raídos, y un pequeño termo abollado.

“¿Pero qué ocurre si te equivocas y la realidad muestra algo completamente distinto? ¿Qué valor tiene entonces tu fe?”, pregunté.

“La realidad de la que hablas no es sino una forma de mirar - con sus imágenes correspondientes. Lo que realmente acontece, no podemos saberlo. Ese vacío lo lleno con mi fe. Ésa es mi libertad, mi fuerza creadora. Así puedo creer que todo el sufrimiento que vemos existe, al fin y al cabo, para conducir al ser humano hacia la comprensión - y para unirnos, al final.”

“Debes de ser fuerte, si puedes creer eso,” dije.

“Tienes toda la razón. La fe es un proceso: es puesta a prueba una y otra vez por la duda. Sólo así puede fortalecerse y crecer hasta convertirse en una verdadera fuerza creadora.”

Guardé silencio. ¿Era ése nuestro sendero? ¿Era aquélla la prueba suprema de la vida: cuán fuerte es nuestra fe?

El vagón se mecía suavemente; el polvo flotaba en la senda de la luz. Más allá tintineaban tazas. En el compartimiento flotaba un fino hilo de humo; en algún rincón se apagaba una risa. Sus palabras se deslizaban al ritmo del traqueteo y se hundían poco a poco, cada vez más profundamente.

“Cuando llegues a la ciudad y desees visitarla, cruza el Bósforo a pie. Deja que cada paso te aproxime a tu nuevo mundo - sobre un puente que une Oriente y Occidente.”

Y añadió, con tono casi poético: *“Estambul, antigua ciudad de mil nombres. En otro tiempo campo de batalla de hermanos, cada uno convencido de portar su mensaje para la humanidad ignorante. Un mensaje que reveló diferencias y olvidó semejanzas. La sangre corrió en abundancia, mas la verdad quedó intacta. Ahora yace allí un puente que los une. Sólo un paso más - y estaremos al otro lado, donde innumerables tesoros aguardan bajo el fulgor de una nueva aurora.”*

Cuando Kostas descendió en Kavala, me estrechó la mano y sonrió.

“Sigue escuchando,” dijo. “Eso importa más que hablar.”

Sus palabras siguieron resonando en mí mientras el viejo tren se ponía de nuevo en marcha - resoplando y bufando. Miré por la ventana, pero ya no veía nada - sólo lo que él había dicho. No me soltaba. Todo parecía de golpe distinto. No la apariencia exterior, sino la comprensión - la verdadera fe - determina lo que es verdad. Nosotros somos los creadores. El paraíso aguardaba a la vuelta de la esquina. Me pregunto si algún día podré creer así. Entonces, sí, sería verdaderamente libre.

Estambul

En la frontera, el tren fue detenido. Se recogieron los pasaportes y se registraron los vagones. Afuera, soldados armados iban y venían. Tras una larga espera llegó el sello y continuamos - ahora entrando en Turquía, mientras el paisaje cambiaba lentamente. Montañas y colinas dieron paso a amplias llanuras, las iglesias ortodoxas a los minaretes.

El crepúsculo cayó en algún punto más allá de Edirne. Estambul se aproximaba. A lo lejos surgió por fin el resplandor de una ciudad asentada sobre dos mundos, tal como Kostas lo había descrito con tanta belleza. El tren suspiraba y gemía en los últimos kilómetros. Eran los últimos esfuerzos. Era ya entrada la noche cuando llegamos. Polvoriento, somnoliento y algo desorientado, descendí - en una ciudad cuyo nombre conocía, mas no su alma.

Decidido a seguir literalmente - y simbólicamente - su consejo, deseaba cruzar el Bósforo a pie al día siguiente. Mas la realidad me alcanzó: por el elevado número de suicidios la pasarela peatonal había sido clausurada años atrás.

Tomé el autobús. Desde la ventanilla se abría ante mí

una vista amplia sobre una de las vías marítimas más importantes y estratégicas del mundo. Bajo nosotros deslizábanse cargueros, transbordadores, yates e incluso un petrolero. A nuestro lado corría una interminable corriente de automóviles que avanzaba de occidente a oriente y de oriente a occidente.

Al otro lado se extendía un paisaje de cemento hasta donde alcanzaba la vista. Millones de almas amontonadas en construcciones de piedra y hormigón. Al llegar me recibió un tumulto inmenso. Vías de tránsito saturadas, un tráfico que se atascaba constantemente. Por los claxonazos, frenéticos y obstinados, se adivinaban las frustraciones. El aire, espeso de gases de escape. Vendedores ambulantes, muchos de ellos niños, se abrían paso entre los coches inmóviles ofreciendo su mercancía a los conductores: bolsitas de agua, relojes, peines, llaveros, bolígrafos y pegatinas de fútbol.

Abrumado por la agitación, decidí abandonar la carretera principal y buscar un alojamiento. Me llevó un tiempo orientarme y no volver una y otra vez al mismo punto. Finalmente hallé un cuarto en un barrio lleno de hoteles modestos. Cambié mi dinero en el mercado negro, pues rendía más que la tasa oficial. Mis libras escocesas causaban problemas: tenían el mismo valor que las inglesas, pero no todos lo creían. Tras cierta discusión logré cambiarlas.

Los días siguientes me dediqué a explorar los alrededores. Deambulé por mercados y bazares, por callejuelas angostas rebosantes de tiendecillas y aromas de especias orientales. Me detuve a contemplar a ancianos que, a la sombra de muros bizantinos, inclinábanse sobre juegos tradicionales. Muchachos con atuendo occidental, auriculares en los oídos, desfilaban ante mí - y contra fachadas desgastadas brillaban anuncios de neón. Por doquier había

locales donde adquirir alcohol o beber una cerveza. Muchas mujeres caminaban descubiertas.

Ante bancos y edificios gubernamentales permanecían guardias fuertemente armados. Jóvenes soldados, con la ametralladora cruzada sobre el pecho, montaban guardia en silencio. Llamadas a la oración se mezclaban con el estrépito del tráfico y los gritos de los vendedores, mientras minaretes, como dedos pétreos apuntando al cielo, recortaban la imagen. A lo lejos, el Bósforo - un remanso de calma para cuando la agitación se tornaba excesiva.

Entre tantas impresiones hubo un lugar que de inmediato se destacó. Desde el puente ya la había visto: la Mezquita Azul, elevada sobre una colina. Un majestuoso edificio del siglo XVII, con su revestimiento azulado que le daba nombre. Al entrar, me sobrecogió una profunda quietud. Como si Dios mismo extendiese hacia mí Su mano.

Encuentros en la ciudad entre dos mundos

Comía siempre fuera. Era barato y la cocina turca me resultaba deliciosa. A veces recorría grandes zonas de la ciudad buscando un restaurante agradable. En una de esas noches, en un café, trabé contacto con un grupo de estudiantes turcos. Les resultaba interesante conversar con occidentales. Todos hablaban inglés y charlábamos sobre toda clase de asuntos: religión, política, mujeres, sexo, deporte. El café era también frecuentado por viajeros y nos encontrábamos allí casi cada día.

En Occidente se cree que Turquía es una dictadura, pero poco noté de ello. Mis amigos turcos tenían tanta crítica hacia su gobierno como nosotros hacia el nuestro. Eran

jóvenes progresistas, con la mirada puesta en Occidente, deseosos de ver reformas.

Uno de ellos se llamaba Burak, estudiante de derecho, con una mata de rizos y un autoestima aún mayor. Pedía raki como si fuese agua y tenía opinión sobre todo - desde el Imperio Otomano hasta las mujeres europeas.

“Turquía es como un adolescente,” decía, “entre tradición y libertad, buscándose a sí misma. Siempre en conflicto. Como yo.”

Hablaba rápido y con fuego, pero de pronto podía quedarse en silencio mirando hacia fuera, como si hubiese perdido algo esencial.

Otro era Emre, estudiante de filosofía. Fumador empedernido, tomaba su té con tres terrones de azúcar y creía que toda buena conversación debía empezar con una broma.

“Quiero comprender el mundo,” dijo una noche, “pero sólo si él pone un poco de su parte. Hasta entonces: improvisar.”

Sentía debilidad por la literatura occidental. Consideraba a Cioran un genio, a Nietzsche “terriblemente sobrevalorado”, y de Camus poseía tres ediciones de *El extranjero* - una en turco, “para mi madre, si algún día quiere saber por qué soy así.”

Burak, Emre y algunos más nos llevaron - a mí y a otro mochilero - a cenar a un restaurante junto al Bósforo. Allí uno se sentía en plena naturaleza, lejos del ruido de la ciudad. Antes de la cena dimos un pequeño paseo junto al agua. Allí se alzaban las villas de los ricos - silenciosas, entre árboles frondosos, con vistas al Bósforo y a lo lejos el Cuerno de Oro.

Nuestros amigos insistieron en que no pagásemos nada. Para ellos era cuestión de honor agasajarnos. El restaurante

era todo menos barato, pero desplegaron una hospitalidad abundante: varios platos, vino, raki - sin escatimar en nada.

Que personas que apenas nos conocían ofreciesen un festín tan generoso y gastasen tanto dinero en ello me conmovió profundamente. Por primera vez comprendí lo que la hospitalidad turca significaba de verdad: pródiga, cordial e incondicional - como si fuésemos amigos de muchos años. Aquella noche dejé de sentirme un pasajero: me sentí acogido en un país que, sin esfuerzo, abría ante mí sus puertas.

Al despedirnos, Emre me entregó un pequeño papel con una cita de *Rumi*.

“Para el camino,” dijo. *“Porque el camino importa más que la meta - sobre todo cuando uno se extravía.”*

Hacia el mar Mediterráneo

Tras aproximadamente una semana tomé el tren hacia Ankara. Avanzaba tan lentamente que tardamos más de doce horas en recorrer unos cuatrocientos cincuenta kilómetros. No obstante, no deseaba pasar de nuevo mi tiempo en una gran ciudad y esa misma tarde proseguí mi viaje.

No tenía un plan concreto. Era sobre todo la inquietud la que me impulsaba hacia adelante. Las cosas que había dejado atrás seguían rondando por mi mente. Pero simplemente viajando y estando en camino, no me ocupaban tanto.

Sentía curiosidad por saber cómo sería hacer autostop en este país y continué mi ruta hacia el sur - hacia la costa de Anatolia. Por lo general me recogían con rapidez, pero el estilo de conducción de los turcos era de otra índole. Adelantaban donde en realidad no era posible; autos y

camiones pasaban a nuestro lado, tocando frenéticamente el claxon, como si todo dependiera de un único instante de fortuna. A menudo los coches se veían obligados a internarse en la cuneta para esquivar a quienes adelantaban de frente.

Repetidas veces observé camiones que habían salido de la carretera o yacían volcados de costado. Casi cada vehículo llevaba abolladuras, y muchos, según criterios occidentales, debían de haber sido retirados hacía tiempo. Lo mismo cabía decir de las carreteras: algunas bien transitables, otras repletas de baches y grietas.

Con Mehmet en el camión

En una entrada polvorienta junto a una estación de servicio se detuvo un camión rojo encendido - hasta los topes cargado de gallinas, encerradas en hileras de pequeñas jaulas. Un orquestín cacareante y aleteante sobre ruedas. La puerta suspiró al abrirse. Y allí estaba Mehmet. Grande, corpulento, con una sonrisa de oreja a oreja. Me hizo señas. Subí.

Durante el trayecto fumó un cigarrillo tras otro, como si sus pulmones hubieran de trabajar tan arduamente como su motor.

Tendría unos cuarenta años y todo en él era grande: su cabeza, su nariz, su cuerpo, sus manos, sus pies. Una espesa melena y una barba espesa completaban el conjunto. Cuando hablaba lo hacía con un tono tan profundo que toda la cabina vibraba. Mientras conducía no paraba un instante: comer, beber, manejar la radio. Si una canción le agradaba, rugía cantándola, marcaba el compás sobre sus muslos o sobre el salpicadero, y a veces silbaba desafinado

por encima. Cada vez que adelantaba - incluso en curvas ciegas - exclamaba “¡*Bismil-lâh!*” y reía como quien considera la vida una broma que no debe tomarse demasiado en serio.

Pensaba que yo comía poco, se detuvo en un restaurante de carretera y insistió en que tomara un dürüm de carne de cordero. “¡Hacerse fuerte!”, decía, golpeándose el bíceps. Y era ciertamente impresionante.

En la estación de servicio donde nos despedimos me puso un paquete de galletas en la mano.

“Para el camino,” dijo con un guiño. “Y canta más a menudo. Es bueno para corazón.”

A través de Anatolia

Cuando Mehmet me dejó, el paisaje permaneció conmigo - polvoriento, pausado, antiguo. Las aldeas por las que pasábamos parecían detenidas en el tiempo. Niños corrían tras nosotros con viejos aros de bicicleta, riendo y gritando. Hombres ancianos se sentaban en bancos a la sombra con té en pequeños vasos y sombreros en la cabeza. En ocasiones saludaban, otras simplemente observaban.

El aire era seco y límpido. El calor ondulaba sobre el asfalto en la lejanía. Las colinas ondulantes daban paso a llanuras desnudas donde el sol caía sin clemencia. Montañas surgían como espectros en el horizonte. Me sentía insignificante en este paisaje vasto y agreste. Una tierra antigua, animada. Aquí yacían los cimientos de civilizaciones que habían dado forma al mundo.

Tras mis recorridos solía pedir que me dejaran en estaciones de servicio. Actuaban como pequeños oasis - lugares de encuentro, con aromas de carne asada y de diésel. Muchachos vendían sandías desde el maletero de un viejo

coche. La radio, chirriante, emitía música popular turca. A lo largo del camino había puestos de verduras y frutas, cerámica y ropa. Sencillos comederos bajo el cielo abierto, un pequeño bar en un edificio de cemento. Mujeres dedicadas a la prostitución rondaban discretamente entre la multitud. Los entendidos sabían exactamente a quién debían buscar.

Al anochecer seguía habiendo bullicio - a menudo el único lugar en varios kilómetros a la redonda donde algo sucedía aún. Conseguir un aventón no era difícil, ni siquiera en la oscuridad. Hablaba con la gente; por lo general sabían quién iba adónde. Entonces podía preguntar si podía acompañarlos.

Prefería viajar de día, para deleitarme con las vistas sobrecogedoras y los paisajes que cambiaban sin cesar. No sólo me atraían los panoramas, sino también las personas: tan amables y hospitalarias.

En Silifke, junto al Mediterráneo, seguí la carretera costera hacia occidente. Era primavera; los turistas aún no habían llegado. En los pueblos y ciudades costañas buscaba gente interesante. A menudo encontraba a alguien o a algún grupo con quienes era agradable pasar el tiempo. Si no, continuaba mi camino. Por las noches dormía casi siempre en la playa.

Tras una semana recorriendo la costa llegué a Marmaris, donde me quedé. El ambiente era más internacional, con un bar donde jóvenes de diversas nacionalidades - sobre todo europeos - se reunían. Hacía un tiempo espléndido y por las noches nos sentábamos fuera, en el muelle, conversando y filosofando. Mis pensamientos sobre Escocia se habían relegado al fondo de mi memoria. Había sido la elección correcta. No añoraba en absoluto mi vida anterior. Aquí me encontraba a gusto.

Las palabras de Kostas regresaron a mí: aprender a confiar. Por primera vez no sentía la urgencia de seguir mi viaje. No porque éste hubiera llegado a su fin, sino porque, por un instante, nada había que buscar. Había silencio en mi interior.

Trabajar en la bahía

Marmaris me había traído calma, pero después de una semana noté que mi curiosidad volvía a agitarse. Oí hablar de Datça - un pueblo tranquilo en una península, con una bahía profunda, en un entorno hermoso, aislado y en sí mismo. Sonaba como un lugar que me estaba esperando. Así que fui.

A mi llegada reinaba el silencio en el pueblo. Apenas se veía gente por las calles. En el puerto, junto a la bahía, había algo más de actividad. Paseé entre los yates amarrados y observé los pececillos que nadaban entre las embarcaciones en el agua cristalina.

En uno de los yates vi a una mujer de tez bronceada que, en la cubierta, forcejeaba con una cuerda de vela. Me detuve y pensé en ayudarla, pero en ese momento logró desanudarla por sí misma. Giró la cabeza hacia mí, como si hubiese percibido mi mirada. Le asentí, levanté la mano en señal de saludo y continué mi camino.

En la playa reinaba la misma quietud.

De vuelta en el pueblo pasé junto a un restaurante. Afuera, un hombre estaba fumando. Me saludó en alemán - sorprendente, ya que no parecía particularmente alemán. Entablamos conversación. Me dijo que había trabajado muchos años en Alemania y me preguntó qué hacía yo allí.

“No lo sé con exactitud,” respondí. “Alguien me lo había

recomendado. Un lugar hermoso, por lo que veo - aunque muy tranquilo.”

Se presentó como Ökan.

“Ven dentro, tomemos algo.”

Sacó dos latas de refresco del frigorífico y nos sentamos a una mesa. El restaurante estaba vacío; oficialmente aún no había abierto. Poco después se nos unió su colega, Urkun. También él había trabajado durante años en Alemania y hablaba asimismo un alemán fluido, aunque dejaba casi todo el hablar a Ökan.

Ökan era el cocinero. Un hombre alto y delgado, de unos cuarenta años, y emanaba una especie de serenidad. Con él tuve la sensación de haber llegado a casa. El respeto que mostraba, su actitud cordial, casi paternal, y la lengua que para mí, como habitante de frontera, sonaba tan familiar, me pusieron de inmediato en confianza.

Nos entendimos muy bien y en los días siguientes pasamos mucho tiempo juntos. Hacia el atardecer él volvía a su trabajo. Las primeras noches dormí en un pequeño hotel. Tras unos días, Ökan me preguntó si acaso tenía ganas de trabajar en el restaurante. Ya lo había hablado con el dueño - quien había dado su permiso. Aquello fue una grata sorpresa. No tuve que pensarlo mucho; al día siguiente pude empezar.

Trabajé como camarero y pronto aprendí los secretos del oficio: cómo llevar varios platos a la vez, poner las mesas con esmero, servir a tiempo y retirar con soltura. El restaurante estaba especializado en mariscos - sobre todo langosta.

Dinero casi no ganaba, pero ello me importaba poco. Nos cuidaban bien. Como personal recibíamos cada día comidas gratuitas, y por la noche dormíamos en el suelo del restaurante.

Ilmit, el propietario, no hablaba alemán; con él me comunicaba en inglés. Tenía alrededor de treinta y cinco años y era abiertamente homosexual - algo que, en una pequeña comunidad turca, resultaba como mínimo llamativo.

La mayoría de los clientes del restaurante eran turcos. Apenas se veían extranjeros. Por ello me convertí pronto en una especie de curiosidad en el pueblo - un joven de Europa occidental que trabajaba en un restaurante turco despertaba sin duda la atención. El dueño supo aprovecharlo dejándome atender a sus mejores clientes. Comprendí que me utilizaba como una especie de carta triunfal, pero no me molestaba.

Tras semanas de viaje, Datça se sentía como un lugar donde podía quedarme. No tenía que ir a ninguna parte. Había calma, ritmo, trabajo.

Visita familiar

Había comenzado el verano y el restaurante se llenaba cada vez más. También llegaban más turistas de Europa. El puerto estaba repleto de yates y la playa, durante el día, bien concurrida. Yo desempeñaba mi trabajo con gusto, y el ambiente en el restaurante era distendido y hospitalario. Además, estaba situado en un lugar magnífico: directamente junto al mar, cerca del puerto. Los visitantes subían directamente desde sus barcos a la terraza.

Aunque disfrutaba del ritmo en el restaurante, a veces sentía cierta falta. Sobre todo en momentos de soledad, cuando necesitaba oír la voz de mi madre. Pero llamar no era algo evidente. No había conexión directa; todo se hacía mediante centrales intermedias, con largas esperas - si es que funcionaba.

Cuando por fin hablé con ella, me dijo que ella y mi padre deseaban venir a visitarme. Aquello me alegró; la perspectiva de ver pronto a mi familia se sentía como un don.

Planear el viaje resultó complicado, pues no había vuelos hacia esta parte de Turquía. Por Estambul era posible, pero luego tendrían uno o dos días de viaje hasta Datça. Decidimos que yo debía averiguar cuál era la mejor ruta.

Rodas me pareció lo más práctico: podían volar directamente allí y desde allí tomar un barco a Marmaris. Los llamé de nuevo para explicarles cómo podían llegar aquí de la manera más fácil. Mi padre dijo que Marleen y Frans Marsman también vendrían - y me preguntó si me parecía bien. Por supuesto que sí.

Pero al llegar a Rodas les dijeron que no había barco hacia Turquía. Mi madre entró en pánico ante la idea de no poder verme. Todos estaban alterados. Sólo después de muchas averiguaciones descubrieron que sí había un transbordador, pero operado por un empresario turco. A causa de la animosidad entre griegos y turcos, les habían dado primero una información errónea.

Ese mismo día llegaron al fin, aliviados y sanos, a Datça.

Fue un cálido reencuentro, y el lugar les agradó de inmediato. Mi padre y Frans quedaron especialmente fascinados por la economía de pequeña escala: por doquier tiendecillas y talleres artesanales. La mayor parte de los alimentos procedía de la región y del mar, que proveía abundante pescado y mariscos frescos.

Para mi padre aquello era un ideal: el regreso a la sencillez. No grandes empresas imponiendo desde lejos sus productos, sino gentes que se bastaban a sí mismas. Aquí veía él el plano primigenio de cómo imaginaba su sociedad perfecta.

Frans era un viejo amigo de mi padre. Juntos habían fundado en los años setenta la Asociación Biológica - él como presidente, mi padre como tesorero. Vivía solo por entonces y había venido en busca de distracción.

De vez en cuando pintaba un paisaje del pueblo, pero lo que más le gustaba era hablar. Podía conversar durante horas; el tiempo y la naturaleza eran sus temas predilectos. Publicó varios libros sobre horticultura biológica y recorría el país impartiendo conferencias. Creía en la pequeña escala, advertía contra la monocultura y veía por doquier señales de una biodiversidad que disminuía con inquietante rapidez. Incluso aquí, en Turquía, pensaba él, debía hacerse oír su mensaje.

El problema era que no hablaba lenguas extranjeras. Cuando en presencia de oyentes locales iniciaba su disertación, me rogaba que la tradujera al alemán. Ello iba bien mientras conservaba la calma, mas cuando se entusiasmaba con su propio relato ya no esperaba la traducción, temeroso de perder el hilo, y seguía, casi en trance, con un discurso que se extendía sin respiro. El mensaje que quería transmitir con tanto fervor se perdió así en algún lugar entre las estrellas. Nadie entendía ya de qué estaba hablando.

No obstante, la presencia de Frans generaba a menudo momentos agradables y desafiantes. Formábamos en el pueblo un grupo llamativo y atraíamos la curiosidad de los habitantes locales. Me concedí el espacio para estar mucho con ellos. Durante su visita no trabajé en el restaurante - al dueño no le importó. Tenía todo el tiempo del mundo. Pasaba sobre todo el día con Marleen. Ella había sido mi apoyo y amparo cuando en casa las cosas iban mal. Me reconfortaba tenerla cerca. A diferencia de Aberdeen, esta vez no había reparos.

Mis padres seguían, en lo esencial, su propio curso,

junto con Frans. Por las noches solíamos cenar todos juntos - en su hotel o en algún otro lugar. Bajo tales circunstancias había pocas tensiones entre mi padre y yo. Era tiempo de vacaciones, había suficiente distracción y no estábamos encima el uno del otro ni teníamos expectativas explícitas. En todos aquellos días no cayó una sola palabra áspera.

Reposaba sobre aquellas semanas una paz benéfica. Y había lugares que parecían pertenecer naturalmente a ese sosiego - como el baño de azufre a las afueras del pueblo. De un manantial natural fluía agua sulfurosa hacia un gran estanque - ideal para quienes padecían problemas de piel. Mi hermana sufría eczema desde niña, y aquella agua volvía su piel tersa y suave. El cálido azufre se sentía como un manto. Como si no sólo purificara la piel, sino también algo más profundo - la inquietud, la nostalgia. A veces pasábamos allí horas, mientras gruesas anguilas se deslizaban por el fondo y mordisqueaban suavemente nuestros dedos. Lástima que no fueran comestibles, debido a la alta concentración de azufre.

La mayor parte del tiempo estábamos en la playa, alternándola con excursiones en autobús a pueblos cercanos. Ökan también solía estar con nosotros. Con su alemán podía entenderse bien con ellos. Me agradaba compartir así el tiempo con mi familia, y ellos disfrutaban visiblemente de aquel hermoso país y de su gente amable.

Tras su partida retomé mi trabajo en el restaurante.

Vida social

El restaurante funcionaba a pleno rendimiento. Era la temporada alta y trabajábamos siete días a la semana - era el momento en que el dueño debía sacar buen provecho. Yo comenzaba poco a poco a aprender algo de turco, lo cual los

clientes turcos apreciaban mucho. Parecía como si jamás fuese a marcharme de allí. Ya había prorrogado una vez mi visado.

Por entonces formaba parte de un grupo compuesto sobre todo por jóvenes. En la playa o en las tabernas del pueblo nos veíamos casi a diario - una mezcla variopinta de turcos y extranjeros. La composición cambiaba constantemente, según quienes se unían y quienes partían hacia su siguiente destino. Esa fugacidad mantenía al grupo abierto y vivo - siempre aparecían nuevas personas interesantes, con sus propias historias y convicciones.

Tuve un breve idilio con una muchacha danesa. Viajaba con sus padres y su hermanito en un barco. Pero debido a mis horarios - a menudo hasta medianoche - no podía salir por las noches. Durante el día estaba libre, y entonces paseábamos juntos en busca de rincones tranquilos junto al mar o a la sombra de los pinos. Aquello terminó cuando ella y su familia continuaron su travesía por la costa, rumbo al este. Dijo que me enviaría una postal, pero no volví a saber de ella.

Aunque podía hablar con los turcos sobre casi todo, había un tema especialmente delicado: los kurdos. Algunos aseguraban incluso que en Turquía no vivían kurdos en absoluto. Mucho menos que hubiese un problema. Si mencionaba la información occidental al respecto, solían reaccionar negando y preferían no hablar del asunto.

Acto de resistencia

No toda rebeldía comienza con grandes palabras - a veces con una langosta en la olla.

No siempre reinaba la armonía en el restaurante. Ökan y Urkun opinaban que se les pagaba demasiado poco.

En una noche bochornosa sentí la tensión suspendida en la cocina. Ökan cerró de golpe el frigorífico.

“¿Cree que tragaremos todo sin rechistar?”

Urkun asintió.

Decían poco, mas sus miradas hablaban con elocuencia. Aquella noche, ambos tomaron una decisión. Estaban hartos. Sin pedir permiso sacaron todas las langostas del congelador. Una tras otra fueron a parar a la olla.

“Esta noche cocinamos sólo para nosotros,” dijo Ökan.

Cenamos en silencio, hombro con hombro, sabiendo que aquello tendría consecuencias.

El dueño no se dio cuenta de nada. Dormía en otro lugar y nunca estaba de noche en el restaurante.

Al día siguiente ya no había langostas y por tanto no podían servirse - un duro golpe, sobre todo en plena temporada alta. Ilmit preguntó qué había sucedido. Ökan se lo explicó con franqueza.

Naturalmente no estaba contento, pero poco podía hacer. Encontrar personal nuevo en tan corto plazo no era una opción - mucho menos cuando se trataba de un buen cocinero como Ökan. Cedió y prometió pagarles más. Ese mismo día condujo hasta Marmaris para abastecerse de nuevas langostas.

Dios en la conciencia

Con Ökan hablaba a veces también sobre la fe. Era musulmán y, basándose en lo que había visto y vivido en Alemania, encontraba que, en esencia, había poca diferencia entre el cristianismo y el islam. Para él, la fe era ante todo una cuestión de conciencia.

Una tarde, en el restaurante, me explicó lo que quería decir.

Ökan dejó su té, me miró con una expresión que oscilaba entre la gravedad y la suavidad. “En lo más hondo de nuestro ser”, dijo lentamente, “sabemos con exactitud lo que es bueno y lo que es malo. Eso te lo susurra tu conciencia. Ello vale para todos, más allá de la fe que profesen. Dios habla por medio de nuestra conciencia. Por ejemplo: aquello que te impide acercarte a una muchacha contra su voluntad - eso es Dios.”

“Así también podemos seguir el camino del bien. Para ello no necesitamos libros gruesos ni doctrinas elaboradas. Ser honesto contigo mismo y permanecer cerca de tus sentimientos - ahí es donde más se aprende. El bien y el mal, la falsedad y la verdad no pueden habitar al mismo tiempo en un mismo corazón. Con la mente se llegan a conocer ambos, pero en el corazón solo uno de ellos puede servir de base para la vida.”

“No grandes palabras, sino atreverse a ser pequeño y escuchar al corazón,” añadió, “entonces sabrás lo suficiente.”

La taberna en Marmaris

El dueño tenía planes para mí. Quería ampliar su negocio y había abierto recientemente una taberna en Marmaris. Debía administrarla junto con otra persona. Una parte de las ganancias sería para mí - al fin comenzaría a ganar algo de dinero.

Al principio parecía una oferta atractiva. Pero debía pasar la semana entera en Marmaris, mientras Ökan permanecía en Datça. Lo intenté, pero echaba de menos la compañía de mis colegas. Además, me di cuenta de que este trabajo no era para mí.

La responsabilidad era mayor, pero sobre todo el ambiente y la ubicación me desagradaban. En el restaurante

podía realmente atender a los clientes, en un lugar magnífico junto al mar. En Marmaris estaba entre construcciones de hormigón a medio levantar, sirviendo tentempiés por encima del mostrador. Sin ambiente, sin cordialidad.

Los días en Marmaris transcurrían lentamente. Me sentía extraño y en mis pensamientos regresaba cada vez más a Datça. Crecía en mí la certeza de que aquél no era el lugar donde deseaba quedarme.

Tras una semana comuniqué al dueño que quería dejarlo. Intentó convencerme y me dijo que debía tener paciencia. Según él, Marmaris crecía rápidamente y el turismo acabaría convirtiéndose allí en una mina de oro. Pero yo no pensaba tan lejos. Volver a Datça no era, según él, una opción - quería reorganizar todo el negocio. Qué planes exactos tenía, jamás me quedó claro. Tal vez hubiese sucedido algo entre él y Ökan o Urkun, o quizá el conflicto sobre el salario no estaba aún resuelto. Tal vez yo simplemente ya no encajaba allí. No lo sabía.

Después de casi cuatro meses, supe que era hora de seguir adelante. Fui una vez más a Datça para despedirme de la gente de allí, y en especial de Ökan. Él me llevó de vuelta a Marmaris y me contó durante el trayecto que también él quería marcharse - quizá incluso regresar a Alemania. No tenía deseos de seguir trabajando por un salario tan miserable.

Nos despedimos y le di las gracias por todo lo que había hecho por mí. Mientras me alejaba y nos levantábamos la mano por última vez, me gritó: “No te dejes engañar. *Dios habita en todos nosotros.*”

El paraíso olvidado

A las afueras de Marmaris inicié una larga caminata por caminos de tierra y sendas, a través de un territorio boscoso y ondulado. La naturaleza estaba reseca y agotada - no había llovido en meses. La maleza era dura y espinosa. De vez en cuando una serpiente se deslizaba por el sendero: ora una gruesa y negra, ora una pequeña verde, de las que se decía que eran las más peligrosas. El sol ardía con fuerza y buscaba a menudo un rincón de sombra para recuperar el aliento.

A veces obtenía un aventón. Entonces avanzaba tambaleándome en un carro tirado por un tractor por caminos pedregosos, o se detenía un coche que me llevaba un tramo más lejos. ¿Hacia dónde? No tenía plan - vagaba sin rumbo y veía dónde llegaba. Entretanto podía mantener una sencilla conversación en turco. Así lograba intercambiar algunas palabras con los lugareños. Pero a menudo, en cuanto decía algo, pensaban que podía entenderles. Entonces charlaban sin freno y ya no había manera de seguirlos.

Aquí y allá había algunos estanques en el bosque. En una ocasión, deseando darme un chapuzón y, apenas sumergido en el agua, una serpiente acuática pasó rauda ante mi rostro. Me llevé un susto terrible y no supe cuán rápido debía salir a la superficie. Allí vi cómo el animal huía sobre el espejo del agua.

Pensé: *quién sabe cuántas serpientes más habrá aquí*. Quedé curado, de inmediato, de mis planes de nadar.

En el camino pasó un caminante y le conté lo de la serpiente. Me dijo que no debía preocuparme - las serpientes acuáticas eran inofensivas. Podía él decirlo con facilidad, pero yo no me arriesgaba a probarlo de nuevo.

Hacia el anochecer llegué a un valle, ceñido por colinas

boscosas que se prolongaban hasta el mar abierto. El sol tardío proyectaba largas sombras sobre la bahía silenciosa. Una extensa playa de arena separaba la tierra del agua. Quedé maravillado ante la belleza intacta, como si hubiera penetrado en *un paraíso olvidado*.

En la llanura se alzaba un solo edificio - un restaurante, o algo que pretendía serlo - y por lo demás no había nada. Allí estaban algunas personas. Pregunté si podía levantar mi tienda. En Datça había comprado por demasiado dinero una pequeña tienda a un particular, que resultó ser tan agujereada como un cedazo. Pero no importaba: en esta época del año no caía lluvia alguna. El dueño señaló la playa, que, salvo por unas cuantas embarcaciones varadas en la arena, estaba completamente desierta. Allí podía instalar mi tienda.

"¿Cómo era posible que un lugar tan hermoso no atrajera a más turistas?", me pregunté.

Pero había pensado eso demasiado rápido. Los turistas que llegaban aquí lo hacían por lo general en barco. No eran muchos, y a menudo tenía la playa para mí solo. En los días siguientes, yates de lujo o más modestos quedaban regularmente anclados en la bahía.

Pesca con arpón junto a Ilay

Había un joven, Ilay, que tenía una barca en la playa. Con ella llevaba a los turistas a la pequeña ciudad de Dalyan, situada tras la esquina del litoral. Además de su hermosa ubicación, Dalyan era desde tiempo inmemorial célebre por sus exquisitos platos de pescado.

Ilay había vivido muchos años en Austria y hablaba perfectamente alemán, con un suave acento austríaco. Era algunos años mayor que yo. Con su mirada severa y su

figura baja y robusta, imponía respeto de manera natural. No venía todos los días, mas cuando aparecía, solíamos estar juntos. Me permitía acompañarle en sus excursiones para visitantes y yo le ayudaba en lo que podía con pequeños trabajos.

Cuando había poco que hacer, salíamos juntos al mar. El agua poco profunda era ideal para bucear, con una gran variedad de peces y plantas. Ilay me enseñó a manejar un arpón.

Pescar resultó ser más difícil de lo que pensaba. Las primeras veces fallaba inevitablemente. La luz me engañaba: bajo el agua la imagen se desplaza. Si un pez parece nadar justo frente a ti, en realidad ya no está allí. Eso hace que apuntar sea complicado: no debes dirigir el disparo al pez, sino un poco delante - o un poco detrás, según el ángulo.

Ilay tenía mucho más sentido para ello. Más fácil era arrancar pulpos de entre las rocas, si es que lograba encontrarlos. Apenas se movían y por eso eran una presa fácil.

Comencé a disfrutar cada vez más: obtener tu alimento directamente de la naturaleza. Deliciosamente primitivo, y daba una profunda satisfacción. Siempre que podíamos, Ilay y yo nos sumergíamos en el mar para conseguir nuestra cena. Por la noche asábamos los peces sobre un fuego y los comíamos con pan y vino, saboreándolos de buena gana.

Una escuela del mundo en un yate

La bahía atraía a gentes peculiares. De vez en cuando llegaban embarcaciones con turistas o viajeros que, a su manera, buscaban la sencillez. Uno de ellos era una familia holandesa en un velero. Eran tres: padre, madre e hija, y recorrían el mundo navegando. La muchacha era

adolescente y, en rigor, debería estar en la escuela. Mas su padre, Ruud, creía que de este modo aprendía mucho más. La madre, Marijke, era maestra y le proporcionaba los conocimientos teóricos necesarios - útiles si más adelante deseaba estudiar. A mí también me parecía un modo atractivo de aprender. Quizá, pensé, mi vida habría sido distinta.

Ruud había vendido su empresa en Holanda. Estaba, según él mismo decía, harto de la vida allí. Con la ganancia había adquirido el yate. En invierno navegaban hacia el Caribe; en verano solían acudir a estas regiones. En Ekincik, como se llamaba este lugar, regresaban cada vez que estaban por la zona. Turquía era su destino predilecto. Conocía a Ilay desde hacía más tiempo y admiraba su manera de organizar las cosas. Ilay no trabajaba solo: pertenecía a un colectivo de patrones que compartían los ingresos.

"Eso jamás lo logré yo", dijo Ruud. Había intentado algo parecido con sus colegas del IJsselmeer, donde también transportaban turistas. Pero faltaba la disposición adecuada: preferían precipitarse mutuamente al abismo antes que construir algo juntos. Por ello apreciaba tanto lo que Ilay había edificado.

Escorpiones

Una tarde abrasadora me dirigí a mi tienda para coger mi toalla. Sin pensar, descorrí la cremallera y, para mi sorpresa, vi que el suelo de la tienda ondulaba. Al levantarlo, descubrí un hervidero de escorpiones traslúcidos, de un amarillo pálido. Sobresaltado corrí al restaurante y conté al chef lo que había visto.

"¿Qué puedo hacer?", le pregunté.

"Cuando el sol se ponga, se habrán marchado", dijo con indiferencia.

"Sólo buscan sombra."

Tenía razón: cuando llegó la hora de dormir, no se veía ni un escorpión. Pero al día siguiente, al mediodía, estaban de nuevo allí. Por lo visto habían encontrado su lugar.

La tentación

Una noche, el chef me invitó a beber algo. Había unos huéspedes que querían conocerme. En la larga mesa de la veranda se sentaban un hombre y una hermosa mujer de unos treinta años, con una espesa cabellera negra y rizada; parecían una pareja. Me acomodé frente a ellos y aguardé para ver qué iba a suceder.

Ya tenían una bebida ante sí. El dueño me sirvió un vasito de cola. La conversación transcurría principalmente entre los tres; apenas me miraban, y no entendía bien qué hacía yo allí, hasta que el chef me instó a entablar contacto con la mujer. Me pareció extraño - sobre todo en un país donde uno aprendía a ser reservado con las mujeres.

Había algo que no cuadraba. Poco a poco comencé a entender: la mujer era una prostituta, y el hombre, su proxeneta. Era evidente que iban a por mí. No sabía cómo manejar la situación. A ratos ella me sonreía, mientras los hombres parecían burlarse de mí, al menos así lo sentía.

No era ordinaria; al contrario: con gran refinamiento y sutileza buscaba atraerme. Todo en ella era seductor. Sobre todo aquellos pechos libres bajo la blusa, que ella sabía colocar una y otra vez de tal modo que mi imaginación se desbocaba por completo. Yo era demasiado tímido para iniciar una conversación. Eligió un enfoque diferente.

Su mirada buscaba la mía; las comisuras de sus labios

jugaban con una sonrisa. Movía las cejas en pequeños gestos invitantes. Pasaba las manos por el cabello, echando la cabeza hacia atrás y elevando ligeramente el pecho - *aquí estoy - para ti*. Un insectito que se apartaba de su blusa con un gesto lento, siguiendo con su mano la curva de un pecho, como si fuera mi propia mano la que lo rozara.

Al final estaba tan excitado que ya no podía más. Murmuré al chef que debía ir a orinar y me adentré a toda prisa en el campo. Tras dos movimientos, llegó la descarga y por fin la tensión se esfumó.

De vuelta en el restaurante pude ver la situación con claridad. Comprendí que no pintaba nada allí. Me disculpé ante el chef y sus invitados y me dirigí hacia la playa.

Me sentía un tanto embaucado, como si hubieran jugado conmigo. Había algo irrespetuoso en ello, poco digno. Al mismo tiempo me pregunté si no debía tomarlo con más ligereza. Tal vez era simplemente su forma de ponerse a prueba mutuamente, una suerte de humor bravucón. Fuera como fuese, me sentí aliviado por no haber cedido. Por haber conservado mi dignidad.

Visado

Pero ni siquiera el paraíso puede durar eternamente. El impulso de seguir viajando volvió a crecer. Mi plan era viajar a través de Siria y Jordania hacia Israel. Para ello debía regresar a Estambul, pues sólo allí, o en Ankara, podía solicitar los visados necesarios. Era hora de actuar.

Ilay y yo nos despedimos y viajé en autobús de regreso a Estambul. Cada lugar me había dejado algo distinto, comprendí. En Estambul, la cálida bienvenida. En mis travesías por el país, la sensación de aquellas civilizaciones milenarias que tanto habían influido en la humanidad. En

Datça, la unión. Y en Ekincik: el silencio, la belleza y la sencillez de la vida.

En el consulado sirio resultó que sólo podía obtener un visado de tránsito por tres días. El funcionario me preguntó adónde pensaba ir después.

“A través de Jordania hacia Israel”, le dije.

Me pidió que lo escribiera y deslizó un papel hacia mí.

Cuando se lo devolví, alzó la vista con gesto airado y dijo: “No hay visado.”

“¿Por qué no?”, pregunté sorprendido.

“Vas a Israel; entonces no obtendrás visado para Siria.”

“Qué canalla”, pensé. Me había obligado a escribirlo - así tenía una prueba. Me sentí atrapado. Una cosa estaba clara: el odio entre ambos pueblos era profundo.

Uno de los presentes, un extranjero, había escuchado toda la conversación. Cuando me alejaba, me llamó.

“Hay otra posibilidad”, dijo. “Pero tendrás que ir al consulado sirio en Ankara y solicitar allí el visado de nuevo.”

Un buen consejo. Ese mismo día emprendí el viaje. En Ankara no repetí el mismo error. Obtuve mi visado de tránsito. Un poco más adelante, en el barrio de las embajadas, solicité también el visado para Jordania. Ningún problema allí, y hasta me concedieron un visado de tres meses.

Con ambos visados en el bolsillo, por fin pude respirar. Lo había logrado. De regreso a la ciudad, algo llamó mi atención: frente a la embajada saudí se extendía una larga fila de hombres. Decenas. Pregunté qué ocurría.

“Solicitar un permiso de trabajo para Arabia Saudí,” dijo alguien.

Por un instante jugué con la idea de unirme a la fila. Trabajar en un país al que, de otro modo, jamás tendría acceso -me picaba la curiosidad. Pero pronto dejé escapar

aquel impulso y proseguí mi camino, una vez más hacia la costa.

Atatürk y Occidente

Yo avanzaba por la costa, de balneario en balneario, esta vez hacia el oriente. Por las noches dormía en la playa; durante el día comía en pequeños restaurantes: alubias en salsa picante con pan turco, pescado y una ensalada mediterránea, mi comida predilecta. Mientras comía en una terraza, un hombre se dirigió a mí. Me pareció amable y lo invité a sentarse conmigo. Le dije que me había sorprendido ver cuántas estatuas de Atatürk había en el país.

“¿Qué clase de hombre fue y por qué se le venera tanto?”, le pregunté.

Me explicó que Atatürk fue el fundador de la Turquía moderna. Tras la caída del Imperio otomano comprendió que el país estaba rezagado en muchos aspectos con respecto a Occidente. Introdujo profundas reformas: la separación entre iglesia y Estado, un nuevo sistema jurídico y el alfabeto latino. Así condujo al país hacia una nueva era.

“La mayoría de los turcos aún le están agradecidos”, dijo.

Pero añadió que la verdadera incorporación al mundo occidental nunca se logró plenamente. Turquía aspira desde hace años a entrar en la Unión Europea, pero parece que aquello no avanza. Algunos se preguntan si llegará a ocurrir.

El sacerdote de Samandağ

A medida que me acercaba a Siria, quería nadar en el mar una última vez antes de abandonar el país. En Antioquía oí hablar de un lugar en la costa, no muy lejos de allí: Samandağ.

La playa resultó ser una decepción: una vasta llanura fangosa, llena de postes de madera, erguidos y de varios metros de altura. Entre ellos se alzaban algunas chozas, también sobre pilotes. Para qué servía todo aquello no pude averiguarlo, pero allí no había rastro alguno de recreo playero. Desilusionado regresé al pueblo.

En una plazoleta vi pasar a un sacerdote con hábito negro. Un padre cristiano - algo que no había visto antes en Turquía. Movidó por la curiosidad, lo seguí. Cuando advirtió que caminaba tras él, se detuvo. Me presenté y le dije que me sorprendía encontrar a un sacerdote en aquel lugar.

“Usted es el primero”, dije.

Sonrió, sorprendido, y me estrechó la mano. Él dirigía una pequeña parroquia con su propio templo y me preguntó si deseaba acompañarlo. Su nombre era Antonio, un italiano. En el trayecto me habló de la historia de aquella región.

“Aún se hallan aquí vestigios de la antigua fe cristiana, que floreció en los primeros siglos después de Cristo. Antioquía fue entonces una comunidad importante en la iglesia primitiva. Aquí se utilizó por primera vez el término ‘*cristianos*’. Tanto Pablo como Bernabé permanecieron algún tiempo en esta comunidad.”

Le pregunté si no le parecía una lástima que en la cuna del cristianismo vivieran ahora principalmente musulmanes. Él sonrió.

“Eso no me compete. Mi tarea no es convertir. Mientras las personas se traten con respeto y vivan en paz, no hay problema. ‘*Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo*’: ese es el núcleo. Y eso se puede compartir con cualquiera, también con los musulmanes. En esencia creen lo mismo.”

Sus palabras sonaban como una pequeña homilía. Jamás había oído el mensaje de Cristo tan claramente expuesto.

“¿Es realmente así de simple?”, pregunté. “¿Pueden todas las religiones hallarse en ello?”

"Más aún, se aplica incluso a quienes no creen en Dios. Amar al prójimo es también demostrar amor al Creador - de manera consciente o inconsciente. Para Dios no hay diferencia. El amor es amor. Y eso es lo que más Le agrada."

Mientras hablábamos habíamos llegado a la iglesia. Era un pequeño edificio gótico con una torre cuadrada y una cruz en lo alto. En el interior encontré una estampa familiar: el altar elevado, detrás Jesús en la cruz. En las paredes, las estaciones del Vía Crucis, y a ambos lados del pasillo central, hileras de bancos de madera ajados por el tiempo.

Aunque hacía años que no pisaba una iglesia ni sentía ya la necesidad de hacerlo, aquella imagen me resultaba conocida, y eso reconfortaba. Algo inmutable, un faro en el tiempo. Pero comprendí: no el edificio de piedra, sino el sencillo mensaje de Cristo era el verdadero faro.

Me pidió que escribiera algo en su libro de visitas. Al principio no quería, sobre todo porque no sabía qué poner. Finalmente vencí mi reparo y escribí: *"Somos todos hijos de Dios."*

Cruce fronterizo hacia Siria

Tras mi conversación con Antonio permanecí un día más en Samandağ. Luego tomé mi mochila y regresé a la carretera principal, en busca de un aventón hacia Siria. Hans, un camionero austriaco que se dirigía a Arabia Saudí, me llevó. Cerca de la frontera ya había decenas de camiones esperando. Con el correr de las horas llegaron muchos más.

No fue sino hasta el día siguiente que se nos permitió avanzar.

“Mañana iremos todos juntos en caravana”, dijo Hans. “Aquí debíamos reunirnos primero.”

Él hacía esta ruta desde hacía años y pasaba unas seis semanas lejos de casa.

“Mi matrimonio sigue intacto”, dijo con una sonrisa. “Eso es una rareza entre los camioneros que recorren largas distancias.”

Niños bajo los camiones

Aquella noche dormí sobre la lona de la plataforma del remolque. Por la mañana Hans debía presentarse en la aduana con sus documentos. Yo lo acompañé para el control de pasaporte y visado. Unas horas más tarde avanzábamos, a paso de caracol, rumbo al otro lado de la frontera. En Siria nos condujeron a un inmenso aparcamiento donde volvieron a detenernos. Ya había más de un centenar de camiones extranjeros en un campo seco y polvoriento. El sol ardía sin clemencia. Bajo los remolques, los niños buscaban frescor en la sombra. De vez en cuando partía un camión sin que nadie comprobara si había pequeños bajo él. Me acerqué al encargado que dirigía los vehículos hacia sus lugares y le pregunté si aquello no era peligrosísimo - algunos niños dormían contra los neumáticos. Un solo movimiento equivocado y podría ser fatal.

Él se encogió de hombros.

“Cinco muertos la semana pasada”, dijo, como si no tuviera importancia.

“¿Y por qué no hacen nada?”, pregunté lo más sereno que pude, mientras hervía de indignación por dentro.

“Los niños deben cuidarse solos.”

No podía creer lo que oía. Supe que debía dejarlo estar, pero mi corazón seguía golpeando con furia.

“Hay demasiados niños aquí y demasiados camiones”, prosiguió. “Los padres deberían mantenerlos alejados de este lugar. Nosotros no podemos vigilarlo todo.”

Parecía que la vida de un niño no valía allí más que el polvo bajo las ruedas. Cuando se lo comenté a Hans, asintió. “Suele ocurrir -niños bajo las ruedas. Este es otro mundo”, dijo con sequedad.

Cuanto más avanzaba hacia oriente, menos evidente me parecía el valor de la vida humana.

En caravana

Una vez que todos tuvieron suficiente combustible a bordo, partimos en caravana hacia Homs, escoltados por vehículos militares delante y detrás. No se nos permitía desviarnos ni detenernos salvo por orden expresa. La velocidad era escasa. En una larga hilera nos arrastrábamos por el asfalto, cruzando un paisaje vacío y arenoso. El aire temblaba de calor y el sol se reflejaba con furia sobre el metal y los cristales de cientos de camiones.

Conversaciones ahogadas

Noté que el contacto con Hans se volvía difícil. Caían largos silencios en los que yo deseaba decir algo, pero no lograba pensar en nada. Encontrar temas de conversación me resultaba casi imposible. Ante la perspectiva de que aún nos aguardaban largas horas juntos, empecé a sentirme incómodo. Simplemente no había conexión - a veces sucede. Probablemente Hans pensaba lo mismo. Me volví inseguro. ¿Era culpa mía? ¿Estaba demasiado cansado para aportar

algo de ligereza? Mis pensamientos vagaban en todas direcciones, pero en cuanto intentaba decir algo, parecía surgir una barrera. Tampoco Hans ofrecía mucho. Entonces lo único que quedaba era guardar silencio, por incómodo que fuera. No había otra opción.

Damasco a la luz del anochecer

Tras todo un día de viaje hicimos la primera parada en Damasco. Sentía una gran curiosidad: aquella sería la ciudad continuamente habitada más antigua del mundo. Aquí, camino de Damasco, Pablo había visto la Luz, había conocido a Cristo y se había convertido en el gran inspirador de las primeras comunidades cristianas, como la de Antioquía. Recordé al sacerdote de Samandağ, que me había expuesto la esencia del cristianismo con palabras tan sencillas.

El anochecer colgaba como un velo sobre Damasco. En los estrechos callejones del casco antiguo parpadeaban las primeras lámparas, reflejando su luz sobre los muros de piedra desgastada. La voz cantarina del muecín se deslizaba sobre calles y plazas. Las tiendecillas permanecían abiertas, bañadas en un resplandor amarillento. Desde un patio interior provenía el tintinear de la vajilla. Una brisa tibia recorría las calles, impregnadas del olor a carbón encendido. Mendigos extendían sus manos deformadas y murmuraban palabras ininteligibles. Niños pequeños, descalzos y con ropas gastadas, revoloteaban a mi alrededor pidiendo *money*. Una mujer con burka caminó un trecho delante de mí con una bolsa llena de panes. Un agente uniformado me hizo señas. Preguntó si quería cambiar dólares. Le di las gracias y seguí mi camino.

Una voz desde el sótano

En un callejón con tiendas a ambos lados apareció de pronto un hombre que subía desde un sótano. Me agarró del brazo, me miró desesperado y dijo en un inglés quebrado: *“Soy cristiano. No puedes vivir en este país si eres cristiano.”*

Me sobresalté cuando me tomó de pronto, pero vi su desesperación. Intentó explicarme lo difícil que era vivir allí como cristiano, pero su inglés no le bastaba. Apenas pude seguirle. Lo que sí entendí fue que no se sentía libre. Aquello me sorprendió -Siria se consideraba uno de los pocos países de la región con libertad religiosa. Sin embargo, él parecía sincero y estaba visiblemente conmovido.

“Quizás en la práctica sea distinto que sobre el papel”, pensé.

No podía hacer nada por él. Sumido en mis pensamientos regresé al camión.

Sus palabras quedaron resonando, aunque sin que pudiera darles forma. Pero tocaron algo, algo que no sabía expresar.

Al día siguiente alcanzamos la frontera con Jordania. Allí nos despedimos Hans y yo - para alivio de ambos.

Jordania

En Jordania los camiones ya no debían viajar en caravana y cada uno podía seguir su propia ruta. Yo me dirigí primero a Ammán y, desde allí, haciendo autostop, avancé hacia Áqaba. Tras varios trayectos cortos me recogió un camiónero que conducía una cisterna de petróleo.

Era evidente que llevaba ya un largo viaje encima. El

cansancio se le notaba en el rostro. A veces su cabeza se inclinaba lentamente, como si estuviera a punto de dormirse. Entonces se sobresaltaba, levantaba la cabeza bruscamente y fijaba la vista al frente durante un largo rato - hasta que, vencida por la pesadez, volvía a ceder. Por momentos nos salíamos de la carretera. Entonces él despertaba de golpe, evaluaba la situación en un instante y corregía el rumbo. Intenté mantenerlo despierto conversando con él. Hablaba un poco de inglés, lo cual ayudaba.

Contó que venía directamente de Irak y transportaba petróleo al puerto de Áqaba. Debido a las sanciones económicas, Irak no podía vender su petróleo directamente al mercado mundial. Por eso iban y venían los camiones cisterna entre los campos petrolíferos del norte de Irak y el puerto jordano. Allí se bombeaba el petróleo a buques cisterna y se revendía a nombre de terceros. El trayecto duraba unas veinticuatro horas - y casi tanto tiempo llevaba ya mi conductor al volante.

Por el camino, nos detuvimos en un restaurante de carretera arenoso con una gasolinera para comer algo y descansar. Un viento seco del desierto barría el lugar mientras el sol ardía sin misericordia. A diferencia de Turquía, aquí había poco que ver. No había puestos ni comederos.

El conductor insistió en pagar mi comida. Le dije que no era necesario, pero sabía también que oponer resistencia era inútil. Para él era cuestión de honor: yo era su huésped - y debía velar por mí. Punto.

Whiskey de la India

Después de haber terminado mi comida salí a dar un pequeño paseo. El conductor había permanecido dentro. Yacía tendido en uno de los bancos. Fui interpelado por

unos cuatro hombres de alrededor de treinta años. Gritaban algo que no lograba comprender. Poco después entendí que se referían al “whiskey”. La pregunta era si yo deseaba whiskey. Me condujeron a un almacén un poco más allá, junto al camino. Sus movimientos delataban que estaban ebrios. Con orgullo me mostraron una pila de decenas de cajas llenas de whiskey. Uno de ellos alzó una y murmuró con lengua pastosa: “India. Whiskey, de la India.”

Dije que no estaba interesado. Entonces los observé con mayor detenimiento. Ojos inyectados en sangre, rostros hinchados en los que todo rasgo original había desaparecido. Aquellos hombres eran sus propios clientes más asiduos. Me miraban con expresión vacía. Continuaban ensalzando su mercancía, tambaleándose, sudorosos - era doloroso contemplarlo.

Volví en silencio al restaurante. Mi compañero ya había vuelto en sí. En la cabina le relaté lo del whiskey.

“Ah, contrabando”, dijo.

Pensé para mis adentros: aquí hacen simplemente lo que les place. *Con fe o sin ella.*

Autostopistas

Jordania se me manifestó más áspera, más directa. No sólo por el paisaje yermo y vacío, sino también por la manera en que la gente te miraba. Así como ya había observado en Turquía, aquí regían otras expectativas respecto a quienes hacían autostop. No siempre aguardaban al borde del camino con el mismo propósito que yo. A veces pasaban coches cuyos ocupantes hacían gestos obscenos. En ocasiones era recogido por alguien que, durante el trayecto, intentaba acercarse y algo pretendía en esa dirección. Aquí, en Jordania, sucedía aquello bastante más a

menudo que en Turquía, y era extraordinariamente irritante.

Cuando me quedé un instante dormido y mi conductor intentó tocarme, le enfrenté de inmediato: “¿Por qué sucede esto tan a menudo aquí?”

Le conté que no era el primero - que en repetidas ocasiones había sido importunado. Estaba harto. Él captó mi punto.

Dijo: “En este país muchos hombres tienen un grave problema. No pueden casarse. Para contraer matrimonio deben presentar una dote. Pero las dotes son elevadas y para los hombres pobres casi siempre inalcanzables. Quedan excluidos. Para poder satisfacer sus necesidades sexuales, se ayudan mutuamente.”

“¿Quieres decir con ello que muchos hombres aquí son bisexuales?”

Levantó las manos del volante, las alzó en el aire y realizó un gesto que dejaba el juicio a mi discreción.

Prisioneros en la playa

Fui dejado en Áqaba. Allí encontré a Harold, un joven estadounidense de aproximadamente mi edad. Un mochilero que recorría el país del mismo modo que yo. Nos miramos y sonreímos; se sintió como hallar un espíritu afín. Los occidentales eran escasos aquí, y ese anhelo de reconocimiento vivía en ambos. Comenzaba a anochecer, así que decidimos ir a la playa para descansar y ver si allí podríamos dormir. Cuando llegamos, ya estaba oscuro. Nos acomodamos en la arena tibia; el mar murmuraba suavemente a nuestros pies. A la derecha se hallaba el puerto; al otro lado centelleaban las luces de Eilat. Tan cerca, y sin embargo fuera de alcance.

La enemistad en esta región impedía que la convivencia

natural entre las gentes llegara jamás a florecer. Las fronteras estaban herméticamente cerradas y eran vigiladas día y noche con rigor. Cualquier paso en falso - voluntario o no - podía escalar con rapidez hacia un nuevo conflicto. Mientras mi mirada se perdía por el mar apacible hacia los destellos de la orilla opuesta, me pregunté: “¿Qué sucede realmente aquí?”

Decidimos pasar la noche aquí. Apenas nos habíamos metido en los sacos de dormir cuando de pronto quedamos bañados en un mar de luz. Dos jeeps militares enfocaban sus faros directamente hacia nosotros. Un grupo de hombres descendió y hubo alboroto - todos hablaban a la vez en árabe. No sabíamos qué ocurría. El sargento indicó que debíamos acompañarlos: aquello era zona militar.

En ninguna parte habíamos visto carteles u otras señales que advirtieran que era territorio prohibido. Mi corazón golpeaba en mi pecho. ¿Y si nos llevaban a un lugar apartado? Estábamos indefensos ante aquellos hombres armados. Recé en silencio al Señor Nuestro para que nada nos sucediera.

Fuimos conducidos en los vehículos hasta el cuartel general, unos diez kilómetros más lejos. Revisaron nuestras pertenencias y tuvimos que entregar nuestros pasaportes.

Mas el sargento se mostró más benigno de lo que había imaginado. Vio que no albergábamos malas intenciones. Tras más de una hora pudimos marcharnos.

Dijo: “Toda Áqaba es zona militar y no os es permitido dormir fuera en ninguna parte.”

No obstante, tuvo la amabilidad de ayudarnos. Nos llevó a un restaurante de carretera algo más adelante: “Con el dueño allí podréis arreglar algún lugar para dormir.”

Así fue. El chef nos condujo a la parte trasera del edificio. Allí había un pequeño campo donde a menudo

dormían viajeros que habían quedado varados. Había unos muros desmoronados que debían hacer de cercado. Contra uno de ellos nos sentamos y nos acomodamos lo mejor que pudimos.

Le conté a Harold que realmente había sentido miedo y compartí mis experiencias a lo largo del camino. Él también había vivido momentos parecidos.

“¿Cómo te las arreglaste tú?” pregunté.

“Simplemente, diciendo que no tenía interés.”

“¿Y eso bastaba?”

“Sí, salvo en un caso,” dijo Harold. “Ya estaba sentado en el coche cuando él, mientras conducía, alzó su blanca túnica y tomó mi mano para hacerme tocar su miembro. Retiré la mano al instante y le dije que detuviera el coche de inmediato. Se negó. Le amenacé con un puñetazo y alcé ya el puño para asestarle un golpe. Eso le asustó, y puso el coche a un lado. Salí rápidamente y me escapé.”

Le expliqué lo que el camionero me había contado anteriormente.

Huellas de una Civilización Perdida

Tras todas las tensiones del camino, sentó bien viajar unos días juntos. Al día siguiente emprendimos rumbo hacia el norte - ambos teníamos Israel como destino, con una sola frontera posible, el Puente del Rey Hussein, cerca de Ammán. No teníamos prisa y a mí me agradaba viajar por una vez con alguien. Sin embargo, veía una clara diferencia: Harold era más fuerte, más robusto y capaz de recorrer durante más tiempo aquel paisaje abrasador y árido. Yo no quería quedarme atrás y seguía su paso mientras me era posible. Cuando al fin debía tomar aire, decía: “¿Ya estás cansado?”

Tras varios días de caminar por el polvoriento interior del país, alcanzamos el valle de Moisés, Wadi Musa, con la antigua ciudad comercial de Petra a tiro de piedra. Estaba rebosante de turistas, y Harold parecía en otro mundo. Yo jamás había oído hablar de Petra. Él conocía el lugar por libros y avanzaba radiante de entusiasmo. Señalaba, explicaba, nombraba cada piedra. Yo contemplaba más bien en silencio. Aquél era un lugar que no requería explicación - hablaba por sí mismo.

Mientras Harold se dejaba llevar con pasión por su sabiduría acerca de esta región única, caminábamos entre rocas rosadas y estrechos desfiladeros, pasando junto a fachadas milenarias, canales de agua y ruinas. Imponentes construcciones de decenas de metros de altura nos observaban con gravedad. Traté de imaginar cómo habían vivido aquí sus habitantes miles de años atrás - hombres como nosotros, pero en otro tiempo. A cada paso sentía su historia - un relato de recuerdos que evocaba nuestro propio anhelo de significado y belleza.

Beduinos

Tras un día colmado de impresiones del remoto pasado, seguimos adelante, aún impresionados por Petra. Al caer la tarde apareció sobre un altiplano una gran tienda negra, erguida como una solemne silueta en la última luz. Harold propuso preguntar si podíamos pasar allí la noche.

Un hombre de unos sesenta años nos dio la bienvenida con cordialidad. Sentado a la entrada de la tienda, en postura de piernas cruzadas, nos llamó con un solo gesto a acercarnos. Nos dejamos caer sobre nuestras mochilas y paseamos la mirada a nuestro alrededor. Ante nosotros crepitaba un pequeño fuego; sobre las brasas reposaba una

tetera. El hombre sólo hablaba árabe. Con unos pocos y sencillos ademanes dio a entender que podíamos comer con ellos - una oferta que aceptamos gustosos - y señaló un lugar para nuestros sacos. Allí podíamos dormir.

Mediante señas intentamos entablar conversación. El hombre contó que tenía cuatro mujeres. La más joven, apenas dieciséis años, nos servía. Sus movimientos eran contenidos, casi ceremoniales. Un vestido de lana raído, hasta justo debajo de las rodillas, cubría su frágil cuerpo; la espesa cabellera sobre su estrecha cabeza estaba tiesa de polvo. En silencio vertía un té densamente dulce en pequeños vasos - con ese dejo amargo de las hojas largamente infusionadas - e inclinaba la cabeza a modo de respeto. Las otras mujeres permanecieron dentro.

El hombre daba a entender que ellos se movían libremente a través de fronteras que para otros eran inamovibles. Desde hacía miles de años atravesaban toda esta región: Arabia Saudí, Palestina, Irak, Siria. Su existencia mostraba que las fronteras territoriales no eran sino acuerdos - mudables, transitorios.

“Qué extraño”, pensé. “No poseen tierra, y sin embargo toda esta tierra les pertenece. Esas fronteras fuertemente vigiladas, por las cuales tanto se discute y tanta sangre se derrama, no son sino una idea.”

La muchacha trajo una gran bandeja metálica que colocó ante nosotros: pan plano, un montículo de arroz, trozos de carne especiada, un cuenco de yogur y algunas aceitunas. Comimos con la mano derecha - desgarrar el pan, mojar, compartir. El anfitrión comió con nosotros.

A lo lejos se oían cabras; un perro ladró brevemente y calló. El aire se enfrió, el sol se había puesto, el cielo encendía sus primeras estrellas. Tras la comida, el fuego fue apagado y nos deslizamos en nuestros sacos de dormir.

Un puente real

Poco a poco consideramos que había llegado la hora de cruzar la frontera hacia Israel - la tierra prometida. Pero al mismo tiempo comenzó a tensarse nuestra cooperación. En cierto momento tuve la clara impresión de que Harold prefería perderme de vista; según él yo caminaba demasiado despacio.

Hasta el Puente del Rey Hussein, el único paso fronterizo oficial entre Jordania e Israel, había un largo trecho. El ritmo no complacía a Harold; por más que intentaba seguir su paso, me era imposible. No volvimos a vernos después.

El puesto fronterizo estaba fuertemente guardado. No era posible cruzar a pie: debía comprarse un billete para el autobús lanzadera. Un trayecto de apenas unos cientos de metros, nada más. En una pequeña oficina compramos los billetes; allí también revisaban el pasaporte.

Delante del pequeño edificio había una fila larga. Yo era el último. El problema: sólo partían unos pocos autobuses al día. Llegar tarde significaba mala suerte - a veces hasta la mañana siguiente. Cuando por fin llegó mi turno, todo se torció. El funcionario afirmaba que el autobús estaba lleno. No le creí. Según yo, había espacio suficiente, pero se negó a venderme el billete. ¿El próximo autobús? Mañana por la mañana. Hice un buen escándalo. Tan encendido, que incluso el comandante, afuera del edificio, lo oyó.

Anhelaba llegar por fin a un país occidental. Un lugar con una cultura que comprendía. Donde chicos y chicas se trataban con naturalidad y yo podía hacerme entender sin dificultad. Deseaba sentir de nuevo lo que es ser libre como individuo. En este país tenía poca afinidad. Había tenido suficiente. Ni un día más quería quedarme.

Lo llevé al extremo. Debía darme ese billete. No me iría

sin él. El comandante evaluó la situación. Permaneció sereno. Eso funcionó. Poco después obtuve mi billete. No dije una palabra más. Le di las gracias, estreché la mano a ambos y caminé hacia el autobús que aguardaba.

De un enlace real entre dos orillas se podría haber esperado algo más: no era sino un estrecho puente metálico de un solo carril - apenas lo suficiente para el autobús. En la otra orilla, sobre una colina, los militares vigilaban con atención el paso. Se acuartelaban en un puesto reforzado con sacos de arena, los fusiles ametralladores listos para disparar.

Jerusalén

No necesité visado y podía quedarme cuanto quisiera, me dijo la mujer en el control de pasaportes. Fue reconfortante saberlo. Afuera aguardaba una fila de taxis palestinos: aquello era Cisjordania, territorio palestino. Subí a un autobús con rumbo a Jerusalén

Allí hallé un mundo distinto del que había imaginado. La Ciudad Santa, que habría debido ofrecer una acogida cálida a todos los seguidores del Dios de Abraham, estaba impregnada de miedo.

Por doquier caminaban grupos de soldados armados - muchachos y muchachas jóvenes - algunos apenas llegaban a los veinte años. Todo tenía algo del aire de una ciudad ocupada.

Recorrí el centro, pasando por edificios de piedra milenaria, templos y mercados. Palestinos, judíos, turistas, todos se mezclaban. No vi diferencias. Solo personas. Cada una única, pero todas humanas.

En una plaza me dirigí a una muchacha con uniforme. Era joven, quizá diecinueve años. Hermosa, armada.

“¿Por qué patrulláis aquí?”, le pregunté.

“Protegemos a la gente de los atentados”, respondió en un inglés fluido. “Si vemos algo sospechoso, podemos registrar bolsos. Así mantenemos la seguridad.”

“¿Registráis también a los judíos? ¿O sólo a los palestinos?”

Me miró como si hubiera dicho una necedad.

“Ellos son quienes cometen los atentados.”

Sonrió brevemente y siguió su camino, con el arma colgada con soltura del hombro.

La observé alejarse y me pregunté: *protegían algo, pero ¿qué exactamente?* No sólo a sí mismos, sino también una idea. Un reclamo. Quizá un temor.

¿Dónde residía el problema? ¿En la soberbia? ¿Creía realmente un pueblo estar por encima del otro, y por tanto tener derecho a más? En la ciudad santa, en la tierra santa. Pero ¿qué hay de sagrado en un lugar donde gobierna el odio y los vecinos se miran con desconfianza?

Ruth y la hospitalidad

En una terraza entablé conversación con una mujer de cierta edad. Se llamaba Ruth y contó que su familia había sido originalmente de los Países Bajos. Intenté hablar algo de neerlandés con ella, pero aparte de unas pocas palabras sueltas, la lengua apenas le decía ya nada.

La conexión fue inmediata. Reímos mucho, y al cabo de un rato me dijo que, si lo deseaba, podía alojarme en su casa. Tenía dos hijos pequeños; su marido, un científico, se hallaba temporalmente en los Estados Unidos realizando una investigación. Se mostró sincera y cordial. Acepté gustosamente su ofrecimiento.

Tras la intimidación en la frontera y las tensiones en la

ciudad, me sorprendió cuán rápidamente Ruth me abrió su hogar. Fue un raro instante de confianza en una región donde la desconfianza parecía la norma. Vivían en un lujoso apartamento a las afueras del centro. Me asignó una habitación y me permitió moverme a mi antojo. Al día siguiente incluso me entregó una llave de la casa.

Por la noche le pregunté por qué me había acogido sin saber quién era yo.

“Durante la Segunda Guerra Mundial, los judíos fueron recibidos por personas que no los conocían”, dijo. “Y aquello era peligrosísimo. ¿Por qué no habría de hacerlo yo? Nuestra libertad se la debemos en parte a gente así.”

Quizá la hospitalidad sea precisamente eso: dejar entrar a alguien sin garantía alguna, porque sabes que tú también fuiste recibido alguna vez.

Le pregunté cómo era vivir en un país donde uno vive aún bajo el peso del miedo.

“Horrible”, dijo. “Parece que no tendrá fin.”

“¿Qué crees que sería la solución?”

“Sólo cuando veamos a quienes están en necesidad como a nosotros mismos -como nosotros fuimos alguna vez- podrá cambiar algo aquí. De lo contrario, la guerra no terminará.”

Durante el día exploraba la ciudad; por la noche cenaba con Ruth y los niños. Para ellos era algo inquietante tener a un desconocido en casa. Ambos hablaban buen inglés, y el niño me retó a una partida de damas. De niño había sido bastante habilidoso, pero hacía años que no jugaba. Disfruté de su fervor: quería derrotarme a toda costa. Y lo consiguió una vez. Corrió triunfante hacia su madre y le contó en hebreo cómo me había vencido.

“Todo un gran maestro, ¿eh?”, rió Ruth.

Dos voces ante el Muro de las Lamentaciones

Movido por la curiosidad hacia el núcleo espiritual de la ciudad, caminé una tarde hacia el Muro de los Lamentos. Allí escuché a dos hombres conversando en inglés. Yo estaba lo bastante cerca para oír cada palabra. Uno era más o menos de mi edad y hablaba con insistencia; el otro, bastante mayor, permanecía más reservado. Ambos llevaban kipá.

El más joven sostenía que los judíos tenían más derecho a la tierra que los palestinos.

“Nosotros al menos hacemos algo con ella”, dijo. “La hacemos fértil, cultivamos, alimentamos a la población.”

El hombre mayor escuchaba, pero su mirada se perdía. El más joven pedía confirmación después de cada punto.

“Sí, sí”, murmuraba el otro, como si preferiese dejar la conversación morir.

El joven prosiguió sin pausa, hablando de cómo los judíos trabajaban la tierra y la hacían florecer. El hombre mayor continuó guardando silencio, hasta que el joven comenzó a hablar de derechos históricos.

“Según las Escrituras, esta tierra fue siempre nuestra”, dijo el joven. “Los palestinos deben aceptarlo.”

Hubo un breve silencio. Entonces el mayor se volvió hacia él, su voz baja y cortante.

“¿Y qué ocurre entonces con otros pueblos?”, preguntó. “¿Tienen también derecho a sus tierras “originarias”, aun cuando su población haya cambiado por completo? ¿Pueden los alemanes reclamar partes de Polonia, Checoslovaquia o Francia sólo porque antaño vivieron allí alemanes, y así quedó escrito en sus crónicas? ¿Y los indios de

América? ¿Pueden reclamar la tierra porque fueron ellos quienes la habitaron primero?”

El joven quedó mudo. Por un instante no supo qué responder.

“¿Pero no crees que esta tierra es nuestra?”, acertó a decir al fin.

“Mientras no haya paz”, respondió el mayor, “esta tierra no es de nadie. Todavía hemos de luchar por ella.”

Se dio la vuelta y se marchó.

Las palabras de aquel hombre quedaron resonando en mí. Durante el resto de mi viaje por Israel, esa única frase volvió una y otra vez - como un eco en el paisaje, en las conversaciones que mantuve, en el estado mismo del país.

Por la Tierra Santa

Tras aproximadamente una semana le dije a Ruth que deseaba seguir explorando el país. Ella lo comprendió.

La víspera de mi partida estábamos los tres sentados a la mesa. La hija se hallaba de visita en casa de una amiga. Ruth había cocinado - algo sencillo, pero preparado con esmero - y su hijo charlaba sin parar, bromeaba y trataba de convencerme de que me quedase un poco más.

Después de cenar jugamos una partida de cartas. Ruth venció con holgura.

“¿Te echaré de menos?”, dijo con una sonrisa.

“Quizá un poquito.”

Reímos. Había algo ligero en el ambiente, como si supiéramos que aquel no tenía por qué ser un adiós definitivo.

A la mañana siguiente, cuando llegó la hora de partir, bajé con ellos a la calle. Su hijo me abrazó y susurró: “¿Volverás alguna vez?”

“Quizá”, respondí.

Poco después, viajaba haciendo autostop por el país. Sorprendentemente, fue muy fácil: la gente se detenía enseñada para llevarme.

A lo largo del camino había numerosos puestos de control, precedidos por gruesos bloques de hormigón a uno y otro lado de la carretera. Allí avanzábamos lentamente en zigzag, y luego los soldados nos esperaban con armas automáticas. La mayor parte de las veces nos dejaban continuar de inmediato; a veces debíamos mostrar la documentación.

También circulaban muchachos que recogían autostopistas meramente por diversión. Simplemente para entrar en contacto con otras personas. Conocí a uno de ellos. Dijo que aquel día no tenía nada mejor que hacer. Mientras yo viajaba con él, tomó a otros dos o tres autostopistas por el camino.

En los encuentros que tuve con la gente, todos parecían tener una opinión sobre los problemas de este país. Algunos culpaban a los judíos, otros a los palestinos, otros señalaban la religión como la raíz del conflicto.

La tierra prometida como malentendido

Más tarde, en Hebrón, escuché otra voz. No una voz religiosa, sino humana -como si alguien por fin dijera en voz alta lo que realmente fallaba.

Estaba sentado bajo una sombrilla, junto a una pequeña tetería, cuando un hombre de mediana edad tomó asiento a mi lado. Tenía un semblante amable y hablaba un inglés fluido. Al principio conversamos sobre el tiempo, sobre el turismo, sobre el té, pero pronto surgió el tema de la religión - un asunto que claramente le preocupaba.

“Dime”, dijo, “¿por qué está todo el mundo tan obsesionado con este pedazo de tierra? Desde las cruzadas - y segu-

ramente desde mucho antes - reina aquí la inquietud. Todos creen que la santa Jerusalén es el centro del universo. Pero ¿por qué? ¿Porque así está escrito en antiguos textos?"

Tomó un sorbo de té y me miró con intensidad.

"Todas esas historias sobre la tierra prometida, la tierra que mana leche y miel... ¿Quién puede creer seriamente que tales palabras se refieren a este trozo de tierra árido y maltrecho?"

Se inclinó un poco hacia mí.

"¿No es mucho más probable que esas palabras aludan a algo espiritual? No a un país, no a un territorio, sino a un lugar en nuestro corazón. Un estado interior del ser. No una posesión, sino conciencia. ¿No trata la religión de eso? Del espíritu, no de piedras y suelo.

Pero mientras la gente se niegue a comprenderlo - mientras siga aferrándose a la engañosa apariencia exterior sin ver la esencia - jamás tendrá fin la discordia."

Guardó silencio un instante. Después dijo: "A veces pienso que deberíamos cerrar todos los edificios religiosos de aquí. Mil años de silencio. Sin sermones, sin reclamos, sin cruces, sin estrellas de David, sin medias lunas. Sólo entonces quizá podamos aprender lo que significa ser humano, sin que nadie se crea superior a otro, supuestamente en nombre de Dios."

Se recostó y suspiró. "Porque dime la verdad... ¿qué nos han traído esas tres religiones aquí, si no interminables disputas, destrucción y muerte?"

La sombrilla ondeaba sobre nosotros, y una ráfaga levantó polvo sobre la terraza.

"¿En qué consiste, al fin y al cabo? Vivir en armonía: ¿no es eso precisamente lo que cada religión ansía en su esencia? Si no se comprende, mejor abandonar el empeño. No tiene sentido invocarla entonces."

Lo miré, conmovido por su franqueza. Era judío, pero por debajo de eso había algo más fundamental: la humanidad. ¿De qué servía la fe si una y otra vez conducía al derramamiento de sangre?

El Mar Ardiente

Tras aquella conversación tan rica y esclarecedora, ansiaba algo corporal. Algo sencillo, tangible.

Mi viaje me llevó al Mar Muerto, un lugar que siempre había despertado mi curiosidad. A unos cuatrocientos metros por debajo del nivel del mar, con un agua tan salada que uno flota sin esfuerzo: quería experimentarlo.

A la altura de Masada me dejó un joven que se dirigía a Eilat. Al otro lado del mar se alzaban escarpadas paredes de roca: más allá quedaba Jordania. Me quité la ropa hasta quedar en bañador y me adentré en el agua. Había esperado algo de frescor, pero el agua estaba más caliente que el aire. Seguía sudando. Sin embargo, era cierto lo que decían: era imposible hundirse. Hiciera lo que hiciera, flotaba - como un corcho en un estanque en calma.

Las largas caminatas habían dejado sus huellas: mis muslos estaban irritados, mi rostro sensible. En cuanto entré en contacto con el agua salada, sentí como si la piel ardiera. Era insoportable: tuve que salir de inmediato.

En la orilla no mejoró mucho. La sal se adhería a mi piel, y tenía poca agua para enjuagarme. Traté de frotarme con una toalla, pero apenas servía de algo. Todo seguía picando y pegándose. Incluso el viento raspaba.

Poco después pensé que quizá la sal tuviera un efecto curativo. Todos esos minerales del Mar Muerto podrían limpiar las pequeñas heridas; tal vez sólo debía soportarlo.

Volví a entrar en el agua lodosa, esta vez con un propó-

sito. Aguanté el dolor cuanto pude. Repetí el intento varias veces. Entonces lo di por suficiente.

Noche en Masada

Hacia el atardecer encontré a un pequeño grupo de personas que se disponían a ascender la colina de Masada, aquel lugar que durante siglos había simbolizado la resistencia. Deseaban pasar la noche en la cima y contemplar al alba el célebre amanecer. Pregunté si podía unirme a ellos, y no hubo inconveniente.

Éramos siete en total, un grupo variado y agradable, de diversas nacionalidades. Entre ellos había un muchacho judío, Sem, y su novia palestina, Muna. La subida fue larga y empinada. Cuando alcanzamos la cima, ya reinaba la oscuridad. Allí arriba el aire se movía con mayor viveza y la temperatura era más fresca, aunque aún lo bastante suave como para permanecer al aire libre entre las ruinas de aquella antigua fortaleza.

Al cabo de un tiempo nos metimos en los sacos de dormir y aguardamos la mañana.

Sem y Muna fueron los primeros en levantarse. Todavía estaba oscuro. Medio dormido me giré una vez más. Al cabo de un rato nos despertaron. “Ya va a empezar”, dijeron.

Desde mi saco vi cómo la luz comenzaba lentamente a brotar. Nos sentamos formando un semicírculo, con el rostro vuelto hacia el oriente, y esperamos en silencio los primeros rayos del sol.

Lo que comenzó como una noche improvisada resultó contener algo mucho más grande..

El relato de la creación*

Sem dijo: “Antes de que salga el sol, Muna y yo queremos compartir algo con ustedes: el relato de la creación, tal como hemos llegado a entenderlo. Para nosotros no es un relato sobre el origen del universo, sino una imagen del crecimiento espiritual del ser humano.

La Biblia es un libro espiritual y exige más que una lectura literal. Este relato es para nosotros una clave: nos ayuda a comprender mejor el mundo y a nosotros mismos.

Queremos compartirlo con ustedes porque el sol naciente - al igual que este relato - es un símbolo del despertar interior.”

Alguien suspiró profundamente, otro asintió. Nadie habló, pero el silencio parecía colmado de significado. Entonces Sem comenzó a relatar.

El primer día de la creación.

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra; y la tierra estaba desierta y vacía, y las tinieblas cubrían el abismo; mas el espíritu de Dios se cernía sobre las aguas. Dijo Dios: ‘Hágase la luz’, y la luz fue hecha. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas. Llamó Dios a la luz día, y a las tinieblas llamó noche. Y fue la tarde y fue la mañana: el primer día.

¿Qué quiso decir Moisés con ‘cielos’ y ‘tierra’? Los ‘cielos’ son lo espiritual en el ser humano, y la ‘tierra’ lo natural. Ambos se hallan aún desiertos y vacíos. Las ‘aguas’ son la comprensión limitada de las cosas. El espíritu de Dios se cierne sobre ellas, mas no está aún en ellas. Por eso dijo Él: hágase la luz.

El primer estado natural del hombre corresponde a la

noche. Igual que un niño en el seno de su madre. El alma aún no está desarrollada y por eso reina la oscuridad. Cuando nace, se le enseñan conocimientos y habilidades. Gracias a ello puede mantenerse en el mundo. Esta es la condición terrenal del hombre. Corresponde al crepúsculo vespertino, cuyo menguante resplandor se asemeja a la disminución de la luz natural en la mente humana.

Cuando las personas se concentran únicamente en lo racional, la luz divina en sus corazones se extingue. Sólo cuando el amor de Dios comienza a encenderse en ellas, el frío intelecto se retira poco a poco. La verdadera luz de Dios en los corazones de los hombres es la mañana. Por eso vino primero la tarde y luego la mañana. Éste es el camino por el cual el proceso espiritual se cumple necesariamente. Lo racional pierde su fuerza en la noche que se acerca, y en la mañana surge en su lugar la comprensión espiritual. Ése fue el primer día.”

Mientras hablaba, la claridad aumentaba, aunque el sol aún no había aparecido. Entonces Muna tomó la palabra.

El segundo día de la creación.

“Dijo Dios: ‘Haya en medio de las aguas una roca que divida las masas de agua.’ Y así fue hecho. Esta roca es el verdadero cielo en el corazón del hombre. Una fe verdadera, mediante la cual puede distinguir entre lo natural y lo espiritual. Las aguas retroceden. A medida que esta fe crece, el hombre percibe con mayor claridad la insignificancia de lo meramente racional. De esta manera la razón se deja gobernar por la fe, y de la tarde surge una mañana cada vez más luminosa. La mañana del segundo día es ya más clara que la del primero.

En este segundo día el hombre ve la verdad que también

será verdad para la eternidad. Pero le falta el orden correcto. Aún mezcla lo natural con lo espiritual y no es capaz de obrar siempre rectamente. Así, por ejemplo, no sabe si la fe nace del conocimiento o al contrario, ni cuál es la diferencia entre ambos. Pero Dios acude en su ayuda. Él fortalece la luz en el hombre, luz que, como sol primaveral, trae también el calor necesario para que germinen las semillas depositadas en los corazones humanos. El calor es el amor, y espiritualmente es también el suelo en el que las semillas echan raíz. Por eso debían separarse las aguas, para que apareciesen lugares secos en la

superficie donde las semillas pudieran convertirse en frutos que dan vida.”

Muna guardó silencio un momento y sobre las montañas surgió gradualmente un resplandor anaranjado.

“¿Queréis oír el tercer día de la creación? ¿O empieza esto a cansaros?”

Todos negamos con la cabeza. “No, continúa”, exclamamos con entusiasmo.

El tercer día de la creación.

“Y dijo Dios: ‘Que brote abundante verdor en la tierra, plantas que produzcan semilla y árboles que den fruto.’ Y así fue. El hombre puede ponerse a la obra. Sus comprensiones son como nubes cargadas de lluvia que se elevan sobre el mar y humedecen y fecundan la tierra seca. La tierra se torna verde y hace brotar toda clase de plantas, hierbas y árboles que a su vez esparcen su semilla. Esto significa que el amor en los corazones del hombre desea de inmediato aquello que le es inspirado por la sabiduría celestial. Pues así como una semilla en buen suelo producirá muchos frutos, así también el conocimiento recto, puesto en

el terreno vivificante del corazón, da fruto. La luz del cielo se hace de este modo obra. Éste es el tercer día del desarrollo del corazón en el hombre: el hombre espiritual. De este hombre espiritual se trata, en último término.”

Muna guardó de nuevo silencio y entretanto sentimos los primeros rayos del sol en nuestro rostro. Sem tomó la palabra.

El cuarto día de la creación.

“Y habló Dios: ‘Haya luminarias en el firmamento de los cielos que separen el día de la noche y sirvan de señales para los tiempos, los días y los años, y que, junto a todas las estrellas, haya dos grandes luces en el firmamento que brillen sobre la tierra: una gran luz para el día y una luz menor para la noche.’ Y así fue.”

Cuando el hombre ha alcanzado cierto grado de desarrollo espiritual, Dios despierta en su corazón Su espíritu eterno e increado. Con este espíritu se alude a las dos grandes luminarias que fueron colocadas en la expansión de los cielos. Todo hombre posee un alma, que es también un espíritu, y tiene la capacidad de distinguir entre el bien y el mal y de apropiarse de lo bueno. Cuando un alma ha aceptado en plena libertad lo bueno, está dispuesta para recibir en sí lo increado divino. Lo puramente divino es la gran luz, y el alma del hombre, que puede ser formada por ella, es la luz menor.

Por la unión entre el alma y lo divino puede el hombre contemplar a Dios en Su esencia más pura. Esto quiere decir Moisés cuando afirma que la gran luz rige el día y la menor la noche, lo cual significa que el hombre, en toda sabiduría, puede determinar el origen espiritual de lo creado. Con ello también los tiempos, los días y los años, es decir: el reconocer la sabiduría divina, el amor y la gracia en todas las manifestaciones. Las estrellas son después los

muchos conocimientos útiles que se adquieren acerca de las cosas particulares y que, por naturaleza, fluyen del único entendimiento simbolizado por las dos grandes luminarias.

“La parte restante la diré brevemente”, dijo Sem.

El quinto y el sexto día de la creación.

“Estos días describen la creación de los animales y del hombre. Con ello quiere expresar Moisés la plena vivificación de cuanto el hombre posee en sí por naturaleza. El hombre reconoce y contempla, en la luz divina, puramente increada, la ilimitada y sin fin diversa abundancia de las ideas y formas de la creación, y de esta manera comienza a tomar conciencia de su origen puramente divino. El relato de la creación del primer hombre es la imagen de la plena humanización, es decir, es decir, la obtención de *la filiación divina perfecta*.

Nos miró y dijo: “Quizá comprendáis ahora que Adán y Eva no fueron los primeros hombres corporales, sino los primeros espirituales: hombres tal como Dios los quiso, y nosotros sus descendientes.”

Con un último mensaje concluyó.

“Buscad por encima de todo, en vuestro corazón, el Reino de Dios y Su justicia, y preocupaos poco de las demás cosas; pues pueden seros dadas de pronto y sin esperarlo. Pero gocemos ahora sobre todo de la salida del sol, y especialmente de aquella que tiene lugar en nuestro corazón.”

Entretanto el cielo se tornaba amarillo y naranja. Una poderosa bola de fuego se alzó sobre el horizonte y calentó nuestros rostros. Las montañas desnudas y los valles perdieron sus aristas cortantes y presto quedaron bañados en un mar de luz. El relato de la creación - no como origen

de la tierra y las estrellas, sino como el camino interior del hombre.

El sol irrumpió como si de nuevo se separase la luz de las tinieblas. Mas ahora como símbolo de un despertar interior. Abajo, el Mar Muerto se retiraba y regresaba ondulando, como un aliento: aguas que se apartan, sequedad que se hace visible - fuera de nosotros, en nosotros. Lo turbio descendía. Los pensamientos se aclaraban como cieno que por fin halla el fondo. En algún lugar entre el pecho y la garganta se abrió una compuerta.

Y nosotros, con el rostro vuelto hacia oriente, supimos de pronto cómo era: primero tarde, luego mañana; primero entendimiento que se extingue, después amor que arde. Fuera se hizo de día. Dentro comenzó la creación.

Jakob Lorber

A medida que el sol subía más alto en el cielo, pregunté a Sem de dónde había obtenido aquella sabiduría. “De Jakob Lorber. En su serie de libros ‘El Gran Evangelio de Juan’ ofrece esta explicación del relato de la creación.”

“Pero ¿no es ese un libro cristiano? Tú eres judío, ¿no?”

“Sí, los libros son de Muna, ella es cristiana. Yo también los leo. La religión, como tal, no significa tanto para mí; quiero saber qué es verdadero. Esta lectura del relato de la creación me resulta más veraz que lo que recibí antaño de mis padres o en la sinagoga. Ellos han tomado la imagen al pie de la letra. Y creo que eso ocurre en muchas religiones. Por eso Muna y yo, en determinadas ocasiones, hacemos oír otra voz. Hemos recitado este relato ya decenas de veces. Y nos conmueve una y otra vez cuando las personas quedan en silencio ante una historia antigua que, en otra luz, cobra de pronto un significado totalmente distinto.”

Jakob Lorber. Ese nombre debía recordarlo.

Al descender la montaña, la cruda realidad vino de nuevo a nuestro encuentro. Era como si la magia de la cumbre no hubiese querido acompañarnos hacia abajo. Allí arriba reinaban únicamente el espacio y la luz; abajo nos aguardaban los contrastes, las opiniones y las fronteras. Con todo, llevábamos algo con nosotros: un destello de algo mayor, algo más suave.

Mas aquí, entre bloques de hormigón y puestos de control, entre ametralladoras y alambre de espino, aquella suavidad era frágil. Y, al mismo tiempo, indestructible.

Ningún pueblo vale más que otro

Tras dos semanas sentía que mi viaje aquí había llegado a su término. A pesar de las conversaciones impresionantes y de los descubrimientos espirituales, la realidad política seguía friccionando. Una parte mantenía firmemente las riendas, la otra se negaba a someterse. Fue doloroso experimentar este país - tan cargado de significados sagrados - como un lugar de desconfianza y división.

Hemos crecido con la idea de que el pueblo judío, después de los horrores de la Segunda Guerra Mundial, merecía un refugio seguro. Pero ahora, aquí, resultaba que otros que habitaban esta tierra desde generaciones tampoco estaban ya seguros.

¿Vale un pueblo más que otro?

¿Existe algo así como una patente sobre el sufrimiento?

¿Qué hay de malo en convivir?

“Todo el mundo tiene derecho a existir - de lo contrario no existiría”, solía decir mi padre.

Ojalá pudiera yo creer como Kostas. Que detrás de este amargo conflicto actúa una fuerza suave que en última

instancia nos une: nuestra propia fuerza creadora. Creer inquebrantablemente que somos uno. Ocurra lo que ocurra.

Decidí partir. Hice autostop hasta la frontera con Egipto, compré un visado para tres días, volé desde El Cairo a Atenas y cuatro días después estaba en casa.

**De las obras de Jakob Lorber (El Gran Evangelio de Juan, tomo I).*

PARTE II

GUIARRA A LA ESPALDA

SONIDOS DE LA CALLE

Música

Desde los seis años tomé clases. Primero flauta dulce, luego trompeta y, de adolescente, guitarra. Tras mi regreso de Israel me dediqué por completo a la guitarra. Practicaba durante horas cada día y poco a poco fui mejorando. El jazz me había atrapado; me desafiaba a plasmar mi alma en sonido. Tocaba en grupos y en la Big Band Emmen. Seguir ese camino parecía lo más lógico; consideré seriamente el conservatorio.

Pero el impulso hacia la libertad era más fuerte. No serían los estudios, sino los viajes y la aventura los que marcarían los años siguientes. Esta vez con una guitarra a la espalda.

Con dinero ahorrado compré a los veinticinco años una motocicleta de segunda mano: una BMW R 80 G/S, apta tanto para carretera como para fuera de ella. Quería recorrer Europa. Primero hacia el norte: Escandinavia.

Copenhague

Mi primer destino fue Copenhague, una ciudad que sólo conocía de nombre. Guitarra en su funda a la espalda, tienda y saco de dormir sobre la moto junto con el resto de mis cosas. Mi madre me había hecho dos polainas de cuero para llevar sobre el pantalón contra el frío. Viajé por la autopista a través de Hamburgo hasta Puttgarden y allí tomé el barco hacia Dinamarca.

Cerca de Copenhague encontré un camping. Durante el día iba a la ciudad en la moto. Fue mi primera experiencia como músico callejero. Todavía tenía algunos ahorros - lo suficiente para un tiempo -, pero la idea era mantenerme tocando. No resultó fácil. Era verano y las calles comerciales de Copenhague estaban llenas de músicos. Al final del día muchas veces había ganado apenas unas pocas coronas. Sin embargo, entre nosotros, los músicos, había buen contacto. Podíamos ser competidores, pero el ambiente era cordial. Por la noche, cuando las tiendas cerraban, solíamos reunirnos para improvisar. Esos eran los mejores momentos.

Había un muchacho sueco, Gustaf, que siempre tocaba en el mismo lugar. Era una especie de figura central en la escena. Llamaba la atención: tocaba todo el día una sola pieza - *Room to Move*, de John Mayall. Con su armónica alargaba el tema hasta el infinito con largas y lánguidas improvisaciones blueseras. Cuando terminaba, al poco volvía a empezar. En la calle funcionaba bien: el flujo constante de transeúntes casi no lo advertía. A mí me hubiera resultado exasperante, pero en él funcionaba. Y cuando improvisábamos y él se unía, no importaba con qué canción empezáramos: siempre acabábamos otra vez en *Room to Move*. Pero

como era un tema tan magnífico, todos volvían a enloquecer con él.

En la ciudad conocí a Nils, también sueco. Tenía una voz preciosa y tocaba tanto en la calle como en cafés. Allí cantaba, por ejemplo, *Daniël*, de Elton John - una de sus favoritas -, y pasaba la gorra. En poco tiempo ganaba muchísimo más que yo después de horas en la calle.

Para mí eso era aún un puente demasiado lejano. Entrar así sin más en un café para tocar - no me atrevía.

Nos llevábamos bien. Nils dijo que siempre sería bienvenido en su casa en Estocolmo y me dio su dirección. Pronto regresaría. Yo permanecí en Copenhague. Lo que siguiera, ya lo vería.

Christiania

Además de tocar en la calle, quería conocer algo de la cultura alternativa por la que la ciudad era famosa. Había varios focos de creatividad y excentricidad, pero uno me intrigaba en particular: Christiania - la ciudad libre en medio de Copenhague. Originalmente era un antiguo barrio obrero junto al puerto que fue ocupado en su totalidad en los años sesenta.

Un pintoresco y anárquico enclave, con murales coloridos, casas improvisadas de maderas viejas, neumáticos y materiales desechados. Sus habitantes - una mezcla de hippies, artistas, activistas, exadictos y idealistas - aspiraban a otra forma de vivir. Deseaban ser libres de autoridad, burocracia y presión comercial.

Pero cuando la visité, los hippies y artistas se habían ido hacía mucho. En su lugar veía principalmente miembros de una banda de motoristas con sus chaquetas de cuero y emblemas. Ellos parecían mandar ahora. Donde esperaba

un ambiente lleno de creatividad y convivencia armoniosa, reinaba una atmósfera sombría. Traficantes, adictos, jóvenes sin rumbo; era deprimente. Di aún una vuelta, esperando encontrar algo del ideal que me había imaginado. En vano. Decepcionado me marché.

Esto era lo que había quedado de la ciudad libre.

¿Serían siempre más fuertes las fuerzas oscuras que el bien?

¿Era el hombre incapaz de vivir en comunidad sin líderes ni autoridad?

Con esas preguntas regresé a la ciudad.

Moto destruida

Tocar música en la calle me agradaba cada vez más. No ganaba mucho, pero la sensación de libertad, los encuentros y la posibilidad de expresarme me otorgaban profunda satisfacción. Era un modo de vida que me convenía. Me entregué por entero a él. La calle se convirtió en mi escenario, el público pasaba sin que yo tuviera que buscarlo. Pero también había momentos menos favorables.

Una noche quise regresar al camping. Entonces vi que el tablero de mi motocicleta había sido destrozado. Alguien había intentado robarla, por lo visto, pero sobre todo había causado daños. La cerradura de encendido estaba rota; arrancar era imposible. Lo único que podía hacer era liberar el bloqueo del manillar para poder empujarla.

Por suerte había cerca un taller que reparaba motocicletas. Ya era bastante tarde y en realidad estaban cerrados, pero dentro aún había un joven empleado recogiendo. Le expliqué lo sucedido y decidió ayudarme de inmediato. En poco tiempo instaló un tablero nuevo.

Mientras trabajaba, entró el dueño. Comenzó de inme-

diato a reprender al muchacho. No entendía danés, pero el tono era inconfundible: estaba furioso. Ignoraba de qué se trataba exactamente, pero presentí en todo que mi presencia venía muy a deshora. Permanecí allí, escuchando, incapaz de adoptar una postura adecuada. ¿Debía decir algo? ¿Contar mi versión? Quizá. Pero guardé silencio. Me pareció más prudente no intervenir.

Finalmente, el joven obtuvo permiso para terminar el trabajo. Me dirigió una sonrisa breve y elocuente, y siguió en silencio. Cuando terminó, llamó al dueño. Pagué, recibí mis nuevas llaves y les di las gracias a ambos.

Sólo entonces comprendí cuán vulnerable era yo viajando en motocicleta, sobre todo porque entendía poco de su mecánica. Las reparaciones de una BMW eran costosas, y esto no sería la única vez.

Salto adelante

El importe que tuve que pagar supuso un bocado considerable de mi presupuesto - algo con lo que no había contado. A partir de ahora mi dependencia de lo que ganaba en la calle sólo aumentaría. Decidí dar un salto adelante. Ya estaba convencido: esta era la vida que quería.

Sin embargo, en Copenhague ya veía poca perspectiva. La competencia era grande, las ganancias escasas. Si me quedaba aquí, bien podría regresar a casa. Por ello resolví dirigirme a Estocolmo, hacia Nils. No lo había visto en un tiempo y supuse que ya estaría de vuelta en su hogar.

Tomé el barco de Helsingør a Helsingborg. En vez de ir directamente a Estocolmo, elegí un rodeo por la parte occidental de Suecia, en dirección a Karlstad.

Era un placer ir en moto. El camino serpenteaba a través de un paisaje suavemente ondulado de bosques, lagos y

casas de madera pintadas de rojo. El cielo estaba despejado, con una nube algodonosa aquí y allí que navegaba como un navío de lana por el azul. El asfalto yacía quieto y desierto; de vez en cuando pasaba un vehículo en dirección contraria cuyo conductor saludaba con un gesto amable.

Como un danzante sin público me deslizaba por las curvas. Me sentía libre. Mi instinto marcaba la velocidad. Sin prisa, sin agobio: sólo el monótono ronroneo de la máquina y un decorado que parecía repetirse sin fin.

Al caer la tarde buscaba un lugar hermoso en algún bosque o junto a un lago y allí montaba mi tienda.

Sonja

Cerca de Säftele encontré a una joven mujer. Vivía en una casa casi de cuento, oculta entre los árboles, justo a las afueras de un pequeño pueblo. Pasé por allí y, movido por la curiosidad, me detuve espontáneamente para contemplar aquel lugar tan singular. A primera vista pensé que estaba deshabitado. Pero poco después apareció una mujer con un largo vestido lila. Preguntó qué hacía yo allí. Me sorprendí y me sentí un poco incómodo por estar allí, tan abiertamente, frente a su casa. Balbuceé una explicación. Ella me tranquilizó de inmediato; no le molestaba en absoluto y parecía incluso apreciar mi interés. Con una leve sonrisa dijo que, si quería, podía pasar un momento.

Apenas crucé el umbral me asaltó una sensación de tristeza. Allí parecía que la dicha había abandonado el lugar hacía ya mucho. En la sala había un sofá y una mesa baja cubierta de desorden - velas medio consumidas, vasos vacíos, algunas piedras, viejos encendedores y papeles amarillentos. Restos de cera adheridos al tablero.

Contra la pared había un mueble con unas pocas

prendas colgadas. En el suelo yacía una alfombra de lana púrpura, manchada de borrones marrones. En un rincón se erguía un viejo televisor con su antena torcida. Las plantas en el alféizar estaban mustias - sedientas, apagadas, olvidadas.

La encimera de la cocina estaba llena de platos sucios, ollas y utensilios. Las puertas dobles hacia el jardín trasero estaban abiertas, pero de jardín quedaba poco. La hierba llegaba a la altura de las rodillas - igual que en el frente. Allí se echaba en faltaba una energía capaz de girar todo de arriba abajo y expulsar la pesadumbre.

Me sorprendió que me hubiese invitado - a mí, un desconocido que obtenía acceso a un mundo en el que la tristeza se había afianzado.

“Sonja”, dijo sin más, indicando con un gesto el sofá donde podía sentarme. Preparó té, enjuagó dos tazas y se sentó luego a mi lado.

En su rostro se veía que no se cuidaba bien. Finas escamas cubrían sus mejillas y su frente, y bajo sus ojos azules se marcaban ojeras oscuras sobre una piel pálida y fatigada. Su cabello rubio, a media espalda, caía sin vida sobre los hombros. Tomó una goma y lo recogió en una coleta floja. La calculé en la mitad de la treintena. Hablaba un inglés correcto, y le conté por qué me había detenido frente a su casa. Aquello pareció sorprenderla sinceramente - y una sonrisa cruzó su rostro.

Me contó que, siendo hija única, había heredado la casa de sus padres. Habían fallecido hacía un tiempo - primero su padre, poco después su madre. Era evidente cuánto los echaba de menos, en especial a su padre, con quien solía pasear por los bosques. De él había aprendido a observar la naturaleza: sabía todo sobre setas, plantas y arbustos - cuáles eran comestibles y cuáles tenían propiedades curati-

vas. Su madre preparaba con ellos remedios o comidas hechas con lo que traían del bosque.

No lograba averiguar con exactitud qué le ocurría - y en sentido estricto no era asunto mío. Sin embargo, sentía curiosidad por saber si estaría dispuesta a levantar un poco el velo. Le pregunté cómo habían muerto sus padres. Contó que habían sufrido un accidente de tráfico: su padre murió en el acto, su madre unos días después. Vaciló un instante, como dudando si debía proseguir. ¿Había algo más que aquel accidente?

Se levantó y salió en silencio por las puertas abiertas. “Esto será todo”, pensé. “No voy a oír nada más.” Pero al poco regresó, se sentó nuevamente a mi lado y carraspeó. Un relato aguardaba en sus labios, ansioso por ser contado al fin.

“Mi padre era psiquiatra”, comenzó. “Se especializó en plantas alucinógenas - sobre todo hongos. Según él, podían emplearse también en el tratamiento de pacientes psiquiátricos. Realizaba experimentos, todos voluntarios y científicamente fundamentados. Se trataba de *microdosificación*: administrar cantidades ínfimas de la sustancia activa.

Un día algo salió mal. Un paciente perdió el vínculo con la realidad tras una sesión y más tarde se suicidó. Su familia - adinerada e influyente - culpó a mi padre y lo demandó por negligencia con resultado de muerte. Fue absuelto, porque la familia había firmado previamente su consentimiento y no se había administrado una dosis peligrosa. Pero ellos no aceptaron aquel veredicto. Desde entonces hicieron cuanto estuvo en su mano para destruirlo - hasta el punto de amenazas de muerte.

Mi padre abandonó las terapias basadas en sustancias alucinógenas y acabó cerrando para siempre su consulta. Estaba emocionalmente quebrado. Lo habían expuesto a la

vergüenza pública y, a sus propios ojos, había perdido de manera definitiva su credibilidad profesional.”

Tuvo que tragar saliva y tomó un sorbo de té.

“No fue todo”, prosiguió. “Los habitantes del pueblo empezaron a evitarnos. El hombre que antes era tan respetado pasó a ser visto como una especie de mago de las viejas leyendas nórdicas. Alguien que hablaba con espíritus y realizaba rituales oscuros. Nos convertimos en parias dentro de nuestra propia comunidad.

Los rumores que circulaban adquirieron proporciones grotescas. Nuestro hogar quedó maldito. Si necesitábamos hacer compras, íbamos hasta Karlstad y abastecíamos para un mes entero. En el pueblo resultaba demasiado doloroso.”

Sacudió la cabeza y bebió otro sorbo. Aún no lograba comprenderlo.

“Mi padre no pudo soportarlo. Empezó a beber más y más. Una tarde conducía de regreso a casa con mi madre, perdió el control del vehículo y chocó de frente contra un árbol.”

Me miró un segundo, con una mirada frágil, y luego inclinó la cabeza. Sentí el impulso de rodearla con un brazo - pero me contuve.

“¿Y tú?”, pregunté en voz baja. “¿Qué hizo eso contigo?”

“Al principio nos sosteníamos mutuamente”, dijo. “Pero ahora estoy sola. Para el pueblo soy una rara. Una ermitaña. Tal vez una bruja. Me cuesta sobrellevarlo. Se nos ha infligido tanto injustamente, por algo de lo que no teníamos culpa. Me pregunto cada día: ¿por qué?”

Vacilé un instante y dije después: “Se dice que a quien Dios más ama, más debe sufrir.”

“¿Por qué habría de ser así?”

“Porque quien sufre profundamente busca a menudo su consuelo en Dios. Y así está pronto cerca de Él. Esa es Su

intención. Quienes viven bien no sienten necesidad de Dios y permanecen por tanto más lejos de Él.”

Miró su taza y respondió en voz baja: “Yo no lo siento. No cerca, al menos. Más bien como si nos hubiese abandonado.”

“Lo comprendo bien.”

Su melancolía pendía sobre nosotros como un manto pesado. Yo deseaba sustraerme a aquella sensación. Mis manos picaban - quería hacer algo en aquella casa - y propuse fregar los platos. Dijo que no era necesario, pero insistí. Al final cedió. Poco después estaba ella a mi lado con un paño para secar. Cuando terminamos, dijo que podía montar mi tienda en el jardín delantero. Eso hice. Aquella noche ya no volví a ver a Sonja.

A la mañana siguiente recogí mis cosas. Llamé a la puerta para darle las gracias. Aún era temprano, y tardó un momento en abrir. Con una sonrisa vaga, el pelo recogido en una coleta y con el vestido lila del día anterior, me dio la mano con cierta inseguridad. Dijo que seguramente ya se estaba hablando otra vez. Un hombre desconocido en su casa toda la noche, con quien sin duda había compartido la cama. Decía que no le importaba, pero su mirada contaba otra cosa.

Partí con una pesadumbre que no lograba apartar de mí. La casa de Sonja, su tristeza, su aislamiento -todo me había impresionado. Parecía presa de un drama que llevaba años prolongándose, en un mundo donde nadie escuchaba ya su historia. Yo no era más que un transeúnte, un testigo fortuito de aquella tragedia.

En el camino, volví a tranquilizarme. La cadencia familiar, el saludo de otro motorista, el olor a pinos y a gasolina. Lentamente, los pensamientos se desvanecieron y el camino volvió a abrirse ante mí.

Un admirador inesperado

Incluso entre motociclistas notaba cierto sentimiento de hermandad, igual que entre los músicos callejeros. En determinados lugares se reunían algunos grupos, y si me unía a ellos era recibido de inmediato. En carretera nos saludábamos con un gesto de la mano - excepto los conductores de motos de una marca concreta, que sólo saludaban a otros de su misma marca.

Pasado Karlstad decidí pasar la noche en un camping, sobre todo para poder utilizar las instalaciones. Me asignaron un lugar junto a una pareja sueca con su pequeño hijo. La mujer, en la cuarentena, tomaba el sol en topless en una silla reclinable. Su marido - un hombre fornido de casi dos metros, con el torso cubierto de vello - estaba en el avance de su travel-sleeper liquidando su reserva de cerveza. La mesa rebosaba de latas vacías de medio litro.

Buscaban enseguida el contacto - sobre todo el niño, que estaba completamente fascinado por la motocicleta. Quiso tocarla y me miró preguntando con los ojos. Le permití hacerlo. Cuando la hubo observado de arriba abajo, lo alcé y lo senté en el sillín. Tumbado sobre el depósito, sus pequeños brazos apenas alcanzaban el manillar, y mientras giraba el acelerador, exclamó con entusiasmo: “brrroem, brrroem.”

Los padres observaban sonrientes y murmuraban algo en sueco. Aquella noche me invitaron a cenar. Cuando el hombre me ofreció una cerveza, comprendí por qué podía beber tanto - resultó contener sólo un 2% de alcohol. En Suecia se compra eso en el supermercado. Para bebidas más fuertes hay que acudir al *Systembolaget*, una tienda estatal, pero allí no había ninguna cerca.

El hombre me dio un consejo útil: al viajar por Suecia

hay que tener en cuenta que el verano es breve. El invierno podía caer de un momento a otro. Era apenas finales de julio, de modo que aún tenía margen - pero era una advertencia valiosa.

Después de cenar jugué al frisbee con su hijo, y más tarde tomé mi guitarra para interpretar algunas piezas para ellos. Justo antes de irse a la cama, el pequeño me pidió un autógrafo - estaba convencido de que yo sería una gran estrella algún día. Tuve que reír, pero le concedí su ilusión. Firmé mi primer autógrafo para un admirador y, como más tarde sabría: también el último.

Al día siguiente llegué a Estocolmo y fui en busca de Nils.

Estocolmo

Encontré su dirección con bastante rapidez. Pero al llamar al timbre, todo quedó en silencio. A la vuelta del edificio había una puertecilla que conducía a un pequeño patio interior con una puerta trasera. Allí dejé mi motocicleta. Nils no apareció aquel día - ni tampoco los días siguientes. Por las noches dormía en mi saco bajo el portal, junto a la moto. Allí estaba resguardado y tenía mis cosas a la vista.

Una mañana salió una mujer mayor por la puerta trasera y empezó a recriminarme algo en sueco. No entendía sus palabras, pero su tono y su postura dejaban poco lugar a dudas: un desconocido ante la puerta no le inspiraba seguridad. Lógico. Traté de tranquilizarla. Dije el nombre de Nils e intenté explicarle que lo estaba esperando. Ella lo conocía, pero eso no aliviaba su incomodidad.

Al día siguiente apareció por fin Nils. La anciana ya le había hablado - dijo que había sentido miedo al verme allí. Nils lo entendía, y consideró que mi modo de instalarme no

había sido muy afortunado. Admití que tenía razón. Debí haberlo previsto y le ofrecí disculpas; no deseaba causarle problemas. Me tranquilizó - la moto podía quedarse. Juntos llevamos mis cosas arriba, y desde ese momento viví con él.

Me dio el código de la puerta principal y una llave del apartamento. Así podía entrar y salir cuando quisiera. Al principio pasaba mucho tiempo dentro. No había gran motivo para andar fuera. Nils tenía una amplia red de amistades y recibía visitas con frecuencia. Muchos de ellos venían del sur de Europa y del Oriente Medio. El ambiente solía ser animado. Según la mayoría, Nils no era un sueco típico - era demasiado abierto y hospitalario para ello. De la supuesta frialdad del carácter sueco yo mismo no había visto mucho, pero tal era la fama.

Nils y yo hicimos planes para tocar juntos. Tenía una actuación en perspectiva que podíamos hacer juntos. Entretanto yo salía por mi cuenta a tocar en la calle, pero, igual que en Copenhague, la competencia era dura y las ganancias exiguas.

Aun así, disfrutaba de Estocolmo. Calles sinuosas me llevaban por los muelles de las islas y por barrios residenciales de carácter casi aldeano. A lo largo del camino encontraba hermosas panorámicas. El abundante agua otorgaba al centro una presencia abierta y fresca. Por ello, los edificios majestuosos y coloridos adquirían aún mayor esplendor. Todo estaba limpio y ordenado - mucho más que, por ejemplo, en Copenhague.

La ciudad imponía respeto. Poseía una cierta gravedad serena, una grandiosidad tranquila que no había experimentado en otras ciudades.

Concierto en el parque

En una de mis andanzas por el centro me encontré con Finn, un joven irlandés que tocaba en un pequeño parque. Cuando llegué, estaba afinando su guitarra. Se hallaba sentado en un banco, en un círculo pavimentado rodeado de un bajo muro de piedras de basalto. Ya se había reunido un buen número de espectadores esperando que comenzara.

Vio mi guitarra y me preguntó si quería unirme. Vacilé. La idea de tocar ante un público de verdad me ponía algo nervioso. Pero también lo consideré un reto.

“Sí, está bien”, respondí con más convicción de la que sentía.

“Ve entreteniéndolos”, dijo él. “Enseguida estoy listo.”

No había esperado eso - de pronto me arrojaban a los leones. Estaba solo. Jamás había hecho algo así: solo, frente a un público. Pero ya no podía echarme atrás.

Reuní todo mi valor, saqué mi guitarra y eché un vistazo algo tímido a mi alrededor. Mientras comprobaba las cuerdas, pensaba febrilmente qué tocar. Infinitas posibilidades me cruzaron por la mente. Finalmente opté por una pieza instrumental - una progresión jazzy blues en ritmo de swing, con líneas de bajo caminadas y pequeños desvíos solistas. Algo que había interpretado miles de veces. Era, al menos, menos comprometido que cantar. Pero ignoraba si el público lo apreciaría.

Probablemente sería muy distinto de lo que solían oír de Finn.

Para mi sorpresa, estalló un fuerte aplauso cuando terminé. Finn se mostró de inmediato entusiasmado y me anunció ante el público como un guitarrista brillante - algo que distaba mucho de la realidad - que él había invitado

especialmente para aquella ocasión. Tocamos juntos toda la tarde. Yo seguía sus acordes e intentaba añadir variaciones rítmicas y melódicas.

Finn ejercía un dominio absoluto sobre la situación y buscaba continuamente el contacto con el público. Ellos comían de su mano - era verdaderamente su espectáculo. Al final repartimos lo recaudado. Jamás había ganado tanto dinero en tan poco tiempo. Para Finn era lo más normal del mundo; así le sucedía siempre.

Me preguntaba cómo era posible que la gente se sintiera atraída por él con tanta facilidad. Tocaba la guitarra de manera modesta y su voz no tenía nada de particular. Pero en cuanto se sentaba en algún lugar, el público acudía en tropel.

“Debe de poseer un don especial”, pensé.

Yo carecía por completo de ese carisma. Era más bien tímido y no sabía manejarme ante un grupo numeroso. Quizá para una sola canción - como al comienzo - pero no durante toda una tarde.

En primera plana

Al día siguiente ocurrió algo inesperado. Para nuestra sorpresa, Finn y yo aparecimos en la portada del periódico. Al parecer, exactamente un año antes, en aquel mismo parque y en esa misma fecha, habían estallado disturbios entre dos grupos juveniles. Habían vuelto a citarse para ese día con el fin de enfrentarse. Nosotros no teníamos la menor idea.

Pero cuando los dos grupos llegaron al parque, Finn y yo estábamos ofreciendo nuestra actuación y reinaba un ambiente distendido. En lugar de irse a los golpes, se

unieron al público y disfrutaron del concierto. No hubo pelea alguna.

Una periodista, que conocía los planes de aquellos jóvenes, había ido al parque para informar de los posibles incidentes. Pero cuando vio que todos estaban en paz y la tarde transcurría tranquilamente, escribió sobre ello un artículo en el periódico.

“Música que une”, rezaba el titular.

“No hubo disturbios como el año pasado. Un concierto de dos magníficos músicos generó tal armonía que los jóvenes olvidaron a qué habían venido.”

La música demostró tener el poder de mover algo - incluso de impedir contiendas. En aquel momento comprendí: lo que yo hacía tenía sentido, yo tenía sentido.

Tocar en el metro

Pero tras nuestro breve momento de gloria, al día siguiente volví a estar simplemente en la calle. Con Nils aún no había tocado, pero él necesitaba dinero con urgencia y propuso hacer música en el metro. Ya tenía experiencia en ello. El plan era sencillo: recorreríamos toda la línea de metro y entre dos estaciones tocaríamos una sola canción. Luego pasaríamos la gorra - yo por un lado del vagón, él por el otro.

Me pareció una buena idea. También emocionante. Algo distinto. Elegimos algunas piezas que funcionarían bien y nos pusimos en camino.

Compramos un billete en la ventanilla y subimos al primer tren que llegó. En el pasillo del vagón nos colocamos uno frente al otro, a unos cinco metros de distancia. En cuanto el tren arrancó y todos tomaron asiento, comenzamos a tocar.

Aquello funcionó muy bien. Una sola canción bastaba - el trayecto entre dos paradas era breve, y todavía teníamos que pasar la gorra. A veces tardaban en encontrar el monedero. Si alguien deseaba dar algo pero no era lo suficientemente rápido, seguíamos adelante hasta la siguiente persona y luego volvíamos al anterior.

A veces no había tiempo de pedir contribución a todos - el tren ya se detenía y los pasajeros descendían. Pero pronto aprendí a evaluar mejor la situación y a volverme más hábil. Así recorrimos toda la línea. Al llegar al final, dábamos la vuelta y empezábamos de nuevo.

Había una canción que gustaba especialmente y en la que nuestras voces se mezclaban con hermosura - *Mrs. Robinson*, de Simon y Garfunkel. Con ella recaudábamos siempre la mayor cantidad.

Después tocábamos una o dos veces por semana en el metro. Era mucho más lucrativo que hacerlo en la calle.

Cuando regresábamos a casa, ambos estábamos encantados. Funcionaba - para los dos. Éramos un buen equipo, nos comprendíamos. Parecía que podíamos conquistar el mundo. Aunque fuese sólo una ilusión.

Era agradable estar en su compañía. Tenía algo suave, paciente - una hondura humana que otorgaba paz. Por eso tenía tantos amigos. Le querían de verdad.

A veces me sorprendía con un gesto espontáneo que me conmovía. Como aquella vez en que se acercó a una mujer en la calle sólo para decirle que llevaba un abrigo hermoso. "Había que decirlo", comentó luego, sin intención alguna. Era desarmante. Estaba en su mejor versión cuando olvidaba quién era.

Josh

Tocar en la calle quizá daba menos dinero, pero era lo que más satisfacción me proporcionaba. Era imprevisible, lleno de momentos hermosos e inesperados.

Así conocí a Josh, un trompetista estadounidense. Tenía una grabadora de casetes conectada a un amplificador Pignose y tocaba sobre estándares de jazz que había reunido en cinta.

Josh era de origen judío y estaba completamente harto de su país natal. Según él, la política estadounidense se deslizaba cada vez más hacia el fascismo, y las interminables guerras en las que estaban involucrados le resultaban insoportables. No quería regresar jamás.

Le conté que conocía muchas piezas de jazz y le propuse probar algo juntos.

“¿Cuáles?”, preguntó.

Señalé el *Real Book* que yacía en el suelo - la biblia del músico de jazz, con cientos de estándares - y le dije que podía tocar prácticamente cualquier cosa que apareciera allí. Era la versión en si bemol para trompeta, sí, pero podía transponer al vuelo a do sin dificultad. Le conté que había estudiado guitarra de jazz durante algunos años y que el *Real Book* también había sido la base de mis lecciones.

Josh y yo interpretamos algunas piezas juntos y pronto nos compenetramos. Él comenzaba con el tema, luego tomaba una improvisación, y después era mi turno. Yo trazaba una línea de bajo fluida bajo los acordes, con acentos rítmicos y variación. Finalmente, Josh retomaba el tema y cerrábamos la pieza.

Empezamos a divertirnos y sólo paramos cuando su embocadura no pudo más. Pero el jazz no es para todos, y

recaudamos poco. Y si además había que repartirlo, no valía realmente la pena.

Aun así, continuamos buscándonos en los días siguientes. Por lo general tocábamos juntos un par de canciones, y después Josh volvía a lo suyo. Tras otra sesión conjunta le propuse tocar en el metro. Le conté las buenas experiencias que había tenido con Nils - debíamos intentarlo. Le pareció una idea acertada y quedamos para el día siguiente.

En el metro hicimos lo mismo que antes con Nils: unos cinco metros entre nosotros, y ponerse a tocar. Pero advertí enseguida que el ambiente era totalmente distinto. Con Nils interpretaba piezas reconocibles, con líneas vocales que invitaban a escuchar. Con una trompeta era otra cosa.

Josh no tenía un tono bello, redondo y clásico, sino un sonido áspero y jazzístico que se abría paso sin piedad a través de acordes disonantes, subiendo y bajando. No resultaba necesariamente agradable al oído. Algunos incluso se mostraban visiblemente irritados. Eso me afectaba. No quería sentir que éramos indeseados. Ya nos imponíamos al público, y si además generábamos incomodidad, debíamos preguntarnos si hacíamos lo correcto.

Las miradas de rechazo de algunos cuando pasaba la gorra me herían el alma. Unas paradas más tarde dije a Josh que aquello no tenía mucho sentido. Él lo comprendió y decidimos dejarlo.

Me quedó claro cuán vulnerable era la vida del músico. Talento, técnica o pasión no bastaban siempre. Podías haber estudiado años, tocar las piezas más hermosas y aun así no recibir apenas atención.

Josh sabía cómo funcionaba ese mundo. Pero eso no le detenía. Disfrutaba tocando en la calle. Allí podía expresarse a su manera.

Y la atención - eso era lo que Nils más anhelaba.

Ambiciones

Me había recibido sin hacer demasiadas preguntas y yo se lo agradecía de veras. Su hospitalidad me dio una base, un punto de reposo y la oportunidad de conocer Estocolmo.

Desde mi llegada habíamos pasado mucho tiempo juntos en el apartamento y nos conocíamos cada vez mejor. También sus dudas e inseguridades empezaron a aflorar lentamente. Nils se consideraba un talento incomprendido. Según él, merecía mucha más reconocimiento del que había recibido. Su voz - que ciertamente llamaba la atención - podía, a su juicio, competir sin esfuerzo con la de artistas famosos, como ABBA y otras grandes figuras suecas.

Pronto se hizo evidente que Nils tenía tendencia a beber en exceso. Entonces caía en la melancolía, y en tales momentos poco se podía hacer con él. Veía su vida como una sucesión de ocasiones perdidas, pero seguía esperando un milagro: aquella repentina irrupción, aquel reconocimiento que consideraba merecer.

En aquel sueño, al parecer, yo también desempeñaba un papel. Según él, yo era un poco más diestro musicalmente que él - aunque la diferencia fuera mínima. Yo debía elevar sus canciones a un nivel superior, ayudarle a presentarse mejor. Así esperaba lograr aún una oportunidad.

Trabajamos varias noches en sus temas. Yo otorgaba más capas a las melodías, añadía armonías y variaciones. Pero no le ayudaba. Antes al contrario - se irritaba, y yo veía que más lo inquietaba que aportarle algo.

Lo que él necesitaba no era un compañero musical como yo, sino un productor - alguien que tomara en serio su talento, que quisiera grabarlo, quizá incluso escribir canciones para él. Pero yo no era esa persona.

Para Nils fue decepcionante que yo no pudiera ayudarlo

más. Que no compartiera sus ambiciones le resultaba difícil de aceptar. Para mí la música no era un medio para la fama. Mi impulso era la aventura. La música era un camino, no la meta.

Aunque él esperaba de mí cosas que yo no podía cumplir - porque tenía una imagen demasiado halagüeña de mis capacidades - yo por mi parte lo admiraba a él. Sí tenía talento: su presencia, la naturalidad con la que cantaba, su entrega. Su carisma, en la calle o en una sala, actuaba como un imán. La gente caía rendida.

Pero pareciera que no le estaba destinado. Perseguía un sueño que se alejaba cada vez más. Como si no fuese para él.

Nils rondaba la cuarentena. Según él, debía suceder ahora - o sería demasiado tarde.

En cierto modo me sentía responsable. Me había dado cobijo y yo veía su lucha. Pero no deseaba perderme en su combate - ni desaparecer en sus expectativas.

Al mismo tiempo, la música era para él también un modo de entablar contacto. Era un hombre social, no un pensador o estratega. Le encantaba la compañía. Por eso tocaba en la calle: por los encuentros.

Decía a menudo que la gente vivía demasiado ensimismada. En Suecia, opinaba, era difícil llegar realmente a los demás. Pero cuando él cantaba, se abrían -lo dejaban entrar un instante en su mundo.

Cuando reflexionaba sobre sus ambiciones, me preguntaba cuál era en verdad la diferencia entre un encuentro fortuito en la calle y una sala llena de admiradores. ¿Se trata de confirmación - la embriaguez del aplauso, la prueba de que uno importa? ¿O de conexión, algo auténtico entre tú y otro, aunque sea una sola persona?

Nils soñaba con público, con fama, con un ascenso. Pero

¿qué pasa si ese sueño resulta inalcanzable? ¿Qué queda entonces? ¿Eres menos valioso?

Entretanto la realidad lo alcanzaba. El dinero apenas le importaba, pero eso lo metía constantemente en problemas. Dijo que pronto quizá tendría que abandonar su apartamento debido a una deuda de alquiler.

Cuando le pregunté cuán grande era esa deuda, sólo respondió: "*Suficiente.*"

Esperaba obtener algo de respiro para poner sus asuntos en orden.

Me pregunté si mi presencia era para él un apoyo, o en secreto también una carga más. Nos apoyábamos mutuamente, pero el equilibrio era frágil.

La recepción nupcial

Se avecinaba una actuación. Nils tenía contactos y de vez en cuando le pedían encargarse del acompañamiento musical en fiestas o reuniones. Habíamos compuesto un repertorio que provenía en gran parte de él - canciones que le agradaba interpretar y a las que yo me adaptaba.

Nuestra primera actuación fue en una recepción nupcial. Una pareja celebraba sus veinticinco años de matrimonio. Nils los conocía y me presentó como su compañero musical. Nos asignaron un rincón del salón donde preparamos nuestro equipo. Él tenía una pequeña instalación de sonido que bastaba para aquel espacio.

Nils tomó la iniciativa, como de costumbre. Entonces se movía en su elemento, mientras yo prefería limitarme a tocar mi instrumento.

Comenzamos con algunas piezas sencillas para entrar en calor. Durante ese primer set no fuimos más que un

fondo musical; la gente todavía estaba ocupada saludando, hablando y bebiendo.

Mientras tanto observaba a los invitados de la boda - cómo se comportaban y cómo reaccionaban a nosotros. Para mí seguía siendo un país extraño, y deseaba ver si notaría diferencias culturales. Pero en realidad apenas distinguí ninguna.

Me recordó lo que ya conocía: el ambiente popular, con mucha comida y bebida, la efusividad cuando habían tomado lo suficiente, los niños que corrían de un lado a otro y se arrojaban al regazo de uno u otro. Alguien que deseaba ofrecer un brindis de última hora, una pareja que empezaba a bailar cuando el resto aún no estaba dispuesto.

A medida que la fiesta avanzaba y el alcohol empezaba a hacer efecto, se volvían cada vez más exuberantes y la pista de baile se llenaba cada vez más. También abrían la cartera con mayor facilidad, y durante nuestra actuación recibíamos propinas generosas.

Nuestra compenetración musical resultaba fluida, aunque muchas de las piezas no las habíamos tocado juntos antes. Yo acompañaba y Nils se encargaba del canto. Los estribillos los cantábamos a dúo - eso funcionaba bien.

De vez en cuando se me permitía interpretar una canción. Entonces añadía de inmediato un *solo de boca*, una ronca imitación de trompeta que resonaba por la sala. Eso, sin embargo, causaba cierta fricción: según Nils era exagerado; él prefería mantenerlo todo sobrio y sin artificios.

Pero no me dejé frenar. A los invitados parecía no importarles - algunos incluso me animaban. Era una fiesta, estaban ebrios y podían soportar un poco de extravagancia.

Cuando regresamos a casa repartimos las propinas. La paga se la dejé a Nils - él había organizado la actuación y traído el equipo. Además necesitaba el dinero más que yo.

Libertad sexual

Conocí a una muchacha que solía visitar a Nils - Catrin. Surgió algo entre nosotros. Fue un romance breve, principalmente físico. Ella era de espíritu libre y sospechaba que no era yo el único con quien tenía trato. En Suecia parecían, en general, más despreocupados en esos asuntos, al menos esa impresión tuve.

En un hostel no lejos de nosotros, donde iba a veces porque era punto de encuentro de viajeros con poco presupuesto, trabajaba un joven norteafricano muy atractivo. Me sorprendía la libertad con que las mujeres suecas flirteaban con él. A veces incluso le proponían abiertamente tener relaciones.

El muchacho, musulmán practicante, insistía en que sólo dormiría con una mujer si fuera su esposa. Las rechazaba con ligereza y a menudo con humor, lo que lo hacía aún más deseado. Sin embargo me preguntaba si lograría resistir la tentación a largo plazo - era joven, y las mujeres seguían insistiendo.

Que las mujeres se ofrecieran así, tan abiertamente, era algo que yo no había visto antes. Pero en Suecia - o al menos en Estocolmo - parecía lo más normal.

Lengua sueca

Catrin me enseñó algo de sueco. Cuando oía hablar a los suecos, no entendía nada. De la lengua escrita, en ocasiones, podía deducir algo - contenía palabras reconocibles.

Una vez, sentados en la cocina de Nils, nombrábamos los objetos que veíamos: clases de comida, cubiertos, vajilla, cosas sobre la encimera y colgadas en la pared. Ella las nombraba en sueco, yo en neerlandés. Para mi sorpresa,

alrededor del setenta u ochenta por ciento de las palabras coincidían - a veces con otra sonoridad o una pequeña variación, pero comprensibles. Me pareció fascinante.

Más tarde hice lo mismo con Nils. Sentados en el sofá con una cerveza señalábamos cuantos objetos podíamos para comprobar si aparecían las mismas palabras.

Una ventaja añadida era que en casa hablaba drents - un dialecto bajo sajón cuyas sonoridades e inflexiones estaban incluso más próximas al sueco que el neerlandés.

No sabía entonces que en la Edad Media la lengua franca dentro de la Hansa era el medio bajo alemán. Esa lengua se asemeja mucho al bajo sajón. Como muchas ciudades escandinavas formaban parte de la Hansa, aproximadamente la mitad del vocabulario sueco derivaría del medio bajo alemán.

Probablemente lo mismo ocurría con el danés y el noruego. Me pareció, pues, que no sería muy difícil aprender la lengua. No es que lo hubiera considerado seriamente - todos hablaban inglés, y eso era fácil.

Había que esforzarse para dominar realmente la lengua, y como no pensaba quedarme mucho tiempo, me parecía inútil.

Cornelis Vreeswijk

En Suecia también tenían un héroe nacional. Cada vez que decía a un sueco que venía de los Países Bajos, exclamaban con entusiasmo: “¡Cornelis Vreeswijk!”

Vreeswijk fue un cantante popular neerlandés que, en su juventud, se trasladó a Suecia y allí se convirtió en un icono. Sus canciones, y sobre todo su uso original de la lengua sueca, lo elevaron a la categoría de gran figura. Más tarde se instauró incluso un día conmemorativo en su honor.

Pero no era sólo su música y sus letras lo que lo hacía tan amado. También su imagen y la tragedia de su vida tocaban una fibra sensible en muchos suecos. Alguien me dijo una vez: “Él asumió el sufrimiento de un pueblo - y lo hizo visible para toda la nación.”

Pelea callejera

En una plaza del distrito comercial - un lugar donde a menudo hacía música y que para mí siempre había sido una fuente segura de ingresos - se me acercó un muchacho con una guitarra. Preguntó si podíamos tocar juntos, en un tono más imperioso que amistoso. Eso no me agradaba en absoluto. Procuré deshacerme de él, mas no cejó.

Sin prestarme ya atención alguna sacó su guitarra, colocó el estuche en el suelo, lo abrió y arrancó.. Era evidente que no tenía noción de la regla no escrita entre músicos callejeros: uno respeta el lugar del otro.

Le dije que debía detenerse de inmediato y marcharse a otra parte, pero se negó. Dejé mi guitarra en el suelo, avancé un paso y me planté ante él con firmeza. Tras un intercambio de palabras encendidas acabamos trenzados en una pelea.

La cosa se tornó tan violenta que uno de los presentes creyó necesario llamar a la policía y se apresuró a buscarlos. Aquella calle estaba siempre patrullada por agentes, de modo que no tardarían. Mas otro espectador vino a advertirnos que podían aparecer en cualquier momento.

No vacilamos ni un instante: la pelea cesó de golpe. Nos arreglamos la ropa con prisa, tomamos nuestras guitarras y fingimos que nada había ocurrido. Apenas nos habíamos puesto rectos cuando los agentes aparecieron.

Dijeron que habían sido llamados por una riña y

preguntaron si teníamos algo que ver con ello. Nosotros no sabíamos de nada - dijimos que habíamos estado tocando allí todo el tiempo. Nos miraron con suspicacia, pero poco podían hacer. Tras algunos intercambios y miradas inquisitivas, se marcharon.

Nos sentimos tan aliviados que nos abrazamos espontáneamente. Luego interpretamos juntos algunas canciones más - todo por obra benéfica de la autoridad restauradora.

Despedida

Aquel incidente funcionó como un espejo del momento. Sentimientos subyacentes - vagos, difíciles de nombrar - buscaban abrirse paso hacia la superficie. Deseaban ser oídos, mas la conciencia aún no estaba preparada para ello.

Así era también entre Nils y yo. Lo mejor ya había pasado. Lo que al principio parecía natural comenzó a rozar. Y eso me entristecía. Yo le tenía un profundo respeto. Pero cada vez me sentía más cohibido por mi estancia en su piso.

Empecé a retirarme lentamente - no en cuerpo, sino en espíritu. En mi mente ya vagaba por otros caminos, aunque aún me hallase sentado frente a él en la mesa.

Lo habíamos intentado, Nils y yo. Mas lo que él esperaba hallar en nuestra colaboración no lograba tomar forma. Entre nosotros pendía algo - no dicho, pero perceptible. El hecho de que no hubiera podido cumplir sus expectativas me pesaba. Pero yo era tan sólo un músico principiante.

El ambiente se volvió más rígido. Y mientras Nils se aferraba a lo que tenía, en mí crecía el impulso hacia algo nuevo. Cambio. Aventura. Era tiempo de seguir adelante.

Así se lo dije. Él asintió lentamente y reconoció que probablemente era lo mejor. Pero propuso que actuásemos

juntos una vez más - como despedida, y para darme algo de dinero antes de partir.

Mas aquella actuación estaba prevista para dentro de una semana y media, y yo sabía que no podía permanecer allí tanto tiempo. Le agradecí la oferta. Su desilusión era palpable, aunque no la expresara. Quizá él aún conservaba espacio en su interior, mientras que yo ya había partido en espíritu. Para mí el momento había llegado. Tras casi dos meses bajo su techo tomé el transbordador hacia Helsinki.

Helsinki

El viaje produjo de inmediato una transformación. Allí donde me había despedido en una sobria sala de estar, me encontraba ahora a bordo de un navío que hendía el mar Báltico, rodeado de viajeros ávidos de entretenimiento.

En el barco había una discoteca, con un DJ que pinchaba toda la noche. El ambiente era denso y cargado de humo. La sala era baja y cuadrada, con espejos en las paredes para aparentar mayor amplitud. Luces de vivos colores giraban lentamente - rojo, azul, verde - y lanzaban destellos sobre rostros ya brillantes por el sudor y el alcohol. El suelo vibraba suavemente al compás del bajo de una pieza de synthpop de A-ha o The Human League.

En los bordes de la pista, grupos de finlandeses y suecos se sentaban alrededor de pequeñas mesas redondas, con latas de cerveza y vasos de vodka ante sí; algunos ruidosos, otros silenciosos, inmóviles en su mirada. En la pista, hombres con chaquetas vaqueras y mujeres de cabellos ahuecados y hombreras comenzaban lentamente a moverse.

El DJ, oculto tras su cabina, ponía mezclas en casete o vinilo, con transiciones torpes aquí y allá que a nadie pare-

cían molestar. Todos estaban de paso, nadie se conocía realmente - y por ello reinaba un espíritu ligero de desenfado.

El alcohol fluía con abundancia, las barreras se desdibujaban. Era mucho más barato debido a los bajos impuestos, y se aprovechaban de ello sin reservas. Algunos incluso hacían del viaje una simple excursión: subían sólo para beber y bailar, y regresaban en el siguiente barco.

Era un alboroto jubiloso. Yo me lo pasaba bien. Me llamó la atención: allí se trataba la bebida de modo muy distinto. No bebían por convivencia, sino para embriagarse. En los Países Bajos, por lo general, era distinto. Hacia el final de la noche la mayoría estaba completamente borracha y no podía sostenerse en pie. Algunos debían ser llevados a sus camarotes casi en brazos.

Yo no había reservado camarote. Cuando el bar cerró y el salón fue vaciándose, me metí en mi saco de dormir sobre uno de los bancos donde habíamos estado sentados. Había otros durmiendo también - y aquello me tranquilizó. Así no sentía que hiciera algo indebido.

Al desembarcar, el cielo estaba grisáceo. Una neblina cubría el muelle. La humedad empañaba la visera de mi casco. Hacía fresco. El puerto estaba silencioso y amplio, con el olor de la madera mojada - apilada en enormes montones, lista para el transporte.

En el centro colgaban los cables del tranvía como redes de acero sobre amplias avenidas. Los colores de los edificios lucían apagados bajo la luz plomiza. Pasé junto a tiendas sobrias, con escaparates sencillos, en calles rectas y bien trazadas. La ciudad mostraba un aire ordenado, medido, contenido.

Frida

Por la tarde deseaba tocar. Probé fortuna en un gran centro comercial cubierto. El hecho de hallarse bajo techo suele proporcionar una acústica hermosa - mas la desventaja es que los comerciantes se quejan con mayor prontitud si se sienten perturbados. Tenía curiosidad por ver cómo se comportaría esto en Finlandia.

Gocé de la resonancia. No necesitaba tocar con fuerza para hacerme oír. Todo sonaba claro, definido e íntimo. Cuando uno se siente bien, pierde la noción del tiempo y se deja llevar por el ritmo y la música, el dinero sigue por sí mismo - al menos, así era mi experiencia. Y si no llegaba, tampoco importaba. Al menos uno había gozado. Pero entró en cantidad suficiente, y ello lo hacía aún más grato. Tampoco los comerciantes presentaron objeción alguna.

Tras cerca de una hora una muchacha de mi edad se quedó mirándome desde cierta distancia. Cuando hube terminado mi pieza se acercó y entabló conversación. Según ella no había muchos músicos callejeros en Helsinki, y le alegraba encontrarse con uno. Era una joven abierta y espontánea. Un poco rolliza, con cabello oscuro y rizado, rostro redondo y algunos granos. No era llamativamente hermosa, mas poseía una expresión cálida y un interés genuino.

Me preguntó dónde me alojaba. Le dije que aún no lo había considerado. Sin vacilar ofreció que podía pasar la noche en su casa - un don caído del cielo. Dudé un instante si debía quedarme a tocar algo más, mas la verdad era que la emoción del momento ya no me permitía continuar. Ella dijo que podía acompañarla de inmediato.

No podíamos ir juntos, pues yo iba en mi motocicleta. Me dio su dirección y número de teléfono, y dijo que me

vería llegar. Me entregó un plano de la ciudad - que había tomado rápidamente de alguna tienda - donde marcó con una cruz su domicilio. Ella regresaría en autobús y estaría en casa en media hora.

Vivía en un barrio periférico, en un piso en la tercera planta. La fachada estaba revocada de blanco, con una escalera abierta y ancha que conducía hacia arriba. Cuando llamé al timbre, ya me estaba aguardando.

Dentro, el mobiliario era bastante sobrio. Salvo un gran sofá, casi no había muebles, mas la estancia se sentía amplia, con un gran frente de ventanas. Cerca de la ventana había una planta en una maceta grande sobre un pedestal, y en la pared colgaban algunos carteles.

Cenamos juntos y nos acomodamos. Me contó que por parte de sus padres era de ascendencia sueca, pero que había vivido toda su vida en Helsinki. Sólo su nombre - Frida - delataba que procedía del otro lado del mar. Hablaba ambas lenguas con soltura, y el inglés se le daba igualmente sin esfuerzo.

Bebimos vino y conversamos hasta entrada la madrugada. Aquella noche dormí en el sofá.

Al día siguiente era sábado, y ella no tenía que ir a trabajar. Dormimos hasta tarde y la víspera habíamos acordado salir juntos a hacer música en la ciudad.

A mediodía tomamos el autobús hacia el centro comercial. Deambulamos un rato y le expliqué en qué me fijaba al elegir un buen lugar. Ante todo la acústica - para que no sólo el público sino también yo pudiera oírme bien. Además, debía ser un sitio no demasiado concurrido y sin ruidos estridentes de fondo. Mas si un lugar era realmente adecuado, sólo se sabía después. Cuando permanecía más tiempo en una ciudad, probaba múltiples ubicaciones. Así averiguaba cuáles funcionaban.

A Frida todo aquello le parecía muy interesante y hacía cuanto podía por serme útil. Cuando hallamos un punto idóneo, preguntó si también ella podía hacer algo. No era difícil: tomar un vasito o un cuenco y pedir amablemente a los transeúntes una pequeña contribución. Luego se compartía la recaudación - así funciona en la calle.

Por experiencia sabía que la gente estaba más dispuesta a dar si uno buscaba contacto activo. Una simple petición con actitud abierta solía ser lo mejor. Parecía sencillo, mas también ello era un oficio. Algunos montaban todo un espectáculo, otros actuaban sin convicción o tenían dificultades para establecer contacto.

También había quienes no tocaban instrumento alguno, mas se ofrecían únicamente como recolectores. No había nada de malo en ello siempre que respetaran las reglas no escritas. Lo que nunca se debía hacer era "*deep tanking*": es decir, guardar en el propio bolsillo más de lo que correspondía. Y bastaba una sola vez para arruinarse. Quien era sorprendido en ello estaba acabado, no sólo conmigo, sino con todos los músicos callejeros de la ciudad. Robar dinero a un compañero era pecado mortal.

Frida se entregó por entero y disfrutó dejándose arrastrar. Encontró un vaso de papel y cumplió su tarea de manera más que excelente. Tan movida como era, danzaba alrededor de los transeúntes, haciendo alguna reverencia o gesto amable para tentarles a dar una moneda. Un talento había nacido. Hacía reír a los paseantes, y ésa sigue siendo la mejor manera de llenar la bolsa.

Además era una figura llamativa. Para la ocasión había vestido un largo traje negro con un cuello blanco encima. Su rostro estaba maquillado en estilo gótico: empolvado de blanco, labios negros y círculos oscuros alrededor de los ojos. Un aspecto bastante lúgubre. Mas, para sorpresa de

todos, cada vez que alguien pasaba a su lado aparecía en su rostro una amplia sonrisa - como si resucitase con gozo de entre los muertos una y otra vez.

Los negocios fueron bien. Al terminar, pudimos comprar víveres sin dificultad y hasta permitirnos una cerveza. El alcohol era escandalosamente caro en Finlandia, así que éramos cuidadosos con el lugar. A las afueras del centro conocía Frida una taberna con precios más benignos y frecuentada sobre todo por lugareños.

Tomamos el autobús y, poco después, entramos en un amplio salón desnudo. En una larga mesa robusta hombres y mujeres bebían su cerveza con expresiones estoicas. Cerca de la barra había algunas mesas redondas con sillas. Allí nos sentamos.

Reinaba una calma serena. No había murmullo alguno, ni sonidos suplementarios. Las paredes eran de gruesas tablas de madera con pequeñas ventanas que difundían los últimos restos de luz del día sobre vasos a medio vaciar y sobre los semblantes tristes de la clientela. Sus cabezas silenciosas apenas se movían cuando alzaban un vaso hacia los labios.

El piso desgastado crujía a cada paso hacia la barra, como único sonido en la estancia. Tras el mostrador se erguía un hombre descomunal, de larga cabellera oscura y barba igualmente extensa - recordaba a Rasputín. También él se envolvía en mutismo.

Cuando abandonamos la taberna, llevamos con nosotros aquella atmósfera hacia la noche. Las calles yacían desiertas; sólo el eco de nuestros pasos nos acompañaba en el regreso. En el trayecto creció entre Frida y mí la sensación de haber compartido algo singular, como si juntos hubiésemos traspasado un umbral oculto. Estábamos alegres, como quien ha vencido una prueba.

Aquella noche nos tornamos íntimos y dormí con ella en su amplio lecho.

Expectativas tensas

El domingo permanecemos en casa e hicimos una larga caminata por el vecindario. Frida se había entusiasmado con el tocar en la calle y deseaba acompañarme en mis viajes. Pensaba incluso en tomarse licencia en su trabajo y partir juntos en una suerte de gira.

Mas comprendí de inmediato que tal idea no sería buena. El tocar mismo duraba, a lo sumo, unas pocas horas al día - el resto del tiempo había que sobrellevarse mutuamente. En ello tenía yo escasa confianza.

Traté de imaginar cómo habría de ser aquello. ¿Viajar juntos en la motocicleta? No había lugar. ¿O convenir un punto de encuentro en cada ciudad? Eran objeciones prácticas, sí. Pero más importante aún: veía mi vida libre derrumbarse ante mis ojos. Tener que considerar constantemente a otra persona - no era para mí.

Lo pasábamos bien juntos. Sin embargo, algo roía en mi interior. No sentía enamoramiento - y sin ello todo parecía vano. Las primeras fisuras empezaban a mostrarse. Frida era bastante dominante, y yo lidiaba mal con ello. Me recordaba a mi madre: cariñosa, sí, mas también muy autoritaria.

Al mismo tiempo me asaltaba la duda. Tal vez podría surgir algo, y no debía yo complicarlo tanto. Bastaba dejarme llevar por la corriente. Si salía mal, pues mal salía - ¿qué importaba? Mas no lograba entregarme a ello.

Había ya cancelado su trabajo, o se había reportado enferma. Todo para pasar el mayor tiempo posible conmigo. Pero ello no hacía sino empeorarlo. En los días siguientes insistió una y otra vez en viajar conmigo. Y si ello no fuese

posible, proponía al menos una breve vacación juntos - que ella pagaría.

Pero en esa trampa no había yo de caer. La idea de que ella costeara todo me hería el honor. Frida no lo comprendía; para ella era algo natural, incluso práctico. Pero en mí producía el efecto contrario.

Cada día nos entendíamos menos, y apenas quedaba otra opción que partir nuevamente. El aire se tornaba más frío, y las primeras nieves ya habían caído. Tal como el sueco del camping había advertido: el invierno llegaba presto.

La despedida no fue fácil. Frida hizo un último intento por hacerme cambiar de parecer, mas mi decisión estaba tomada. Ambos sabíamos que probablemente jamás volveríamos a vernos.

Tomé nuevamente el barco hacia Estocolmo y desde allí conduje de un tirón hacia Dinamarca. Me quedé un día en Copenhague, y desde allí proseguí hacia Alemania. Mi plan era llegar a Suiza, donde tenía amigos.

EFFECTO BORDE: VIVIR EN LOS MÁRGENES

PERMACULTURA, MARGINADOS
Y UN PARAÍSO DE VAGABUNDOS

Escala en Hannover

Tras una larga jornada sobre la motocicleta entré en Hannover al anochecer. No pensaba ya en hacer música. Estaba cansado y empapado. Unas severas ráfagas de lluvia no habían hecho el viaje más grato. En una gasolinera hice una pausa y llené el depósito una vez más. Era suficiente por ese día. Necesitaba hallar un lugar donde dormir. Entre tanto me moría de hambre.

Las tiendas estaban ya cerradas. Deambulé un poco en busca de un café donde sirvieran algo sencillo de comer. A las afueras del centro encontré un pequeño bar con una pensión al lado. Dos pájaros de un tiro. Una noche en una pensión aún podía costéarmela.

Todo el dinero que tenía - marcos finlandeses, coronas suecas y danesas - lo había cambiado por marcos alemanes en el ferry de Puttgarden. Ello habría de bastar para el viaje a Suiza. Después vería qué hacer.

Permacultura

Por el momento dejé la pensión a un lado. Antes deseaba comer algo y beber una cerveza. En el café había un ambiente animado. Allí conocí a Gerdt, un jardinero de ojos brillantes y con la paciencia de quien vive cerca de la tierra.

Me contó que trabajaba con *permacultura*. Jamás había oído hablar de ello, mas tras una breve introducción se despertó en mí un vivo interés. Pasamos toda la noche conversando sin tregua. Gerdt estaba feliz de poder compartir al fin su saber.

La permacultura resultó ser una manera completamente nueva de relacionarse con la naturaleza. No luchar contra ella, sino hacer uso de sus fuerzas y convertirlas en beneficio propio. El objetivo último: construir un ecosistema que favoreciese al hombre, al entorno y a la propia naturaleza.

Pensé en mi padre. A él le habría encantado. Fue un pionero en el ámbito de la horticultura biológica. También él pensaba en esa dirección y procuraba intervenir lo menos posible en la naturaleza. Jamás cavaba la tierra para no perturbar la estructura del suelo. No se preocupaba por la maleza. Tan sólo la arrancaba un poco alrededor de las plantas jóvenes, para darles un buen comienzo. Después debían valerse por sí mismas. Sólo cuando todo amenazaba con ser invadido, intervenía.

La maleza la dejaba donde caía - los minerales de las plantas secas eran nuevamente absorbidos por el suelo. De ello se beneficiaban los cultivos. En el pueblo solían decir que mi padre tenía el huerto hecho un desastre. No veían parterres perfectamente rastrillados y desmalezados con tierra negra y desnuda, como ellos acostumbraban. Le llamaban burlonamente “el biólogo”, como si no estuviese

en su sano juicio. Mas ello no le importaba. Sabía lo que hacía - y por qué lo hacía.

En la permacultura se iba, empero, un paso más allá. Aquí se integraba por completo el entorno vital en la naturaleza misma. Todo se orientaba a proveer, en la mayor medida posible, las propias necesidades básicas: alimento, leña, agua, energía. Sobre la base de un diseño se examinaba cómo aprovechar de modo óptimo los procesos naturales dentro de la situación particular de cada cual.

Para mí fue una revelación que se hubiese reflexionado tan profundamente sobre tales cuestiones. Y que además fuese algo ejecutable - ello me cautivó sobremanera.

Un empleo

Al final de la velada, cuando los primeros parroquianos se alzaban para marcharse, surgió de pronto una propuesta de parte de Gerdt - si deseaba trabajar con él. Tenía algunos encargos en las afueras de Hannover y podía hacer buen uso de una mano adicional. Se trataba de la creación de jardines en los que aplicaba, tanto como fuese posible, los principios de la permacultura. Ello me pareció atractivo, mas antes hube de hallar un lugar donde dormir.

La pensión resultó estar completa. Culpa mía - debí haber reservado antes, mas la conversación en el café había sido tan amena que olvidé por completo la hora. Cuando finalmente lo recordé, ya era demasiado tarde.

Gerdt ofreció una solución: podía dormir aquella noche en su casa, con él y su compañera; vivían a la vuelta de la esquina. Para los días venideros tenía otra alternativa. En un polígono industrial alquilaba una pequeña parcela con un cobertizo. Allí reinaba una calma agradable y, según él, era un lugar más que idóneo para pernoctar con comodidad.

El cobertizo

Cuando emprendimos juntos el retorno, pronto quedó claro que su compañera no se mostraba precisamente entusiasmada con la llegada de un huésped. Refunfuñaba contra él, y por el tono comprendí que estaba harta de tales ocurrencias repentinas. Al parecer no era ésta la primera vez. Era tarde, y salvo un hotel costoso no había otras opciones. Ella se resignó, aunque no de buen grado.

A la mañana siguiente me alegró poder marcharme. Su compañera permaneció hosca y era evidente que ansiaba vernos partir cuanto antes. El cobertizo, en cambio, era perfecto. Casi semejaba un bar. Uno de los lados estaba abierto hasta media altura, con una tabla de madera sobre un armazón - como si fuese una barra desde la cual servir bebidas. Para cerrarlo, se bajaba una compuerta de aglomerado.

En el interior todo estaba revuelto, mas apartando aquí y allá algunos enseres pude crear un excelente rincón para dormir. No era menester recostarse en el suelo. Contra la pared había cojines de sillas plegables de jardín, cuidadosamente apilados. Con algo de cartón debajo, para protegerme del frío que ascendía del suelo, nada podría ya sucederme.

Durante el día, Gerdt me dejaba hacer lo que quisiese. A la mañana siguiente comenzaríamos con mi primera labor.

Aquella noche se reveló que el cobertizo no sería únicamente mi refugio. Gerdt apareció con un cubo lleno de gambas - obsequio de un pescadero del mercado. Había ido primero a casa, mas su compañera se horrorizó ante el hedor. Cuando él le pidió que las pelase y las preparase, fue la gota que colmó el vaso. Airada, lo echó de casa: al cobertizo con él, y su cena debía apañársela él mismo.

Gerdts se lo tomó con humor. No era la primera vez que lo expulsaban.

“Ya se arreglará,” dijo.

Traía ollas y sartenes, platos con cubiertos, algunas especias y un tarrito de sal. En el cobertizo había un hornillo de gas butano e incluso una toma de agua. Comenzamos a pelar las gambas, mas eran diminutas y la tarea parecía interminable. Un cubo entero - demasiado para consumirlo. No podían conservarse; era dudoso incluso que aún fuesen comestibles. Olían espantosamente, pero según Gerdts estaban en perfecto estado. Le creí. Tenía razón - sabían estupendas.

Por la mañana, el hedor era insoportable. Incluso se había formado una leve capa espumosa sobre las gambas. Gerdts pensó que quizá pudiésemos estirarlas un día más, mas pronto comprendió que ello no sería sensato. Finalmente arrojó el resto a la pila de compost.

Helmut

A la mañana siguiente nos levantamos temprano. Para la faena debíamos primero pasar por casa de Helmut, el hombre que manejaba la pequeña retroexcavadora que Gerdts transportaba en la parte trasera de su furgoneta abierta. Llegamos alrededor de las siete. Helmut estaba desayunando con su mujer, con una jarra de cerveza medio llena ante él. Debíamos esperar un momento - aún no había terminado. Antes de partir apuró un par de botellitas de aguardiente. Dirigí a Gerdts una mirada inquisitiva, mas él no hizo gesto alguno.

En una casa grande de un barrio tranquilo descargamos el equipo. El jardín tenía unos 300 m², y Gerdts había elabo-

rado un diseño en el que el llamado “*efecto borde*” ocupaba un lugar central.

En la permacultura se había descubierto que en los lugares donde diferentes ecosistemas se solapan tiene lugar un intercambio de múltiples especies. Así, en la orilla de un río o estanque hay espacio tanto para la vida terrestre como acuática. En un lindero de bosque se hallan especies que aman la luz y otras que prefieren la sombra. Precisamente esas transiciones generan mayor biodiversidad. En los bordes se obtiene lo mejor de dos mundos.

Gerdt incorporaba este principio por doquier en sus diseños. A veces era sencillo - trazar un sendero ya constituye una transición. También sirve un montón de ramas y hojas. Otra manera de incrementar la biodiversidad es crear microclimas. Por ejemplo, construyendo muros de piedra seca: absorben calor durante el día y lo liberan por la noche. Las oquedades entre las piedras ofrecen asimismo refugios ideales para insectos. Algunas plantas prosperan especialmente bien gracias a ese calor suplementario. Así brindas a más especies la posibilidad de sobrevivir.

Espiral de hierbas

Helmut estaba ocupado cavando un estanque y yo le ayudaba aquí y allá. Muy pronto recibí mi propia tarea: Gerdt me enseñó cómo debía edificarse una espiral de hierbas. Con ello tuve entretenimiento para todo el día.

Lo hermoso de tal espiral es que en ella confluyen diversos principios de la permacultura, como el *efecto borde* y la creación de microclimas. La forma espiral, universal por excelencia, permite construir en una pequeña superficie una sucesión de transiciones.

La estructura semeja la concha de un caracol: ancha en

la base, estrechándose y elevándose en espiral según el curso del sol. Abajo yace un pequeño estanque; cuanto más asciendes, más seca es la tierra. En la cima se emplean sobre todo piedras y cal, de modo que el suelo se vuelve pobre, ideal para plantas que aman la escasez.

Una base firme es crucial. La espiral se compone de tierra y piedras y adquiere un considerable peso. Si el subsuelo es débil, la construcción se hundirá con el tiempo y habrá que comenzar de nuevo.

Reuní cantos rodados y pedí a Helmut que excavase un hoyo de medio metro de profundidad. Lo hice rellenar con grava y, encima, una capa de tierra - mi cimientito. Después inicié la forma. Las piedras servían de apoyo y marcaban los contornos de la espiral.

Cuando hacia las once ya había avanzado bastante y quería pedir a Helmut que trajese más tierra, vi que estaba durmiendo en la cabina de la excavadora. De un ganchito colgaba una bolsa de plástico; debajo yacían varias botellitas vacías de aguardiente.

Fui hacia Gerdt para decirle que Helmut dormía la mona y preguntarle qué debíamos hacer. Gerdt echó un vistazo, encogió los hombros y dijo: "Déjale dormir. Ahora nada podrás hacer con él."

Me pareció una situación extraña. En cualquier otro contexto aquel hombre habría sido despedido de inmediato. Pero a Gerdt parecía no preocuparle. Helmut no volvió a aparecer en lo que quedaba del día.

Por la noche Gerdt explicó la razón: Helmut le había ayudado durante años con lealtad, y jamás lo expulsaría. Que hubiese perdido el control sobre la bebida era ya lo bastante trágico. No quería agravarlo arrebatándole también su trabajo.

Admiré su compasión - pero desde mi carácter práctico y mis experiencias laborales, me costaba comprenderlo.

Jardín experimental

En el terreno frente al cobertizo tenía Gerdt su propio huerto de permacultura, donde experimentaba con toda clase de métodos. Gran parte del suelo lo había cubierto con huesos, pantalones vaqueros desgastados, zapatos viejos, sangre animal y otros materiales inusuales. Encima yacía una gruesa capa de paja, en la cual había sembrado patatas - sin que tocasen directamente la tierra.

Este método no me era del todo desconocido. Frans Marsman empleaba una técnica semejante. Según él, tales adiciones extrañas provocaban un “efecto de choque” que sacudía la tierra y la volvía activa de nuevo.

Gerdt me mostró cómo podía “cosechar” sus patatas: apartaba un poco de paja y allí estaban - racimos de patatas limpias y maduras, listas para recoger. Extrajo unas cuantas para la cena.

El sabor... increíble. Tan vigoroso, tan pleno - no recuerdo haber comido jamás patatas tan deliciosas, ni antes ni después.

Casanova

Gerdt tenía varios encargos. A veces trabajábamos en un lugar, luego en otro. Helmut sólo acudía cuando había que cavar. Entre Gerdt y yo fue surgiendo una camaradería. Me gustaba trabajar con él. Como su compañera aún no le permitía entrar en casa, pasábamos mucho tiempo juntos - también en las horas libres.

Fuera del trabajo descubrí que Gerdt era activo en otros terrenos. Así conocí un costado inesperado de él.

Tenía unos cincuenta años, no más alto que un metro cincuenta y cinco, y recordaba a un gnomo: bajo y fornido, con bracitos pequeños, un rostro torcido y lleno de asperezas, y siempre aquel mismo sombrerito sobre la cabeza. En el coche casi se sentaba sobre el volante, el asiento adelantado por completo para alcanzar los pedales.

Según los cánones comunes no era un hombre atractivo; antes al contrario. Y, sin embargo, tenía amigas por doquier. Su encanto sobrepasaba sus carencias físicas. Las mujeres caían rendidas ante él. Eran generalmente extranjeras, divorciadas o viudas, a quienes visitaba de vez en cuando.

Una vez lo acompañé en una de tales visitas. La mujer se alegró visiblemente al verlo. Él repartía bromas, ofrecía un oído atento, le tomaba un instante la mano. Era fascinante observarle - sutil, cálido, seductor. Me pregunté si su compañera sabría de todo aquello.

Destino Suiza

Gerdt siguió durmiendo en el cobertizo conmigo y, de vez en cuando, íbamos juntos a la taberna. A veces desaparecía durante una noche; a la mañana siguiente volvía a presentarse. De su compañera no oí más, y yo no hacía preguntas.

Había también una aprendiz que colaboraba a ratos, Miriam. Con ella me llevaba bien. Una joven de unos veinte años, enteramente cautivada por la permacultura. Entre los cuatro formábamos un buen equipo, siempre que Helmut permaneciese sobrio.

Cuando al despedirnos abracé a Miriam, se le llenaron los ojos de lágrimas. Las secó rápidamente y esbozó una

sonrisa valiente. Por un instante dudé... tal vez debí haberme quedado.

Mi duda y su tristeza viajaron conmigo, se quedaron un trecho, hasta que el viento y el murmullo de la moto se lo llevaron todo. Iba camino a Suiza, al Freakhotel - un lugar donde había vivido casi nueve meses un año y medio antes.

El Freakhotel

Todo empezó en Ámsterdam, cuando conocí a un chico suizo que había sido robado y se había quedado sin dinero. Me preguntó si podía ayudarle con los gastos de gasolina para el viaje de regreso. Yo mismo tenía muy poco, pero le propuse que me llevara a casa para poder prestarle el dinero allí. Durante el camino me preguntó, de forma espontánea, si quería irme con él a Suiza. La idea me gustó de inmediato.

Una vez allí, me llevó a casa de una amiga. Vivía encima de una fábrica abandonada en el pueblo de Herzogenbuchsee. Un grupo de espíritus libres había convertido el lugar en un espacio para vivir. El ambiente me impactó enseguida. Poco después, le pregunté si podía quedarme.

Así comenzó mi tiempo en el Freakhotel.

Era un refugio para soñadores, hacedores y espíritus rebeldes: ninguna puerta que se cerrase con llave, ninguna regla que oprimiese. Bastaban la autosuficiencia y el respeto mutuo. Todo era hecho por manos propias: muebles de maderas desechadas, una cocina compuesta de piezas de segunda mano, sanitarios rescatados de los trastos viejos. No había calefacción, ni agua caliente, ni lavadora - pero había fuego, amistad y ganas de vivir.

En la habitación flotaba el olor a humo de leña, guiso especiado y pintura. Por doquier reinaba una belleza desor-

denada: lienzos a medio terminar, esculturas en proceso, instrumentos esparcidos por el suelo. Al caer la noche se cantaba, se reía, se sudaba en una sauna improvisada y se hacía música hasta bien entrada la madrugada.

Aquella sauna no era más que un almacén de madera cubierto con mantas de lana y un horno candente en su centro. Completamente desnudos nos sentábamos codo con codo sobre un banco de madera, empapados de sudor, mientras el fuego ardía a escasos centímetros. Acaso fuese imprudente, mas a nadie parecía importarle. Luego nos lanzábamos al agua helada de una bañera para refrescarnos.

Durante una de sus habituales expediciones nocturnas en busca de trastos viejos, encontraron una antigua lavadora. La arrastraron hasta la casa y la alzaron sobre la bañera. Aquel artefacto funcionaba sin electricidad.

Primero se calentaba el agua sobre la estufa de leña y se vertía en la parte inferior. Después se introducía el tambor de lavado, repleto de ropa sucia, se cerraba la tapa y comenzaba la faena: girar y girar una palanca lateral hasta que todo quedase limpio. La operación duraba aproximadamente una hora.

Dos o tres se sentaban en el borde de la bañera, pasaban una enorme pipa de *charas* y se turnaban para mover la palanca. Lavar la ropa se convertía así en un pequeño ritual - práctico y entrañable.

La basura no era recogida. Al caer la noche, trepábamos por un muro y arrojábamos nuestros sacos a escondidas en los contenedores de los vecinos. El papel higiénico lo tomábamos de edificios públicos, la mayoría de las veces sin que nadie lo advirtiese. No siempre fue fácil; a veces también nos quedábamos sin nada.

Internacional

Los habitantes formaban un variopinto conjunto internacional. El español, el alemán, el francés y el inglés se sucedían sin cesar. Yamina y su hermana Chiara hablaban español, mas pasaban al alemán sin dificultad. Dos argentinas, libres y desinhibidas, nada remilgadas.

Margot, oriunda de Berna, y su compañero portugués, Diogo, hablaban francés entre sí; nosotros, en cambio, hablábamos inglés con él. Margot vivía con su hijita Soraya, una niña de cuatro años que se movía entre aquellos excéntricos como pez en el agua.

Bädu, Tobi y Jaro hablaban entre ellos el dialecto bernés - una lengua que al principio me resultaba completamente ininteligible. Sonaba casi escandinava. Pero poco a poco empecé a comprenderla. Conmigo empleaban por lo general el alto alemán.

Trabajillos

Todos eran creativos: pintaban, hacían música, cocinaban, soldaban, torneaban, martilleaban y experimentaban según su propio criterio. Cada cual tenía su pequeña fuente de ingresos y, gracias al estilo de vida austero, apenas había necesidad de grandes gastos. Abundaba el trabajo; muchas veces llegaba por sí solo. A menudo aparecía un contratista en busca de mano de obra barata. Los trabajos se repartían: quien tenía tiempo, se unía. En ocasiones tomaba yo la bicicleta y recorría los huertos de los alrededores; allí solían contratarme de inmediato.

Fiestas

Las fiestas eran legendarias. Ruidosas y desbordantes. Por lo general con música en directo de diversas bandas y artistas. El recinto era decorado especialmente para la ocasión y adornado con los objetos más artísticos. En carteles y volantes diseñados por nosotros mismos anunciábamos nuestras *fiestas del Freakhotel* por toda la región. Siempre estaba a rebosar, con rostros nuevos cada vez. Incluso desde Alemania venían atraídos por aquella fama. Las fiestas servían también para recaudar fondos destinados a proyectos en Nicaragua. Especialmente Jaro estaba muy implicado. Durante mi estancia vivía la mayor parte del tiempo en Centroamérica.

Cada miércoles por la noche celebrábamos una sesión de improvisación, a la que llamábamos “*Sanibanabanana*”. Era sobre todo para amigos y amigas del exterior que deseaban hacer música juntos. El ambiente era abierto y accesible, y quienquiera que fuese podía aportar algo. Abundaban los tambores y la percusión, en su mayoría en manos de mujeres. Yo tocaba sobre todo la guitarra; además había un bajista y un baterista. Notaba que volvían una y otra vez: les encantaba. Y en las fiestas nos invitaban a tocar.

Libertad y fricciones

La positividad que reinaba era algo único para mí. Todos alentaban a los demás a crear algo hermoso. Poco importaba qué, con tal de que fuese creativo. Claro que había fricciones de cuando en cuando. Los espíritus libres no siempre son los más dóciles. Las personalidades chocaban. Pero, sorprendentemente, casi nunca llegaba a mayores. La calma regresaba siempre con rapidez.

Allí comprendí que los suizos - o al menos los habitantes del Freakhotel - trataban entre sí de un modo distinto al que yo conocía. Con más cautela, con mayor mesura. No se juzgaba ni se excluía con ligereza. Ni siquiera cuando alguien atravesaba un período de menor sociabilidad. Muchas cosas eran cubiertas con el manto de la benevolencia.

Quizá se debiera a la cultura: a la vida en valles aislados, donde es imposible eludir al prójimo y donde es preciso arreglárselas juntos.

Achaques corporales

Por el frecuente trato con mujeres de fuera, tenía yo a veces alguna amiguita. Un día comenzó a picarme con intensidad en las ingles. Al mirar, vi diminutas criaturas que reptaban por mi vello púbico. Aquello no podía ser bueno. Pedí consejo a Bădu.

"¡Bah, son ladillas!", dijo con ligereza. "Úntate un ungüento y asunto concluido."

Lo tomó como la cosa más natural del mundo. Compré el ungüento y, en efecto, en pocas horas estaba libre de ellas.

Margot y Diogo

También entablé algo con Margot. Ello no sentó bien a Diogo. Aunque ya no estaban juntos, él seguía enamorado. Allí se hacía notar un claro choque cultural. Para mí era sencillo: si se ha roto, uno es libre de ir y venir como le plazca. Mas Diogo pensaba de modo distinto. A sus ojos, Margot seguía siendo su mujer, fuera cual fuese la opinión de ella.

Tras la ruptura, Margot se mudó con Soraya a Berna.

Una noche, cuando yo la visitaba en su piso alto en la Lorraine, vimos de pronto a Diogo ante la ventana. Había trepado hasta lo alto para espiar hacia adentro.

De regreso en el Freakhotel me retó a un duelo. Un duelo a vida o muerte. Yo podía escoger las armas. El vencedor obtendría a Margot.

Al principio creí que bromeaba. Mas estaba mortalmente serio.

Ya había fijado la fecha - algún día de diciembre. Luego supe que era el día de su cumpleaños.

Conté la historia a Yamina. Ella rió.

"Oh, es tan romántico."

Los rostros

Muchos de los impulsos creativos provenían de Bădu, un verdadero hombre-orquesta. Estaba formado como carpintero, pero ante todo era un artista y músico dotado. En el sistema escolar convencional naufragó, mas en una escuela alternativa - donde los niños podían entregarse sobre todo a la creación - floreció. Allí emergieron sus talentos auténticos.

Tras un viaje por Sudamérica fue detenido en Francia, pues llevaba consigo algo que los franceses no supieron apreciar. Siguió una pena de prisión. Volver a integrarse en la sociedad resultó arduo después de ello. El estigma de "exconvicto" se le adhería como una sombra. En el Freakhotel todos sabían lo sucedido, pero nadie daba importancia al hecho. Se miraba al hombre, a Bădu - y eso bastaba. Así pudo reconstruir su vida en paz.

Con su marcado ego y su innata capacidad para ocupar el centro de la escena, fundó junto con su hermano Jannik una banda: *Ghost Town Window Shoppers*. Al principio inter-

pretaban sobre todo versiones. Ensayaban en el Freakhotel y actuaban también allí. Bădu me pedía a menudo que descifrara letras inglesas de los discos y se las transcribiese - pues yo comprendía mejor el idioma. Más tarde pasaron a componer piezas propias, en dialecto bernés - o *Mundart*, como lo llamaban allí. Con ello acabaron recorriendo todo el país.

Yamina era una figura notable. Era la mayor del grupo y la única que estudiaba en la universidad. Para mí ejercía casi el papel de madre. Percibía las tensiones con una sensibilidad extraordinaria y sabía intervenir en el justo momento con una palabra certera. Le tenía profundo respeto. Ella velaba por la esencia de lo que compartíamos: las ideas, el espíritu de nuestra comunidad. Mientras otros se dejaban arrastrar a veces por sus conflictos personales, ella conservaba la visión de conjunto. Ponía orden en el caos cuando hacía falta.

A la vez tenía una fuerte necesidad de calor masculino. La libertad sexual no era para ella tema de debate, sino una condición. Si uno deseaba algo con ella, debía aceptar que compartiese el amor también con otros. Si no podías vivir con ello, la cosa no tenía futuro.

Tuve que acostumbrarme a su franqueza. Era algo confrontador. ¿Cómo sería - me preguntaba - amar a alguien sabiendo que uno mismo no bastaba?

“Debe de ser terrible”, pensé. “Así no debiera ser.”

Mas esa era mi verdad - la suya se hallaba en otro lugar.

A Chiara, su hermana, la traté apenas un tiempo breve. Tenía una relación con Antonio, un percusionista sudamericano que tocaba a menudo en nuestras fiestas. Ella partió hacia Brasil para vivir allí con otros en un terreno comunal. La habitación que dejó libre la ocupé yo.

Diogo era un amante fervoroso de la música. Siempre

aparecía con artistas singulares de los que yo jamás había oído hablar, en su mayoría de Sudamérica. Esa región despertaba de por sí su interés. Los pueblos originarios que allí vivían lo inspiraban, al igual que el pensamiento oriental. En el Freakhotel ejecutaba a veces danzas rituales. Era un deleite contemplarlo. Después de la ruptura con Margot, partió finalmente hacia el norte de Alemania, donde tuvo un hijo con una mujer.

Jaro se dedicaba sobre todo a los pobres de Nicaragua. A través de las fiestas del Freakhotel recaudaba fondos y ayudaba a organizar y financiar proyectos de construcción en aquel país. Por lo general permanecía allí largos períodos. Yo lo vi sólo unas pocas veces. Poco después de volver de Nicaragua desapareció de nuevo.

Tobi permanecía casi siempre en segundo plano. Me resultaba difícil conectar de verdad con él. Parecía apartarse de la vida del hotel. Pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación, trabajando en silencio en mil cosas. A veces sentía compasión por él. A pesar de su talento y su entrega, jamás tomaba su propio trabajo con verdadera seriedad. En su interior lo juzgaba siempre inferior al de los demás.

Bädu ejercía la mayor influencia sobre él. Sabía tranquilizarlo y mostrarle que valoraba sinceramente su labor. En tales momentos Tobi revivía visiblemente. Durante las fiestas mostraba un rostro totalmente distinto. Entonces se convertía de pronto en uno de los animadores - impredecible, absurdo, ingenioso. Con su actuación poco convencional lograba hacer reír a toda la sala. Era como si por un instante se encendiese en él otra luz.

Margot

En presencia de Margot hallábame siempre en la mayor serenidad. Nos comprendíamos sin esfuerzo y era para mí un sosiego hallarme a su lado. Tras nuestra breve aventura amorosa permanecimos amigos. Poseía un don natural para engendrar atmósfera: su casa respiraba quietud y calor. Con aromas, luz de velas y música suave era capaz de crear un ambiente en el cual uno retornaba de manera espontánea a sí mismo.

Había crecido en una familia común: el padre trabajaba, la madre cuidaba de los hijos. Estaba destinada a seguir aquel camino, mas no sentía amor alguno - solo expectativas. Su espíritu libre no se dejaba aprisionar. La fascinaba el movimiento hippie y había visto la película *Hair* al menos diez veces en el cine. Debía de haber algo más, algo inasible que permanecía suspendido sobre ella como un anhelo persistente.

Para gran pesadumbre de sus padres, abandonó a los veinte años sus estudios de enfermería y se trasladó a Zúrich para vivir con su novio egipcio, Omar. Un año más tarde quedó embarazada, de un árabe. *¡Por todos los santos; ahora también eso!* A partir de aquel momento fue considerada una hija perdida. Sus padres no mostraron interés alguno en conocer a su nieta, y mucho menos en cuidarla de vez en cuando.

En el Freakhotel era distinto. Cuando su relación con Omar se quebró y Margot se unió a aquel grupo de espíritus desatados y librepensadores, se le abrió un mundo nuevo. Aquello con lo que siempre había soñado ocurría allí de veras. Esa gente amaba la libertad, no juzgaba, y hacía lo que su corazón les dictaba. *Es posible, pensó. Existe.* Por fin podía vivir su vida tal como ella la anhelaba.

El Freakhotel no era un lugar, era un estado del alma. Un sueño cálido, caótico y desordenado, en el cual a uno le era permitido ser quien realmente era, sin velos ni artificios. ¿El mundo exterior? Durante un tiempo, sencillamente, no existía.

Donde un capítulo concluye

Todo eso no quedaba tan lejos. Volvía a echarlos de menos y sentía curiosidad por saber cómo estaban todos ahora. Quería ir enseguida, pero el viaje de Hannover a Herzogenbuchsee - unos 800 kilómetros - no se podía hacer en un solo día.

A la noche siguiente llegué al Freakhotel. Cuando llamé a la puerta, abrió una mujer a la que no conocía. Me contó que todos los que habían vivido allí antes ya se habían marchado. La mayoría vivía ahora en Berna, dijo, pero no tenía direcciones.

“Ve a la Reithalle,” añadió. “Seguro que allí te los encontrarás.”

Sentí aquello como un golpe. Una puerta que se cerraba, un capítulo que concluía, quizá incluso un libro entero. Una decepción en toda regla.

Con todo, en sus palabras se ocultaba una chispa de esperanza. Ignoraba lo que allí me aguardaría, mas la idea de que existiera un lugar donde pudiera reencontrarlos me infundía ánimo. Ya conocía la Reithalle: grande, imprevisible, llena de movimiento. Tal vez auguraba un nuevo comienzo.

Reithalle

La Reithalle era un edificio colosal en pleno corazón de la ciudad. Un bastión áspero de cultura alternativa, energía anárquica e ideales de *do-it-yourself*. En otro tiempo sirvió como picadero y alojamiento de los carruajes del transporte municipal, hasta que quedó obsoleto por el avance del tráfico motorizado. Tras años de abandono, el recinto fue ocupado por una mezcla multicolor de artistas, activistas y jóvenes de inquietudes políticas. Dentro y fuera de sus muros reinaba un estado perpetuo de rebeldía creativa.

Me encaminé allí. Al llegar encontré una viva agitación. En el patio interior conversaban los visitantes en pequeños grupos mientras bebían. Graffiti por doquier, no simples firmas, sino proclamas políticas, murales surrealistas y declaraciones visuales contra el orden establecido. El olor a humo, cerveza y marihuana flotaba espeso en el aire.

Contra un muro yacían un par de neumáticos de camión, transformados en maceteros repletos de arbustos exuberantes y adornados con guirnaldas de luces de colores. Grandes lienzos pintados colgaban como estandartes desde el alero hasta casi rozar el suelo, moviéndose suavemente en la brisa vespertina contra la pared del patio. En el interior, en el primer piso, una banda de ska hacía vibrar el edificio.

He aquí algo que debe reconocerse a los suizos: saben organizarse y colaborar. En poco tiempo habían restaurado un edificio al borde del derrumbe hasta hacerlo apto para conciertos, exposiciones, reuniones, fiestas y acciones políticas.

Lo primero que acondicionaron fue una sala de conciertos en la planta superior. No se cobraba entrada, pero los visitantes podían aportar una contribución volunta-

ria. Unido a la venta de bebidas, ello bastaba para adquirir materiales y pagar a los artesanos. El sistema funcionaba: gracias a ello repararon el tejado, en otros tiempos lleno de goteras, que había sido uno de los mayores obstáculos. Después pudieron abordar el resto. Los profesionales tomaron la iniciativa, y los artistas obtuvieron la libertad para dar forma al lugar según su visión.

Pregunté a algunos si conocían a Bădu, era él a quien buscaba. Por supuesto, lo conocían. Había actuado allí en numerosas ocasiones con su banda y era una figura conocida en aquel entorno. Uno incluso sabía dónde vivía: en el Q Hof, en el barrio de la Lorraine, no lejos de allí.

En su apartamento hallé la puerta cerrada. En el patio hablé con algunos y me dijeron que se había marchado de vacaciones, rumbo a Cuba. Mas añadieron: si buscaba un lugar donde dormir, tenían una habitación disponible.

Fue una fortuna.

Una mujer me condujo a un cuarto en el desván, con solo una cama y una silla pero no necesitaba nada más.

“Puedes quedarte aquí un tiempo,” dijo. “Y no has de marcharte mañana de inmediato.”

Era perfecto. Así podría durante los días siguientes buscar con calma a mis antiguos conocidos.

Mas sucedió de otro modo. Lo que hubiera debido ser un nuevo comienzo empezó con un sonido extraño que brotaba del motor.

Problemas con la moto

Fui en busca de un taller de motocicletas para averiguar qué era lo que fallaba. Pero resultó ser más difícil de lo imaginado. Para reparar motocicletas BMW se requería una

licencia especial, y pocos talleres disponían de ella. En Copenhague había tenido fortuna: por pura casualidad había dado con alguien autorizado a trabajar en ellas. Aquí, en cambio, debía buscar de verdad.

Al fin hallé un taller. El propietario me contó que antes había tenido aquella licencia, pero que se la habían retirado injustamente. Según él, la causa residía en un conflicto acerca de un pago, y no en la calidad de su labor. Me aseguró que todavía poseía cuanto se necesitaba - conocimiento, experiencia y herramientas - para reparar mi motocicleta como era debido.

Tras medio día de búsqueda sin encontrar verdaderas alternativas pensé: en realidad no tengo otra elección.

Acordamos que primero investigaría qué sucedía. Luego podríamos trazar un plan. Al día siguiente regresé y pregunté cómo marchaban las cosas. Resultó que debía cambiarse la caja de cambios. Coste: unos 2.500 CHF.

Quedé horrorizado. No disponía de tanto dinero - y no tenía idea de cómo reunirlo. Mi mundo se vino abajo. Estaba harto. Aquella motocicleta ya no era símbolo alguno de libertad, sino un yugo atado a mi cuello. Todo resultó ser una ilusión. ¿Cómo habría de resolver aquello? Una suma semejante, sólo por aquel maldito artilugio.

Sentí que me habían engañado, aunque sabía que tal pensamiento no tenía fundamento. Había sido mi propia elección. Pero ¿cómo escapar de aquel lodazal? ¿Cómo librarme de semejante dilema Todo camino parecía cerrado. La situación era desesperada.

No lograba decidirme. Le dije que quería reflexionar y prometí volver al día siguiente. Aquella noche tracé un plan. Deseaba dejarlo todo en manos del destino.

A la mañana siguiente se lo propuse: él repararía la

motocicleta; yo partiría primero al extranjero. Si regresaba, pagaría. Si no volvía, podría quedarse con la máquina. Así podría desligarme emocionalmente de aquel objeto - y de las frustraciones que acompañaban el sueño deshecho. Más adelante siempre podría decidir si deseaba recuperarla.

Aceptó. No me atreví a fijar un plazo - pues ignoraba cuándo, *o incluso si*, habría de regresar. Mas él me tranquilizó. Había espacio de sobra para guardar la motocicleta. No debía preocuparme por ello.

Cuando cerré la puerta del garaje detrás de mí, no dejé atrás solo mi moto, sino también una parte de mí mismo, un sueño. La libertad sobre dos ruedas había dado paso al reconocimiento sobrio de que las posesiones pueden ser una carga pesada. Lo que quedó fue lo que podía llevar conmigo.

Familia francesa

Abandoné Berna. El invierno se anunciaba y yo ansiaba dirigirme al sur, donde aún reinaba el calor. Tomé únicamente lo estrictamente necesario: mi saco de dormir, la guitarra, algo de ropa interior, útiles de aseo, un pequeño librito del Nuevo Testamento y una obra de D. T. Suzuki sobre el budismo zen. El resto lo había dejado en el taller.

Con una versión despojada de mi plan inicial, empecé de nuevo el camino. Y, a decir verdad, aquello me supuso un alivio. Librarme de tal carga me ofreció una inesperada sensación de libertad. Tenía una elección: siempre podría volver - mas no estaba obligado a hacerlo.

Partí a dedo. Al principio el clima era benigno, pero al acercarme a Francia comenzó a nevar. Alguien me dejó en un pequeño pueblo al otro lado de la frontera. La nieve se hacía más espesa. Caminar por la cuneta era desagradable:

el agua que salpicaban los coches y la inmundicia de la nieve derretida lo volvían penoso. A un lado yacía ya un grueso manto de nieve pardogris.

Comenzaba a oscurecer. El frío se me infiltraba lentamente. Mis calcetines estaban empapados y los zapatos chapoteaban a cada paso. Cuando ya era casi de noche, un coche se detuvo de pronto. Un hombre abrió la puerta sin decir una palabra. No preguntó adónde quería ir. El aire caliente que escapó del vehículo me recibió como una invitación. Subí sin dudar.

Con la guitarra entre las rodillas y mi mochila con el saco de dormir en el asiento trasero, proseguimos el camino. El hombre - de baja estatura, ligeramente encorvado, ambas manos firmes en el volante - hablaba sólo francés. Era complicado. Con frases torpes y palabras que aún recordaba de la escuela y de viajes pasados, intenté explicarle que deseaba llegar a la costa, al calor.

“La Côte d’Azur, c’est bien”, dijo. Noté en su tono que también a él le atraía aquel destino.

Pasamos la mayor parte del trayecto en silencio. Unos diez kilómetros después, cerca de su hogar, me preguntó de pronto si tenía hambre. Si lo deseaba, podía quedarme a cenar. Y también a dormir, añadió. Dadas las condiciones y la oscuridad cerrada, acepté agradecido su ofrecimiento.

Entramos en la casa. En la cocina reinaban la luz y el calor. Su esposa y sus dos hijas adolescentes estaban ocupadas preparando la comida. Sentí de inmediato que mi presencia no era bienvenida. Ella me miró con asombro, incluso con irritación. Que hubiese traído a un desconocido ya era bastante, pero que también fuese a pasar la noche - eso le resultaba visiblemente intolerable.

Durante la cena ella expresó su descontento con tono

cortante. El hombre intentó apaciguarla. *¿Dónde había yo visto aquello antes?* Él se mantenía sereno, señalando un par de veces hacia la ventana, de lo cual deduje que pretendía decir que no se podía dejar a nadie fuera en semejante clima.

Mientras tanto, las dos muchachas me observaban con curiosidad y cautela, mas ninguna pronunció palabra.

Tras la comida pensé que quizá podría romper el hielo con algunas canciones en la guitarra. Señalé mi instrumento y pregunté al hombre si podía tocar algo. Él asintió con entusiasmo, pero dijo que antes debía retirarse la mesa y lavar los platos. Después, afirmó, sería perfecto.

Por desgracia no conocía canción alguna del repertorio francés; lástima, pues quizá habríamos podido cantar juntos. Ahora debía contentarme con unas piezas que, con toda probabilidad, ellos no conocerían. Un pequeño recital, en una sala desconocida, ante un público que no sabía bien qué pensar de mí.

En tales momentos se hace difícil hallar la cuerda adecuada. La música puede ser algo hermoso cuando llega al corazón, mas si no prende, el ánimo se torna helado con rapidez. Las muchachas me miraban en silencio y con tensión. Opté por la seguridad y comencé con *Mrs. Robinson*. Funcionó.

El ambiente se despejó visiblemente. Luego interpreté un par de piezas igualmente accesibles.

Poco a poco las jóvenes empezaron a soltarse. Una tiró de la otra para que dejara el sofá y, al cabo de un instante, ambas danzaban, tímidas al principio, más libres después. El hielo estaba roto.

Incluso la esposa pareció ablandarse. Su mirada se tornó menos severa y su postura perdió rigidez.

Mi propósito estaba logrado. La atmósfera había

cambiado y yo pude, al fin, respirar con libertad. La tensión, que se había aferrado a mí con fuerza, se desvaneció. Con unas cuantas canciones había logrado torcer algo del destino de aquella velada: tornar una noche fría en calidez y apertura. En silencio di gracias a Nuestro Señor por tan pequeño don.

Cuando las muchachas se retiraron a dormir, los tres restantes bebimos un vaso de vino. Más tarde el hombre me señaló mi aposento y me deseó una suave *bon nuit*. Mi ropa empapada yacía ya secándose junto a la estufa.

Como nos habíamos acostado temprano, también despertamos temprano. A mí me venía de maravilla: un largo día se abría ante mí. Tras el desayuno me despedí y proseguí mi ruta hacia el sur.

Cuando volví a salir a la calle, pensé un instante en la noche anterior: en el frío que había cedido ante la calidez; en la desconfianza que se había tornado apertura. Aquello me infundió ánimo.

Montpellier

Una vez en la autopista, hacer autostop resultó mucho más sencillo. Hacia el anochecer llegué a Montpellier. La diferencia de temperatura era enorme. Había salido del invierno para entrar de lleno en la primavera. Aquella misma mañana el termómetro rozaba el punto de congelación, mas allí, una tibia brisa mediterránea acariciaba mi rostro. Era comienzos de diciembre - dieciocho grados.

Lo primero que hice fue dirigirme al centro para ver si podía tocar en algún lugar. Las tiendas estaban cerradas, pero había bastante gente en las calles. Escogí un rincón y comencé a tocar. No tardó en pasar un grupo de ingleses con instrumentos a la espalda. Nos pusimos a conversar.

Habían ido a comprar bebida en una tienda nocturna y me contaron que después se dirigirían a una casa abandonada en las afueras de la ciudad. Y, si yo deseaba acompañarlos, no habría inconveniente alguno; allí podría pasar la noche.

Tomé mis cosas y los seguí. A unos kilómetros de la ciudad, en medio del campo, habían encontrado una villa medio derruida, aunque con suficientes habitaciones para ofrecer techo. Gracias al clima benigno no necesitábamos calefacción; bastaba algo de ropa adicional para las noches frescas. Poco después se unieron otros dos. Al final éramos cinco.

Gira de despedida de la vida

Uno de los muchachos que me había llevado allí era Alex. Más o menos de mi edad, de rostro redondo y mofletudo, con el cabello lacio y grasiento. Era bajo y rechoncho, y vestía una chaqueta militar verde que le ceñía el vientre con excesiva firmeza. Se había instalado sobre unos cojines, una botella de vino en una mano y un porro en la otra.

Dijo que había venido hasta allí para morir.

El alcohol lo había devastado de tal modo que no creía vivir más allá de los treinta. Nada en su vida había prosperado. Había perdido todo asidero con la realidad y había pasado años en una clínica. Y, cuando por fin volvió a la calle, pronto recaería de nuevo.

En otros tiempos había soñado con una carrera musical. Había tocado en diversas bandas, mas nunca había logrado abrirse camino.

“Es lo único que conozco”, dijo. “Hacer música.”

Para hacer su existencia algo más llevadera, se había dirigido al sur de Francia, atraído por el clima suave. Allí tocaba, junto con su amigo Anthony, en las ciudades coste-

ras. Lo vivía como una gira de despedida de la vida - una vida cuyo fin, según él, no llegaría lo bastante pronto. Aquello me llenó de tristeza.

En los días que siguieron frecuenté más a Alex, y al oírlo tocar descubrí que era un músico excepcional. Uno de los pocos, entre todos los que he encontrado en la calle, que albergaba un verdadero don. Su voz era cálida y aterciopelada, mas poseía una fuerza soterrada que te atenazaba en cuanto sonaba. Apenas empezaba a cantar, captaba toda atención. No había freno ni máscara: todo era puro.

También su manera de tocar la guitarra era singular. Con una naturalidad evidente y un sentido infalible del tiempo hacía que variaciones melódicas y armónicas danzaran sobre el mástil.

Había en ello algo melancólico. Resonaban recuerdos demasiado dolorosos para decirlos en voz alta. A veces cerraba los ojos y desaparecía en un mundo que nosotros no veíamos. No tocaba para impresionar, sino para despojarse de algo. La guitarra dejaba de ser instrumento y se convertía en extensión de su mundo interior. Parecía como si la música contuviera ya su propia despedida.

Me dejó una impresión profunda, pero efímera. Pocos días después partió con su compañero hacia Antibes para probar suerte allí.

Se había marchado, y las semanas se deslizaban ya hacia la Navidad. Entretanto fui conociendo cada vez a más músicos callejeros. Por mediación de uno de ellos encontré un lugar para dormir más cerca del centro que la villa, de modo que no tuviera que caminar tanto cada vez.

Era otra casa abandonada, oculta en una calleja donde edificaciones ruinosas se sostenían unas a otras. Tarde o temprano la piqueta pondría fin a todo aquello, para librar a

la ciudad de tales vestigios de decadencia. Pero aún no había llegado ese momento.

En la casa que me señalaron había una estancia completamente limpia. Una moqueta cubría el suelo, proporcionando algo más de calor y una superficie blanda. Eso se convirtió en mi hogar temporal. Durante las noches permanecía allí en soledad.

Campamento de vagabundos

Quien vive en la calle acaba tarde o temprano bajo un puente.

En medio del centro comercial, junto a una gran plaza, se alzaba un viaducto. Bajo él se había formado un campamento de vagabundos, indigentes y otros supervivientes. Al aire libre, mas cubierto; en pleno corazón de la ciudad, aunque fuera de la vista. Un punto de partida ideal para quienes ganaban su sustento en la calle. También los músicos callejeros acudían allí de buen grado. No para dormir, pues eso estaba reservado a quienes lo habían descubierto y ocupado, sino por la camaradería, la calidez de la convivencia sin máscaras.

Yo acudía allí con frecuencia. De algún modo me sentía a gusto. Eran gente afable, sin pretensiones, sin prisas. Algunos aún se aferraban a sueños, mientras que para otros parecía ser la última estación. Nadie fingía ser distinto de lo que era.

Florian, un muchacho alemán de poco más de veinte años, era de aquellos para quienes el final parecía un huésped bienvenido. Bebía unas siete botellas de vino al día.

Vestía siempre una chamarra sintética verde chillón con franjas rosas, que en otro tiempo habría sido sin duda una prenda alegre, pero que ahora estaba deslucida y grisácea

por la mugre de la calle que se había adherido de modo irrevocable. Cuando lo veía allí sentado, pasando sus manos temblorosas por sus finos cabellos rubios antes de dar otro sorbo, sentía compasión.

¿Por qué?, me preguntaba. ¿Qué lleva a alguien, a tan temprana edad, a vivir de modo tan destructivo? Igual que con Alex, no lograba comprenderlo.

Flo contó que su padre también era alcohólico. Un hombre violento que, cuando era niño, lo golpeaba por cualquier cosa. Una vez la situación se descontroló tanto que terminó en el hospital. Su madre tampoco le ofrecía protección y no era mejor: bebía con igual intensidad.

Finalmente él y su hermana fueron apartados de sus padres y enviados a un hogar de acogida. Por un tiempo pareció que las cosas mejoraban. Hasta que él mismo comenzó a beber.

Cuando le pregunté si deseaba dejarlo algún día, o si acaso albergaba esperanza de otra vida, negó con la cabeza.

"Para mí ya no es necesario", dijo suavemente. "Solo quiero una cosa: irme lo antes posible de este mundo hostil."

Estábamos sentados en arena suelta, entre aquí y allá bloques de hormigón desechados. En el centro había un hogar de fuego - el corazón del campamento - donde se cocinaba durante el día y ardía la hoguera por la noche. Sobre nosotros rugía el tráfico que cruzaba el viaducto, aunque apenas se escuchaba su rumor.

Cada uno tenía su propio lugar para dormir en el suelo, repartido alrededor del fuego. La sencillez de la existencia, la hospitalidad sin artificio y aquella actitud de *no tenemos nada que perder* me otorgaban una inesperada paz interior.

Nada se esperaba de uno, salvo respeto.

Aquel era el epicentro de la vida callejera en Montpellier. Allí nos reuníamos cada día.

Dormía también allí un joven escocés, Charlie, que a veces me ayudaba pasando un vasito entre los transeúntes mientras yo tocaba. Bebía más o menos lo mismo que Flo. Al principio sobre todo cerveza, pero eso era poco práctico en la calle - había que orinar sin cesar. Por ello había pasado al vino.

Sin embargo, se veía mucho mejor. Los estragos del alcohol apenas se le notaban. Sus rizos oscuros hasta los hombros, sus ojos castaños y su rostro casi simétrico le daban un aire de estrella del rock. Mas él parecía no ser consciente de ello.

Charlie era modesto. Casi siempre jovial. No se advertía en él carga alguna - o, si la tenía, la ocultaba bien.

Su compañero inseparable era Steven, otro británico. Donde Charlie era ligero, Steven cargaba algo más sombrío. Estaban casi siempre juntos, pero sus energías difícilmente podrían haber sido más distintas.

Steven no dormía bajo el viaducto, sino en una casa abandonada que había encontrado. Tocaba música y de vez en cuando vendía algo de hachís. En Inglaterra había estado encarcelado por traficar con anfetaminas.

Una vez estábamos sentados en la calle, Steven con la guitarra en el regazo y un cartón de vino entre los pies.

“¿Por qué precisamente anfetaminas?”, le pregunté. “Sabes bien que destruye a la gente.”

Encogió los hombros. “Se vende sencillamente bien. Da dinero rápido. Y si alguien va a hacerlo de todos modos, prefiero ser yo antes que otro.”

Lo dijo sin remordimiento alguno, sin sombra de culpa. Lo que ocurriera con los demás quedaba fuera de su responsabilidad. Para él contaba sólo el dinero.

Le fue bien por un tiempo, hasta que lo atraparon. Ahora estaba allí porque en el gélido Sheffield no veía futuro alguno. Traficar ya no era una opción y no había, según él, otras posibilidades, ciertamente no con antecedentes y sin formación.

La música no parecía interesarle. Tocaba porque debía. El dinero - eso era lo que realmente quería. “Mucho dinero”, dijo, alzando por un instante la mirada. “Entonces desapareceré.” No añadió adónde.

Sus palabras, y sobre todo su actitud lánguida, me hicieron reflexionar. Yo mismo habría tenido grandes reparos morales, pero a él no parecía afectarle en absoluto. Era algo singular. No actuaba por mera supervivencia ni por unos pocos ingresos extra; el dinero era lo único que contaba. Preguntas sobre el bien y el mal no parecían tocarlo. Donde yo habría dudado, él sólo veía el montón de monedas.

Mas tales meditaciones no perduraban mucho. La vida en la calle rara vez permitía demorarse en cuestiones morales; las cosas sucedían como sucedían. Cada uno hallaba su modo de sobrevivir, trazaba sus propios límites. Y nadie se inmiscuía en ello. Lo esencial era mantener el propio ritmo en el flujo constante de acontecimientos. Permanecer fiel a uno mismo mientras los días se fundían unos en otros y recoger los frutos cuando maduraban. Porque también la calle tenía sus estaciones. Y ahora se iniciaba la mejor época del año.

Adviento

Las calles se llenaban de guirnaldas luminosas y aroma de pino, y conforme se acercaba la Navidad la gente se volvía perceptiblemente más generosa. El invierno traía frío, pero

flotaba en el aire una calidez inesperada. Personas que durante semanas no me habían notado de pronto posaban la mirada en mí, me daban una moneda, un gesto o una sonrisa. Con el nacimiento de Cristo en mente, no solo se concedían una celebración, sino que también ofrecían algo extra a su prójimo. Sentí la compasión. Por un momento, volví a formar parte.

Las ancianas, que normalmente nos evitaban con amplio rodeo, abrían ahora nerviosas sus monederos, escaraban en busca de unas monedas o un billete, me miraban con ojos centelleantes y murmuraban a veces algunas palabras bienintencionadas cuando yo les daba las gracias con una leve reverencia y una sonrisa. Luego desaparecían con premura entre la corriente de viandantes.

Era *la* época por excelencia para ganar dinero. Mis colegas y yo hacíamos horas extra. Sobre todo por las tardes iba de maravilla: el ambiente se volvía más suelto, más distendido - y con ello crecía también la generosidad.

Mas detrás de aquella felicidad pasajera se escondía asimismo la otra cara de nuestra existencia.

Sirenas ululantes

Werner estaba en la fase terminal. Su hígado había dejado de funcionar y caminaba encorvado todo el día a causa del dolor. Lo único que aún le daba alivio era el alcohol. La mayoría de las veces pedía limosna junto a un conocido local de hamburguesas, en la plaza cercana al viaducto. Allí solían formarse largas filas, y Werner pasaba de persona en persona, solicitando una pequeña contribución.

Un día cayó de golpe al suelo. Quedó tendido, chillando de dolor. Los transeúntes se sobresaltaron; algunos lanzaron gritos de espanto. Parecía morir allí mismo. Llamaron a una

ambulancia y, un instante después, resonó a lo lejos una sirena ululante. Werner fue llevado, y aquella noche no volvió.

Para mi sorpresa, ninguno de sus camaradas pareció realmente impresionado. No era la primera vez, dijeron. Algunos afirmaban incluso que lo hacía a propósito.

“Así tiene al menos una cama limpia y algo decente que comer”, se oyó, con gesto indiferente. Todos sabían que no le quedaba mucho tiempo, y él intentaba, a su manera, sacar algo provechoso de lo que quedaba.

Unos días más tarde, Werner regresó. Se veía notablemente mejor. Pero no duró: pronto volvió a deambular con su torso torcido por las calles, en busca de monedas.

Mantas cálidas

Un día el ayuntamiento envió varias cajas con mantas. Me asombró. Aquel campamento bajo el viaducto había sido durante largo tiempo una espina clavada para la administración, y en más de una ocasión habían intentado desalojarlo por la fuerza. Pero los vagabundos siempre regresaban. La mano dura no funcionaba - con el punto más trágico el invierno anterior, cuando alguien murió de frío. Aquello causó gran conmoción en la ciudad. Para evitar repetición, se decidió al menos procurarles suficiente abrigo.

Eran mantas de lana, robustas, de procedencia militar. Los muchachos estaban complacidos.

En el escenario

Luego estaba Heinz - un hombre homosexual que durante años había actuado en Hamburgo con su espectáculo de travestismo. Hasta que cayó en la heroína. Eso le costó, al

cabo, su trabajo, su pasión por el escenario, y gran parte de su vida.

Era distinto de los demás. Sus movimientos, su modo de hablar, su porte, todo delataba un pasado lleno de glamour y dolor.

“*Liebling*”, decía a menudo, con una aguda *i* exagerada, “*siempre has de disimular la miseria con algún destello de brillo.*”

Ya no consumía heroína. Ahora se mantenía en pie con vino y pastillas de codeína de la droguería, oficialmente contra el resfriado, en realidad contra la vida misma. Una pastilla no era nada, diez hacían la vida soportable. Otros hacían lo mismo.

Si Heinz se hallaba de buen humor, y le insistíamos lo bastante, a veces lográbamos convencerlo de que nos ofreciera su antiguo espectáculo sólo para nosotros. Entonces era una fiesta. Envuelto en una manta a modo de vestido, una lata vacía de desodorante como micrófono, los ojos cerrados - acontecía algo mágico. Entre vítores, entregaba cuanto tenía.

Una canción de Marlene Dietrich, con *schwung* y pasos de danza que aún ardían en su cuerpo desde tiempos pasados. No cantaba desafinado, pero tampoco impecable; no se trataba de perfección, sino de entrega.

Cuanto más se sumergía en su papel, más entraba en trance. La cabeza echada hacia atrás, los brazos ondeando, las piernas deslizándose sobre la arena - como si quisiera expulsar todos los demonios de aquel recinto maldito.

Bajo el puente se hacía un silencio absoluto. Todos miraban. Él flotaba por encima de la miseria, por encima del fuego, por encima de la vida que lo desgastaba lentamente. La diva olvidada, intocable en su fragilidad.

Por un momento volvía a ser quien había sido. O quizá quien siempre había sido en lo más hondo.

Y cuando entonces brotaba una sonrisa en su rostro, era como si el sol atravesara las nubes y toda desgracia dejara de existir por un instante.

Veneno

El local de la cadena de hamburguesas arrojaba con frecuencia, tras el cierre, parte de los productos no vendidos al contenedor. Los vagabundos recogían de allí cuanto podían aprovechar. A la empresa no le agradaba tal práctica. Un día circuló el rumor de que habían rociado veneno en el contenedor para ahuyentarlos.

Los vagabundos sabían bien cómo estaban las cosas, pero no se dejaron intimidar. Continuaron registrando los cubos. Curiosamente, nadie enfermó. ¿Era cierto, o una treta para expulsarlos?

Fuera lo que fuere - las hamburguesas sobrantes siguieron siendo tan populares como siempre.

Con un cuchillo

Había una figura a quien nadie confiaba: Brian, un sudafricano. En la única conversación que mantuve con él, me contó, sin asomo alguno de vergüenza, que salía a la calle para asaltar a personas con un cuchillo. Al principio no quería decirme de dónde venía - afirmaba que nadie lo sabía - pero su acento lo delataba de inmediato. No podía imaginarme que los demás no lo hubiesen notado.

Brian era un hombrecito flaco y enclenque, de mejillas hundidas y ojos que se movían sin descanso, siempre en alerta ante el peligro. Su cabello castaño oscuro era fino y desigual, seguramente cortado por él mismo. Había en su cuerpo una energía nerviosa, una inquietud que jamás lo

abandonaba del todo. En cuanto entraba al campamento, las conversaciones se apagaban. Las miradas se apartaban, las espaldas se inclinaban apenas hacia un lado.

Me explicó por qué hacía lo que hacía. Mendigar le parecía una pérdida de tiempo. Con un solo golpe bien dado ganaba más que los demás en todo un día.

“¿No queremos todos lo mismo?”, preguntó retóricamente. “Los burgueses aquí tienen dinero de sobra. No lo echarán en falta. Y yo reparto el botín - también cuido de ellos.”

Era cierto. Brian les daba dinero. No por solidaridad, sino como protección. Mientras ellos se beneficiaran, no lo delatarían. Aunque agradecían el dinero y lo aceptaban, nadie estaba realmente contento. No era *su* modo.

Durante nuestra conversación comenzó a subrayar sus palabras acercándose cada vez más. Se inclinó hacia mí hasta que su rostro quedó justo frente al mío, de modo que podía sentir su aliento y las gotas de saliva que escapaban al hablar. Sus ojos ardían; su voz se volvía más venenosa. Con repugnancia lo aparté de un empujón. Él intentaba desesperadamente convencerme de que su lógica tenía sentido, aun sabiendo perfectamente que era indefendible.

Y sin embargo, detrás de aquella fanfarronería vi otra cosa: miedo. No el miedo de quien teme a la policía, sino el miedo a ser descubierto, traicionado o excluido. Lo corroía, lo volvía imprevisible. No pertenecía al grupo, y él lo sabía.

Para acallar su inseguridad, vociferaba que debían estarle agradecidos, que él mantenía aquello en funcionamiento. Los demás lo dejaban en su ilusión.

La vida bajo el puente tenía muchos rostros - y, por fortuna, sólo un Brian.

Cabellos en la sopa

Uno de esos rostros era Thomas, un joven inglés, pulcro, bien arreglado, con cierta elegancia natural. No hablaba mucho, pero su presencia lo decía todo: siempre vestido con corrección, el cabello perfectamente peinado, como recién salido de una peluquería londinense.

“¿Quieres un recorte?”, me preguntó una noche, mientras observaba a Heinz con ojo crítico.

Heinz se dejó caer de manera teatral en una silla plegable junto al fuego.

“Hazlo, *Liebling*. Pero con cuidado - tengo una heridita en la coronilla. Esta mañana me di un buen golpe.” Señaló el lugar con exageración.

Con una sonrisa ante sus aspavientos, Thomas sacó un peine del bolsillo de su abrigo y comenzó a cortar concentrado.

Era nuestro peluquero. Tenía formación para ello. Pero su verdadero sustento lo ganaba en Inglaterra como prostituto masculino. Aquí también tenía su clientela fija - hombres mayores, en su mayoría. A veces desaparecía varios días y de pronto volvía a aparecer. Para un corte de pelo siempre podías contar con él.

Sólo había olvidado un detalle: sobre el fuego, una olla de sopa hervía suavemente. Los cabellos caían de los hombros de Heinz directamente a la olla. Thomas no lo advirtió hasta que terminó. Algunos lo habíamos visto, pero nadie dijo una palabra. Soltamos risitas y empezamos a tomar el pelo a Heinz.

“Esa sopa debe de estar deliciosa, Heinz”, bromeó Charlie.

A Heinz no le afectó lo más mínimo y siguió la broma

sin reparos. Pescó los mechones más gruesos de la olla y guiñó un ojo: “No mirar, sino saborear.”

Para colmo, alzó el brebaje de vez en cuando en gesto invitante.

“¿Quién quiere un poquito? Está exquisita hoy.”

Charlie negó con la cabeza, riendo.

“Sabemos que eres un cocinero fantástico, Heinz, pero este plato tan refinado lo dejaremos pasar.”

El resto asintió entre carcajadas.

Heinz no se dejó intimidar. Impasible, se comió la sopa hasta el fondo de la olla. Luego se limpió la boca con gesto exagerado y declaró, con una sonrisa triunfal: “No sabéis lo que os habéis perdido.”

Cena de Navidad

En Nochebuena la misión organizó una comida para los vagabundos. Fuimos todos - hasta Berndt, el amigo de Flo, se unió. Berndt era un alemán de mediana edad que sólo hablaba con Flo, y a veces con Heinz. Con el resto apenas trataba. Quizá porque no hablaba inglés - y ese era nuestro idioma común.

Su rostro estaba hinchado y amoratado por el vino, los restos de cabello ocultos bajo un pequeño sombrero grasiento y brillante. Nadie sabía de dónde obtenía dinero. Nunca lo vi mendigar ni hacer otra cosa. Probablemente tenía algún acuerdo con Flo, pues éste solía salir a conseguir dinero.

El único del grupo fijo bajo el viaducto que no quiso venir fue Jack. Un neerlandés, originalmente de la zona de Róterdam, que había vivido años en Leeds y hablaba un inglés con marcado acento de Yorkshire. Un hombre alto, casi de dos metros, que necesitaba su dosis diaria de

heroína. Intenté hablar con él en neerlandés, pero no le interesaba.

Era extraño - como si no sólo hubiera renegado de su país, sino también de parte de sí mismo. Apenas tuvimos trato.

La cena de Navidad, preparada con las mejores intenciones por los padres, degeneró pronto en un bacanal de mendigos ebrios. A una larga mesa nos sirvieron tres platos. Pero con el plato principal uno comenzó a lanzar comida, y pronto los demás siguieron. Carcajadas. Cada impacto certero era festejado con vítores. En pocos minutos la mesa y el suelo estaban cubiertos de restos.

Los padres no intervinieron. Estoicos, siguieron desempeñando su papel, como si aquello fuera de esperar. Los vagabundos los trataban como sirvientes a quienes se podía ordenar cualquier cosa, sin pizca de respeto o gratitud. Cuando se sirvió el postre y empezaron a embadurnarse con helado y nata, para mí fue suficiente.

“Qué panda de bárbaros”, pensé.

Salí de nuevo a la calle, decepcionado, esperando poder sacudirme el fiasco con algo de música. Pero sólo lo logré a medias. Lo que más me hería era la humillación de los padres. Sentí una vergüenza ajena tan intensa que me dieron ganas de golpear a mis propios compañeros - tanta ingratitud. Quizá los padres lo habían previsto. Quizá conocían su dolor mejor que nadie. Pero aun así me avergonzaba. Por ellos. Por todos nosotros.

“Entonces no vayáis si no sabéis apreciarlo”, pensé.

¿O era distinto? ¿Deseaban mis compañeros, por una vez, dar órdenes y salirse con la suya, como los ricos? ¿Habían invertido por una noche los papeles dentro del sistema de clases, sólo para sentir cómo es estar en la cima? ¿O se trataba simplemente de una gamberrada incivilizada?

Me quedé con el interrogante. Todo aquello iba tan en contra de mi naturaleza: tratar de ese modo a personas de buena voluntad.

Un ladrón

Más tarde aquella noche volví a buscarlos. Jack había desaparecido y se había llevado todo lo que tuviera algún valor.

La ventaja de poseer poco es que también puedes perder poco. Sin embargo, eso no era lo peor. Pesaba mucho más la sensación de traición.

El ambiente estaba sombrío. Se lanzaban amenazas contra Jack, pero todos sabían que probablemente jamás volverían a verlo.

Flo estaba sentado en silencio junto al fuego. Deslizaba su mano lentamente a través de las llamas. “Mira”, dijo, “no duele. El fuego no es peligroso. Te acaricia, te calienta. Sólo si te quedas demasiado tiempo te hace daño.”

Alzó la cabeza, miró alrededor - y empezó a reír. “¡Ya lo sé!”, gritó, “¡ya sé cómo es! ¡Nos toman el pelo! Nosotros dominamos el fuego. Nuestras máquinas funcionan con él. Lo tenemos *todo* bajo control. ¡No tenemos nada que temer!”

Tomó un sorbo de vino, se levantó y se dirigió, animado, hacia su lugar de dormir. Por el camino lo repitió varias veces, cada vez más alto: “¡*Todo bajo control! ¡Todo bajo control! ¡Todo... todo!*”

Nadie respondió. El fuego chisporroteaba suavemente y yo seguía con la mirada las serpenteantes hebras anaranjadas.

Mis pensamientos se dirigieron a mis compañeros. Estaban sentados a mi alrededor, cada uno entrelazado con su propia historia. Ninguno era simplemente un “vaga-

bundo”; cada uno cargaba un pasado, un peso, un anhelo. Ya no los veía sólo como personas que dormían bajo aquel viaducto, sino como espejos de lo que también vivía en mí: lucha, miedo, dolor, el impulso de escapar, el anhelo de calor.

Sentía afecto, pero también distancia. Como si tuviese un pie fuera de aquel mundo, y sin embargo aún formara parte del círculo. Su existencia era trágica, pero a la vez sincera. No tenían ya nada que ocultar.

Quizá ésa era la razón por la que había permanecido tanto tiempo: su vulnerabilidad hacía la vida más auténtica, despojada de las fachadas tras las cuales se escondía el resto del mundo. Y precisamente en esa vulnerabilidad surgía una unión - un sentimiento que siempre buscaba: algo inasible, que caía de improviso como un suave recuerdo de mi primera infancia. Efímero, y no obstante intemporal.

Cuando alcé la vista hacia el cielo oscuro sobre el viaducto, sentí que contemplaba un umbral. Este capítulo se cerraba. Me marcharía, pero algo de ellos permanecería siempre en mí.

Hacia el sur de España

El frío aumentaba. Era tiempo de buscar el sol. Cedí mi habitación a un músico escocés y a su novia vasca. El día después de Navidad partí en dirección al sur de España.

Justo fuera de la ciudad un español me recogió; había recorrido ya toda la Route du Soleil con destino a Barcelona.

“¿Tienes carné de conducir?”, preguntó.

Lo tenía.

“Entonces ponte al volante.”

Estaba cansado tras el largo viaje, pero deseaba llegar aquella misma tarde.

Con un enérgico Golf GTI por las autopistas de peaje francesas, no era problema alguno. Asentí, encendí el motor y tomé el control.

Él se durmió rápidamente, y yo conduje de un tirón hasta Barcelona. Luego seguí la costa oriental rumbo al sur. Pasé unos días en Alicante y después puse rumbo a Granada.

MONTE SAGRADO

PROMESA ES PROMESA

Nochevieja

El día de Año Nuevo llegué a Granada. Hallé un pequeño hotel sencillo. En Montpellier había ganado bien durante los días navideños y, con lo que me quedaba de Gerdt, pude permitirme un poco de lujo: una ducha caliente, ropa limpia, una cama fresca.

El silencio de mi cuarto contrastaba de manera punzante con la vivacidad del exterior. Cuando cayó la noche, me adentré en la ciudad en busca de diversión. Las calles resplandecían con la cálida luz anaranjada de faroles y adornos navideños. Por todas partes sonaba música, de ventanas entreabiertas, cafés abarrotados y coches que pasaban.

En la Plaza de Bib-Rambla se agolpaban los festejantes. Rostros desconocidos se volvían por un momento familiares. Jóvenes y ancianos danzaban en la calle, cantaban al son de la estridente música pop española. Una mezcla de voces, risas y melodías llenaba la plaza. Por doquier se bebía, se brindaba, se besaba. Se alzaban copas hacia desco-

nocidos, manos se rozaban en el paso. El aire era espeso de humo de petardos y cohetes.

El ambiente era delirante, pero seguro - todos éramos amigos por una sola noche.

Por todas partes me ofrecían de beber, y rara vez lo rechazaba, lo cual, visto después, no fue demasiado sabio. Con una botella de cava medio vacía en la mano me topé con Jane. Una joven inglesa que se mostraba dispuesta a una aventura. Bailamos, reímos, acabamos en brazos el uno del otro.

A medianoche la ciudad contuvo el aliento: las doce uvas, las campanadas, los fuegos artificiales. El cielo se tiñó de rojo y plata. Jane y yo nos abrazamos como si fuésemos viejos amantes reencontrados- no en persona, sino en deseo.

Un año nuevo, un país nuevo, un amor nuevo. Todo parecía posible, pero la ciudad aguardaba una lección fría.

Robado

Cuando nos cansamos de la fiesta, nos fuimos a mi hotel. Yo estaba ya bastante bebido - por no decir borracho - y ella no se hallaba en mejor estado. Una vez en la habitación me quité la ropa, me dejé caer sobre la cama y me dormí como una piedra. Jane se acostó a mi lado.

A la mañana siguiente la luz del sol entraba sin piedad por las cortinas. La habitación olía a alcohol y sudor. Yacíamos torcidos sobre una cama medio derrumbada, que había soportado la noche tan mal como nosotros. El somier estaba en el suelo, y la parte delantera y trasera colgaban peligrosamente.

Jane se incorporó, se frotó los ojos y me miró con expresión turbada. “¿Qué ha pasado?” susurró. “Ni idea, la cama

se ha hundido”, respondí, sin comprender aún lo que realmente ocurría.

Descendí con cuidado de la cama y busqué mis pantalones. No estaban por ninguna parte. En un bolsillo interior, que mi madre había cosido a la prenda, guardaba mi dinero y mi pasaporte. Primero incredulidad, luego pánico. Revolvimos la habitación, miramos bajo la cama, en el armario, en el pasillo. Al final hallamos los pantalones a mitad de la escalera, vacíos.

Me senté en el borde del colchón, la cabeza entre las manos. La resaca martilleaba mis sienes, pero lo peor era el hecho: estaba sin dinero ni documentación en una ciudad extraña. Alguien había entrado furtivamente en nuestra habitación durante la noche y había actuado. Todo perdido. En la ruina. La resaca no podía ser mayor. Jane y yo nos quedamos abatidos. ¿Qué hacer?

Por fortuna, mi guitarra seguía allí, un pequeño ancla en medio del caos. Mientras pensaba en ello, Jane se sentó a mi lado y posó su mano en mi hombro. No era lástima, sino una suerte de solidaridad silenciosa.

“¿Quieres venir a mi hotel?” preguntó. “Allí podrás recobrar el aliento.”

De camino no hablamos mucho. Cada uno estaba sumido en sus propios pensamientos y no era aún el momento de expresarlos. En su cuarto - pequeño, sencillo - me preparó té, estiró las mantas y me ofreció una toalla limpia.

Al día siguiente puse la denuncia ante la policía, pero no sirvió de nada. Por otro lado, debía reconocerlo: fue mi propia estupidez. Borracho, de noche, en una ciudad desconocida, eres una presa fácil. Pero este ladrón había ido más lejos, nos había seguido hasta la habitación y había perpetrado su golpe allí mismo.

Junto a Jane

El golpe fue duro, pero caí suavemente, en los brazos de Jane. Cuidadosa, con mirada cálida y genuina compasión. Su inglés cantado hacía que todo sonara más liviano de lo que era. Mi mente volvió a aquietarse. El porvenir recobró color; la esperanza brilló de nuevo en el horizonte. Ella me señaló el camino.

No había prisa alguna. Leíamos, conversábamos, dormíamos. Nos quedábamos en la cama cuando la luz del sol nos rozaba los párpados, y desayunábamos con bollos y naranjas. A veces nos quedábamos tumbados todo el día, cada uno absorto en sus pensamientos, hasta que un comentario casual rompía el silencio y nos hacía reír de nuevo. De vez en cuando tomaba mi guitarra y cantábamos juntos.

Por las noches vagábamos por la ciudad, comíamos tapas en mesas diminutas, bebíamos vino o cerveza y observábamos la vida en la calle. Luego regresábamos, algo achispados, y nos retirábamos entre mantas y el aroma de nuestros cuerpos. Las noches eran cálidas y cercanas, sin grandes palabras ni promesas de futuro.

Ambos sabíamos que aquello no duraría. Mas mientras duró, fue dulce. No éramos viajeros, ni víctimas, ni planificadores. Sólo dos cuerpos en un cuarto donde el tiempo - por un instante - retiraba sus manos.

Las cuevas de Sacromonte

Cuando Jane regresó a Inglaterra, nuestra relación terminó de forma abrupta. La vida que habíamos construido juntos, por efímera que fuese, se desvaneció de golpe. Su aroma seguía impregnado en mi ropa, su voz resonaba aún en mi

mente, pero su calor ya no estaba. Lo que quedaba era la certeza de que debía volver a valerme por mí mismo. Sin papeles y sin ella me hallaba vulnerable; un solo control policial podía bastar para expulsarme del país. En medio de esa incertidumbre volvieron a mí sus palabras sobre las cuevas de Sacromonte. Me las había mencionado como una vaga indicación, un trazo en el mapa hacia un nuevo comienzo.

Decidí buscarlas y seguí el camino cuesta arriba. Cuanto más ascendía, más se asemejaba todo a un laberinto. Calles y callejones diminutos, a veces de menos de un metro de ancho, me hacían perder la orientación. Pregunté varias veces por el camino. Al fin las calles cesaron y dieron paso a senderos arenosos. Arriba, en un promontorio de la colina, contemplé la ciudad. A la izquierda brillaba el blanco virginal de las cumbres nevadas de Sierra Nevada, recor-tadas con nitidez contra un cielo de un azul impecable.

Allí hallé decenas de cuevas excavadas en la ladera. Desde fuera parecían bocas oscuras en una piel pálida. Muchas estaban derrumbadas o rebosantes de escombros. Manadas de perros callejeros vagaban entre los restos: animales flacos, con pelajes enmarañados y plagados de garrapatas, huidizos y silenciosos.

Recorrí la colina en busca de una cueva firme y resguar-dada. Pronto encontré una con tres estancias y un suelo de cemento. Las entradas estaban reforzadas con arcos de ladrillo, el techo compuesto de guijarros firmemente fijados con cal y arena.

No había agua corriente, ni electricidad, ni retrete. Pero no me importaba; sólo significaba que debía esforzarme un poco más. La vida allí era gratuita. Por las noches olía a tierra y cualquier sonido viajaba lejos a través de las colinas.

Abajo se extendía el barrio gitano del Sacromonte, con

sus casas enanas encaladas, cuevas, callejuelas sinuosas y pequeñas plazas con fuentes. Allí recogía el agua. Llevaba una manguerita y llenaba botellas y bidones en los surtidores públicos. Llevaba su tiempo; el chorrito era débil. Pero yo tenía todo el tiempo del mundo.

En la cueva construí un hogar de fuego. Había una abertura antigua en el techo a modo de chimenea. Con algunas piedras, un bidón de aceite invertido y una sartén metálica sin fondo fabriqué un sistema que me permitía cocinar y calentarme dentro.

En la entrada colgaba una cortina: no había puerta. No me molestaba, ése era ahora mi hogar.

Música callejera en Zacatín

La cueva daba sosiego, pero no comida. Así que bajaba casi a diario a la ciudad para tocar en la calle. Todo debía acompañarme - si dejaba algo atrás, lo encontraba desaparecido o destrozado al regresar, a menudo por obra de los niños del barrio. Por fortuna viajaba ligero: mi guitarra y unas pocas pertenencias en la mochila, nada más.

El trayecto hacia abajo era de unos dos kilómetros y me llevaba por barrios antiguos donde la influencia mora de quinientos años atrás seguía siendo palpable. Muros encalados, balcones de hierro forjado, paneles de azulejos y patios perfumados. Cuanto más me acercaba al centro, más se intensificaba la actividad. Teterías, bazares, ultramarinos y tiendecillas repletas de baratijas, alfombras y cerámicas norteafricanas se apiñaban en calles cada vez más concurridas.

Por la mañana aún había frescor y silencio, los comerciantes abrían sus contraventanas, las escobas barrían los umbrales, el aroma a café se mezclaba con la luz temprana.

Casi siempre tocaba en la calle Zacatín, una estrecha calle comercial que desembocaba en la Plaza de Bib-Rambla. Siempre estaba llena de gente: compradores, turistas con bolsas llenas de recuerdos, mendigos con perros, músicos callejeros. Escaparates repletos de cuero y textiles. Vestidos, abrigos y pañuelos colgaban muy juntos; telas de colores profundos, percheros en la acera. De las tiendas abiertas salían voces, música, el tintinear de las monedas.

La Zacatín se sentía íntima. Todo se te venía encima: miradas, sonidos, olores. Pero en medio de ese bullicio también había un ritmo, una cadencia que te llevaba consigo, como el latido de la ciudad. Mi música se fundía con la calle: los tacones de las mujeres sobre las baldosas, los gritos de los vendedores desde las callejuelas, el tintinear de una campanilla cuando alguien entraba en una tienda.

A mediodía todo se aquietaba. La siesta caía como un velo sobre las calles. Había menos atención, menos contacto. La ciudad parecía recogerse en sí misma, lenta y silenciosa. Todos, yo incluido, quedábamos en pausa. Hasta que las tiendas abrían de nuevo, las voces se elevaban otra vez y Granada mostraba de nuevo su rostro vivaz.

Por la noche, tras el cierre de los comercios, la ciudad se transformaba de nuevo. Se volvía más callada; los faroles arrojaban una luz dorada. De cuando en cuando pasaba un grupo pequeño de gente o un paseante solitario. La prisa del día se disolvía; surgía un espacio, en las calles y en mi mente. Mi toque se hacía más lento, melancólico, íntimo en la calle casi vacía, con su acústica maravillosa. Entonces disfrutaba más que nunca.

En aquel ambiente sosegado surgían a veces momentos musicales inesperados. Una noche apareció Jonas, un saxofonista austríaco, que preguntó si podía unirse.

Aquello se convirtió en una sesión que llenó la calle de sonidos cálidos y ahumados; mi guitarra marcaba olas rítmicas, su saxofón trazaba curvas largas, incisivas y luego lánguidas. Los transeúntes se detenían, balanceándose levemente, o dejaban que sus pies siguieran el compás sin darse cuenta.

Jonas tocaba con los ojos cerrados, los hombros meciéndose, el metal reluciente en la penumbra. A veces me dirigía una mirada breve, un leve asentimiento, un secreto que sólo nosotros entendíamos. No llevábamos ni cinco minutos tocando juntos, pero las notas se encontraban como viejos conocidos.

Cuando terminamos, la calle quedó quieta un instante. Unos sonrieron, otros permanecieron inmóviles, temiendo romper el hechizo. Un aplauso discreto cayó sobre nosotros. Jonas me miró con una sonrisa conspiradora. Sin palabras, contamos hasta tres y comenzamos otra tanda.

Cuando las últimas notas se esfumaron, sentimos por fin el frío. Teníamos los dedos entumecidos y la calle estaba casi vacía. Teníamos sed y ganas de algo más fuerte que agua. Propuse ir a *El Tornillo*, un bar al que sólo se llegaba si se sabía dónde buscar. Jonas encogió los hombros y sonrió. “Guía tú”, dijo, guardando su saxofón en la funda.

El Tornillo

Jonas abrió los ojos de par en par en cuanto traspasamos el umbral. Era evidente que no era un hombre de la calle; todo en este bar pertenecía a un mundo que solo conocía por historias. Era un refugio, un nudo deshilachado de almas perdidas, espíritus libres, músicos callejeros, hippies y viajeros errantes.

En la fachada habían pintado un gran tornillo metálico -

torcido, desprendido del resto - y quien mirase con mayor atención advertía que no era un emblema, sino una guiñada silenciosa. Solo quienes tenían un tornillo suelto encontraban aquí su lugar.

La puerta se abría con un crujido grave y parecía otorgar a los dubitativos una última ocasión para retroceder. Dentro flotaba un olor denso a tabaco, hachís y ropa sin lavar: el aroma permanente de quienes no poseen techo alguno.

Al anochecer, cuando las tiendas cerraban y también concluía la jornada de la población de la calle, el local se llenaba. Era cálido, oscuro y colmado de historias. El poco dinero que habían reunido se transformaba sin resistencia en bebida y camaradería. De los altavoces brotaba música hippy de los años sesenta y setenta, alternada con la misma colección inagotable de discos flamencos.

El tabernero - un hombre silencioso, de cabello gris y corto - servía confianza antes que licores y daba a los marginados bajo su techo una sensación de llegar.

El español llenaba la estancia, entremezclado con palabras en francés, alemán e inglés. La taberna poseía su propio ritmo, tejido de sonidos, gestos y miradas, y del reconocimiento compartido de no pertenecer a ningún lugar. Salvo aquí.

Hallamos un pequeño espacio junto a la barra. Jonas dejó vagar la mirada desde las paredes cubiertas de grafitis hasta las sillas que amenazaban con desmoronarse en cualquier instante. Sorbía su vaso con lentitud, escuchando la cacofonía de voces, acentos y melodías que se sucedían como oleajes. Había algo en su sonrisa que decía: *esto no lo vivo yo muy a menudo*.

Más entrada la noche, Jonas dejó su vaso y se puso la chaqueta.

"Málaga me aguarda", dijo con una sonrisa ladeada. "Mañana a las siete, el autobús."

"¿Y tú?" dijo. "Te quedas aquí un poco más tocando música."

Nos dimos una palmada en el hombro con la naturalidad de dos viejos camaradas.

En la puerta se volvió una vez más.

"Lleva siempre tu instrumento", gritó, sus palabras casi devoradas por el bullicio. "Nunca sabes lo que puede suceder."

Reí y levanté el pulgar mientras él se perdía en la noche. Las voces y la música se fundieron en una bruma suave; resonaban vasos, alguien reía con estrépito. Al otro lado del local mi mirada se posó en ella: menuda, de cabellos oscuros, una presencia serena en medio del alboroto. No fue más que un instante, pero bastó para recordarla. Así, bajo la luz tenue de El Tornillo, conocí a Reme.

Reme

Ya la había visto en otras ocasiones. Solía sentarse en un peldaño de la ciudad vieja, tocando la flauta o extendiendo la mano. Pequeña de cuerpo, cabellos negrísimos, un rostro estrecho y afilado, y unos ojos tan oscuros que parecía que te absorbían. Casi siempre llevaba un pantalón turco negro y prendas superiores de colores vivos - jerseys, chalecos, capas superpuestas - y muchos la tenían por gitana. Y, en verdad, así lo parecía.

Su voz era suave y sus movimientos tranquilos. Era discreta y querida entre el pueblo de la calle; quizá porque nunca se imponía, quizá porque había en ella algo que infundía sosiego.

No llamaba la atención, pero permanecía en la memo-

ria. No por lo que hacía, sino por lo que no hacía. Se movía como alguien acostumbrado a pasar inadvertido, y por ello mismo se hacía visible.

Comenzamos a hablar. O, mejor dicho, compartimos algunas palabras, escuchamos música y sonreímos. Ella solo hablaba español, y yo apenas lo chapurreaba. Aun así, nos entendíamos. Nuestras primeras conversaciones eran mezcla de gestos, observaciones sueltas y bromas tímidas. A veces simplemente me miraba y negaba despacio con la cabeza, con una sonrisa que decía más que cualquier frase.

En las semanas siguientes empezamos a buscarnos cada vez con mayor frecuencia. Caminábamos por la ciudad, nos sentábamos en muros, compartíamos algo de beber, fumábamos juntos. Algo iba creciendo, despacio, sin prisa, como si ya existiera desde antes y nosotros solo lo estuviésemos alcanzando.

Una tarde, sentados en los escalones detrás del mercado, le pregunté si quería subir conmigo. A mi cueva. Ella asintió sin más.

Al principio se quedaba alguna noche, como amigos. Se iba. Volvía. Con el tiempo dejó allí sus cosas. Un día descubrí que la esperaba cuando no estaba. Y otro día cualquiera aún permanecía allí, sin que hubiésemos pronunciado palabra al respecto. Pasó a vivir conmigo - sin anuncio, sin pacto alguno.

Al hablar solo español, me obligó a aprenderlo. Lo adquirí más rápido de lo esperado: muchas palabras me eran familiares del inglés, y al estar siempre juntos desarrollamos una lengua propia, mitad español, mitad gesto, y el resto pura intuición. Ella tenía paciencia; se reía cuando yo tropezaba, me corregía sin decir nada.

Vivir en una cueva sin comodidades era distinto para

una mujer que para un hombre, pero Reme se desenvolvía sin esfuerzo. Jamás se quejó.

Compartíamos lo que ganábamos en la calle y recogíamos, al cerrar el mercado, verduras que de otro modo habrían sido arrojadas. Reme conocía a todos y con frecuencia le daban más de lo que podíamos cargar. El ascenso cargados era duro, pero formaba parte del trato. Cuando teníamos suficiente provisión, permanecíamos días allí arriba.

Poco a poco, la cueva se convirtió en nuestro hogar. En las costumbres y el ritmo. En la calma. En la confianza de que se quedaría.

El interior era austero, mas sereno. Nos sentábamos sobre cojines en el suelo de hormigón liso. En una de las estancias yacía un colchón doble que yo había subido a pulso tiempo atrás. Con suficientes mantas nos manteníamos cálidos, incluso en las noches frías. A veces sentía sus pies helados contra mi espinilla, recordatorio de que fuera de la cueva reinaba el invierno.

Al caer la noche, encendíamos el fuego. Unas ramitas, hierba seca, un poco de resina: lo justo para hacer danzar las llamas. Por lo general, ella se acomodaba entre mis piernas, mi torso como respaldo, mis muslos como reposabrazos.

Contemplábamos juntos el fuego, como otros miran una pantalla. Las llamas proyectaban sombras en nuestros rostros y en el techo. Tan juntos, el tiempo parecía desvanecerse. Hablábamos poco, pero nos leíamos en gestos, miradas, un roce, un suspiro, una cabeza recostada en un hombro. A veces una frase en voz baja, en español o en inglés, sin explicación. La comprensión surgía sola.

La cueva era como un capullo seguro, apartado de todo lo que es obligación, prisa o estruendo. El mundo allá fuera

quedaba suspendido. Solo importaba el presente. El fuego. Su cercanía. El espacio entre los dos.

Charlotte y Jose

Por mediación de Reme entré en un círculo de gentes que llevaban ya más tiempo a su alrededor, entre quienes se hallaban Charlotte y su amigo español, Jose. Charlotte era una amiga francesa que, al igual como Reme, vivía en la calle. A veces aparecía con Jose y su perrito, Potiron. Charlotte era de temperamento nervioso, siempre agitada, hablando con grandes ademanes y una voz que a menudo se quebraba: el reverso completo de Reme.

Jose era un larguirucho con un sombrero perpetuo sobre la cabeza. Parecía tener la mente casi siempre en otra parte. No lograba descifrarlo. Decía poco, observaba mucho, pero sin llegar a entablar un verdadero contacto.

Charlotte solía sentarse en el suelo con Potiron en el regazo, pidiendo limosna con una especie de teatralidad. Al igual que Reme, Jose tocaba la flauta. Ninguno de los dos era especialmente musical, pero aquello no parecía importar. La gente daba más por compasión que por arte, o porque se sentían abordados con amabilidad.

Conmigo no debía de ser muy distinto, aunque a veces se detenía alguien de verdad a escuchar. Eso me hacía sentir incómodo: cuando se quedaban allí frente a mí, callados, con esa mirada expectante. Debería agradecerles la atención, pero aún era demasiado tímido. Casi siempre cerraba los ojos y me refugiaba en mi propio mundo. Así no tenía que mirar a nadie. Y ayudaba.

Kenny

Eso cambiaba cuando tocaba con alguien. Ya fuera con Jonas, Finn, Nils u otros. En tales momentos desaparecía mi timidez. Lo hacíamos juntos, y eso suponía una diferencia abismal. La energía fluía entre nosotros. No tenía que soportarlo solo. Las miradas se dividían y yo me sentía más ligero, libre de todo juicio.

Así entró también Kenny en escena: un muchacho inglés, unos años mayor que yo, suelto de cuerpo, siempre con un atisbo de picardía en la mirada. Tocaba también la guitarra y tenía un modo de ser abierto y juguetón que daba la impresión de que en cualquier instante podía ocurrir algo inesperado.

Había tocado en una banda que, según contaba, había tenido un pequeño éxito en Inglaterra; hablaba de ello con una mezcla de orgullo y autoironía. Cuando actuábamos juntos en la calle, no era solo música: era un espectáculo. Pasos de baile, estribillos a varias voces, pequeñas improvisaciones con las que nos retábamos mutuamente.

Jamás concertábamos nada; surgía de manera natural. A veces estallábamos en carcajadas en mitad de una pieza, incluso si todo se descarrilaba. No importaba. En la calle tocabas con lo que hubiese; todo era posible. Los sonidos rebotaban entre las fachadas, los niños giraban a nuestro alrededor, los turistas se paraban para una foto. De vez en cuando alguien aplaudía, y alguna voz cantaba desde una ventana abierta. La calle era un escenario sin reglas, y nosotros marcábamos el juego.

Pero como tantos ingleses, Kenny se negaba obstinadamente a pronunciar una sola palabra en español. Sostenía que todos debían entender el inglés. Si quería encender un cigarrillo y no teníamos mechero, hacía esfuerzos cómicos

para conseguir fuego en inglés. Preguntaba despacio y en voz alta a los transeúntes: "Do you have light?", señalando con énfasis la punta de su cigarrillo.

Después de verlo batallar así varias veces, le dije: "También puedes decir '¿tienes fuego?' ¿Tan difícil es?"

Claro que no..., y esas se convirtieron en sus primeras palabras en español.

Kenny vivía con Claire, su novia. Ella daba clases de inglés y pagaba el alquiler. Kenny la trataba como a su madre. Esperaba que lo arreglase todo: cocinar, limpiar, hacer las compras. Él prefería pasarse el día entero en la cama aguardando su comida y su bebida. Claire se quejaba a veces de su pereza, pero no hacía de ello un problema. Como si hallase cierto sosiego en su modo lento y despreocupado de vivir.

En tales contactos advertía que me desenvolvía con mayor facilidad entre norte-europeos que entre españoles. Había una especie de naturalidad - un patrón de expectativas compartido, tal como lo conocía de mi tierra. Con los sureuropeos era distinto. Sus códigos sociales, su intensidad, su espontaneidad... me costaba descifrarlos. La lengua, desde luego, desempeñaba también su parte.

Por ello, en compañía de españoles solía mantenerme primero un tanto al margen. A veces me llamaban "*un hombre reservado*."

Mas la música siempre quebraba aquella reserva. Había un solo español con quien me sentía cómodo sin preámbulos. Se llamaba Flavio: un acordeonista de nivel extraordinario.

Flavio

Había aprendido el oficio de niño, viajando con circos por toda España. Su cuerpo había sido moldeado por años de tocar el acordeón: hombros anchos, una ligera joroba en la parte superior de la espalda, que le hacía caminar siempre un tanto encorvado. Poseía un repertorio enorme y tocaba con una soltura y una entrega que me alcanzaban de inmediato.

Los sonidos que Flavio arrancaba de su acordeón parecían provenir de algún otro lugar. No solo del instrumento, sino de algo más hondo: un depósito de dolor, ternura y añoranza. Su interpretación no era nunca pulida ni meramente técnica; tenía algo áspero y algo delicado a la vez, con aceleraciones imprevistas, una nota torcida aquí y allá, un temblor nervioso en el ritmo.

Sus melodías se deslizaban lentamente por la calle, como humo que se filtra por rendijas. Flotaban entre las fachadas, rozaban muros y balcones, y continuaban su camino sobre el murmullo de la ciudad. Con facilidad llenaban la Zacatín y tocaban los corazones antes de que alguien se diera cuenta de que estaba escuchando.

Todos lo conocían. Incluso los locales, curtidos por la interminable música callejera de Granada, sentían por él un cariño silencioso.

Era inseguro en lo social, casi incómodo. La cabeza algo gacha, una sonrisa vaga, una mirada esquiva. Mas cuando comenzaba a tocar, todo desaparecía. Sus hombros se relajaban, su espalda se curvaba al compás del instrumento: solo entonces parecía habitado por algo más grande que él mismo.

En ocasiones tocábamos juntos en la calle. Casi siempre blues, con largas improvisaciones suyas mientras yo llevaba

el acompañamiento y cantaba. Entonces acontecía algo único: las notas no se forzaban hacia afuera, *sino que escapaban*, como si algo se rompiese dentro de él, y todos lo percibían.

Más entrada la noche solía hacer una ronda por las tabernas. Algunas cancioncillas y luego la gorra en la mano. A veces lo acompañaba. Cómo lograba transformar una taberna entera en un solo cuerpo atento con solo su acordeón pertenecía para mí a otra esfera del mundo. El aire comenzaba a vibrar apenas él tocaba. Los primeros acordes eran a menudo suaves, titubeantes - como huellas sobre nieve virgen - pero poco a poco se adueñaban del espacio. Podías sentir la melodía ascender por el suelo, deslizarse entre las mesas, los vasos, y a través de los cuerpos de cuantos escuchaban. Las conversaciones se detenían, las sillas giraban, los rostros se ablandaban. Su música no era alegre. Era consoladora.

Sus sonidos permanecían en el aire aun después de que él hubiese callado. El espacio parecía necesitar desintoxicarse de su ausencia. Y él mismo inclinaba la cabeza, como si pidiese disculpas por lo que había despertado.

Flavio era, con enorme diferencia, el mejor músico de la calle. Siempre había en sus melodías una leve vacilación, un suspiro, un eco: algo que se aferraba. Cálido, jamás perfecto, pero siempre certero. Conocía centenares de melodías - música popular, flamenco, tango, blues - y a todas les añadía su propio tono melancólico, de modo que su acordeón no solo producía música, sino que derramaba recuerdos. Podría haber sido músico profesional sin esfuerzo alguno... si hubiese tenido otra vida.

Porque había también ese otro lado. Padecía una dolencia que había hecho que uno de sus ojos se hinchase de modo grotesco, tan grande que parecía a punto de

desprenderse de su órbita. Pero no era solo su aspecto lo que lo apartaba. Flavio vivía en sí mismo, consigo mismo. Solo en la música tenía dominio. Allí podía dejar fluir todo, allí podía ser por entero quien era.

En la vida diaria no lograba poner orden. Aunque aún joven, los años de noches interminables habían pasado factura. Alcohol gratis, veladas sin fin, malas decisiones. Primero cayó en el alcoholismo, más tarde llegó la heroína.

Su sufrimiento no se alojaba únicamente en ese ojo, ni en su cuerpo, ni en la bebida. Estaba en toda su persona. En su timidez, en sus movimientos contenidos, en la forma en que tras un número magnífico apartaba la mirada, como avergonzado de su propio talento.

Con el tiempo lo veía cada vez menos, hasta que un día había desaparecido por completo.

Más tarde oí decir que, al fin, su ojo se le había salido de verdad. La noticia me golpeó como una ola helada, aunque sabía que hacía tiempo caminaba sobre ese filo. Aún lo veía allí, en el Zacatín, la espalda ligeramente encorvada sobre el instrumento, la música alrededor de él como un escudo. La idea de que aquel sonido se hubiese extinguido hacía las calles más vacías que nunca.

Le eché de menos. Como músico, pero sobre todo como presencia. Su acordeón daba a la ciudad un tono que no escuché en ningún otro lugar, y en él la belleza y el dolor estaban indisolublemente unidos. Solo por eso ya llenaba las calles de Granada.

Su ausencia se sentía como el acorde final de una sinfonía de sufrimiento.

Las calles de Granada nunca se detenían. Los espacios vacíos siempre volvían a llenarse. A veces con algo grande, a veces con algo pequeño.

Así apareció Guiri, el gatito que irrumpió de pronto en mi vida.

Guiri y Fango

Al igual que en las cuevas, también en la ciudad, entre ruinas y casas abandonadas, se hallaban rastros de vida: nidos de perros y gatos callejeros, escondidos en rincones a los que ya nadie acudía.

Un día alguien regaló a Reme un cachorro: un animalillo sin linaje, arrancado de la calle, con zarpas grandes y ojos asombrados. Lo llamó Fango, y de un día para otro éramos los tres en la cueva.

Al principio dormía con nosotros en la cama. A mí me desagradaba. No sabías qué podía traer consigo: pulgas, garrapatas, quizá lombrices. Reme, hija de campesinos, lo veía de otro modo: había crecido entre animales - para ella eran como niños. También aquel cachorro. Mas al fin logré convencerla de que durmiese en una mantita junto a la cama.

Poco después un compañero músico me puso un gatito entre las manos. Lo había encontrado, huérfano, seguramente escapado del nido. Era diminuto, no tendría más de dos semanas y dependía por entero de la leche materna. Tenía un pelaje rojizo y blanco. Me ganó al instante.

Reme tuvo la solución: remojaba trocitos de pan en leche tibia y dejaba que el pequeño mamase de ellos. Funcionaba a la perfección.

Lo llamé Guiri. En español era un insulto para turistas del norte de Europa. Con su pelaje rojizo me pareció un nombre adecuado. Al principio a Reme no le gustó. Cada vez que lo llamaba sonaba como si estuviese insultando a alguien. Para ella la palabra tenía un peso mayor. Para mí

era sobre todo una broma, una forma de pinchar un poco a los españoles.

Si iba a la ciudad, metía a Guiri en el bolsillo interior de mi chaqueta y descendía la montaña así. A él le encantaba. Y en cuanto tocaba la guitarra, se acurrucaba junto a la caja de resonancia. En un principio temí que las vibraciones, el temblor, el ruido pudiesen inquietarlo, pero parecía gozar con ello. Siempre que lo miraba, dormía en paz.

Cuando Guiri creció un poco, ya no necesitaba leche. Pero no teníamos comida especial, y lo mismo valía para nuestro perro, Fango. Habían de comer lo que hubiese. Y lo que había era por lo general vegetariano. Verduras, patatas, fruta. Rara vez probábamos carne. Por lo común preparábamos una gran olla de sopa con cuanto tuviésemos y la comíamos con pan. Los animales recibían lo que sobraba. Ni croquetas ni latas.

Se adaptaron. Tenían que hacerlo. Por hambre devoraban todo: verduras crudas o cocidas, cáscaras, fruta. Pero cuando un día un comerciante del mercado nos dio una bolsa de pececillos y se la dimos a Guiri, no podía creer su fortuna. Engulló la bolsa entera de una vez, su vientre se hinchó como un pequeño globo y apenas podía caminar. Tambaleante buscó apoyo en Fango, se acurrucó contra su cálido cuerpo y cayó en un sueño profundo y satisfecho.

No podíamos contener la risa. Aquel cuadro quedó grabado en mi memoria: un gato de vientre redondo, dormido contra un perro, en un lugar donde nada se daba por sentado.

Fango y Guiri se habían convertido en una parte inconfundible de nuestras vidas. Con dos animales en casa la cueva se sentía más llena que nunca. Y afuera, la aldea de moradores de las cuevas crecía al mismo ritmo.

Moradores de las cuevas

Lenta pero inexorablemente comenzaron a establecerse cada vez más gentes en la colina. Donde al principio yo estaba casi solo, brotaban ahora señales de vida por todas partes. Telas ajadas ante las entradas, columnas de humo al anochecer, voces al despuntar el alba. Las cuevas se colmaban.

A lo largo de nuestro sendero se instalaron Thanos y Yannis, dos jóvenes griegos. Tocaban música en la calle - Thanos la mandolina y la guitarra, Yannis el tambor - y llevaban sus cabellos rasta como una bandera de libertad. Les agradaba fumar hachís, algo estrictamente prohibido en Grecia. Aquí en España se sentían libres.

Habían encontrado un bello lugar fuera del centro: un puentecillo de piedra que conducía hacia las afueras. A veces los acompañaba. Entonces tocábamos allí los tres, sobre todo por diversión, no por el dinero. Porque cuando había que repartirlo, quedaba muy poco. Eran tipos fiables. Buena gente, sin complicaciones.

En la otra ladera vivía un marroquí de edad ya avanzada. Había llegado antes que yo y se mantenía en un discreto segundo plano. Ignoraba de qué vivía, ni se lo pregunté jamás. A veces lo veía en una taberna de la ciudad. Nos saludábamos o cruzábamos algunas palabras. No se mezclaba en nuestro pequeño mundo.

Frente a nuestra cueva, separada por un pequeño valle, vivía un joven alemán que estudiaba guitarra flamenca. Recibía clases de un maestro de Sacromonte y practicaba casi todo el día. Su música resonaba por las colinas como si estuviese sentado ante nuestra puerta. No molestaba. Al contrario.

Dos colinas más allá vivían un neerlandés y un belga

juntos en una cueva. Apenas tenía trato con ellos. Su mundo giraba en otro compás: ruidoso, temerario, empapado en alcohol fuerte. Nos manteníamos apartados. Allí había también heroína - una frontera que no deseábamos cruzar.

Huyendo de la justicia en sus propios países, como tantos del norte, buscaban quemar su culpa bajo el sol benévolo del sur. Aquella ilusión de libertad se convertía a menudo en otra forma de cautiverio, sin barrotes, pero con cadenas más pesadas: desesperanza, adicción, extrañamiento.

El belga regresó un día a su hogar. Había decidido entregarse voluntariamente. “La vida que llevo aquí,” dijo, “es peor que lo que me espera allí.”

Había también un muchacho alemán, Claus. Un buen tipo. La vida de la calle no le afectaba demasiado; para él era sobre todo una aventura vacacional. Vivir en una cueva le parecía interesante para probarlo una vez. Tras un mes se marchó. La cueva que dejó atrás fue ocupada pronto por unos españoles.

Quienquiera que viviera en la colina, y quienquiera que llegase, todos debían someterse a las exigencias de la montaña.

La vida en la montaña

Todo lo que necesitábamos lo llevábamos hacia arriba: agua, leña, comida, ropa limpia. El calor venía únicamente del fuego que encendíamos. Ni siquiera el agua era algo asegurado; las fuenteillas de Sacromonte a veces se secan, y el grifo exterior del convento, algo más arriba, no siempre ofrecía alivio. El confort no era aquí un derecho, sino una recompensa por la dedicación.

Había algo a cambio.

La misma montaña que nos exigía tanto, también nos ofrecía abundantes dones: la luz matinal que ascendía lentamente por la loma. El paisaje. La calma. La ciudad bajo nosotros quedaba lejos. Aquí no se oían coches, ni voces, ni prisas. Solo el roce de un lagarto, el canto de los pájaros, un acorde arrancado a una guitarra.

Durante el día hacía un calor agradable. Nos sentábamos ante la cueva y dejábamos que el sol nos calentase el rostro, reanimándonos a diario. Mas cuando el cielo se tornaba gris azulado y el frío se acercaba, encendíamos el fuego.

Vivíamos a unos novecientos metros de altura. Por la mañana solía haber una fina escarcha blanca sobre las colinas. Las piedras estaban frías bajo los pies, el aire era tan afilado como vidrio. La helada mordía el rostro en cuanto salías fuera.

Pero cuando el sol ascendía y el frío se retiraba, nos llegaban de la barriada los sonidos de guitarras gitanas. Tocaban a menudo al aire libre. Al principio era algo que se oía; después algo que se sentía. La música penetraba lentamente en el cuerpo, hasta instalarse en él.

Con el tiempo, el flamenco se convirtió en una parte natural de la vida en la montaña. El mundo circundante adquiría otro color, otro peso. Vivíamos entre un pueblo con un lenguaje propio de sonidos y ritmos, una cultura enraizada en el dolor, el orgullo y la transmisión de generación en generación. Una cultura que jamás comprenderíamos del todo, pero que contemplábamos en silencio con admiración.

Con los habitantes de Sacromonte apenas teníamos contacto. Había distancia, más por su parte que por la nuestra. Tal vez por orgullo, tal vez por cautela. Pero su música

no podía ser retenida. Cruzaba con absoluta facilidad el abismo entre su mundo y el nuestro.

Había, sin embargo, otras cosas que hacían visible aquel abismo. La vida diaria dejaba señales en los cuerpos y en la ropa, tan inevitables como la música que flotaba por el barrio. La higiene era una lucha constante. Exigía verdadera dedicación. A menudo se veía de inmediato quién vivía en una cueva: ropas deslucidas tras demasiado uso, cabellos apelmazados por polvo y viento.

Por muy puro y rico que a veces se sintiese aquel modo de vida, también desgastaba. El cuerpo, el ánimo, la relación con la ciudad, con los demás... todo se resentía. Lentamente se deslizó en nosotros otro sentir: el anhelo de aire, de cambio. Hacia finales del invierno decidimos Reme y yo irnos de “vacaciones”: al mar, para estar de nuevo del todo limpios y frescos, para tomar distancia y escapar de la rutina diaria. Nada lejano, nada lujoso; simplemente otro lugar, el mar en lugar de piedra, arena en vez de polvo.

Mas antes debíamos cerrar bien la cueva. No queríamos que nadie se instalase en ella durante nuestra ausencia, y por ello decidimos construir una puerta para la entrada.

Una puerta

Johannes - un alemán que no vivía en las cuevas pero que a menudo pasaba por allí para charlar - tuvo una idea. Trabajaba en la construcción, llevaba años en España y conocía bien el oficio.

“Busquemos una verja con puerta en un desguace y la colocamos ante la entrada”, dijo.

“¿Y cómo? No tenemos transporte”, le respondí.

“Ya se arreglará”, fue todo lo que dijo.

Quedamos y tomamos el autobús hasta las afueras de la

ciudad. Allí se extendía un laberinto de actividad: talleres, garajes, almacenes de metal y de madera, chatarrerías. Todo estaba abierto a la calle, puertas de par en par, con ruidos y olores derramándose hacia el exterior. Bastaba con entrar sin más.

Johannes se dirigió directamente a una chatarrería, husmeó un rato entre los montones y encontró una verja de hierro con puerta.

“Perfecto”, dijo.

Negoció con el dueño y no quiso pagar más que el precio del hierro viejo. Lo aceptaron. Poco después caminábamos con la verja sobre los hombros.

Pero aún había que soldar los ganchos. Ya habíamos llevado cables y clavijas del desguace, con los que podríamos fijar la verja a la roca. Solo faltaban los ganchos.

“No tenemos soldador, ¿no?”, dije.

“Pedir”, dijo Johannes, mirándome de reojo.

Seguimos andando hasta hallar un taller de metal. Dentro, alguien estaba soldando. Johannes se acercó, se lo explicó y le preguntó si podía ayudarnos un momento. El hombre asintió, se caló la máscara y se puso a trabajar de inmediato.

Cuando pregunté cuánto costaba, dijo: “Nada.”

Faltaba ahora el transporte.

“A dedo”, dijo Johannes.

Yo dudaba. ¿Quién iba a llevar a dos tipos con una verja enorme de hierro? Pero ya no dije nada; Johannes parecía tener respuesta para todo.

Al cabo de un rato se detuvo una Hanomag con caja abierta. El conductor estaba dispuesto a llevarnos si le pagábamos algo por los gastos. Aceptamos. Nos dejó en Sacromonte.

Arrastramos la verja colina arriba. Johannes ayudó a

fijarla. Con cables, ganchos y un candado fuerte la anclamos a la pared de roca.

Con una puerta y un candado, teníamos ahora un hogar de verdad.

De vacaciones

Alguien nos había hablado del pueblecito abandonado de San Pedro, en la costa sureste, no lejos de Las Negras. Se decía que tenía una pequeña playa, un manantial de agua dulce, algunas ruinas: un rincón paradisíaco, accesible solo a pie por un sendero de montaña. Justo lo que buscábamos.

Compramos comida seca: alubias, lentejas, arroz. Suficiente para resistir allí un tiempo. También Fango y Guiri debían venir. El perro y el gato eran ya inseparables: mejores amigos, siempre juntos, incluso dormían hechos un ovillo.

Queríamos tomar el autobús a Almería, pero no se permitían animales. Por fortuna aún eran pequeños. Reme consiguió una bolsa amplia donde cupiera Fango; ella lo llevaría. Guiri desapareció, como de costumbre, en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Con tal de que guardase silencio. Un solo ladrido y todo acababa. Pero permaneció quieto; parecía comprender la seriedad del momento. Respiramos aliviados cuando aquella noche llegamos sin contratiempos a Almería.

La segunda venida de Cristo

Era demasiado tarde para seguir viajando, así que decidimos adentrarnos en la ciudad. Quizá pudiera yo tocar algo de música. Pero, a diferencia de Granada, aquí la noche parecía desierta. Las calles yacían silenciosas y vacías.

Encontramos a unas pocas personas que también vivían en la calle. Confirmaron lo que ya sospechábamos: pasada cierta hora no quedaba nada por hacer.

Uno de ellos, un hombre mayor con una mochilita, caminó un trecho con nosotros. Su cabello gris le caía sobre los hombros y se movía al compás de sus pasos. En su barbilla lucía una barba puntiaguda que acariciaba de vez en cuando, como queriendo sujetar sus pensamientos.

Era animado, vivaz, casi saltaba más de lo que caminaba. Hablaba con una energía contagiosa y mostraba enseguida atención hacia nuestros animales. Sobre todo a Guiri, que tenía dificultades para seguir el ritmo, lo guiaba con cuidado de vuelta hacia nosotros cada vez.

Cuando nos sentamos en un lugar, él permaneció de pie. Nos miró un instante, se enroscó un mechón de pelo en el dedo y comenzó a hablar. No era una charla, ni frases sueltas, sino un discurso verdadero.

Dijo que era un enviado de Dios y citó textos bíblicos que yo solo comprendí a medias. Hablaba de Pablo, de la época en que vivíamos, del inminente retorno de Cristo.

No literalmente, dijo, no sobre una nube. La segunda venida no sería en carne y hueso, sino en espíritu. En conciencia. En amor.

Según él, el mundo estaba envuelto en tinieblas: una noche espiritual. El sentido moral se desmoronaba, los hombres esclavos del poder y la posesión, separados de toda verdad superior. Hasta las mismas estrellas del firmamento se desvaían y ya no podían servir de guía a la humanidad extraviada.

Pero ni la noche más profunda podía apagar la luz. Podía quedar oculta, debilitada, empujada fuera de la vista - pero jamás destruida. Tarde o temprano volvería a mostrarse.

Según él, el amor y la sabiduría retornarían como un

cambio interior, una claridad creciente en la conciencia que comenzaba cuando el hombre se atrevía a soltar y a abrirse a algo más grande que sus cuitas diarias.

Eso llamaba él la segunda venida de Cristo. No un suceso cósmico, no una figura descendiendo del cielo, sino un despertar silencioso desde dentro. Un nuevo tipo de conciencia que poco a poco se ilumina en el alma, que supera el miedo y la confusión antiguos y conecta al ser humano con el amor, la sabiduría y el sentido de dirección. Quien se atreviese de verdad a abrirse, decía, vería nacer a Cristo de nuevo - en sí mismo. Esa era la venida.

Al principio pensé que era uno de esos andariegos que a veces encuentras en la calle. Pero su discurso tenía estructura. Hablaba con claridad y pasión, con convicción. Creía lo que decía - y eso se percibía.

Jesús no retornaría en un espectáculo celeste, como muchos esperaban, sino en el silencio del corazón. En el hombre que se abría al amor eterno. Lo que decía sonaba, en verdad, muy razonable.

Se quedó un rato más con nosotros. Reme conversó con él. Yo toqué algunas canciones. Él escuchaba atento, miraba a nuestros animales - que yacían en perfecta paz uno contra el otro - y sonreía.

Cuando se levantó, elevó la vista hacia la noche sin estrellas y dijo:

“Esperad con paciencia hasta el alba. Él viene. *Lo prometido es deuda.*”

No sabía entonces que aquellas palabras regresarían más adelante, bajo otra forma, en labios de otra persona. Como si el mismo mensaje hubiese de llegarme por dos caminos distintos.

Casa abandonada

Era hora de buscar un lugar donde dormir. En una ciudad desconocida no estaba exento de riesgos. Ignorabas a quién o a qué podrías encontrarte - o qué barrios convenía evitar - pero cuando llevas más tiempo viviendo en la calle desarrollas cierta intuición. Una vigilancia silenciosa. Las antenas siempre en tensión.

Fuimos en busca de una casa abandonada; dormir bajo techo era siempre más seguro que dormir a la intemperie. Fango y Guiri venían con nosotros, sin correa. Fango nos seguía por sí mismo, pero Guiri era otra historia. Corría en todas direcciones y debíamos aguardar una y otra vez hasta que volvía a reunirse con nosotros. Confiábamos en que aprendería, aunque quizá fuese contradecir la evidencia

Al cabo de un rato hallamos una casa ruínosa. Casi todo se había derrumbado. Solo quedaba en pie una estancia. El techo colgaba medio suelto, los pisos se habían venido abajo. Con mi linterna deslicé la luz por los muros de barro: agrietados, abiertos en desgarros. Algunos fragmentos sobresalían con peligro. Había basura por todas partes. El suelo era un enredo de tablas podridas y vigas rotas. Dudamos. Tal vez fuese mejor seguir adelante. Pero el cansancio prevaleció.

Despejamos un rincón. Afuera fui en busca de cartón - cajas que los comerciantes habían dejado en la calle para su recogida. Costó, pero al fin encontré algunos trozos aprovechables. Con ellos improvisamos una base sencilla y extendimos nuestros sacos de dormir.

Pero aun dormido permaneces alerta. De ratas, de alimañas. De voces. De pasos. De un desconocido que, de pronto, se planta en el umbral.

Dormir en la calle nunca era dormir de verdad. Solo esperar a que amaneciera.

Espectáculo de animales

A la mañana siguiente Reme salió a buscar algo de desayuno. Para ganar un poco de dinero extra, buscamos hacia el mediodía algún lugar adecuado para tocar - con Fango y Guiri siguiéndonos. Esta vez debíamos ser prudentes.

Apenas habíamos entrado en las calles comerciales de Almería cuando él ya había desaparecido otra vez. Sin correa, sin plan. Solo un gatito rojizo con la seguridad de un ilusionista callejero. Fango iba tras nosotros mansamente, olfateando, tambaleándose, siempre cerca. Pero Guiri... Guiri estaba por todas partes y en ninguna.

Se escabullía bajo los expositores, entre las piernas, saltaba de pronto contra el escaparate, atraído por lo que había tras él. Luego desaparecía sin dejar rastro, hasta que se oía un grito en alguna tienda. El tono era inconfundible: excitado, casi histérico, lleno de deleite.

“¡Ay, qué gato más mono!”

Y allí estaba Guiri, en medio de una perfumería, subido al mostrador, entre probadores y aparatillos de caja. Cola erguida, cabeza ladeada, buscando a quien acababa de elogiarlo.

El personal iba detrás de él con grandes zancadas, los clientes se inclinaban riendo, alguien hacía una foto. Guiri hacía corte. Tenía ese raro talento de conjugar caos y encanto en perfecto equilibrio. Antes de que pudiéramos llamarlo, ya había salido hacia otra tienda - una de recuerdos, o bajo una silla de terraza, o directo dentro de una tienda de ropa. Tenía su propia ruta turística por la ciudad.

Lo seguíamos, a medias avergonzados, a medias orgullo-

sos. Dondequiera que aparecía, algo ocurría: una sonrisa, un revuelo, un pequeño sobresalto. Los niños lo señalaban, se agachaban para acariciarlo; ancianas le gritaban palabras que no entendía.

Fango observaba todo aquello con tranquila sorpresa. A veces ladraba suavemente, como para poner a Guiri en su sitio - en vano, por supuesto. Guiri volvía siempre, según su propio plan.

Tras nuestro paseo caótico, finalmente encontramos un sitio junto a una antigua muralla - sin tiendas cerca, pero con muchos transeúntes - ideal. En calles comerciales podían echarte en cualquier momento, sobre todo si el personal creía que espantabas clientes.

En Granada, por eso solía tocar por las noches, después del cierre. Pero incluso entonces debías escoger bien el momento: demasiado tarde y despertabas a los vecinos, lo que podía acabar en quejas. Aún no tenía pasaporte, así que iba con especial cautela.

En la esquina junto a la antigua muralla, justo fuera del bullicio, tendimos nuestro paño. Cogí mi guitarra, listo para tocar, pero pronto comprendí que ese día no sería mi música la que atraería al público.

Fango yacía estirado al sol, lánguido y sereno como siempre, hasta que Guiri se le lanzó encima. De pronto, con un salto elegante, las patitas extendidas como un pequeño depredador en ataque. Fango no se inmutó. Rodó sobre un costado, dejó oír un gruñido suave y empujó a Guiri dulcemente con su pata. Guiri dio una voltereta, rodó, y volvió a saltar sobre él. Estaban jugando. Jugando de verdad.

Los transeúntes se pararon. Primero con cautela, luego cada vez más. Una joven señaló riendo. Los niños miraban boquiabiertos. Guiri saltaba sobre Fango, se metía bajo su vientre, hacía cabriolas ridículas hacia un lado. Fango

mordía el aire, rozando apenas su oreja, y le posaba luego la pata encima con ternura. Después cambiaban y empezaban otra vez. Se movían como en una coreografía ensayada. Una llena de juego y de dulzura, de confianza y de picardía.

Los turistas sacaron sus cámaras, se inclinaron hacia adelante, hicieron fotos y vídeos - convencidos de haber encontrado algo inusual. Un turista alemán dejó su mochila, se agachó y comenzó a tomar fotos. No una o dos, sino toda una serie, captando escena tras escena. Los presentes murmuraban entre sí, sonreían. Algunos echaban monedas en la funda de la guitarra que había puesto en el suelo - no por mi música, sino por ellos.

No necesitaba cantar. El espectáculo estaba en marcha. Dos almas, perro y gato, que celebraban la vida con un lenguaje que cualquiera entendía. Y por un instante la acera dejó de ser acera para convertirse en un pequeño teatro, con el sol como foco y la ciudad como público.

¿Y nosotros? Nosotros observábamos, sorprendidos por tanta atención. Era la primera vez que los llevábamos juntos a la calle - y de inmediato fue un éxito rotundo.

Hacia el anochecer recogimos de nuevo nuestras cosas. El sol pendía bajo y cálido, y en la funda de la guitarra había más que suficiente para pagar el autobús - todo gracias a Fango y Guiri. Sonriendo ante su talento inesperado, caminamos hacia la estación.

Mas allí nos aguardaba una decepción: el último autobús ya había partido. Habíamos de pasar otra noche en Almería. Volver a la casa abandonada no nos atraía en absoluto. Reme propuso algo distinto: la playa, bajo el cielo abierto. O, como ella lo llamaba, *el hotel de mil estrellas*.

El Orión

En el camino pasamos junto a un barrio en construcción, no lejos de la costa. Filas de casas a medio levantar se erguían abandonadas. Las verjas de seguridad estaban en parte derribadas - se podía pasar sin esfuerzo alguno. Dentro todo había sido saqueado: cocinas arrancadas, marcos extraídos de los muros, claraboyas desaparecidas. Como si un enjambre de hormigas hubiese vaciado entero aquel esqueleto.

Miré alrededor, sorprendido.

“¿Mostraba la gente tan poco respeto por lo ajeno?”, me pregunté.

No era indignación moral -más bien un asombro incrédulo que seguía resonando en mis pensamientos.

En la playa dimos con un gigante de hormigón, de varias decenas de metros de altura. Desde su vientre se extendía un almacén metálico, sostenido por pilares de hierro, como un muelle oxidado que se adentraba en el mar más de cien metros. En otro tiempo había sido símbolo de progreso; ahora, abandonado y carcomido, dominaba el horizonte como testigo mudo de sueños desvanecidos.

A la sombra fría y húmeda de aquel monstruo de cemento instalamos nuestro campamento. Por fin pudimos darnos el ansiado baño refrescante. Agua salada y helada, pero liberadora. Nos lavamos de pies a cabeza y dejamos que semanas de sudor, polvo y ciudad se desprendieran de nosotros.

Cuando cayó la noche, nos acurrucamos juntos en los sacos de dormir y alzamos la vista. El cielo permanecía abierto. Vimos a Orión desvanecerse lentamente por el borde occidental del firmamento, un anuncio silencioso de que el invierno tocaba a su fin. Más tarde un manto de

nubes se extendió y cayó una llovizna fina. Temimos lo peor, pero no pasó de allí. La noche guardó silencio.

Un resplandor rojo en el oriente anunció un nuevo día. Despertamos con el murmullo suave del mar y el crujido lento del coloso sobre nuestras cabezas. Aún teníamos sal en la piel, pero nos sentíamos limpios. La playa nos había renovado, y ahora llamaba el siguiente destino.

Mientras la costa quedaba atrás, el autobús atravesó un paisaje desnudo y bañado de sol. Montañas y mar se alternaban hasta que llegamos al pequeño Las Negras.

Desde allí quedaban unos cinco kilómetros a pie hasta nuestro destino - por senderos estrechos y rocosos que serpenteaban por el paisaje montañoso. Solo Guiri parecía pensar de otro modo. Tomaba la ruta que le venía en gana. A veces se alejaba tanto que acababa metido en el bolsillo interior de mi chaqueta - una prisión temporal de la que se liberaba en cuestión de minutos. Al final decidimos dejarlo a su aire. Viniera o no, eso quedaba en sus manos.

San Pedro

Finalmente llegamos al valle. Hacía un calor sorprendente para la época del año - más calor que en Granada, más suave que de donde veníamos esa mañana. San Pedro, encajado entre dos imponentes paredes rocosas y con una playa de apenas unos cientos de metros, parecía una trampa natural de calor. La tierra estaba agrietada por la sequía, marcada por generaciones de calor y escasez. Y, aun así, había algo suave en el aire.

El sol brillaba con fuerza, aunque sin crueldad. Permanecía suspendido sobre el valle, como meditando, y acariciaba la arena, las piedras, los muros desgastados de las ruinas.

Un poco tierra adentro se alzaba una antigua ruina - tal vez antaño un puesto de defensa costera, o el retiro invernal de algún noble olvidado. Los muros estaban medio derruidos, pero sus contornos seguían erguidos en el paisaje. Parecía el corazón de lo que alguna vez había sido una pequeña comunidad.

Había algunas figuras en la playa, mas decidimos desahucarnos primero de nuestras cosas. El contacto vendría por sí mismo. Antes, explorar. El suelo era pedregoso, con aquí y allí arena fina que se colaba entre los dedos. Tras la ruina el terreno ascendía suavemente, hasta perderse en las laderas áridas y rojizas de las montañas que abrazaban el valle como brazos protectores.

Esta región, al otro lado de Sierra Nevada, apenas recibía lluvia. Las montañas detenían los vientos húmedos del oeste, convirtiendo el interior en una zona semidesértica.

Por aquí cerca, algo más adelante, se encontraba también el mini-Hollywood donde Sergio Leone rodaba sus spaghetti-westerns. El paisaje encajaba de manera perfecta: polvoriento, sudoroso, desolado y, de un modo extraño, intemporal. Daba a la vida de las películas un sentimiento de dureza total - como si la aspereza de la existencia cupiera entera en una sola imagen.

La ruina estaba ya habitada - por quién, aún no lo sabíamos. Había unas pocas construcciones en torno a ella, todas en estado deplorable. Un techo sobre nuestras cabezas no iba a ser posible, eso quedaba claro. Pero en un recinto amurallado, con arena por suelo, podíamos permanecer sin ser molestados. Privacidad al aire libre. De momento, bastaba.

La tarde transcurrió en calma. Nos instalamos, recogimos leña y dejamos que la calidez del sol nos impregnase.

A veces veíamos a alguien a lo lejos: un hombre examinando una concha en la orilla, una mujer que cargaba una garrafa hacia el manantial. Un saludo breve con la mano, ninguna palabra.

Al caer el sol, el valle tomó un tono cobrizo y la sombra de la pared rocosa se deslizó lentamente sobre la playa. El agua adquirió un brillo profundo, como metal fundido. Encendimos nuestro primer fuego en San Pedro, con restos de madera que crepitaban bajo las llamas.

A ese resplandor surgieron también los demás rostros. Un irlandés sostenía su taza de té cerca del rostro y soplabla suavemente el vapor. Un joven alemán acercaba los pies cuanto podía al fuego y recogía las rodillas bajo la barbilla. Ute sonreía ampliamente al presentarse, mientras Javier, un español taciturno a su lado, arrojaba un trozo de madera al fuego y nos saludaba con un leve gesto. No se sentía como un primer encuentro, sino como un reencuentro tras un largo camino.

Al día siguiente recibimos de ellos un pedazo de lona. La até entre los muros y así levanté una suerte de techo, pensado sobre todo como amparo contra el sol abrasador. Estábamos completos. Un albergue, por efímero que fuese.

A veces llegaban bañistas o visitantes que desembarcaban con una lancha, la manera más rápida de alcanzar San Pedro. Pero hacia el atardecer se marchaban de nuevo y quedaba nuestro pequeño círculo habitual.

Poco a poco nació un ritmo, una atmósfera de silencio compartido y de intercambio. Cuando el sol se ocultaba tras las paredes de roca y el último resplandor teñía la arena de cálido dorado, nos reuníamos en torno al fuego. Nos sentábamos en semicírculo, envueltos en mantas o sacos de dormir, a veces con una taza de té, a veces con las manos vacías.

Junto al fuego

El olor a humo se impregnaba en nuestras ropas mientras, a lo lejos, el mar golpeaba suavemente la costa. Giri estaba recostado en el regazo de Reme, y Fango a sus pies, entregado al sueño. El fuego nos unía, y las conversaciones surgían con timidez. Primero cautas, luego más libres. Y entonces venían los relatos. Sobre las familias que habíamos dejado atrás, sobre el estar en camino, sobre los sueños y los lados oscuros de la vida.

Jurgen era el más joven del grupo, un muchacho alemán de no más de veinte años que llevaba todo el invierno viviendo en la ruina. Su piel estaba profundamente bronceada, sus ojos claros y atentos.

Habló de su madre, de las expectativas y del corsé asfixiante de la burguesía alemana. Provenía de una familia acomodada, donde todo giraba en torno al prestigio y al rendimiento. Especialmente su madre lo tenía bajo férreo control; sus expectativas lo ahogaban. Quería desprenderse, elegir su propio camino. Con el dinero que tenía, partió hacia España. Un salto a lo desconocido.

Esperaba que tarde o temprano regresaría. Por ahora, buscaba experiencias para protegerse de las normas que le habían sido impuestas.

"Primero descubrir quién soy realmente", dijo. "Luego ya veremos."

Ute y Javier habían llegado un día antes que nosotros. Ella era alemana, él un español tranquilo y afable. No eran gente de la calle; habían dejado su furgoneta al cuidado de familiares. Planeaban viajar pronto a Marruecos, pero hasta entonces permanecían aquí. Ute y Reme conectaron de inmediato.

Javier se preparaba para lo que tenía previsto más

adelante, en el océano Atlántico. Con máscara, traje de buceo, aletas y arpón se adentraba en el mar frío en busca de peces. No siempre con éxito, pero las veces que salía del agua con una captura reluciente y alzaba el arpón con gesto triunfal, todos estábamos en la playa vitoreando.

También Guiri y Fango celebraban aquello. Recibían las vísceras, la cabeza - y si el pez era pequeño, incluso la pieza entera. Guiri era el más entusiasta, siempre el primero; Fango, bonachón, se conformaba con lo que quedaba.

El vidente

Collin era un vagabundo curtido, un hombre que hacía ya mucho tiempo había decidido dejar atrás la vida normal en Irlanda. Sin casa, sin trabajo, sin suelo firme bajo los pies - y, aun así, se mantenía más sólido que muchos que sí poseían todo eso. Vivía en los márgenes, con una calma natural, exactamente allí donde pertenecía.

En España, y mucho más allá, tenía su propia red de lugares a los que podía acudir. Granjas, parcelas de tierra aisladas, comunidades de personas afines que cultivaban sus propias verduras, cuidaban algunos animales y buscaban otra forma de vivir. Lugares donde solo las estaciones decidían lo que debía hacerse.

Ahora se había retirado aquí, al borde de las rocas, desde donde podía contemplar el valle y el mar. Una pausa antes del trabajo que volvería a comenzar con la primavera - sembrar, construir, cuidar, vivir de lo que la tierra estuviera dispuesta a ofrecer.

Había algo en él. Una especie de invulnerabilidad que no era arrogante, sino que se basaba en la confianza, y que llevaba consigo como un manto viejo - gastado, pero fuerte. Parecía saber, muy en el fondo, que pasara lo que pasara,

todo seguiría su curso. Nada podía afectarlo. Ni ahora ni en el futuro. Como si viera a través del tiempo.

Nunca tenía prisa. Sabía cuándo guardar silencio, cuándo esperar. Daba la impresión de conocer los patrones según los cuales la vida se despliega, y no sentía ninguna necesidad de intervenir.

Collin tenía una historia singular. Hablaba de dos fuerzas que, según él, determinarían el futuro cercano.

“No te sorprendas,” dijo, “si dentro de poco salen a la luz muchas cosas sobre la élite de este mundo - sus excesos, su existencia oculta.”

Hablaba con calma, casi con recogimiento.

“Viven lejos de la luz, en regiones sombrías bajo la superficie. Allí socavan lo que llamamos civilización.”

El fuego crepitaba suavemente.

“Su riqueza y su poder han nacido de una hambre insaciable de posesión. Se han vinculado a la materia muerta, y con ello a la muerte misma. Por eso, todo lo que producen lleva ya en sí la semilla de la decadencia. Son capaces de actos que superan toda comprensión.”

De vez en cuando, Javier asentía lentamente, como si captara la esencia sin necesidad de todas las palabras. Reme y Ute estaban sentadas muy cerca una de la otra, con los rostros medio iluminados por el fuego, suspendidas entre la fascinación y la duda. Y yo - yo sentía algo removerse en mi interior. Tal vez una verdad incómoda. Tal vez solo la fuerza de alguien que cree en lo que dice.

“Se creen invulnerables,” continuó Collin, “y con los medios de los que disponen intentan torcer el curso de las cosas a su favor. Guerra. Manipulación. Intimidación. Esclavitud. No conocen límites morales. Pero no te equivoques: sus fechorías saldrán a la luz. Por muy poderosos que se crean - la luz no puede ser detenida.”

Javier arrojó un trozo de leña al fuego. Las chispas saltaron como pequeñas estrellas en la noche templada. Reme acarició la cabeza de Fango. Escuchábamos en silencio.

“Su comprensión es limitada,” prosiguió. “Cegados por su ansia de materia y la glorificación de sí mismos, viven en la oscuridad. Por brillantes que parezcan sus planes - lo que produzcan no será más que una ondulación en el océano.”

Guardó silencio y alzó la vista. Una ráfaga de viento pasó sobre el fuego.

“El tiempo se acelera,” dijo con gravedad. “Lo que antes llevaba siglos ahora sucede en meses. Lo que requería años se cumple en días. Y lo que necesitaba meses ocurrirá en horas. Los desarrollos tecnológicos, sociales y de otro tipo se suceden a un ritmo vertiginoso. La conciencia también crece. La élite intentará imponer su agenda cada vez con mayor rapidez y destruir todo lo que es humano - porque en el fondo sabe que su tiempo se agota.”

Dejó que su mirada recorriera el círculo.

“Frente a eso se alza la otra fuerza. La suavidad invencible. Es lo que más temen, porque ante ella deben inclinarse. Aquello que han despreciado durante toda su vida se convertirá entonces en su amo - la mayor humillación y, al mismo tiempo, la única liberación.”

Después de eso, se hizo el silencio. Incluso los grillos parecían haberse contenido por un momento. Las llamas parpadeaban, las sombras danzaban sobre nuestros rostros. La luna trazaba un sendero de plata sobre el agua inmóvil. Collin estaba sentado, ligeramente inclinado hacia delante, como un vidente al borde de un mundo en decadencia, con la mirada fija en algo que aún no podíamos ver.

Entonces volvió a hablar, en voz baja: “No lo olvides - esa supuesta élite somos, en última instancia, nosotros mismos.

Una parte de nosotros anhela comodidad, riqueza, despreocupación. Ganar dinero sin esfuerzo y sin culpa. Entre la llamada del poder y la posesión, y la inclinación ante el amor, se abre un abismo que llamamos ser humano.

La semilla de la destrucción habita en cada uno de nosotros. No señales al otro. El verdadero combate se libra en lo más profundo. El mundo exterior es solo el escenario - un espejo de nosotros mismos.”

Las palabras permanecieron allí, pesadas como un humo que se negaba a disiparse. El fuego siguió crepitando suavemente. Mirábamos las llamas, las olas, o la nada. Cada uno absorto en sus propios pensamientos.

Nadie habló. No hubo ninguna broma para romper el ambiente, ningún comentario sensato para regresar a lo cotidiano. Todos tuvimos que admitirlo: sí, esa semilla también vive en mí.

Solo más tarde, cuando todos se habían marchado y yo miraba las estrellas junto a Reme, recordé aquel otro momento, apenas unos días antes en Almería - el hombre extraño que hablaba del regreso de Cristo.

Donde él hablaba del despertar de la conciencia crística, Collin hablaba ahora de la suavidad invencible. Dos nombres para la misma luz que, tarde o temprano, tocaría a todo y a todos.

Dos hombres, dos palabras, un solo mensaje: la luz regresa. *Prometido es prometido.*

A lo lejos, una ola golpeó suavemente la pared de roca, como si el mar mismo lo confirmara.

Estreñimiento

Al día siguiente comenzó con huesos que crujían, una garganta seca y una tensión incómoda en el bajo vientre. Las

profecías de la noche cedían ante la práctica del cuerpo. El espíritu quizá había comido; el cuerpo protestaba.

Para avituallarnos debíamos ir a Las Negras, por el mismo sendero estrecho y pedregoso que ya habíamos recorrido - una empresa considerable. Así que comenzamos con lo que teníamos: alubias, arroz, lentejas. Al cabo de unos días, nuestros estómagos empezaron a protestar. El paso de comida suave y tibia con aceite de oliva a este sustento seco y rígido nos causó retortijones. Busqué plantas comestibles, pero la flora espinosa y reseca era un territorio casi desconocido. Hallé algo de tomillo silvestre y romero, que prosperaban sorprendentemente bien en la tierra estéril. Pero no aportaron alivio.

Ute fue nuestra salvadora. Ella iba con más frecuencia al pueblo y de vez en cuando nos traía algo. Gracias a ella pudimos complementar nuestra dieta. Y aquello ayudó.

La vida fuera del tiempo

Nuestra estancia en San Pedro se sentía como vivir fuera del tiempo. Todo transcurría más despacio - la luz, los días, los pensamientos. El mundo exterior había dejado de existir. Dormíamos bajo las estrellas, nos lavábamos en el manantial, cocinábamos sobre la lumbre y pasábamos horas tendidos en la arena. El viento acariciaba suavemente el valle y el mar respiraba con un vaivén pausado. No había prisa, no había agenda, solo el sol que ascendía y volvía a ocultarse.

Los días se llenaban de no hacer nada, deambular, playa, fuego, conversaciones. Era marzo; la temperatura seguía siendo templada. Cada mañana explorábamos la línea de la marea en busca de algo útil. Encontrábamos de todo: cuerdas, bidones, lonas, cajas de plástico, botellas,

palets. Una mañana llegaron a la orilla tablas y vigas. Las arrastramos hasta la ruina y las apilamos para un uso futuro. Jorgen ya tenía planes: quería reparar la estructura y conseguiría herramientas - una sierra, un martillo, clavos.

Los animales vivían su mejor momento. Guiri perseguía sin descanso todo cuanto se movía: escarabajos, mariposas, sombras susurrantes. Fango deambulaba perezoso por la arena, olfateando, revolcándose, alzando de vez en cuando la cabeza al viento. Tenían toda la libertad, todo el espacio. Sin correas, sin límites. Y cuando el cielo empezaba a teñirse y la arena se enfriaba, regresaban por sí mismos a nuestro lado - un final del día tan natural como la respiración.

A veces trepaba yo por las rocas para ver qué se ocultaba allá arriba. El terreno parecía los restos de una montaña que en otro tiempo se hubiese quebrado en pedazos y arrojado hacia un lado. Todo yacía torcido, como si la tierra hubiera encogido los hombros alguna vez. La vegetación se había adaptado a esa desolación: dura, seca, espinosa - plantas nacidas del instinto de supervivencia más que de la belleza.

La Aloe Vera crecía por doquier - como un pulpo invertido, con gruesos brazos carnosos provistos de aguijones cortantes como cuchillas. Una superviviente tenaz. Modesta, pero incontenible. Pedía poco y ofrecía mucho: un botiquín en forma de planta.

A veces una serpiente cruzaba rauda ante mis pies. Ratones huían chillando bajo piedras o matorrales. Sapos se ocultaban en hendiduras oscuras. También escorpiones y lagartos poblaban aquel áspero y soleado no-lugar. Muy alto, sobre mí, planeaban aves rapaces, imperturbables, serenas; y a veces desaparecían durante días para, de pronto, volver a mostrarse. Aquí y allá hallaba un nido abandonado,

un pequeño montón de egagrópilas lleno de huesecillos y plumas: los restos de su caza.

Había un insecto, pequeño e inasible, que no supe identificar, pero cuya picadura era sumamente punzante. El dolor duraba días. Por fortuna habitaban sobre todo el interior, lejos de la playa.

San Pedro era como un espacio intermedio donde todo podía desvanecerse: inquietud, obligaciones, expectativas. Solo quedábamos nosotros, los animales, la arena y el mar. Los días se fundían unos en otros, como mareas sin principio ni fin - hasta que, bajo la superficie, algo comenzó a agitarse. Un hambre de movimiento, de la imprevisibilidad de la vida callejera, de la acción cotidiana.

Tras tres semanas decidimos regresar a nuestra cueva en Granada. Resultaba extraño dejar atrás el mar sereno y el ritmo pausado, pero las colinas nos llamaban de nuevo, con su aspereza y sus promesas.

De regreso a Granada

Para el viaje de regreso elegimos otra ruta. A la ida habíamos venido por la costa; ahora queríamos volver por las montañas - por el lado oriental de la Sierra Nevada, vía Guadix. Desde Las Negras debíamos llegar primero a Almería y, desde allí, tomar un autobús a Guadix. Por fortuna pudimos viajar con un alemán que se dirigía en la misma dirección.

Durante el trayecto nos contó que había comprado una vieja ruina en las cercanías, por una miseria. Buscaba trabajadores que le ayudasen a restaurarla - sin salario, pero con comida y techo. Lo consideré un instante, mas no me seducía la idea.

“¿Por qué habría yo de trabajar gratis para él?”, me pregunté.

Si hubiese querido construir allí algo propio, sería distinto. Pero no era mi intención. Deseábamos regresar a nuestra vida, a la cueva, a la calle. Le agradecí su oferta. Nos dejó puntualmente en la estación de autobuses de Almería.

Mas allí las cosas se torcieron. El autobús hacia Guadix no circulaba - cancelado, sin explicación alguna. No queríamos quedarnos, así que salimos de la ciudad a pie con la esperanza de obtener un transporte. Y con Reme presente aquello no era difícil. Poseía un aura que ni los conductores podían ignorar. Pronto se detuvo un hombre en un coche desvencijado. Cuando dijimos que íbamos a Guadix, nos informó que la ruta estaba cortada - un accidente con un camión. ¿A Granada, entonces? Podía ser, pero habría que ir por las Alpujarras, al sur de Sierra Nevada. Aceptamos.

Nos llevó un buen trecho. Luego obtuvimos un par de transportes más. El paisaje mutaba lentamente. Los tonos áridos de San Pedro dieron paso al verde vivo de almendros, naranjos, olivos y praderas, que se extendían por las laderas. El viento era más suave, más húmedo. El aire olía a tierra, a flores, a hierba fresca.

Habíamos entrado en las Alpujarras, también llamadas el oasis de la Sierra - antaño el último refugio de los moriscos. Sus huellas seguían visibles en la arquitectura de los pueblos, e incluso en el nombre Alpujarras: “*Al Busherat*”, pradera en árabe. La Sierra Nevada era aquí la gran dadora. Desde sus cumbres orgullosas, el agua del deshielo buscaba, humilde, su camino hacia los puntos más bajos mediante arroyos y acequias, dando al país y a sus gentes lo que necesitaban.

Avanzábamos por caminos estrechos que serpenteaban

junto a gargantas profundas. Los barrancos se abrían como bocas abismales. A lo lejos, pueblos blancos se adherían a las montañas - como conchas en una pared rocosa, obstinados y antiguos. A veces caminábamos un tramo, y en todas partes se oía el rumor del agua: en acequias, fuentes, canales de riego.

La primavera ya había comenzado aquí. Los árboles estaban en flor, la hierba brillaba al sol, y hasta el silencio tenía otra textura. Pájaros cantaban, abejas zumbaban, y en la lejanía tintineaban las campanillas de un rebaño.

El último transporte del día nos lo dio un campesino en un tractor. Pudimos subir a la carreta. Unos kilómetros más adelante se internó en su terreno y descendimos. Caía la tarde, y un lugar donde pasar la noche era bienvenido. Tras un corto paseo hallamos un viejo cobertizo en el campo. Estaba vacío y relativamente limpio por dentro. Una parte era almacén de heno, cuyos restos yacían aún sobre el suelo. Era perfecto para nosotros. Decidimos quedarnos.

A la tarde siguiente llegamos a Granada. Subimos de inmediato la colina, ansiosos por ver el estado de la cueva. Para nuestro alivio, la verja de Johannes seguía en pie: sin señales de intrusión, sin basura, sin visitantes no deseados.

Como si jamás nos hubiéramos ausentado, retomamos nuestra vieja rutina. Pero nada permanece inmóvil - rostros desaparecían, otros surgían. Uno de ellos se llamaba Warren - y lo recordaríamos mucho tiempo.

¿Fanfarronería o verdad?

Conocimos a Warren poco después de nuestro regreso a Granada. Era un inglés delgado, nervioso, de mirada apagada y con una armónica que casi nunca se quitaba de la boca. Decía que huía de la justicia en Inglaterra. El cómo y

el porqué lo dejó en la penumbra. Había cruzado Francia y España subiéndose clandestinamente a trenes, "*jumping the trains*", lo llamaba con orgullo.

Al principio, quería, igual que nosotros, ganar dinero en la calle. La armónica la había conseguido en algún lugar del camino. Nunca había aprendido música, pero soplabla con ahínco. Se le oía desde lejos cuando venía hacia nosotros - y lo hacía con frecuencia. Su éxito era escaso - tocaba mal y la recaudación era exigua. Con todo, él consideraba que tenía derecho a más.

Warren trabó amistad con Jorge, un portugués, aunque él lo llamaba siempre George. Juntos se instalaron en una cueva, a pocos cientos de metros, al otro lado de un viejo muro de piedra que descendía desde el monasterio en lo alto de la colina hasta Sacromonte. Tenían allí una vista magnífica. Dominaban toda la ciudad y los infinitos olivares del occidente.

Jorge tampoco vivía de la música. Le interesaban más las viudas ancianas, vestidas de negro, que caminaban por la calle y que quizá agradecieran cierta atención masculina. Esperaba obtener algún dinero de ello, pero tampoco le dio gran resultado. Warren, por su parte, pronto se cansó de la vida callejera y decidió dar un giro radical: el comercio de hachís.

En Granada aquel mundo estaba, sobre todo, en manos de los gitanos, y estos no trataban con advenedizos. Pero Warren era ingenioso. Visitó a cuantos conocía, en especial a los extranjeros y, sobre todo, a los británicos, para preguntarles si querían comprar algo de hachís. Si mostraban interés, pedía que le adelantasen el dinero y él se encargaría del resto. Varios no vieron inconveniente y aceptaron. Con aquel dinero cerró un trato con un grupo de gitanos. Mas la entrega a sus clientes ya pagadores dejaba mucho que

desear. A algunos cumplía, a otros no. Estos debían contentarse con excusas o con nada en absoluto. Quejas hubo pocas. Las sumas eran pequeñas y nadie deseaba iniciar un conflicto. Como dijo un músico escocés: “*No vale la pena mandar a alguien al hospital por eso.*”

Warren desapareció un tiempo. Hasta que, de pronto, volvió a presentarse ante nuestra cueva - igual de desastrado en su aspecto, pero rebosante de historias nuevas. Según él, ya comerciaba con cantidades mayores. Nada de venta callejera. Tenía unos cuantos compradores fijos que pagaban bien. Siempre me había costado creerle y también ahora albergaba dudas considerables. Nada en él delataba ingresos: las mismas ropas gastadas, la misma cueva con Jorge. Todo en él gritaba vida de vagabundo, nada de hombre de negocios.

Nos habló de una mujer, una madama, de quien obtenía su mercancía.

“Fui allí como quien camina al infierno. Con los ojos abiertos, sin elección. Un piso en las afueras de la ciudad. Tercer piso. Una puerta negra con una mirilla metálica que todo lo veía. No necesitaba llamar. Ya sabían que venía.

Dentro reinaba la oscuridad. Cortinas cerradas, el aire espeso de humo. Solo una lámpara colgante sobre una mesa redonda. Y allí estaba ella - como una estatua de hielo. La madama. Nada en ella se movía, salvo los ojos. A su alrededor, tres tipos, callados, anchos como muros. Uno jugaba con una navaja mariposa. Abierta, cerrada - *clic, clic, clic.*

Supe que un solo gesto errado, una sola palabra fuera de tono - y nunca más aparecería. Sin preguntas, sin explicaciones. Pagué. Recibí la mercancía. Sin apretones de manos, sin palabras. Solo un ladrillo de hachís y una mirada que no se olvida. Cada vez que salgo de allí con vida, cuento mis bendiciones.”

Desde entonces llevaba un cuchillo encima. Grande. Visible cuando convenía. No confiaba ya en nadie.

Entonces, casi con displicencia, confesó que recientemente había apuñalado a alguien.

“Acababa de salir de su casa,” dijo. “Llevaba una buena pieza bajo la chaqueta cuando me atacó uno. Quería quitarme la mercancía. Pues no. Le apuñalé.”

Lo miré.

“¿Y qué hiciste entonces?”

“Seguí andando. Que se quede allí tirado. Si murió, es culpa suya.”

Lo dijo con tal indiferencia que me costaba creerlo. En una ciudad como Granada semejante incidente correría como la pólvora. Pero nada había oído. Nadie hablaba de un apuñalamiento. Incluso cuando pregunté con cautela a otros, nadie sabía nada. Para mí era otra fanfarronada de Warren - una más entre muchas.

Esa fue la última vez que lo vi. Después desapareció durante largo tiempo. Nadie lo había vuelto a ver. Hasta que una tarde encontré a alguien que lo conocía. Al preguntarle dónde se hallaba Warren, respondió con sequedad:

“Lo encontraron en Algeciras. Colgado de un árbol. Probablemente los gitanos.”

Me quedé mirándolo, mudo. *Así que era verdad.*

Así se desvaneció Warren de nuestras vidas - tan súbitamente como había llegado. Quedó un vacío difícil de nombrar. En estas colinas estábamos acostumbrados a que compañeros vinieran y se fueran, pero no así.

La ausencia de Warren aún gravitaba en el aire cuando el siguiente golpe se anunció.

Dos tumbas

Fango enfermó. Y como no teníamos dinero para un veterinario, hubimos de intentar sanarlo nosotros mismos. Reme había comprado algunas medicinas, pero no surtieron efecto. Día tras día se debilitaba. Decían que los perros nacidos en la calle eran a menudo más frágiles, más sensibles a las enfermedades. No obstante, esperábamos que el cariño y el cuidado hicieran la diferencia.

Mas no fue así. No sobrevivió. Lo enterramos en el bosque. Reme estaba destrozada. Se sentía culpable, creía haber fallado. Anhelaba de inmediato otro cachorro. Uno que sí sobreviviese. Y así llegó - un pequeño de pelaje rubio y espeso, orejas puntiagudas y ojos negros como cuentas. Reme lo acogió al instante en su corazón.

Pero también este perrito cayó enfermo al cabo de unas semanas. Y de nuevo tuvimos que decir adiós. Entonces nos dimos ambos por vencidos.

El único que atravesaba todo sin preocupación alguna era Guiri. Se había convertido mientras tanto en un aventurero fuerte y sano. Nada tímido; más bien entrometido y cariñoso. Cada día hacía su ronda: visitaba a amigos y conocidos, obtenía de unos algo de comida, de otros un poco de afecto. Comía de todo y se contentaba con poco. A veces pasaba la noche en otro lugar. Y estaba bien. Su compañía era un regalo que dispensaba con generosidad.

Para nosotros también se tornó fácil. Cuando descendíamos hacia la ciudad, ya no era menester llevarle con nosotros. Guiri se bastaba a sí mismo. Era uno de los nuestros: independiente, libre, y sin embargo siempre regresando al hogar.

Reme y yo

Llevábamos ya medio año juntos. La vida no discurría sin tropiezos, ni mucho menos, mas entre nosotros existía una rara naturalidad. Apenas hacía falta explicar o planear nada. Estábamos, simplemente. Juntos.

Reme poseía una fuerza silenciosa que al mismo tiempo reconfortaba y desafiaba. Podía guardar silencio durante horas sin que aquel mutismo resultara incómodo. A veces contemplaba el cielo, los animales, el fuego... y de pronto decía algo sencillo, pero certero. Algo que quedaba apenas fuera de mi alcance, sin necesidad de cubrirlo con muchas palabras.

Su cercanía era suave. Una mirada, un roce, un momento compartido - y no hacía falta más. Por las noches se recostaba contra mí mientras las llamas danzaban y el firmamento se tornaba lentamente de azul a negro. Vivir con ella se asemejaba a una respiración prolongada. Una pausa en la que nada se exigía de mí salvo ser quien era - y ella permanecía allí, firme e inquebrantable.

A menudo se sacrificaba. Si yo no tenía ánimo para tocar - si la inspiración me abandonaba y las mismas canciones comenzaban a cansarme, entonces iba ella. Tocaba, o pedía limosna. Procuraba que pudiéramos subsistir arriba unos días más. Sin queja alguna, resuelta: simplemente hacía lo que era menester.

Y, sin embargo, todo tenía algo de transitorio. Vivíamos en una burbuja que juntos habíamos soplado - suspendidos sobre un mundo que tarde o temprano habría de reventar. Una existencia casi irreal, insostenible en su forma. Una vida sin futuro, solo sobrevivir. Día tras día. Sin asidero ni red. Siempre avanzando, sin horizonte claro.

Mas mientras la burbuja no estallase...

Prueba de fuego

Por natural y cálido que fuese mi vínculo con Reme, algo antiguo seguía resonando dentro de mí. Una pregunta que no podía acallar, algo que debía averiguar por mí mismo. ¿Qué sucedería si uno lo perdiese todo de verdad? Sin dinero. Sin comida. Sin techo. Sin apoyo alguno.

Era el temor supremo de casi todos: perder toda seguridad. Pero ¿cuán real era ese miedo? ¿Me moriría de hambre, enfermaría, me derrumbaría? ¿O sucedería algo distinto? Algo que solo se revela al soltarlo todo.

Deseaba atravesar un umbral. Levantar un velo. Mirar al miedo directamente a los ojos y descubrir qué acontecía entonces. Conmigo, con el mundo, con aquellos que encontraría.

Decidí no posponerlo más. Quería saberlo. En carne propia. La prueba definitiva.

Mi plan: marcharme sin dinero, sin guitarra, sin saco de dormir. Vivir solo de pedir comida o un lugar donde dormir. No aceptar dinero. Se lo conté a Reme. Tras conversar un poco, comprendió por qué deseaba hacerlo. Ella se quedaría en la cueva; no estaba inquieta. Thanos y Yannis andaban por los alrededores.

Me fui a pie. Incluso mi chaqueta - aquella donde Guiri dormía antaño - se la di a alguien que encontré en el camino. En la parte occidental de Granada me interné en las colinas, por una tierra que me era a la vez familiar y desconocida. El sendero serpenteaba entre lomas áridas, con olivares hasta donde la vista alcanzaba. Casas abandonadas, muros descascarados, perros que surgían de la sombra ladrando. A veces no me cruzaba con nadie durante horas.

Al principio fue sobre todo cambiar el paso. No poseer nada significa también no tener distracciones. Todo se

siente más hondo. El calor sobre la piel. Las piedrecillas en el zapato. El olor del aire. Pero, sobre todo: uno mismo. Las voces interiores, las dudas, los temores. Sin techo, sin cama, sin ingresos. Solo confianza. O el intento de ella.

Al caer la tarde llegué a un pueblecito. El hambre apretaba. En lugar de ganarme algo, debía ahora pedir. Eso requería valor - pero el estómago venció. Entré en una panadería y dije que no tenía dinero, pero pregunté si podían darme un pan. La mujer miró al dueño al fondo, que asintió en silencio. Ella tomó una baguette grande, la envolvió y me la entregó. Le di las gracias, sorprendido de que fuese tan sencillo.

Más adelante encontré una quesería. Le mostré el pan y pedí un pedazo de queso. El hombre no vaciló un instante, cortó un buen trozo y me lo dio. Jamás habíamos comprado una pieza de queso tan grande - demasiado cara.

Animado, me acerqué a una pequeña tienda. Fuera había manzanas expuestas. Señalé una y pedí si podía llevarme una. Él tomó una bolsa de plástico, la llenó de manzanas, añadió unas naranjas y dijo simplemente: "Toma".

Incliné la cabeza, agradecido, y seguí mi camino. En una fuentequilla de agua potable me senté.

Pan, queso, fruta. Tanto recibido - sin que yo diera nada a cambio.

Me conmovió más de lo que alcanzo a expresar. Lo que más me tocó fue la naturalidad del gesto. En ese instante me sentí visto como ser humano. Frágil, expuesto, dependiente - y tal vez por eso mismo bienvenido.

Cuando salí de nuevo del pueblo y vagaba por los campos, un coche se detuvo de repente. El conductor bajó la ventanilla y preguntó adónde me dirigía.

"No lo sé," respondí.

Durante el trayecto le conté mi propósito. Quiso darme dinero, pero rehusé. Mi única regla: no aceptar dinero. Lo comprendió. Aquello confería una extraña forma de poder - ser dependiente, y aun así poder decir no.

Al caer la noche tenía que hallar un lugar para dormir. No podía acostarme en cualquier parte como solíamos hacer, pues no tenía saco. Mi instinto de supervivencia entró en plena actividad. Ya oscuro, oí música en la distancia. Más cerca, procedía de una casa donde un grupo de jóvenes celebraba una fiesta. Ante la puerta estaba una muchacha.

Ya me había visto y me hizo seña de entrar. Se presentó brevemente y me condujo al jardín, donde unos quince jóvenes se agrupaban en torno a una hoguera. La música retumbaba de los altavoces, se reía, se bebía. Ella gritó por encima del estruendo que me había recogido de la calle.

“¡*Nuestro invitado misterioso!*”

Todos alzaron la vista, rieron y me invitaron a sentarme entre ellos.

Mi español era ya lo bastante bueno para seguir la conversación y participar en ella. Cuando conté que viajaba sin dinero ni pertenencias, lo hallaron maravilloso. Me animaron, me sirvieron bebida, me ofrecieron comida. Hicieron sitio para mí. Yo formaba parte del grupo.

Cuando hubo de bajarse la música, apareció una guitarra. Se cantó. Toqué junto a ellos, entoné un par de canciones. El ambiente se tornó cálido e íntimo.

Aquella noche dormí en una habitación de invitados.

Por la mañana me dieron un bocadillo para el camino.

Así anduve de pueblo en pueblo, de sur a norte y de nuevo al sur. En todas partes comida, en todas partes acogida. Los restaurantes me ofrecían platos. En los cafés me permitían beber cuanto quisiera. La gente deseaba ayudarme - con ropa, alimentos, consejo, dinero. Algunos

pensaban que era un peregrino rumbo a Santiago. Tal vez lo era. Porque poco a poco comencé a comprender lo que este viaje realmente significaba. No un experimento. No una proeza. Sino un ejercicio de confianza.

Los encuentros en el camino adquirieron un cariz casi sacro. Un pedazo de pan, un gesto, una mirada - todo cobraba valor. No por lo que valía en sí, sino por lo que simbolizaba: que se te permitía existir. Que incluso sin ofrecer nada, podías ser bienvenido. Una y otra vez se reajustaba mi visión del ser humano.

Y luego estaban esos pequeños giros - una fiesta inesperada, una invitación, una comida, una velada en la taberna. Cosas que se presentaban como una gracia, porque estaba abierto a ellas. Eso aprendí: quien lo suelta todo, en ocasiones recibe más de lo que jamás habría osado pedir. Y justo en ello residía la belleza: una red invisible de humanidad que una y otra vez te sostenía, sin que nadie lo solicitase.

Tras un par de semanas, la magia comenzó a desvanecerse. La rutina se deslizó en su lugar. La expectativa sustituyó al asombro. La gratitud se volvió menor. Y fue entonces cuando supe: basta.

Esas semanas me enseñaron que el fondo de la existencia no es un abismo, sino un campo donde a veces uno es recogido. Inesperadamente. Con afecto. Por personas, por su bondad. Aquello otorgaba paz.

Había encontrado lo que buscaba. Un límite se había desplazado. Regresé a Reme, a la cueva, a nuestra vida sobre la ciudad. El verano estaba a punto de comenzar y tenía su propia prueba: la resistencia.

Calor del verano

El calor de Andalucía era implacable. Era mi primer verano en Granada y casi imposible de soportar. Incluso en la cueva, que normalmente se mantenía fresca gracias a la gruesa capa de tierra encima, flotaba ahora un bochorno pegajoso. Afuera uno chocaba con un muro de fuego. El frío es más fácil de combatir que el calor - sobre todo en nuestras circunstancias, sin electricidad, sin ventilador, sin aire acondicionado.

Por fortuna, las tardes y noches se mantenían razonablemente frescas a esta altura. El desafío era, sobre todo, sobrevivir al día.

En tales días bajaba yo más a menudo a la ciudad, donde hervía la vida. Cada vez más artistas callejeros y músicos llegaban a Granada. Algunos viajaban solos, otros en pareja, y otros en grupos enteros que ganaban sus monedas en las calles.

Había, por ejemplo, un grupo de ingleses que se había instalado en la ciudad con un autobús de pasajeros en el que recorrían Europa. Montaban un espectáculo completo de teatro callejero con números de circo. En la Plaza Bib Rambla hacían sus funciones: escupían fuego, practicaban acrobacias, caminaban sobre zancos, malabareaban, aparecía un payaso - todo con rostros pintados, trajes coloridos y pelucas disparatadas. Sabían perfectamente cómo manejar al público. Sus extravagancias surtían efecto, y ello se reflejaba en el sombrero.

Visité su autobús un par de veces. Todo estaba en perfecto orden: una cocina, literas, una estufa de leña, un rincón para sentarse, retrete, ducha, equipo de sonido - todo cuanto uno pudiera imaginar. Me parecía maravilloso viajar así por Europa con una compañía semejante. Mas cuanto

más lo pensaba, más comprendía: viajar solo se adecuaba mejor a mi naturaleza.

Costa del Sol

Cuando el calor en Granada se tornaba insoportable, Reme y yo poníamos rumbo a la Costa del Sol. Sobre todo para ganar un poco de dinero extra. Allí tocaba yo junto a restaurantes al aire libre. Aquello dejaba a veces más en poco tiempo que horas enteras en la calle.

Pero no era mi ocupación favorita. Me sentía vulnerable - tan expuesto, tan a la vista de las miradas de los comensales en las terrazas. Cada vez me costaba esfuerzo ponerme allí. A veces oía comentarios: desdeñosos, burlones. Me herían más de lo que quería reconocer.

Allí estaba yo con mi guitarra, justo en el borde de la terraza. Caminaba sobre una frontera. Mis dedos encontraban las cuerdas, mi voz se alzaba. Pero por dentro reinaba el caos.

Intentaba aislarme. Del entorno, de las miradas, de la hostilidad. Porque así se presentaba el mundo en esos instantes: hostil. No poder cumplir las expectativas - los frutos agrios de mi infancia - y allí luchaba otra vez contra ello. Cada mirada era un juicio. Ojos que se apartaban, risitas contenidas, comentarios mordaces - penetraban como agujas, frías y afiladas.

Era una lucha que por fuera permanecía invisible. Sonreía, asentía cuando alguien levantaba el pulgar, hacía una broma entre canciones. En realidad, era supervivencia.

Después de tocar mis canciones, las miradas se quedaban, y a menudo me llevaba un tiempo poder sacudírmelas de encima.

Y aun así, me mantuve firme. Cada vez. Como si cada

nota reclamara un fragmento de dignidad - una pequeña victoria en una guerra que nadie notaba.

Pero aquella lucha interior no me detenía. Seguíamos moviéndonos de balneario en balneario y, por las noches, dormíamos la mayoría de las veces en la playa. También tenía algo de vacaciones. A la orilla del mar, entre los turistas, vivíamos por un instante en otro mundo. A veces, si habíamos ganado bien, nos regalábamos una cena - un lujo raro.

Así equilibrábamos entre playas y calles, entre trabajo y placer.

De vuelta en Sacromonte, nos quedamos un tiempo en la colina y vivimos del dinero que habíamos ganado, hasta que la realidad nos obligó a retomar la vida en la calle.

En la ciudad veía a menudo rostros nuevos deambular por allí.

Un músico sueco que tocaba junto a su compañera en la Plaza Bib Rambla, ella sentada sobre una manta con un termo de té a su lado. Un borracho que insultaba a los transeúntes si no le daban nada. Una pareja de mendigos franceses, de los cuales uno clamaba sin cesar "algo", mientras el otro observaba en silencio.

A veces se quedaban solo una tarde, a veces semanas enteras. Compañeros de destino, vagabundos, soñadores, gentes que habían salido de algún rumbo o habían sido expulsadas de él: cada uno con su propia historia, su propia lucha. Y en ocasiones, entre todos aquellos encuentros fugaces, había alguno que permanecía - alguien que poco a poco pasaba a formar parte de nuestra vida cotidiana. Así apareció un día Sid: un adolescente alemán.

Sid

Al principio permaneció un rato en el borde de la plaza, medio oculto en la sombra de un muro. Su mirada se deslizaba de cuando en cuando hacia nosotros, pero en cuanto alzábamos los ojos, desviaba la vista hacia otro lado. Parecía todavía tantear si osaría acercarse más.

Cuando por fin se atrevió a aproximarse, pude verlo bien: flaco, una cresta azul, orejas y labios perforados con imperdibles. Su chaleco vaquero sin mangas estaba adornado con emblemas de bandas y la inevitable consigna punk: *No Future*. En torno a su cintura llevaba un cinturón con insignes metálicos, y bajo él unos pantalones verdes a rayas, deshilachados hasta por encima de sus gastadas botas militares. Se hacía llamar Sid, en honor a su gran ídolo Sid Vicious.

Sid no hacía nada en la calle: ni música, ni teatro ambulante, solo mendigar. Tenía problemas con su padre y se había escapado de casa. Había vagado un tiempo por Francia, mas allí no lograba hallar sosiego. Ahora estaba en Granada. A la buena de Dios. Le gustaba aquí.

Aparecía cada vez con más frecuencia, casi siempre de la nada, en la silenciosa esperanza de que su presencia fuese tomada como bienvenida sin necesidad de pedirlo. Jamás se sentaba enseguida junto a nosotros; mantenía primero una cierta distancia, oblicuamente, en el borde de la conversación. A veces solo miraba, con aquella mirada vacía pero atenta que se advierte en quienes han aprendido a vigilar señales - de rechazo, de apertura, de peligro.

Cuando Reme le hablaba, se iluminaba visiblemente. Ella hablaba en español, que él no entendía, mas su tono, su forma de estar - eso tocaba algo en él. Reme hablaba no en

palabras, sino en calidez. En algo que se siente, sin importar la lengua.

Entonces se enderezaba, su mirada se volvía más viva. Comenzaba a hablar de su pasado, de su padre, de su vida en Alemania. No como queja, sino como explicación. Sonaba a una suerte de justificación por su deambular.

Su manera de buscar contacto era torpe. A veces mostraba algo que había encontrado, a veces hacía preguntas que no parecían llevar a ninguna parte. Pero tras todo ello se ocultaba la misma hambre: ser visto, ser escuchado, el silencioso anhelo de pertenecer a algún lugar. Cautó, casi con disculpa.

Le gustaba estar con nosotros. Sobre todo con Reme se llevaba bien. Ella percibía al instante lo que él necesitaba. Por eso venía con frecuencia a visitarnos.

Conmigo era más cauto. Me miraba con admiración, lo notaba, pero no osaba mostrarlo. Yo también era más severo con él. Le advertía que en la calle había que crear algo, hacer algo, o las tentaciones terminarían por engullirte.

“Mantén ocupadas tus manos,” le decía. “De lo contrario, acabarás mal.”

Tomó mis palabras en serio. La vez siguiente que vino, trajo consigo una pipa que había modelado en barro. Cuando me la mostró, la sostenía con ambas manos, como si fuese un tesoro. Sus ojos brillaban. Orgulloso, tenso, expectante. No hablaba mucho - era su estilo - pero todo en él pedía reconocimiento. Un asentimiento. Un elogio. Algo.

Examiné la pipa sin saber muy bien qué decir. Estaba torcida, ya desmoronándose por el borde. Torpemente moldeada. Pero era evidente que se había sentado a hacerla, para mí.

Respondí como un capataz: tenía que ser mejor si alguien iba a usarlo. Mis palabras cayeron como piedras. Su

rostro apenas se alteró, pero algo se quebró. Una fina membrana se rompió entre la esperanza y el recuerdo.

Aún asintió. Dijo que lo comprendía. Pero sus ojos se apagaron. La desilusión era palpable. Como si algo antiguo y pesado se hubiese despertado en él - esa sensación conocida de: *nunca lo hago bien*.

Me arrepentí al instante. Sid era tan frágil que cualquier rechazo podía sentirse como un golpe mortal. Tan joven, y ya viviendo en la calle - era un territorio peligroso. Buscaba algo en mí. Una especie de apoyo fraterno, también porque yo hablaba alemán. Pero yo no podía darle ese apoyo. Yo mismo lidiaba con demasiadas incertidumbres. La estabilidad que él buscaba, yo tampoco la poseía.

Después vino con menos frecuencia. A veces se sentaba en la distancia, entre otros. Aún nos saludábamos, vagamente, desde lejos. Silenciosamente algo se había quebrado, algo que ambos percibimos.

Quizá no tuviese nada que ver con Sid - o quizá con todo. A veces pensaba que su mirada me reflejaba algo que yo mismo trataba de ignorar - que su dolor era también el mío, y que yo apenas sabía manejarlo.

Al igual que Sid, yo luchaba por algo invisible: el reconocimiento de que uno cuenta.

Pregunté alguna vez por él, por cómo le iba. Pero en el fondo ya sabía que había seguido su camino - no tanto hacia otro lugar, sino hacia otra historia, en la cual yo ya no figuraba.

De vez en cuando me venía su recuerdo - su desengaño, mi falta.

La caída

El verano tocaba a su fin. Las temperaturas tropicales habían quedado atrás. Con todo, fuimos una vez más a la Costa - para ganar algo de dinero, pero también porque yo deseaba obtener un pasaporte en el consulado neerlandés en Málaga. Llevaba ya casi tres cuartos de año sin él, y en todo ese tiempo nadie me había pedido una identificación. Había tenido suerte. Mas sentía que había llegado el momento. Quizá algo fermentaba en mi interior, algo que entonces aún no sabía nombrar.

En el camino de regreso sufrí un derrumbe mental.

Íbamos haciendo autoestop hacia Granada. Caía la noche. No podíamos proseguir. Al borde de la carretera, en un campo de maíz, encontramos un claro. Decidimos dormir allí.

A la mañana siguiente despertamos en excrementos ajenos. Por doquier a nuestro alrededor. Yacíamos en medio de ello. Heces humanas.

Entonces, algo se rompió.

La vida que llevaba - la calle, la ausencia de perspectivas, la sensación de no pertenecer a ninguna parte - cayó sobre mí como una espada. Aquel lugar en el campo no solo era inmundo; era un espejo. Ésa era mi realidad. Mi humillación. Había fracasado. Nada había llegado a buen puerto en mí. No era capaz de llevar una vida normal, mucho menos de tornar feliz a mí mismo o a otros. Un fracasado. Indigno de estar aquí.

No veía salida alguna. Todo era sinsentido. ¿Para qué vivo? ¿Por qué fui arrojado a la tierra? Yo jamás lo pedí. ¿Quién o qué me impuso esta existencia maldita?

La muerte me parecía en aquel instante más bienvenida que la vida. Ser nada - eso se sentía como liberación. Caí de

rodillas. La tierra dura y grumosa raspaba mis piernas. Lloré con todo lo que tenía, hasta que mi voz cedió por el dolor y la frustración. Todo en mí se soltó. Sin palabras. Sin esperanza. Sin futuro.

Reme no comprendía lo que veía. Intentó calmarme; la aparté. Deseaba cargar con mi pena en soledad.

Mas debíamos continuar. Hacer autoestop no era posible - apestábamos demasiado. No queríamos infligir eso a ningún automovilista. La playa quedaba a pocos kilómetros. Allí hallaríamos un grifo de agua dulce para lavar nuestras ropas. Y a nosotros mismos.

Los días que siguieron anduve como una sombra. Solo era un cúmulo de preguntas sin respuesta. ¿Por qué estoy aquí? ¿Quién eligió esta vida por mí? Yo nunca la pedí. ¿Por qué había de soportarla, entonces?

No había rumbo, ni marco, ni porqué. Solo la cruda conciencia de existir. La vida proseguía a mi alrededor, mas era como si yo hubiese quedado descolgado de ella. Veía a gentes hablar, reír, comer, trabajar; nada me alcanzaba. Había un muro entre el mundo y yo.

Y Dios - ¿dónde estaba? ¿Qué quedaba de la confianza que antaño había depositado en Él? La fe que antes me sostenía pendía ahora como un hilo seccionado sobre mí. Sin unión. Sin señal. Sin consuelo. Solo silencio.

Pero justo en ese silencio, algo empezó a vivir. No de repente. Sin claridad, sin revelación. Algo pequeño.

Un olor. Una brisa suave en la mañana. Un pájaro que descendió a mi lado sin temor. Un niño que me miró y sonrió sin motivo. Acordes de guitarra que llegaban desde Sacromonte.

Las cosas empezaron a mostrarse de nuevo. Sin respuestas. Solo presencia. Como señales de que aún había algo. De que yo aún estaba.

Poco a poco volvió a haber espacio. Podía ser testigo de algo que seguía desplegándose, incluso sin mi comprensión. Ya no exigían resolución. Se les permitía existir. Como a mí se me permitía existir.

Lentamente me levanté de nuevo. Unas semanas más tarde estaba otra vez en mi antigua rutina - como si nada hubiese ocurrido. Todo parecía normal, hasta que la siguiente crisis se presentó.

Distanciados

Algo había cambiado entre Reme y yo. Aquello que antaño había sido natural - la cercanía, la compañía, la reciprocidad - se había descolorido. Vivíamos aún juntos, mas compartíamos cada vez menos. El calor permanecía, pero sin fuego.

Esa distancia no había surgido de la nada. Desde tiempo atrás había algo que chirriaba entre nosotros, algo que ambos percibíamos sin nombrarlo realmente.

Era dulce, leal y paciente, pero a veces demasiado sumisa. Me seguía en todo cuanto hacía, sin dar rumbo propio. Me faltaba la fricción que surge cuando alguien te contradice, te desafía, te mantiene despierto. Nuestras conversaciones se estancaban a menudo en lo práctico: dónde hallaríamos agua, si teníamos leña suficiente, qué íbamos a comer. Raras veces eran los diálogos que yo secretamente necesitaba - sobre libros, ideas, las grandes cuestiones de la vida.

Por su parte, Reme soñaba con hijos, con un porvenir juntos. Yo no podía imaginarlo. Para una familia en la calle no veía perspectiva alguna, más bien una imposibilidad - quizá aun una irresponsabilidad. Y además, yo simplemente no estaba preparado.

A veces nos sentábamos a comer y guardábamos silencio, porque no sabíamos qué decir. Las cucharas tintineaban contra los cuencos, y era aquel el único sonido.

Ella podía reír por algo que se le ocurría de pronto, mas yo ya no preguntaba. La curiosidad que antaño surgía sin esfuerzo había desaparecido. Y cuando yo compartía algo que me concernía, parecía oírlo sin verdaderamente comprenderlo, como si mis palabras se deshicieran en sus oídos antes de tener la oportunidad de penetrar. En su rostro había una sonrisa suave y cortés, pero tras ella percibía distancia - un muro invisible de pensamientos al que ya no tenía acceso.

Poco a poco se hizo evidente cuán distantes estaban nuestros mundos de pensamiento y vivencia. Vivíamos juntos, mas en dos vidas separadas que se alejaban cada vez más, sin que hallásemos palabras para ello.

Nuestra relación se asemejaba cada vez más a la de un hermano y una hermana: cuidadosa, confiada, pero sin la chispa que antaño nos unió. Nos cuidábamos el uno al otro, pero los roles estaban fijos. Ella me miraba como a quien tomaba las decisiones, sabía adónde debíamos ir, la protegería. Pero yo no quería ese papel. Deseaba igualdad. Ya no era un camino compartido.

A veces la miraba e intentaba recobrar el antiguo sentir. Pero por más que buscara, no regresaba. En vez de ello algo cambiaba, sutil pero innegable: me alejaba más y más de ella - como si en algún lugar lejano ya estuviese entreabierta una puerta.

La ruptura

En aquel tiempo conocí a Cyrille, una muchacha inglesa que trabajaba para una empresa británica y mostraba

interés por las cuevas. Nos habíamos encontrado un par de veces mientras yo tocaba en la calle. Era menuda, algo rellena, de rostro agraciado y cabellos negros y rizados. Aunque era afable, la hallaba indiscreta. Sabía imponerse, hacía preguntas personales como si no existiesen límites. Ello me irritaba, mas lo dejaba pasar.

Iba siempre pulcramente vestida y no encajaba en absoluto entre nosotros. Me preguntaba qué pretendía de mí. Quedamos en que podría visitar la cueva alguna vez. Le encantó, y luego volvió en más ocasiones, sin previo aviso. La última vez me hallaba solo. Entonces quedó claro que se trataba de mí. No dejó lugar a dudas sobre sus intenciones. Sabía que Reme vivía aquí, pero eso la dejaba indiferente.

Lo hallé irrespetuoso. ¿Quién se creía que era? ¿Pensaba acaso que yo la preferiría a Reme? Le pedí que se marchara y le dije que ya no era bienvenida.

Entretanto, Reme creía que yo tenía algo con La Inglesa. Me hizo saber por medio de Charlotte que bien podía iniciar una relación con Cyrille - siempre y cuando permaneciera con *ella*.

No era una acusación, ni una disputa. Lo dijo como si fuese lo más natural del mundo, casi con amabilidad. Y precisamente eso hería. Mostraba cuán lejos nos habíamos apartado ya el uno del otro. Antes me habría mirado a los ojos, tomado de la mano, preguntado o expresado algo. Ahora su mensaje llegaba por un desvío, como un extraño compromiso.

Para mí fue el quiebre definitivo. Ya no nos comprendíamos. Que ella se ofreciese a tal punto, borrándose a sí misma con tal de que yo no me fuese, y que me hiciera creer que yo merecía tal sacrificio - no podía entenderlo.

Yo no era digno de ello. No quería humillarla - y aún menos permitir que ella se humillase. Aquello me golpeó

profundamente. La distancia que había crecido entre nosotros se había tornado absoluta.

Despedida de Reme

Mi partida no se consumó de inmediato, mas era inevitable. Cuando descendí la montaña por última vez, mi carga se aligeró con cada paso. Mi amor por ella aún estaba ahí. Al mismo tiempo, por fin vi que no podíamos darnos lo que necesitábamos. El peso de aquellos meses finales, llenos de duda, culpa y deseos contrapuestos, empezó a desvanecerse.

A mi espalda quedaba Sacromonte, blanco e inmóvil contra la ladera, imborrable en la luz matutina.

Para que no olvidemos

Me sentía aliviado, pero también habitado por una suerte de duelo.

No lo habíamos logrado.

El vacío no hallaba consuelo.

Nuestro amor no bastaba.

Mas sobre las heridas de la pérdida

se abría un nuevo sendero - hacia el porvenir.

Con un nuevo anhelo - un nuevo dolor.

Para que no olvidemos.

Para que no olvidemos quiénes somos.

Huelga de hambre

Comenzaba a comprenderlo: volvía a ser libre, sin saber que

la ciudad siguiente pondría a prueba esa libertad de inmediato.

Mi plan era dirigirme hacia el norte. La motocicleta me aguardaba. No sabía cómo pagaría la reparación, ni me importaba ya. Aquel artefacto se había convertido en símbolo de una parte de mí que había extraviado en el camino. Pero eso vendría después. Primero, viajar. Paso a paso, ciudad tras ciudad.

La primera parada fue Cartagena. En una calle comercial empecé a tocar. En España nunca se sabe dónde se permite la música callejera. Mi método era sencillo: empezar y ver qué ocurría. Si no estaba permitido, ya me lo harían saber.

Todo parecía estar en orden. Varios agentes pasaron sin decir nada.

De pronto apareció un hombre de paisano, acompañado por un agente uniformado. El primero - pequeño, irritable, visiblemente frustrado - me señaló y gritó: "*¡Pedir, pedir!*"

Mendigar. Según él, yo estaba mendigando.

Todo el mundo podía ver que estaba haciendo música. No tendía la mano, no pedía dinero. Aun así, insistió. El agente uniformado permanecía allí, algo incómodo, como si tampoco lo entendiera, e intentaba en vano calmar a su superior.

Tuve que recoger mis cosas y acompañarlos a la comisaría.

Allí me confiscaron todo. Un agente me condujo a una celda en el sótano.

"Serás interrogado más tarde", dijo.

Unas horas después me hallaba frente al jefe, que arremetió de inmediato. Mendicidad. Vagar sin rumbo. Alteración del orden. Empujó mi navaja a través de la mesa y me acusó de portar un arma prohibida. Yo no respondí, lo miré

en silencio y dejé claro que no entendía español. Que buscasen un intérprete.

El agente uniformado estaba sentado allí, negando visiblemente con la cabeza ante las acusaciones. Cuando el jefe se alejó un momento, susurró en un alemán mal articulado que había estado varias veces de vacaciones en Heidelberg.

"Allí hay músicos callejeros por todas partes, y nadie hace un problema de ello."

Él tampoco entendía el revuelo.

Habían llamado a un intérprete, pero no llegaría hasta el día siguiente. Mientras tanto, me quedé en la celda. Me ofrecieron bebida y un bocadillo. Los rechacé. Por repulsión. El mero hecho de hallarme encerrado por hacer música me revolvía el alma.

"Preferiría morir antes que tomar algo de manos de ese hombre", pensé.

Así comenzó mi huelga de hambre.

Mi celda permaneció vacía para mí solo, pero la contigua - una celda colectiva - empezó a llenarse: borrachos, drogadictos. No podía verlos, pero sí oírlos. Con el correr de la noche se tornaron más ruidosos: alaridos, gritos; frustraciones volcadas contra la verja que los separaba de la libertad.

Yo me sentaba sobre el banco de hormigón, bajo una luz de neón cruel que jamás se apagaba. El aire permanecía quieto, cargado de desinfectante, y me irritaba la garganta. Medité, deseando desprenderme de aquel lugar, de aquel cuerpo, de aquella absurda realidad. A veces lo lograba - solo por un instante - y parecía que había escapado. Pero no podía sostener esa concentración.

Intenté dormir, con la esperanza de que al despertar la noche hubiera pasado. Pero mis compañeros de celda no lo permitían: me sobresaltaba una y otra vez por su ruido. Lo

único que quedaba era esperar la mañana liberadora. Mientras tanto, cada segundo se alargaba, como la luz intensa que seguía encendida - seca, dura, implacable.

Bajo todo ello latía una cólera silenciosa. Un sentimiento de injusticia, de humillación, sobre todo por la absurdidad de la situación. Arrestado como un mendigo, mientras hacía música. Reducido a algo sospechoso, algo que había que apartar. Me negaba a colaborar con tal farsa. Mi única forma de resistencia: no comer, no beber.

No fue hasta bien entrada la mañana siguiente que vinieron a buscarme para interrogarme. Había un intérprete presente, pero su inglés era pésimo. A veces traducía cosas completamente distintas de lo que se decía. Yo entendía la mayor parte por mí mismo y debía reprimir el impulso de corregirle, pues ello me habría delatado.

El jefe seguía enfurecido, como si yo le hubiese ofendido en lo más personal. El colega uniformado estaba allí de nuevo. Aquello me tranquilizó un tanto; al menos él me comprendía. Las acusaciones fueron repetidas con la misma vehemencia del día anterior. Mas yo no me inmuté. Permanecí impasible, mirando un punto indefinido, negándolo todo.

Que ellos lo resolviesen, pensé.

A la postre, el jefe no tenía base alguna. Me dejó marchar. Eso sí: me entregó un documento en el que se me ordenaba abandonar España en el plazo de diez días.

Al salir arrugué el papel y lo arrojé con desdén en la papelera.

Aquella noche no tuvo nada de espectacular: no fui torturado, ni golpeado. Mas lo hiriente era la humillación silenciosa que se filtra, la soledad que roe el alma cuando comprendes que, para el mundo exterior, no representas

nada. Un cuerpo sin nombre tras los barrotes, por quien nadie intercede.

Y aun así, no me quebré. Me aferré a lo único que poseía: mi dignidad. Ningún bocado, ningún asentimiento, ningún gesto de sometimiento. Sólo la voz interior contaba.

Alta necesidad

Al abandonar la comisaría me sentí mareado. No tanto por la libertad - que aún no había cuajado en mí - sino porque llevaba más de veinticuatro horas sin comer ni beber.

Todo mi ser clamaba por líquido: en la primera esquina vi un pequeño supermercado. Sin pensar entré y compré un envase de zumo de naranja. Ya en la acera lo abrí y lo bebí de un solo trago. No debí hacerlo.

Un instante de alivio - y luego el vuelco. Mi estómago protestó con violencia. Una oleada de cólicos recorrió mi vientre. Necesitaba un baño - *ya*. Presa del pánico me lancé a un bar. El camarero afirmó que el aseo estaba “estropeado”. Aquello solían decirlo a vagabundos y músicos callejeros, de modo que desconfié. Fui hacia el fondo. La puerta estaba cerrada con llave. Murmuré una disculpa y salí. La angustia iba en aumento.

En la calle miré a mi alrededor con desesperación. Ningún baño público. Ningún bar accesible. Solo un sol abrasador y un asfalto más caliente. Aceleré el paso. La presión en el bajo vientre era ya insoportable. Entonces vi, al otro lado, un taller mecánico.

“Allí tendrán un lavabo”, pensé, y crucé apresuradamente.

“¡Baño, baño!” clamé al entrar.

Un mecánico me miró, evaluó la situación al instante y señaló sin palabra alguna una puerta junto a la entrada.

Mas ya era tarde. En cuanto cerré la puerta, sucedió lo inevitable. Todo se desató. En los pantalones, por las piernas - un torrente interminable. Humillación, alivio, desesperación: todo a un tiempo.

Por ventura no era sólo un retrete, sino también una ducha. Me desnudé, abrí el grifo e intenté limpiar también mis ropas bajo el agua. Los hombres del taller debieron de preguntarse qué demonios hacía allí dentro. No fue hasta pasada media hora que salí - la ropa aún goteando sobre el suelo grasiento del taller.

El hombre que me había dejado entrar se acercó. Me disculpé por la molestia y quise darle algo de dinero. Él lo rechazó con una sonrisa.

“Buena suerte”, dijo.

Privacidad

A lo largo de la costa oriental reemprendí mi camino hacia el norte. La misma ruta por la que había venido. Primero Alicante y luego en dirección a Barcelona. Jamás había estado allí y sentía curiosidad por la ciudad. Caminé por el centro, observando, y me impresionó la cantidad de mendigos y vagabundos. Bien lo sabía, desde luego - toda gran ciudad los tiene - pero allí comprendí cuán visibles y al mismo tiempo cuán invisibles son.

Yo tenía la libertad de elegir. No vivía en la calle. Me movía entre ellos, mas podía salir de ese mundo cuando quisiera. Para muchos, tal opción ya no existía. Habían perdido el vínculo con la sociedad y no quedaba retorno posible. Entonces la vida es dura. En la calle no hay reposo.

La noche no trae silencio. Siempre hay luz, ruido, movimiento. Siempre alguien cerca.

Mas todo ser humano necesita un lugar donde pueda ser él mismo sin ser observado ni juzgado. Quien vive en la calle carece de ese privilegio. No hay un rincón verdaderamente propio. Todo lo que debería ser íntimo se vuelve público. Eso convierte el mundo exterior en algo de lo que uno debe defenderse. Y ayuda, ciertamente, hallarse bajo algún influjo: alcohol, drogas, cualquier velo que proteja de la mirada constante de los demás.

Vi a un indigente masturbándose en un parque, mientras los peatones pasaban a su lado. No de forma provocadora, de manera discreta, pero aun así visible. Lo que normalmente ocurre en un espacio seguro y privado tenía lugar aquí, sobre el césped. Porque no tenía nada más. Sus límites habían desaparecido, disueltos en el espacio público. La calle se había convertido en su sala de estar.

Y me di cuenta de que lo que llamamos “asocial” quizá no sea otra cosa que un reflejo de nuestro propio comportamiento, pero a puerta cerrada. Lo que normalmente permanece oculto se hace visible en la calle. Sin filtro. Más crudo de lo que estamos acostumbrados.

Saltar los trenes

Barcelona dejéla atrás con presteza. Después de conseguir un aventón hasta la frontera francesa llegué a Perpiñán, donde resolví ensayar un nuevo modo de viajar. Warren me había contado en cierta ocasión cómo había atravesado toda Francia sin pagar - *jumping the trains*, oculto en los trenes. Eso mismo quise yo intentar.

En la estación examiné el horario de salidas y vi que aquella noche partía un tren hacia Ginebra.

“Ése ha de ser el mío”, pensé.

El tren constaba de un coche de asientos, un vagón-restaurante y coches-cama. De estos últimos escogí un compartimento vacío, con cuatro literas - dos a cada lado. A decir verdad, no sabía bien qué debía hacer. El convoy se puso en marcha y yo seguía allí, solo. Mas en cualquier momento podía aparecer el revisor. Debía ingeniármelas.

Sobre la puerta había un amplio portaequipajes, algo más alto que la litera superior y que abarcaba todo el ancho del compartimento. Allí había espacio suficiente para tenderme y podía colocar también mis pertenencias. Subí, deslicé mi guitarra a mi lado y me escabullí fuera de la luz.

Más tarde aquella noche entraron pasajeros. Primero uno, luego otro. Sin duda habrían estado en el vagón-restaurante, pues el tren no había efectuado parada alguna. Ambos llevaban poco equipaje y no usaron el espacio donde yo me ocultaba. Hasta ese momento todo marchaba bien.

Luego entró otro hombre, junto con el revisor. Llevaba dos maletas y quiso colocarlas en el estante sobre la puerta. Pero la guitarra, la bolsa y yo mismo estorbábamos. El revisor intentó ayudar creando algo de espacio, pero no fue posible. Yo me hice lo más pequeño posible y me pegué completamente al fondo, con el corazón laténdome en la garganta. Para mi gran alivio, finalmente desistieron.

Ahora había tres hombres ocupando las literas; una quedaba aún libre. Consideré tenderme allí - mi escondite era cualquier cosa menos cómodo - pero me contuve. Y menos mal: a media noche entró otro viajero, de nuevo escoltado por el revisor. Quería dejar su equipaje conmigo, pero el revisor dejó claro que allí no había espacio.

Dormí a medias, hecho un ovillo como un gato. Al despertar, la luz de la mañana llenaba el compartimento.

Los pasajeros iban a asearse; uno quedó. Para mi sorpresa le reconocí: un suizo al que había visto un par de veces en la Reithalle. Su nombre se me había olvidado, mas estaba seguro de que él también me reconocía.

Vacilé un instante, moví algunas cosas y le dirigí la palabra. Primero hubo sobresalto, luego reconocimiento - y una sonrisa. Descendí y me senté a su lado. Afuera rodaban colinas verdes. Le conté mi aventura.

“Estamos ya cerca”, dijo. “Probablemente no habrá más controles.”

Sonrió. “Haz como si hubieras venido a visitarme aquí.”

Fueron entrando los demás, mas nadie preguntó nada. Para cuando llegamos a Ginebra, yo era un pasajero más. Me aseguré de salir del compartimento el último, para poder sacar mis cosas del portaequipajes sin miradas ajenas.

Caminamos hacia el control de pasaportes; mi conocido pasó sin demora al mostrar el suyo. Nos despedimos. En Berna volveríamos a encontrarnos. Conmigo tardaron más.

Un aduanero me apartó de la fila y comenzó a interrogarme. Adónde me dirigía, si conocía a alguien en Suiza, si tenía dinero, si llevaba drogas. Intentó ponerme contra las cuerdas insinuando que era evidente que yo solía consumir.

“¿No fumas jamás un porro?”, preguntó.

Respondí que no fumaba en absoluto. Lo cual era cierto - al menos cigarrillos. Lo demás no era de su incumbencia. Hojeó mi pasaporte, se detuvo en ‘Henderiks’ y estableció la conexión con Jimi Hendrix. Mi melena salvaje y una guitarra a la espalda debieron de reforzar esa imagen. Dije que no me parecía en lo más mínimo a Hendrix ni albergaba semejantes ambiciones.

Me miró en silencio, cerró de golpe mi pasaporte, me lo devolvió e hizo un gesto para que me marchara.

Momentos con Bădu

Aquella tarde arribé a Berna, donde pasé primero por la Reithalle antes de dirigirme al Q-Hof, en el barrio de Lorraine, hacia Bădu. Esta vez sí se hallaba en casa.

Siempre hubo algo enigmático en mi relación con Bădu. Una suerte de entendimiento tácito que jamás se expresaba de modo explícito, mas se percibía en el aire. No era alguien que recibiera a uno con abrazos abiertos, y sin embargo me sentía bienvenido. Su calidez se escondía en gestos - una inclinación de cabeza, una taza de té, un jergón en el desván. Y el espacio que te daba para ser tú mismo.

El tiempo en el Freakhotel quedaba atrás. Mas él seguía siendo el mismo Bădu: alternativamente hospitalario y ausente, a ratos casi replegado en su propio mundo. Pero yo había aprendido: no era desdén, era su naturaleza. Y mientras lo comprendiera, podíamos convivir sin tropiezos. Sin expectativas, sin presión. Tan sólo un breve cobijo en la cercanía de alguien que tampoco trazaba su vida dentro de líneas rectas.

Quizá eso nos unía: una inquietud compartida. Un anhelo de algo verdadero, sin saber bien dónde encontrarlo. Y una aversión intuitiva a los caminos trillados y a cuanto estaba demasiado pulido. Bădu tenía su arte, su música, su senda. Yo la mía - que de vez en cuando pasaba por la suya, sin necesidad de quedarse.

Le conté mi viaje por España y la motocicleta que había dejado aquí. Debía ser reparada, pero carecía de medios. Bădu me dijo que en la Reithalle buscaban manos para la renovación. Quince francos la hora. No una fortuna, mas suficiente para ponerme con la moto.

Podía dormir de nuevo en el cuartito del desván.

Alicatador

Para el proyecto precisaban de alguien que alicatase un urinario y varios retretes. Jamás había colocado un solo azulejo, mas respondí de inmediato que sí. Tendrían que mostrarme cómo debía hacerse. Uno de los muchachos me enseñó lo esencial: trazar líneas en el muro, extender la argamasa con una espátula dentada, colocar las baldosas con un cordel por medio, y después rejuntar y limpiar con una esponja. Parecióme tarea lo bastante clara. Me puse, pues, manos a la obra.

Una vez seguro de tener trabajo, fui al taller mecánico para informarme acerca de mi motocicleta. Allí seguía. Los gastos resultaron algo menores de lo pensado - dos mil en vez de dos mil quinientos francos. Acordé con el jefe que le llevaría una cantidad cada semana. Trabajé seis días y pagué quinientos francos cada vez. Al cabo de cuatro semanas, la moto volvió a ser mía.

Sentí alivio, si bien también una suerte de desazón. Todo aquel trabajo, todo aquel dinero - ¿y para qué? Bien pudiera haberlo destinado a cualquier otra cosa que no fuese aquella “maldita” motocicleta.

Allí estaba de nuevo. Reparada, bruñida, presta para partir. Aún la usé - por conveniencia, por los kilómetros, mas la chispa non retornó.

El trabajo en la Reithalle continuaba, aunque ahora hacía menos horas. En mis ratos libres cabalgaba por el país: en torno al lago de Ginebra, hacia Gstaad - el patio de recreo de los ricos. Suiza era hermosa, pulcra, ordenada. Quizá demasiado pulcra. Todo encajaba aquí - y sin embargo, algo faltaba.

Gentes como Bädu, sus amigos, y también los okupas de la Reithalle, formaban una suerte de contracorriente. La

riqueza del país, decían, debíase en gran parte al secreto bancario. Atraía flujos turbios de dinero. Criminales, dictadores, empresas sombrías - todos hallaban aquí refugio para sus capitales sin preguntas incómodas. Algunos llamaban a ello *un pacto con el diablo*.

Empero Suiza poseía algo innegablemente virtuoso: la red social. Nadie era abandonado a su suerte. Si uno caía, era sostenido. Existían programas, oportunidades de formación, apoyo. Y democracia - democracia directa incluso. Los ciudadanos podían presentar propuestas para someterlas al voto de toda la nación. Con ello podrían incluso abolir el secreto bancario. Mas todo permanecía igual.

Sobre la supuesta riqueza de los suizos, Bădu tenía una visión sobria: *“En cuanto poseen una casa y un automóvil, vuelven a ser pobres.”*

Recoger jeringuillas

Bădu decidió irse de nuevo de vacaciones a Cuba. Propuso que tomase yo mientras tanto su empleo: recoger jeringuillas. *Pumpies suchen*, como él lo llamaba. Cada mañana recorría una parte de la ciudad para recoger las agujas que los toxicómanos dejaban o arrojaban. Sobre todo los areneros de los parques infantiles debían estar limpios *antes* de que comenzase la escuela. Ningún niño debía pincharse con ellas.

Acepté gustoso el trabajo. Y podía asimismo usar su apartamento. Una delicia tras el cuartucho del desván. Estaría dos semanas fuera, y durante ese tiempo tendría yo la casa para mí solo.

La labor era ligera. Madrugar no era inconveniente - podía volver a dormir si lo necesitaba. El área que me correspondía no quedaba lejos del lugar habitual donde se

reunían los adictos. A diferencia de otras ciudades europeas, los toxicómanos suizos no se desperdigaban por callejones y estaciones. En Berna se concentraban en un único lugar: el Schänzli.

El Schänzli pendía sobre la ciudad como una herida - abierta, visible, medio ignorada. Un prado en una colina, rodeado por un seto alto, como una frontera casi simbólica entre el mundo ordenado y la decadencia. En su única entrada se erguía un edificio clínico donde los usuarios podían inyectarse.

Lo que allí dentro se vivía tenía algo de infierno a cielo abierto. Jóvenes, algunos casi todavía niños, permanecían en pie como cáscaras vacías. En sus miradas no quedaba rastro de vida. A veces parecían una masa amorfa - gris, derrotada, desligada de todo. Para ciertos turistas se había vuelto casi una atracción: una ojeada al precipicio humano. Los hijos e hijas perdidos de una generación.

Mas las autoridades suizas habían elegido otro camino que no el de la represión. La experiencia enseñó que aquella senda no servía. Se habilitaron espacios donde el consumo era tolerado: seguros, con comida y bebida, jeringuillas limpias y preservativos. La estrategia era clara: lejos del paisaje urbano, pero más cerca de la asistencia, del acompañamiento, de la ayuda. Una forma pragmática de compasión.

Mi tarea como recolector de jeringuillas formaba parte de ese plan. Los restos peligrosos debían desaparecer cuanto antes del espacio público. Sin molestias, sin riesgos.

Y aun así, mientras hacía mi ronda, una pregunta martilleaba mi mente: ¿cómo puede ser que en uno de los países más ricos y mejor organizados del mundo tantos jóvenes naufraguen entre dos aguas? ¿Qué falla aquí?

El atracador de bancos

Los días discurrían mansamente. Madrugadas con pinza y cubo, recorriendo areneros y setos. Luego era libre. De vez en cuando ayudaba en la Reithalle o trabajaba temporalmente en una tienda de discos. Mientras tanto, buscaba a viejos conocidos del Freakhotel - Margot, Yamina - pero la mayor parte del tiempo estaba solo.

No hallaba verdadera conexión aquí. Quizá fuese culpa mía. Poco a poco había surgido una suerte de distancia entre mí y los demás, difícil de nombrar. Como si en algún punto del camino hubiera soltado algo que ya no podía recuperar. Tendía la mano hacia el contacto, mas al mismo tiempo me retraía. En Suiza, donde la gente es naturalmente más reservada, aquello pesaba aún más.

A veces vagaba un tanto perdido, sin querer admitirlo del todo.

Una tarde, me crucé con otro neerlandés en la Reithalle: Koos. Vivía en un pueblo cercano a Zúrich y me invitó a visitarlo alguna vez. También tocaba la guitarra, dijo. Quizá pudiésemos tocar juntos. Parecióme buena idea. Un encuentro nuevo, una pequeña abertura. Así que quedé con él.

Unos días más tarde cabalgué con sosiego por el ondulante paisaje suizo hacia su casa. No un nido alternativo, sino una morada pulcra, abundante en cristal, ubicada en un barrio moderno de reciente edificación. Su compañera suiza me recibió con cordialidad.

“Esto promete ser una tarde apacible”, pensé aún.

Mas tal idea se desvaneció con prontitud. La música fluía con torpeza. Apenas sabía tocar la guitarra, carecía de pulso rítmico, pero él encontraba que todo marchaba de maravilla. Yo me esforzaba por sostener aquello en pie

como podía. Cuando propuso salir juntos a actuar en tabernas locales, supe que aquello no prosperaría jamás. Intenté frenarlo con delicadeza, pero algo en mi tono lo hirió. Su semblante se oscureció; la tensión flotó en el aire.

Mientras tanto, él se vaciaba una cerveza tras otra; yo permanecía con agua - pues había venido en moto. Cuanto más bebía, más suelta se volvía su lengua. Con orgullo narró cómo años atrás, junto a un amigo, había atracado una oficina de correos en los Países Bajos: ochocientos mil de botín, jamás atrapados. Se había gastado su parte en dos años.

"Sobre todo en clubes sexuales", sonrió. "Fue una época fantástica."

Mas con el final del dinero llegaron los problemas. Habitudo a llevar vida de acaudalado, ningún empleo honrado podía sostener ya aquel ritmo. Así que comenzó a traficar con drogas. De eso vivía ahora. Alardeaba de sus ingresos. Yo empezaba a sentirme incómodo. No deseaba saber nada de aquello.

Su tono cambió. Más brusco. Pensaba que yo no le creía. Quiso demostrarme que prosperaba, que era listo, que vivía bien. Noté que empezaba a exaltarse, sensible a cada palabra, a cada gesto. Mi distancia pareciera irritarle. Movimientos súbitos, levantándose y sentándose, nervioso. De improviso dijo que hacía aproximadamente una hora se había tomado una pastilla de LSD.

Me sobresalté. Ahora ya no sería razonable en absoluto. Debía marcharme. Su amiga ya se había ido y yo me hallaba solo con un hombre cada vez más inestable. Era grande, corpulento, pura imprevisibilidad. No era alguien con quien convenía enemistarse.

"Te lo mostraré", dijo con sequedad, y desapareció en

otra habitación. Regresó con una caja de cartón repleta de billetes de cien.

“Quince mil francos”, dijo, mientras desparramaba el contenido sobre la mesa.

“Esto es mío. ¿Lo ves ahora?”

Tenía que creerle, ese era su propósito. Asentí, procurando mantenerme sereno.

Cuando el dinero quedó un tiempo sobre la mesa, su bravata viró en pánico. A manotazos precipitó los fajos de billetes, ocultándolos bajo su grueso jersey de lana. Con un vientre semejante al de una mujer encinta se quedó mirándome un instante, indeciso. Poco después desapareció en el retrete. Al regresar, su vientre estaba plano. Lo advertí fugazmente, pero no le di mayor importancia. Sólo deseaba una cosa: salir cuanto antes de allí.

Intenté convencerlo de que debía irme ya, pero insistía. Para él, su objetivo aún no estaba cumplido. Quería decirme más cosas, pero no esperé. Recogí mis pertenencias y partí.

Dos días más tarde, en la Reithalle, alguien me dijo que un holandés me buscaba. Afirmaba que yo le había robado quince mil francos. Y que me mataría si no se los devolvía. Me alarmé. Yo no le había quitado nada.

Entonces comprendí. Él, con aquel enorme vientre - con todo el dinero bajo el jersey - había ido al retrete. Y cuando regresó, el vientre había desaparecido. ¿Era posible que, medio ebrio y bajo los efectos del LSD, hubiera alzado su jersey para orinar, dejando escapar los billetes de entre sus manos - directo al inodoro? ¿Y, turbado, sin pensar, hubiera tirado de la cadena?

Quince mil francos perdidos. No hallaba otra explicación.

Los días siguientes viví con cautela. Evitaba la Reithalle. Según otros, sólo volvió una vez. No lo volví a ver jamás.

Regreso al hogar

Bädu regresó de sus vacaciones, relajado y cargado de nuevas historias. Me pagó sin demora el dinero que había ganado cubriéndole el puesto. Sin complicaciones: un apretón de manos, una leve inclinación de cabeza.

Yo ya había tomado mi decisión: partiría en cuanto él regresase. Había sido suficiente. Suiza había sido una pausa entre capítulos - necesaria, pero no eterna. Lo había sentido desde hacía tiempo: era momento de volver a ver a mi familia, de regresar a algo que aún me resultaba familiar.

Quizá no para siempre. Pero sí por ahora.

LA CIUDAD ETERNA

TESTIMONIOS DE LUZ Y DE SOMBRA

De nuevo en camino

En otoño regresé. Me mantenía con trabajosillos sueltos, pero pronto advertí que no lograba arraigar. La hendidura que siempre había existido entre mí y mi entorno se había hecho sólo más profunda. Aquí no hallaba almas afines, nadie con quien pudiera compartir de veras lo que en mí se movía.

Los viejos amigos se habían casado, algunos tenían ya hijos. Vivían otra vida, como es lo corriente. Trabajar, desposarse, dejar descendencia. Abrir la puerta para que nuevas almas entren en la tierra. Hermoso, sin duda, mas nada para mí. Yo anhelaba ver el mundo. Seguir mi propio sendero. Aventura.

Conocía a todos en el pueblo, y todos me conocían, mas la soledad aquí hería más hondo que cuando vagaba solo por las calles. Con aquellos a quienes ahí encontraba, sentía conexión. Con ellos podía ser yo mismo. Cuanto más abajo estaban en la escala social, tanto más en casa me sentía.

El invierno se acercaba. Tomé mis cosas, eché la guitarra al hombro y partí.

À Paris

“¡À Paris!” clamé a los coches que pasaban raudos, mientras sostenía en alto mi cartón. Desde mi aldea natal había apuntado de inmediato a un largo aventón. A París. No porque deseara quedarme allí, quería proseguir. Primero hacia la Côte d’Azur, y luego vería.

No avanzaba mucho con ese gran salto. La mayoría me llevaba sólo pequeños tramos. Con todo, el cartelito funcionaba: despertaba la curiosidad de los automovilistas. Querían saber cosas de mí; oír mi historia. A menudo sentía simpatía. Algunos lo hallaban audaz, que yo anduviera así por el mundo.

Cuando contaba por qué estaba en camino, solía presentarlo como un relato romántico. Un muchacho que vive al día, ganándose el pan con su música y viajando de ciudad en ciudad por Europa. Eso sí podían imaginarlo.

La historia de mi soledad casi siempre la dejaba de lado. Era demasiado enrevesada, y no sabía siquiera si yo mismo la comprendía.

Tentación en el sofá

El primer día llegué a Bélgica. Mi último aventón fue con una joven pareja flamenca. Cuando me ofrecieron un lugar donde dormir, no vacilé. Vivían en Brujas, en un pequeño apartamento con sala-cocina, un dormitorio aparte y un minúsculo aseo con ducha.

La noche era acogedora. Cocinaron para los tres. En poco tiempo la estancia se llenó del aroma de la salsa de

pasta, del vino tinto y del perfume dulce de ella. Fuera caía la noche; dentro, la luz suave derramaba un resplandor cálido.

Tras la cena bebimos vino en el sofá. La muchacha se mostraba llamativamente interesada. Se sentó junto a mí, y sus rodillas rozaban las mías cada vez que se volvía para hacer una nueva pregunta. Me sentía ligero, suelto, en camino. El huésped, el forastero, el portador de historias. Me escuchaba embelesada - quería saberlo todo.

Era seductora; su mirada se demoraba, la sonrisa duraba apenas un instante demasiado. A veces reposaba su mano en mi rodilla; con la yema de los dedos rozaba mis hombros. Cada contacto enviaba una breve descarga por mi cuerpo. Sentía mis propios límites desplazarse, un ápice por cada respiración.

Su novio guardaba silencio; sus ojos seguían cada movimiento como una sombra. Ella parecía no darle importancia. La tensión entre ambos era perceptible - densa, como si algo estuviera a punto de suceder sin llegar a consumarse.

Intenté permanecer desenfadado, mantener distancia, mientras el deseo reptaba bajo mi piel. Lo hallaba embarazoso. Al fin y al cabo era huésped - ¿cómo podía siquiera pensarlo?

Entonces recordé que llevaba algo encima. Algo para quebrar la tensión: un trocito de hachís. Con su permiso lié un porro; fumamos los tres. Eso atemperó la situación. El ambiente se volvió lánguido. Como si alguien hubiese bajado un poco la luz y eliminado los bordes afilados de la noche. No mucho después se retiraron a su dormitorio. Yo quedé en el sofá.

A la mañana siguiente, el hechizo había desaparecido, como si nunca hubiese existido. Desayunamos juntos. Luego partí y recorrí la ciudad. Brujas reposaba silenciosa y

antigua. Casi medieval. Aquella imagen serena me acompañó un tiempo, hasta que la ruta me devolvió a autopistas y gasolineras.

Registro corporal

Puse rumbo hacia Francia. A última hora de la tarde me dejaron en un pequeño puesto fronterizo, en pleno campo. Junto a la barrera salió un agente de aduanas. Me hizo señas para entrar.

Mierda.

En el bolsillo más pequeño de mis pantalones vaqueros, justo bajo el cinturón, tenía el trocito de hachís. Mi corazón se desbocó. ¿Y si lo encontraban? En Francia aquello podía salir muy mal. ¿Había sido tan necio?

Tuve que vaciar mis bolsillos y poner mi mochila sobre el mostrador. Todo a la vista. Mientras tanto buscaba, desesperado, algún plan. Deslicé la mochila hacia él - un gesto sutil que decía: ábrela tú. Se negó. Al parecer no era su tarea. Empujó la mochila suavemente de vuelta. Un pequeño desacuerdo. Quizá eso jugara a mi favor. Su atención seguía fija en la mochila.

La abrí despacio y saqué cuanto había. Mi guitarra estaba en el saco de dormir; también se la acerqué, con el mismo gesto de: hazlo tú. De nuevo se negó. Hojeó los dos cuadernitos que siempre llevaba en mis viajes. La guitarra la ignoró. Quedó donde estaba.

Vací mis bolsillos: primero el izquierdo, luego el derecho. Reservé el hachís para el final y lo dejé caer, entre pulgar e índice, en silencio - a mis pies, justo tras el borde del mostrador. Él no percibió nada.

Poco después me condujeron a una sala interior. Allí había un médico - o alguien con bata blanca y guantes de

plástico. Tuve que quitarme los pantalones y entregárselos al agente. Él volvió los bolsillos del revés, de forma ostentosa, y me miró sin decir palabra. Después hubo de bajar también mis calzoncillos. Me incliné hacia delante. El médico echó una ojeada fugaz a mi interior, sin más contacto. Con todo, se sintió como una humillación en toda regla.

Me devolvieron los pantalones. Todo parecía en orden. Mis pertenencias seguían dispuestas en el mostrador. Por dentro hervía.

La hachís aún yacía allí, apenas visible sobre el suelo abigarrado. Yo deseaba llevármela a toda costa. Fui algo “descuidado” al recoger mis pertenencias y dejé “accidentalmente” caer mi pañuelo al suelo, justo encima del pedazo de hachís. “Perdón”, murmuré. Me incliné, lo recogí todo junto y lo hice desaparecer en el bolsillo de mis pantalones.

Sin pronunciar palabra alguna, salí por la puerta.

Sentí alivio - y orgullo. Había burlado al sistema. Mas, al mismo tiempo, se alzaron las preguntas.

¿Quién posee el derecho de forzar a un transeúnte cualquiera a sufrir una humillación antes de permitirle proseguir su camino? ¿Hasta qué punto me hallo atrapado en un orden que ni siquiera conozco? Fumar hachís, o abstenerme. ¿Quién decide lo que puedo o no puedo hacer con mi propio cuerpo? ¿Era yo verdaderamente dueño de mí mismo?

Mientras dejaba atrás el puesto fronterizo, la ira seguía bullendo en mi interior. La afrenta se me adhería a la piel; las preguntas no dejaban de girar en mi mente. Mas ya había cruzado. El pequeño resto de hachís reposaba de nuevo a salvo en mi bolsillo. Era un hombre libre - por el tiempo que durara.

Speeder

Ante mí se extendía una carretera provincial sinuosa, con flechas blancas torcidas pintadas en el asfalto, que instaban a los automovilistas a mantenerse en su propio carril. Caminaba con el pulgar alzado, la mochila y la guitarra sobre la espalda. A lo lejos cantó un gallo.

No mucho después se detuvo un veloz automóvil italiano. La puerta se abrió de golpe. Al volante se hallaba un joven francés.

“Je suis Cédric”, dijo.

Subí.

Desde el primer instante se lanzó por el asfalto como quien siente a la policía a sus espaldas. Atravesamos a gran velocidad los caminos angostos; la llanura desfilaba a ambos lados. Su coche gruñía y bramaba, dócil y fiero al mismo tiempo. De cuando en cuando se precipitaba, con chirrido de neumáticos, en una curva ciega. Lo miré, algo inquieto. Él lo notó, sonrió y dijo, con pesadísimo acento francés: “I’m a speeder.”

Curiosamente, aquello me tranquilizó. Lo hacía a menudo, pues. Sabía lo que hacía - o eso deseaba creer.

Cayó la noche. Los faros se encendieron, pero su velocidad no menguó. A la luz del tablero le conté la inspección aduanera - incluido el momento en que hube de bajar mis pantalones.

“They are crazy”, dijo con un ademán desdeñoso. Reí. Su desprecio por la autoridad manaba de él en oleadas. Eso me hablaba. Le confesé, ufano, que los había engañado. Aún guardaba el pequeño resto de hachís, y se lo mostré. Él lanzó una mirada de soslayo y sonrió ampliamente. “Let’s make joint.”

“¿En el coche?”

“Oui, oui. You can stay at my house tonight. Pas de problème.”

Pareció un pacto tácito - y yo accedí de buen grado. No obstante, vacilé. ¿Fumar en un coche rugiente lanzado por la noche? Tal vez no fuese lo más prudente. Pero tampoco deseaba decepcionarle. Pensé: lo enrollo, tardo lo mío, pongo poco. Tal vez para entonces ya habríamos llegado. No podía faltar mucho; llevábamos un buen trecho andado.

Fue una vana esperanza. Su aldea aún quedaba lejos. Fumamos el porro y pegó fuerte de inmediato. Me puse completamente colocado. ¿Habría puesto demasiado? ¿O sería el estómago vacío? ¿La velocidad? ¿La tensión?

¿Y él?

¿No estaría también fuera de sí? Sin embargo, continuaba conduciendo como si encabezase la Fórmula 1.

El accidente de Escocia cruzó por mi memoria. Un sobresalto me atenazó el corazón. Le rogué que aminorase. “Total control.” Me miró. Apretó aún más el acelerador. Se me cortó la respiración. No me quedaba sino confiar en sus artes de conductor.

Por fortuna, los ángeles estaban en vela y llegamos sanos y salvos.

Tomamos un sendero de tierra y alcanzamos una antigua granja, perdida en medio de la nada. Cédric descendió, abrió una verja de hierro forjado y condujo hacia el patio interior, cercado por cuatro edificios. El principal se alzaba ante nosotros como un monasterio de tiempos remotos: ventanas enrejadas, muros gastados de grueso ladrillo monacal. Aun en la oscuridad tenía algo idílico.

“¿Es todo tuyo?”, pregunté maravillado.

“Oui.”

Dentro quedé verdaderamente atónito. Una sala de estar con una parte superior y otra inferior, unidas por una esca-

lera semicircular de piedra. Una balaustrada de madera, gruesas vigas en el techo, baldosas rojas en el suelo, una columna ornamentada con tallas. Todo daba testimonio de artesanía y estilo.

La cocina se fundía sin transición con la sala. Madera, piedra, hierro forjado - nada de basura prefabricada. Contra un muro de ladrillo se alzaba una robusta estufa de hierro.

“Qué casa”, murmuré.

Cédric, orgulloso, me contó que había adquirido la granja por una miseria. No era sino una ruina. Durante cinco años, junto a su padre - ebanista - la había restaurado. Aún no estaba del todo concluida, pero cuanto faltaba lo hacía él mismo.

Había una batería en la sala. Y una guitarra eléctrica.

“Let’s play music”, propuso.

Yo estaba más que dispuesto. La tensión del viaje se disipaba poco a poco en aquel espacioso refugio. Fumamos otro porro - del cual pronto me arrepentí. Volví a quedar excesivamente colocado. Ni siquiera lograba afinar la guitarra. Cada vez que pulsaba dos cuerdas a la vez, confundía armónicos y fundamentales. Desesperante.

Mas insistí. Deseaba tocar. Al cabo de un rato lo conseguí. Improvisamos un poco de jazz. Cédric resultó ser un baterista espléndido - preciso, enérgico, sensible. El vino apareció sobre la mesa y, aun estando cansado, la noche se prolongó.

Dos caballeros distinguidos

A la mañana siguiente, Cédric me dejó en la autopista en dirección a París. Nos despedimos con un apretón de manos firme. Sus ojos aún centelleaban tras nuestra noche llena de música, hachís y vino. El sol se alzaba bajo sobre el asfalto

cuando volví a levantar el pulgar. El trayecto hacia París transcurrió en calma. Sin corredores temerarios. Sin un porro en un coche desenfrenado. Me convenía; mi mente necesitaba sosiego.

Había pasado ya muchos años desde mi primera aventura en la Ciudad de la Luz. En ese tiempo había regresado al menos una decena de veces. Nunca por mucho tiempo, casi siempre apenas unos días. Tampoco ahora pensaba quedarme. París era sólo una parada.

Al menos, eso creía.

A unos cien kilómetros de París me recogieron dos hombres de mediana edad. El automóvil olía a cuero y loción. El interior era amplio, clásico e impecable. Los hombres eran amables y bien educados, con esa cortesía contenida propia de quienes están habituados a moverse en los mejores círculos. Su inglés era sorprendentemente bueno.

Quedamos atrapados en un largo atasco en la circunvalación. La lentitud del tráfico me volvió pesado y somnoliento. La larga noche con Cédric empezaba a pasar factura. Uno de ellos lo notó y me propuso acompañarles a su casa para reponer fuerzas. Acepté.

Tras el atasco, avanzamos por amplias avenidas bordeadas de suburbios llenos de bloques y oficinas. Finalmente alcanzamos un barrio moderno, de líneas sobrias y cubos perfectamente alineados.

Nos detuvimos ante una vivienda espaciosa y lujosa, en lo alto de una colina, con una enorme cristalera y vistas sobre la ciudad. A lo lejos la Torre Eiffel emergía sobre la neblina. "Estos tienen dinero", pensé.

Dentro, todo estaba exactamente en su sitio, ordenado y sin perturbar. Ningún desorden, ningún objeto suelto. Bebimos té en una mesa de mármol. Uno de ellos habló de

su estudio de arquitectura, de clientes de todo el mundo. El otro se mantuvo en segundo plano. Sonreía con cortesía, decía poco.

El ambiente era calmado y correcto, pero bajo la superficie se percibía algo más, algo que no lograba nombrar. Una tensión sutil, innegable - quizá de índole sexual. Me sentí observado; no de manera hostil, pero sí con un interés algo demasiado atento.

Quizá fuese imaginación mía. Quizá no.

Cuando ofrecieron que me quedara a dormir, estaba lo bastante cansado como para aceptar. Pero mi instinto dijo no. Su hospitalidad se sentía demasiado generosa, demasiado inmediata. Como si hubiera algo más entre líneas.

Les di las gracias, amable pero resuelto. Aceptaron mi decisión sin protesta. Uno de ellos me indicó el camino hacia la estación de metro más cercana, una línea elevada con trenes cada pocos minutos - todos hacia el centro. Perfecto. Claro y sencillo.

Afuera hacía fresco; había lluvia en el aire. Me sentí aliviado y aun así un poco culpable.

La invitación

En el metro me quedé soñando mientras el paisaje urbano desfilaba ante mis ojos. Por el rabillo del ojo vi a una muchacha dibujar un retrato mío. Tenía una expresión suave. Quise dirigirme a ella, pero cuando me incliné en su dirección, se levantó y pasó al otro vagón. Ni retrato, ni muchacha. *¿Por qué no un poco más de paciencia?*, pensé.

Jamás había tocado música en París. Alguna vez debería intentarlo.

En Pont Neuf bajé y vagué por las calles en busca de un buen lugar. Pero en todas partes había demasiado ruido.

Vi a una mujer caminar entre las terrazas con una guitarra. Llevaba un abrigo raído y algo demasiado grande. Su cabello, recogido sin cuidado, rodeaba un rostro afilado por el cansancio - y por cierta obstinación. Cantaba siempre la misma canción, pasaba con un vaso entre las mesas y luego desaparecía. Sin contacto visual, sin sonrisa. Tímida, apresurada. Como si preferiese no estar allí.

Irradiaba la resignación de alguien que había sido profundamente decepcionado. Alguien que había perdido la esperanza. Alguien que nada esperaba ya de nadie. Ninguna compasión, ninguna misericordia. No en esta gran ciudad.

Me conmovió aquella soledad absoluta, tan palpable en su mirada y sus movimientos. Pura separación. ¿Veía yo en ella el final de un sendero que yo mismo ya había recorrido en parte? ¿Era ése mi futuro?

Con su imagen aún grabada en la mente regresé al metro. Hora de tocar yo mismo - de buscar un rincón tranquilo con buena acústica. Habría sido más inteligente pensarlo desde el inicio; ahora tenía que comprar otro billete. Vi a unos jóvenes saltar los torniquetes, pero con mi mochila y mi guitarra no era opción.

Finalmente me instalé en un largo pasillo. Tras una hora tocando había ganado lo suficiente para tomar el tren que me sacaría de París, lo bastante lejos para poder volver a hacer dedo.

Estaba guardando mis cosas cuando una voz en inglés, a mi lado, dijo que me había oído tocar. Un francés, aproximadamente de mi edad. Me preguntó si quería tocar unas canciones en una fiesta esa misma noche. Su nombre era Clémence.

Clémence

Esta vez no sentí desconfianza alguna. Había en él algo desarmante. Abierto, jovial, un toque de picardía. Una melena rizada, rostro redondeado, una nariz prominente - el tipo de persona que te hace sonreír de inmediato. Me sentí al instante a gusto con él.

Tomamos juntos el metro hacia su piso en uno de los suburbios. Compartía el apartamento con un compañero, y yo podía dormir allí. Comida y bebida estaban aseguradas.

Descendimos por la escalera mecánica hacia el andén. Siempre me sorprendía cuán profundas eran algunas líneas. ¡Cuánto trabajo debió costar excavarlas, a mano, como los canales en nuestras zonas de turba! Y el cuidado con que habían sido diseñadas las estaciones - artísticas, llenas de carácter, concebidas con cariño. Incluso sin conocimientos de estilos podía verse el oficio.

Se acercaba la hora punta. Los trenes estaban llenos. Tuvimos que permanecer de pie, pero tras unas estaciones hubo más espacio. Charlamos de todo. Él seguía un curso de inglés y estaba feliz con la práctica. A veces le faltaba una palabra, pero nos entendíamos sin problema.

A medida que avanzábamos, noté que la mayoría de los viajeros eran de tez oscura. Todos iban hacia las afueras. Nosotros no teníamos que ir tan lejos; a mitad de camino bajamos.

El paisaje estaba compuesto por grandes bloques de viviendas de vivos colores - verde, amarillo, rojo - cada uno con cientos de apartamentos. Entre ellos había canchas deportivas, pequeños parques con bancos, juegos infantiles e incluso una pista de patinaje. Todo mostraba su antigüedad y clamaba por una renovación. Aquí y allá se reunía juventud en los portales. Unas cuantas madres con coche-

bitos permanecían en silencio en bancos bajo árboles desprovistos de hojas.

El ascensor estaba averiado. Séptimo piso. Clémence soltó una maldición. “Sobre todo los ancianos y las madres eran quienes más sufrían por ello”, dijo.

¿Si era un barrio peligroso?

“Ça va”, respondió encogiéndose de hombros.

Con tanta gente amontonada, algo sucedía de vez en cuando. Pero por lo general reinaba la calma.

Su compañero de piso ya estaba en casa. Un tipo distinto: más tranquilo, algo intelectual, pero amable. Había vivido en Londres. Intercambiamos experiencias. Que yo fuese músico callejero, eso sí lo apreciaba.

Él mismo no hacía música, pero era un oyente fervoroso. En Londres acudía, como yo, a menudo a conciertos, con preferencia por las bandas africanas. También en París, que es la Meca de la música africana, asistía con frecuencia a actuaciones.

Me sentí bien recibido por estos muchachos. Desenfadados, relajados - en un suburbio parisino. ¿Quién lo habría imaginado?

La fiesta

Aquella noche Clémence celebraba su cumpleaños. Vinieron unos veinte jóvenes. Amigos, amigas. El ambiente era cálido, distendido, respetuoso. Cuando la noche avanzó, llegó mi turno.

Recibí una presentación especial y Clémence contó cómo y dónde me había encontrado. En francés, por supuesto, del que no entendía gran cosa. Pero era evidente que inflaba bastante el relato y me convertía en un artista

singular, viéndome casi como un obsequio caído del cielo para aquella reunión.

Me incomodaban las expectativas que creaba, aunque también me hacía gracia. Nada de aquello era tan serio. El vino y las conversaciones con los invitados ayudaron. Apagaron el estéreo, tomé mi guitarra y comencé.

Cuando empecé a tocar, se sentaron espontáneamente en el suelo. No lo esperaba. Era un gesto respetuoso. Su atención me dio justamente la confianza que necesitaba.

Mi noche estaba hecha.

El giro

Me quedé un par de días más. Clémence tenía un viejo Renault 4 con el que corríamos por la ciudad. Quería mostrarme de todo - y para él era una excelente excusa para hablar inglés durante horas.

El vehículo era un relicario. Chirridos y crujidos en cada curva, abolladuras y manchas de óxido por todas partes, y en ciertos lugares la pintura había desaparecido por completo. A través de un agujero en el suelo se veía el asfalto desfilas bajo los pies. Arrancar sólo era posible con un enredo de cables junto al motor - ni siquiera había que abrir el capó, pues ya no existía.

Ya había notado que en París casi ningún coche estaba libre de golpes. Pero este aparato superaba a todos. Clémence evitaba a la policía cuanto podía. Si lo detenían, se acabaría todo de inmediato. Era sólo cuestión de tiempo hasta que lo descubrieran. Hasta entonces, él seguía conduciendo con obstinación.

Al tercer día quería conseguir cannabis o hachís. Recorriendo la ciudad buscamos amigos y conocidos, pero nadie

tenía nada. Mi pequeño resto de hachís lo había fumado con Cédric. Clémence empezó a impacientarse; su energía alegre cedió a frases cortas y silencios. Yo tampoco comprendía cómo en una metrópoli semejante no se podía encontrar un poco de marihuana. En los Países Bajos eso jamás sería un problema.

Finalmente llegamos a casa de una amiga suya. No tenía hachís - sí heroína. Yo mantuve distancia. Ese no era mi mundo. Clémence pensaba distinto. En India había consumido durante un tiempo. Hacía años de ello, dijo, pero estaba dispuesto a retomarlo.

Intenté disuadirlo. Ya encontraríamos marihuana; esto no era necesario. Él aseguró que sólo la inhalaría. Como si eso cambiara algo. Cuando aun así se llevó algo a casa, supe que era mala señal. Había algo en el aire - distancia, inaccesibilidad. Como si ya lo hubiera perdido.

En casa no tardó mucho. Inhaló. Lo vi transformarse ante mis ojos. El alegre fanfarrón se convirtió súbitamente en un muchacho inseguro y tímido, de quien ya no emanaba nada. La diversión que habíamos compartido no era más que un vago recuerdo. Como si hubieran pasado épocas enteras. Aquello me entristeció - ya no habría remedio.

Ese mismo día me despedí de él. No podía soportarlo.

Quise marcharme de París. Lejos de Clémence. Lejos de la desilusión.

Saxofones de bambú

En la Gare de Lyon tomé el tren hacia el sur, como si velocidad y distancia pudieran cerrar el vacío que se abría en mí. La ciudad se desvaneció como un sueño frío detrás de mí. Mi objetivo: la Route du Soleil, rumbo al Mediterráneo. En una de las primeras paradas fuera de París me bajé. En

mi cartel de autostop escribí “Lyon”, y pronto avancé en la dirección correcta.

Cayó la noche. Y el frío. Pero en la autopista se podía, en principio, continuar toda la noche. En las estaciones de servicio tenía uno la oportunidad de dirigirse directamente a los automovilistas. También había camioneros que conducían únicamente de noche para entregar mercancías al amanecer. Uno de ellos me llevó.

Apenas emprendimos marcha sacó una lata de cerveza de la nevera portátil; luego otra, y otra más. Las latas vacías volaban sin miramientos por la ventanilla. Mi estómago se encogió. “¿Quieres una?”, preguntó. Me sentí incómodo y negué con la cabeza.

Me aferré a la idea de que para él aquello era rutina; quizás recorría esa ruta en piloto automático. ¿Qué podía salir mal? Pero a medida que avanzábamos, cambió. Con cada sorbo se volvía más locuaz - y más rudo. Una avalancha de francés rápido. No entendía nada.

Aquello lo frustró visiblemente. Su tono cambió. Las miradas fueron más cortas, los gestos más bruscos. Percibí que estaba harto de mí. El aire de la cabina se volvió pesado con alcohol y tensión.

Quise salir del vehículo cuanto antes. Él pensaba lo mismo, pues en la siguiente estación de servicio me dejó. Sin una palabra.

Sentí un profundo alivio.

Era profunda la noche. Estaba rendido de cansancio. Dormir no era una opción: demasiado frío, demasiado húmedo. No había resguardo alguno. Intenté hacer autostop - en vano. La llovizna se deslizó por mi nuca como un susurro helado.

Mis pensamientos se desviaron hacia Clémence. ¿Cómo estaría? ¿Por qué habría recaído? Si hubiéramos encontrado

algo de marihuana o hachís, probablemente no habría sucedido esto. Ahora volvía a estar metido en aquella basura.

Me pregunté qué futuro le aguardaba. ¿Sería un deslizador pasajero, o vagaría dentro de veinte años como un despojo confundido por las calles - dientes rotos, rostro consumido, en busca del siguiente chute? Temía lo peor. No lograba desprenderme de aquella idea.

Una gran furgoneta se detuvo junto a los surtidores. Matrícula alemana. Las letras KS de Kassel.

Valía la pena intentarlo.

Un hombre de unos treinta años alzó la vista cuando le hablé en alemán. Pareció sorprendido.

“¿Va usted hacia el sur?”, pregunté.

“Incluso hasta Italia.”, respondió.

Me miró de arriba abajo.

“¿Músico?”

“Sí. Músico callejero.”

Sacó la manguera del depósito, sonrió brevemente y me hizo una seña. Subí.

“Danke.”

Avanzamos por una autopista desierta. No existía paisaje alguno: sólo lo que mostraban los faros - asfalto, quitamiedos, algún árbol disperso. Se llamaba Mattias y transportaba saxofones de bambú. Nunca había oído hablar de ellos, ni visto uno.

Era un concepto sencillo pero ingenioso: una flauta de bambú con boquilla y lengüeta de saxo - como una flauta dulce con el timbre de un saxofón. Me dio una. “Sopla”, dijo. Lo hice. Maldición. Sonaba como un saxo auténtico.

Mattias contó que había tenido la idea durante un viaje por Asia. Allí se utilizaban mucho: simples, baratos, eficaces. En Europa nadie los conocía todavía. Él vio un hueco en el mercado. Al principio los fabricaba él mismo, pero la

demanda creció y ahora los hacía producir en China. La furgoneta estaba repleta de cajas con instrumentos. La distribución la hacía él mismo, por tiendas en Alemania, Francia, Suiza e Italia.

París lo había dejado atrás. Ahora iba a Lyon, luego a Italia: primero Génova, después Florencia. En el viaje de vuelta tenía entregas en Milán y Zúrich.

“Esta ronda no me dará grandes beneficios”, dijo.

“Es más una cuestión de promoción. Ver si allí también prende.”

Le dije que estaba cansado y le pregunté si le importaba que me echara un rato. Ningún problema. Él mismo dormía en la furgoneta y tenía un colchón entre las cajas.

“Acuéstate sin reparo”, dijo.

“Yo continúo. De noche está tranquilo. De día ya he dormido.”

Cabeceé. Cuando desperté, estábamos en Lyon. Aún era temprano - alrededor de las cinco y media - pero el comerciante ya había llegado. Mientras Mattias descargaba, inhalé el aire frío del amanecer, que me devolvió algo de lucidez.

“Ahora vámonos, antes de que estalle el tráfico”, dijo.

No tenía plan alguno. Italia era terreno desconocido para mí. ¿Por qué no?, pensé. Nos llevábamos bien, y a Mattias le gustaba la compañía en un trayecto tan largo. Me ofrecí a conducir un trecho si él se cansaba. Al principio dudó, pero al final aceptó.

“En la autopista es seguir recto”, dijo. “Tiene que salir bien.”

Así pues, conduje mientras él descansaba atrás en su colchón, entre sus saxofones de bambú. En la frontera con Italia retomó él el volante.

Hacia el anochecer llegamos a Florencia. Allí nos despe-

dimos. Él dio la vuelta rumbo a Alemania. Yo me interné en la ciudad para tocar música.

Una cálida luminosidad flotaba sobre las calles. De los restaurantes surgía el olor del aceite hirviendo. En las terrazas tintineaban tazas sobre platillos, se depositaban platos, los corchos saltaban de las botellas de vino. Jóvenes camareras bien parecidas, vestidas de blanco y negro, se movían con gracia entre las mesas, sorteando piernas extendidas y bolsos en el suelo. Reían, tomaban notas, se inclinaban hacia los clientes para añadir algo o hacer una broma. Desde un callejón llegaba el agudo bocinazo de una motocicleta abriéndose paso por el gentío. Crucé una plaza y entré en una zona peatonal, donde desplegué mis cosas y comencé a tocar.

Entre los versos de mis canciones tocaba largas improvisaciones con la armónica. Así podía alargar los temas indefinidamente. Era necesario: por grande que fuese tu repertorio - si lo tocas todos los días, acaba por hastiar. La improvisación mantenía la frescura: inventar algo nuevo cada vez, buscar los límites, tomar libertad.

La desventaja era que mis armónicas se averiaban con rapidez. Y no eran baratas.

Tras dos horas de tocar, la calle había quedado vacía. Hora de recoger. Conté el dinero y me sobresalté al ver la suma. ¡Tanto! ¿Sería aquello normal en Italia? ¿O era Florencia una excepción?

Más al sur

En los días siguientes se sucedieron ciudades, pueblos y calles llenas de vida. No era una excepción: los italianos aman la música - el arte, la expresión. Jamás había experimentado que los transeúntes fuesen tan generosos.

Avancé por la costa occidental rumbo al sur, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. El aire olía a mar y a pescado fresco. En el agua se mecían barcos de pesca, sus redes en montones desordenados sobre la cubierta.

Hacia la tarde, el sol se hundió en el agua lisa. Su luz doraba las fachadas; las contraventanas entreabiertas parecían querer retener los últimos destellos del día.

Fuera de la ciudad se desvanecía el bullicio; los gases de escape dejaban paso a un aire limpio y fresco. A lo lejos repicaban campanas, ladraba un perro.

De noche encontraba cobijo en casas abandonadas, en el campo o a las afueras de una ciudad. Por lo general permanecía sólo un día, aunque en Roma y Nápoles me quedé algo más. Viajaba en tren; con el dinero que ganaba y las tarifas bajas - sobre todo en trayectos largos - no era problema alguno.

Huésped no convidado

Descendí hasta el extremo meridional, hasta Reggio Calabria. La primera noche dormí allí en un cobertizo abandonado junto a la playa. No fue un éxito. Había metido algo de pan y queso en una bolsa de plástico en el fondo de mi saco de dormir - porque si lo dejas al lado, acuden las alimañas.

A medianoche algo me cosquilleó en los pies; desperté sobresaltado y salté de un brinco fuera del saco. Podía ser una serpiente, o quién sabe qué. Salí, puse el saco boca abajo, lo sacudí y junto con mi comida cayó un ratoncillo. Pequeño alivio, pero aun así me molestaba.

Nuevo intento. Volví a meter la comida al fondo del saco e intenté dormir. No mucho después empezó de nuevo: cosquilleo, mordisqueos. Me harté. Eché al animalito fuera,

tomé la bolsa y arrojé su contenido a la playa. Una pena por el queso, pero por fin paz.

Las noches siguientes dormí en uno de los vestuarios playeros. Estaban alineados en largas hileras, todos vacíos fuera de temporada. Simples, resguardados, sin ratones.

Pierre y la mafia

En la ciudad conocí a Pierre, un francés que regentaba una pequeña crêpería. Me invitó a actuar una noche en su local. Cantar unas canciones y luego pasar la gorra - ésa era la idea. El público consistía sobre todo en jóvenes. Dudé si mi repertorio les gustaría, pero Pierre me tranquilizó:

“Un poco de distracción ya les basta.”

Interpreté tres piezas. Tras cada una estallaba el público en gritos y alboroto. No supe qué pensar. ¿Entusiasmo? ¿O simple alboroto juvenil? Sin querer me sentí más bufón que músico. Uno desea que escuchen - que escuchen de verdad - y que valoren lo que uno ofrece. Aquí no estaba seguro. Lo que recogí tampoco fue mucho. Quizá no tenían más. A Pierre le daba igual. Solo quería ambiente. Y eso se había conseguido.

Más tarde me invitó a su casa, una noche fuera de la ciudad. Resultó no ser una casa común, sino una auténtica villa. El precio del suelo aquí era bajo, dijo, y él había aprovechado la ocasión. Por poco dinero había comprado una casa tradicional italiana con un terreno.

Nos sentamos en su terraza. Pierre me contó su historia. La vida frenética en Francia lo había roto. Problemas de salud, estrés, un divorcio. Durante años había tenido varios locales, le había ido bien, pero con la llegada de la competencia barata uno tras otro fue cayendo. Se vio en proble-

mas, perdió a su mujer, a sus hijos, y quedó con deudas enormes.

“En aquella época pensé seriamente en poner fin a mi vida,” dijo.

“Me sentía como nada. Ya no era un hombre. Porque un hombre cuida de su familia, ¿no?”

Pero hubo un giro. Durante unas vacaciones en esta parte de Italia conoció un nuevo amor. Poco a poco la oscuridad se disipó. Ahora vivía en aquella villa con su esposa italiana y dos niños pequeños. Las deudas en Francia estaban saneadas, el contacto con sus hijos del primer matrimonio restaurado. Venían a veces, sobre todo en invierno.

Las viejas costumbres nunca mueren. Había abierto otra crêpería.

“Es lo único que conozco,” dijo.

“Ahí es donde me siento bien.”

Le pregunté si la mafia también se dejaba ver por allí.

“Pago,” dijo con naturalidad.

“No puedes evitarlo. Si no pagas, te queman el local.”

No parecía afectarle. Lo aceptaba como un hecho.

“¿Te sientes libre, si has de pagar a criminales?” pregunté.

“Es la única manera de mantener vivo tu negocio. Y puedo permitírmelo.”

Su manera de verlo me incomodó. Una sociedad donde esto es norma - donde te inclinas ante criminales simplemente para poder seguir existiendo - ¿qué queda entonces de tu honor? ¿De tu dignidad? ¿Cómo puede una comunidad aceptar tal cosa cada día?

“Esto no puede ser nunca una base viable” pensé.

Me dijo que si querías que la policía hiciera algo,

también debías pagarles; de lo contrario no movían un dedo.

Le pregunté por los cigarrillos baratos de marca que se vendían abiertamente en la calle.

“¿Cómo es posible? Es contrabando, ¿cómo pueden venderlo así?”

“Si pagas, todo es posible. Los grandes sobornan a la policía. Ellos dejan tranquilos a los vendedores. Así funciona aquí.”

Un gran sisema de corrupción - y todos participaban. Me costaba comprenderlo. ¿Qué decía eso de la gente? ¿De su mentalidad? ¿O pensaban que daba igual si te muerde el perro o el gato? ¿Era la confianza en el Estado tan baja que preferían arreglar todo ellos mismos?

No lo sabía. Debía de ser un modo de vida aceptado. De otro modo se habrían levantado. Pero aun así: resultaba extraño. Amargo. Necesitaba meditarlo.

Al día siguiente volvimos juntos a la ciudad. Nos despedimos sin acordar nada.

Su sobria aceptación de un mundo en el que la corrupción era algo normal seguía resonando en mi mente. Me preguntaba qué pensarían otros al respecto - y si en mi camino encontraría a alguien que lo viera de otra manera.

Entre civilización e instinto

En el sur de Italia ganaba menos con la música que en el próspero norte. Me hacía pensar en España: ingresos modestos, pero siempre suficientes. No me preocupaba.

Además de mí había aún otro músico callejero en la ciudad: un galés llamado Derek. Cada día ocupaba el mismo lugar - con su guitarra y un cartón de vino, junto a la entrada de un banco. Me llevaba bien con él. Tenía algo

resignado, la mirada de alguien que hace ya mucho ha dado por perdido todo. Lo calculé en unos sesenta años. Aceptaba su existencia: esperar el final y, entretanto, procurarse la mayor comodidad posible.

Cómo había llegado él allí, no lo sabía. Jamás hablábamos de ello. No era asunto mío. A veces permanecíamos largo rato en silencio, sentados uno junto al otro. Otras veces él estaba locuaz. Entonces hablaba de sus viajes por Sudamérica, donde había trabajado durante años, y de su tiempo en el ejército. Misiones especiales, decía. De esas operaciones de las que jamás lees en los periódicos. Lo personal lo evitaba siempre. Con todo, era evidente que había vivido lo suyo. Estaba solo, sin mujer ni hijos - y de ello no se arrepentía. La paternidad no era para él.

Derek poseía una mirada penetrante sobre la existencia humana. Destripaba la vida cotidiana con humor seco y atravesaba sin esfuerzo aquello que otros daban por evidente. El bien y el mal, decía, podían trocarse tan fácilmente como un par de calzoncillos cuando los intereses así lo demandaban. ¿La verdad oficial? A la venta para el mejor postor.

La hipocresía de quienes ostentan el poder, que predicán moral y fingen velar por nuestro bien - según él, una obra teatral con pésimos actores. Nada más.

Conceptos como civilización, conciencia o humanidad eran, sobre todo, útiles mientras el sol brillara y el refrigerador estuviera lleno. En tiempos de hambre, miedo o guerra surgía la verdadera naturaleza. Entonces caían las máscaras.

Una tarde, cuando pasé a verlo, estaba hablador. Parecía hacerle bien ordenar sus pensamientos en voz alta, y yo escuchaba con gusto.

“Nosotros no somos seres morales,” dijo. “La moral es

pintura sobre madera podrida - hermosa a la distancia, frágil al primer aguacero. Y cuando llueve, ves lo que somos: animales con buena memoria, sin conciencia.”

Encogió los hombros, sacudió la ceniza de su cigarrillo y miró al cielo. Se rió brevemente, como si encontrara sus propias palabras algo dramáticas.

“Así son las cosas.”

Tomó un sorbo de su cartón de vino.

“Bien, entonces de otro modo,” dijo, alzando el mentón.

“No hay culpa ni redención. Los hombres hacen lo que hacen - porque pueden. Punto. Y si existe un Dios, hace tiempo que se ha apartado. O se está riendo a carcajadas.”

Pasó su dedo índice por el cartón y sonrió de medio lado. “Otra cosa. No cambias a nadie. Por eso: cuidado con los idealistas. Son más peligrosos que los cínicos. Los idealistas creen en algo, y por aquello en lo que creen están dispuestos a matar. Los cínicos, al menos, te dejan en paz.”

Se sentía más a gusto en los márgenes de la sociedad, donde la fachada ya estaba agrietada.

“La verdad auténtica está en la calle. Allí donde la gente ya no tiene nada que perder. Allí comienza lo interesante. Allí ves quién es alguien en realidad.”

Esa idea podía compartirla con él. No obstante, a veces me preguntaba si sus palabras coincidían siempre con quien él era. En sus ojos había algo suave: una compasión cansada, una profundidad silenciosa. Su visión del mundo parecía más bien un escudo: un lugar donde guarecerse. Sin expectativas, tampoco hay desengaño. Quizá alguna vez había amado demasiado al mundo - y ya no podía permitírselo.

Junto a nosotros, a la entrada del banco, se apostaba cada día un guardia con un arma automática al hombro. En la puerta de cristal un pictograma: una pistola tachada con una línea roja. Jamás había visto tal cosa. ¿No era evidente

que uno entraba desarmado en un banco? Me hizo pensar en el Lejano Oeste. Pregunté a Derek qué significaba.

“Por aquí hay muchos que llevan pistolas,” dijo con sequedad. “Si quieres entrar, entregas tu arma.”

“¿Quieres decir... legalmente? ¿Pueden ir armados así, sin más?”

Soltó una carcajada.

“¿Legalmente? Aquí todo es legal - mientras pagues.”

Aparentemente aún no lo había comprendido.

Sicilia

Permanecí un par de semanas en Reggio, tocando en la calle y disfrutando del clima benigno. Luego llegó el momento de seguir mi camino. Tomé el ferry hacia Sicilia, la mayor de las islas italianas. Tras una corta travesía llegué al puerto de Mesina.

Se acercaba la Navidad; bajo un cielo sin nubes avancé desde el muelle hacia las calles engalanadas del casco antiguo. El grave murmullo de los ferris se desvanecía. Sobre las plazas colgaban la iluminación. Las tiendas apilaban panettoni y turrone en torrecillas; en un bar una pequeña televisión emitía fútbol. Alguien introducía un gettone en el teléfono. Un viejo Fiat Panda traqueteaba al pasar.

Volví a pensar en Clémence. ¿Cómo estaría? Jamás volveríamos a vernos - como tantos que encontraba en el camino. Todo era pasajero. Fugaz. Un contacto breve, un instante para atesorar o reflexionar, y luego desvanecido. No había amistades duraderas, ni vínculos que desafiaran al tiempo. Me había acostumbrado, y así estaba bien. Por el momento, al menos. Algún día esperaba construir algo - con alguien, quizá con más. Pero en el fondo sentía el lazo resbalar lentamente. Muy despacio, a lo largo de años.

Como si la verdadera amistad o el amor no estuvieran destinados para mí.

Parecía que, sin darme cuenta, ya contaba con ese destino. Me apegaba menos. Esperaba menos. Al fin y al cabo, me dejarían caer. *No soy suficiente* - esa convicción estaba profundamente arraigada. Era una lucha silenciosa por reconocimiento, una lucha que sabía perdida de antemano. Por eso me dirigía a Dios. Porque Él me había creado, podía suponer que tenía lo mejor destinado para mí. A esa confianza me aferraba. Pero también eso era una lucha. ¿Podía confiar en Dios? ¿Existía realmente un Dios, existía el amor? Yo creía que sí.

Sfortunato

Cerca de la Piazza del Duomo conocí a Rashid, un vendedor de flores norteafricano. Estaba apoyado contra el muro de un edificio imponente. Entablamos conversación - con unas pocas palabras en italiano, algo de francés, algo de inglés, y el resto con gestos. Sus negocios no marchaban bien, según entendí. No era el único; otros floristas tenían dificultades semejantes.

Le propuse hacer algo de música. Tal vez atraería compradores. Le pareció buena idea. Saqué mi guitarra, puse la funda en el suelo frente a mí y comencé a tocar. Rashid permaneció a mi lado con un ramillete de flores cortadas apretado contra el pecho, y una cubeta con más existencias a sus pies.

Pero no funcionó como esperábamos. Para los transeúntes no había la menor conexión visible entre un músico callejero y un vendedor de flores. Estábamos uno junto al otro, pero cada cual hacía lo suyo. No había acto conjunto.

No había sinergia evidente. Y así continuó todo como estaba.

Aun así nos divertimos. Rashid era un hombre alegre. Disfrutaba de la música.

“Sfortunato,” dijo de pronto. Con mi voz, según él, podría sonar en la radio o en la televisión. Y, sin embargo, allí estaba yo, en la calle. A su juicio, me faltaba fortuna.

Me eché a reír. Muchos creen que la música conduce automáticamente al éxito. Una canción y conquistas el mundo. Tal vez en teoría. En la práctica, apenas unos pocos logran vivir de ella.

En ese sentido yo pertenecía a aquel reducido grupo. Vivía de mi música. Me permitía viajar y vivir aventuras. ¿Qué más podía desear? Traté de explicárselo a Rashid, pero era evidente que él tenía sueños distintos. Para él, una vida en la calle no formaba parte de ellos.

Nuestro pequeño plan había fracasado. Ya no había motivo para quedarnos. Rashid tomó mi mano entre las suyas, la agitó varias veces con firmeza y me deseó mucho éxito. Yo me dirigí a la estación y tomé el tren hacia Catania.

Los scooters

Ya desde mi llegada sentí que la ciudad poseía una energía muy propia: vivaz, juvenil, siempre en movimiento. Scooters, fanfarronería, maneras de trato sueltas - parecía un lugar donde libertad e imprudencia se encontraban sin esfuerzo.

En Italia la scooter es sagrada. Sobre todo entre los jóvenes es el primer paso hacia la libertad. A partir de los dieciséis años se permite, y al fin eres móvil. En cada ciudad por la que había pasado, veía muchachos atravesar los calle-

jones a toda velocidad - solos, o con un amigo o amiga a la espalda.

Pero en Catania parecía que toda la ciudad estaba invadida por scooters. El zumbido de los dos tiempos llenaba las calles angostas como un estribillo interminable. Como si un enjambre de avispas recorriera la ciudad. Cascos sueltos en la nuca, cigarrillos colgando de la comisura de los labios, una mano despreocupadamente en el manillar, la otra agitando con brío hacia amigos o transeúntes. Muchachos con gafas de sol muy después del anochecer, muchachas detrás, sus cabellos ondeando en el viento de los tubos de escape.

Jamás había visto tanta juventud sobre dos ruedas. ¿Ocurría algo especial - un festejo de exámenes, o algo por el estilo? ¿Por qué se agrupaban por todas partes? En cada esquina había un grupo, las motos aparcadas en círculo como caballos alrededor de una hoguera. Se reía, se gritaba, se fumaba. Y tan pronto como aparecían, se desvanecían de nuevo.

Mientras tanto los comensales se sentaban en las terrazas, comiendo y bebiendo. Era de noche. Canté algunas canciones, pasé con un vasito, y repetí aquello en varios lugares. Después me pareció suficiente. No tenía ganas de buscar alojamiento, así que tomé el tren nocturno hacia Palermo. En el camino podría dormir.

Trucos de la mafia

Al día siguiente llovía. Tiempo frío y áspero. La ciudad yacía desierta. Era domingo. Todas las tiendas estaban cerradas. Vagué sin propósito, pero pronto sentí que allí no tenía nada que hacer.

“Entonces regresaré al continente,” pensé.

Al dirigirme hacia la estación pasé junto a un monumento. Según pude entender, era un símbolo contra la mafia. Pregunté a un transeúnte qué significaba.

“Exactamente lo que piensas,” dijo.

“¿Y quién lo ha puesto aquí?”, pregunté.

Me miró con una sonrisa enigmática.

“Probablemente la mafia misma.”

Tomé el tren hacia Mesina y ese mismo día regresé a Reggio. Al día siguiente seguí viaje hacia Bari, en la costa adriática.

“Seguro que allí habrá algo que hacer,” pensé.

Esa tarde, el tiempo se despejó. Cuando el tren se aproximaba a la ciudad y avanzaba junto a un acantilado escarpado, miré por la ventanilla. A una decena de metros bajo mí, bajo el sol pleno, vi a un grupo de jóvenes - quince, dieciséis años a lo sumo - manipulando jeringuillas. Parecían ayudarse unos a otros a inyectarse. Una escena que me golpeó como un mazazo. Me pregunté qué podía llevarles a ocuparse de aquello a tan temprana edad. ¿Qué estaba sucediendo aquí?

Mi esperanza de una ciudad llena de vida resultó vana. Bari estaba desierta. ¿La época del año? Las luces navideñas colgaban, sí, pero casi no había nadie en las calles. En un parque donde había algo de gente, saqué mi guitarra y comencé a tocar. No hubo reacción alguna. Nadie parecía interesado. Aun así perseveré. Algo debía ocurrir.

Tras un rato se acercó un joven, de unos treinta años quizá. Dijo que Bari no era ciudad para cosas así.

“Aquí no saben apreciarlo. Mejor ve a Roma. Allí lo valoran más.”

Parecía sincero y quizá era una voz digna de escuchar. El mensaje estaba claro. Hablaba un inglés razonable y

seguimos conversando un rato. Le conté lo que había visto desde el tren.

Él asintió, serio.

“La droga es un gran problema aquí,” dijo.

“La mafia que controla todo el comercio había distribuido hachís entre los jóvenes durante un tiempo, pero de pronto dejaron de hacerlo. En lugar de hachís, sólo introdujeron heroína. Era lo único que se podía conseguir. Muchos jóvenes se volvieron adictos entonces.”

A juzgar por su rostro y por su semblante, bien podía él mismo haber sido víctima de aquello. Confesó que, en efecto, así había sido.

Pensé para mis adentros: ¿hasta qué hondura moral debe uno caer para destruir vidas jóvenes consciente y deliberadamente, sólo por ganancia? Al parecer no existen límites para lo que somos capaces de hacernos unos a otros.

Pero cuanto más meditaba sobre ello, más sentía: ésta es nuestra libertad. Como seres humanos se nos concede elegir. Lo bueno, pero también lo malo. *¿Qué valor tendría esa libertad de elección si no pudiésemos ser también el mayor de los demonios?*

Roma

Bari no me ofreció razón alguna para quedarme. Roma me atraía como una ciudad donde tal vez sí se escucharía mi música. Seguí el consejo del joven y tomé el tren hacia la capital. Al caer la tarde descendí en la estación central. Junto a la entrada principal merodeaba un gran grupo de adictos. Antes, cuando iba rumbo al sur, también había pasado por aquí - entonces estaba más tranquilo. ¿Se repartía ahora algo: metadona, jeringuillas, comida? Fuera

como fuese, era una imagen triste - tantas almas hermosas, atrapadas en su propia sombra.

En dirección al centro era como caminar por un museo al aire libre. Por doquier había ruinas, fragmentos de lo que una vez fue grandioso. La ciudad irradiaba amplitud, historia y caducidad.

El tráfico rugía, pero Roma conservaba su sosiego. Murmuraban las fuentes; de vez en cuando repicaban campanas sobre los tejados. De los bares salía el aroma de espresso y castañas calientes; los hombres bebían de pie.

Antes debía hallar un lugar para dormir. La vez anterior había dormido afuera, en un parque con ruinas. Pero ahora, por más que lo intentara, no lograba recordar dónde exactamente había estado.

Para orientarme busqué contacto, como tantas veces, con músicos callejeros. Ellos conocían casi siempre todos los vericuetos. En Roma no era difícil - los encontrabas en todas partes. Especialmente en el metro, donde la acústica era ideal: estaban en las entradas y en los largos pasadizos subterráneos. Pero precisamente porque Roma ejercía tanta atracción, venían músicos de todo el mundo. Y entonces la competencia se volvía dura, como ya había experimentado.

No todos los músicos callejeros de Roma vivían en la calle. Algunos eran músicos profesionales que vivían con su familia o en su propio apartamento, y trataban así de ganar un extra. La calidad era alta. Escuchabas instrumentistas formados en el clásico, conjuntos de jazz, coros, cantantes de canciones tradicionales italianas. También veías por todas partes artistas plásticos. Pintaban las ruinas, los edificios antiguos, las terrazas llenas de camareros solemnes y de sus elegantes clientes. Todo parecía arte en esta ciudad.

Ahmed

A quienes buscaba eran los que vivían como yo: de día en día, viajando, errando. Así conocí a Ahmed, un argelino criado en París. Nos entendimos al instante. Hablaba buen inglés y tenía una expresión madura y abierta. Un hombre serio, alguien que sabía lo que quería. Era unos años mayor que yo, un guitarrista dotado con predilección por Jimi Hendrix. Mientras yo solo conocía unos pocos temas, él contaba con un repertorio acústico completo de Hendrix. Tocaba con mucho sentimiento y despertaba gran admiración entre los transeúntes.

Ahmed era un musulmán practicante. A diferencia de su gran ídolo, se mantenía alejado del alcohol y las drogas. Eso sabía apreciarlo - alguien que vivía según su convicción. Me preguntaba si yo sería capaz de lo mismo. Todas aquellas bellas ideas sobre el amor y Dios - ¿qué hacía yo con ellas? ¿Cómo las ponía en práctica? Mi búsqueda giraba sobre todo en torno a la confianza, al fortalecimiento de mi fe, y a hacer el bien al prójimo. Sólo eso ya era una empresa ardua. Reconocía esa lucha también en Ahmed. Tal vez por eso conectamos tan bien.

Él tenía un lugar para que yo durmiera. Cuando terminó de tocar tomamos juntos el metro hacia un parque a las afueras del centro. Allí se ocupaba de un grupo de jóvenes chicos norteafricanos, todos ellos chicos de la calle. En el parque había un edificio bajo, con un techo plano al que se podía trepar fácilmente. Allí dormían todos juntos. Proporcionaba algo de abrigo y la policía rara vez patrullaba por allí. Con tal de mantenerse tranquilos. Pasar la noche en el parque estaba prohibido.

A nuestra llegada, ya había algunos chicos arriba. Se alegraron de verlo, le gritaron y trataban de captar su aten-

ción con maneras infantiles. Él irradiaba autoridad, les llevaba por lo menos diez años, y su rectitud vital imponía respeto. Quizá les daba algo que les faltaba: dirección, protección, alguien que los conociera y corrigiera cuando se desviaban - cosa que, como habría de verse, sucedía de vez en cuando.

Ahmed no dormía con ellos. Más adelante, en el mismo parque, había un antiguo hipódromo fuera de uso. Junto a la pista se levantaba una caseta elevada para comentaristas; alguien le había dado una llave para poder pernoctar allí. En el suelo había una alfombra y la caseta estaba completamente cerrada - resguardada de lluvia y frío. Me propuso compartir el espacio; era suficientemente amplio para dos. No rechacé la oferta. Así pasé allí todo el invierno con Ahmed.

Durante el día hacía buen tiempo, unos veinte grados. Por la noche podía enfriarse bruscamente. A veces despertábamos con escarcha sobre el césped y los arbustos. No pasábamos todo el día juntos. Cada cual tenía su propio ritmo. A veces sólo nos veíamos por la noche en nuestro refugio. Ahmed me había dado una llave, para que pudiera entrar y salir cuando quisiera.

Caminar en la historia

Al principio fue difícil encontrar un buen lugar para tocar. En el metro los mejores sitios estaban ocupados permanentemente. Los músicos tenían allí acuerdos internos, con turnos que empezaban ya temprano por la mañana. En cuanto uno paraba, otro tomaba su lugar. En la calle había con frecuencia demasiado bullicio. Era difícil crear una atmósfera propia.

Finalmente hallé una entrada de metro a las afueras del

centro. Gracias a la generosidad de los italianos ganaba allí más que suficiente - incluso lo bastante como para ahorrar algo.

Viajar en metro era, en efecto, gratis. Los billetes tenían una banda magnética que, después de un uso, no debería funcionar más, pero no era así. A veces podías hacer tres o cuatro trayectos con el mismo billete. Yo recogía los billetes tirados por los pasajeros y con ellos recorría toda Roma.

A menudo hacía largas caminatas por una ciudad donde el tiempo se había depositado en capas. Pasaba junto a ruinas, plazas, columnas - miles de años de historia bajo mis pies. Una historia que había moldeado profundamente la cultura occidental. Dondequiera que mirases: vestigios del poder. Columnas que emergían del empedrado como costillas desnudas; templos retorcidos pero orgullosos, rehusando desaparecer. Testigos silenciosos de un imperio que antaño abarcó el mundo.

Mientras divagaba me preguntaba qué habría ocurrido aquí. ¿Había cambiado el ser humano desde entonces? Sin duda. Pero, ¿en lo esencial? Lo dudaba.

¿Había existido crecimiento espiritual desde que el cristianismo arraigó aquí, hace dos mil años? ¿Había realmente calado el mensaje de Cristo en el corazón de los hombres? Como dijo el padre en Samandag: *"Ama a Dios sobre todas las cosas, y a tu prójimo como a ti mismo."*

Más simple no podía ser. Pero cuando miraba al mundo, debía concluir: ese mensaje no había llegado. ¿Por qué no?

Entretanto la vida moderna irrumpía a través del pasado. Las scooters chillaban al pasar, los coches se cruzaban sin aviso. Apenas había líneas en la calzada. El tráfico era cuestión de instinto, intuición y un poco de fortuna.

En medio de un hervidero de cruce se erguía un agente

sobre una isla de hormigón. Vestía un uniforme blanco como la nieve, con solapas negras en las mangas y una gorra que recordaba a un casco de bombero en blanco y negro. Llevaba un silbato entre los labios. Con movimientos fluidos dirigía el tráfico - señalaba, giraba la mano como un director de orquesta, soplaba el silbato para dar peso a sus órdenes. Incluso ejecutaba una suerte de pirueta antes de liberar un carril. Un espectáculo solitario en una nube de gases de escape. También eso era arte.

Por la noche los músicos callejeros y los vagabundos solían encontrarse en la Escalinata Española y en sus tres terrazas situadas encima - que muchos consideran una alusión a la Trinidad (Trinità). Allí se bebía, se hacía música, se contaban historias. Un conjunto desordenado, pero reinaba cierta camaradería. Estábamos en el mismo barco. A veces hacíamos demasiado ruido y alguien nos llamaba la atención. Por lo general mostrábamos respeto. Aunque siempre había unos pocos tan perdidos en su propio mundo que ya no podían ser corregidos. Pero eran la excepción.

En una visita a la Ciudad del Vaticano quedé maravillado por la pompa y el esplendor de la Iglesia. No obstante, no me sentía bien. Aquello era riqueza, no humildad ni mansedumbre. Ciertamente no lo que cabría esperar de un siervo de Cristo. Lo vi enseguida. En la Plaza de San Pedro hormigueaban miles de turistas, muchos en grupos, tomando fotos, felices de ver por fin aquel prodigio. Yo me sentía extraño - algo avergonzado de no poder compartir su entusiasmo.

Crucé el Tíber. Anhelaba a mis almas afines en la escalinata. Gente sin pretensiones. Allí me sentía en casa. Quizá Ahmed estaría.

De camino reflexioné sobre lo que acababa de ver. La pregunta de por qué el sencillo mensaje de Cristo jamás

había calado verdaderamente en la humanidad no era, al fin, tan difícil de responder. Quien contemple la riqueza acumulada verá enseguida dónde han estado las prioridades estos dos mil años - no en el amor, sino en el poder. Y Cristo fue claro al respecto: *no se pueden servir a dos señores*.

Willem

Llegué temprano a la escalinata. Sólo Willem estaba allí, un muchacho holandés de La Haya. Desde joven había caído en la prostitución, como consecuencia de su adicción. Los años habían hecho mella en él, y se notaba. En los Países Bajos su fuente de ingresos se había agotado, así que buscó fortuna en otra parte. Roma le agradaba. El clima, la gente, la ciudad. Todo era mejor.

Aún luchaba con su adicción, pero ahora tomaba metadona. Que aquí la conseguía gratis.

“Mucho más relajado,” dijo él.

El único holandés que encontré en Roma. Por lo general apenas hablábamos; aquella noche, solos los dos, contó su historia.

En el momento de su nacimiento, su madre ejercía la prostitución. Nunca conoció a su padre. De niño, era “prestado” a lo que ella llamaba “tíos”- hombres que querían tener sexo con él. No conocía otra cosa. La mayoría eran amables, le daban regalos, a veces lo llevaban a un parque de atracciones o a la playa. Lo que ocurrió después, al parecer, formaba parte de ello.

También acompañaba a su madre a “fiestas”. Los recogían en coche y a veces viajaban durante horas. En aquellas fiestas había varios niños, chicos y chicas de su edad o menores. Los llevaban a una sala aparte, les maquillaban, les arreglaban el cabello, los vestían con “ropa especial”.

Antes de volver a la fiesta les daban una bebida dulce que los calmaba, casi eufórica. Después los invitados - hombres y mujeres, a menudo con atuendos estrafalarios y hablando lenguas diversas - tenían vía libre con ellos.

“Al principio teníamos un poco de miedo, pero la bebida nos ayudaba a apartarlo. Nos hacía sentir que todo estaba bien y era divertido,” dijo Willem. “Y cuando el efecto empezaba a desvanecerse, nos daban pastillas. Así aguantábamos toda la noche.”

Tragó saliva, respiró hondo y continuó.

“Al día siguiente regresábamos. Y cuando intentaba recordar lo ocurrido, parecía un sueño. Sólo quedaban fragmentos. Pero el dolor permanecía. Las huellas físicas a veces durante días. Comencé a resistirme, pero mi madre insistía. Era una fuente importante de ingresos.

‘No te quejes’, decía.”

En un momento dado se volvió “*demasiado mayor*” para las fiestas. El interés de los “*tíos*” se extinguió. También para su madre se hizo más difícil. Llevaba años enganchada. El día antes de su decimoquinto cumpleaños la encontró muerta en la cama, jeringuilla aún en el brazo. Sobredosis. ¿Intencional? Nadie lo sabía. Tenía 34 años.

“Poco después comencé yo mismo a consumir,” dijo. “Terminé en la calle, ganando mi dinero con la prostitución masculina, y casi veinte años después, aquí estoy. Tengo ahora la misma edad que ella cuando murió.”

No supe qué decir. Si su historia era cierta, este chico había crecido en el infierno.

¿Por qué? ¿Por qué uno nace con una cuchara de oro, y otro en el fango más hondo?

Le pregunté si alguna vez había considerado una vida sin drogas ni alcohol.

“He intentado varias veces desintoxicarme,” dijo. “Mas no lo logro.”

Hubo un breve silencio.

“Creo que seguiré el camino de mi madre. Por extraño que parezca, hallo consuelo en ese pensamiento.”

“¿No estás airado con ella? Ha arruinado tu vida.”

“No,” dijo. “Sé lo que la adicción hace con uno. Todo se vuelve permitido. La brújula moral desaparece. Uno se lo justifica todo - por atroz que sea.”

“¿Quiénes eran aquellos en esas fiestas?”

“Bien puedes imaginarlo. No eran campesinos humildes. Siempre lujo, fincas, villas, castillos. Lugares apartados.”

“¿Conoces nombres?”

“Mi madre sí. Mas jamás me los reveló. Y lo comprendo. Demasiado peligroso. Si yo hablase más de la cuenta, nuestra vida estaría en riesgo.”

“¿Tan grave?”

“Sí, así de grave. Esas redes son de los secretos mejor guardados por los ricos y poderosos. Si eso saliera a la luz, su credibilidad quedaría hecha añicos. Entonces llegaría la gran vergüenza. Y lo impedirán cueste lo que cueste.”

“¿Cuál es su impulso?” pregunté. “¿Por qué hacen cosas tan terribles a los niños?”

Se rascó la cabeza, pasó una mano por su cabello grasiento y guardó silencio un instante. Una tos leve. Una mirada hacia las escalinatas, donde cada vez más gente se reunía. Luego me miró. Asintió despacio.

“Sí,” dijo. “Ahí está la clave. ¿Por qué?”

“Los ricos y poderosos creen que sólo pueden conservar su posición alimentándose de energía ajena. Energía sexual. No olvides: sexo y poder son dos caras de la misma moneda - al menos cuando no interviene el amor. El arrebató del orgasmo se asemeja en extremo a la sensación del poder

puro. Y cuando ambos coinciden... ello les concede la ilusión de ser intocables.”

“¿Pero por qué niños?”

Tragó saliva. Bajó por un instante la mirada.

“Un niño es inocente. Quien es capaz de doblegar algo tan puro, hasta el umbral de la muerte - o incluso más allá - experimenta el poder absoluto. Significa que nada queda que pueda detenerle. Ningún límite, ninguna conciencia. Sólo la voluntad desnuda. En ese instante prueban la libertad absoluta. Es como si penetrasen en otra dimensión, donde se alzan por encima de todo. *Se creen invencibles - pero la sensación se desvanece, y la persiguen una y otra vez.*”

Guardó silencio. Un escalofrío helado recorrió mi espalda. Sonaba a teoría delirante, digna de libros oscuros o filmes turbios. Y sin embargo... la seriedad de su voz, la mirada en sus ojos - todo decía que hablaba desde el saber.

No quería creerlo. Pero en algún rincón profundo de mí, lo hacía.

Mientras tanto se unían más conocidos. El murmullo de conversaciones y risas llenaba el aire. También Ahmed estaba presente. Como si adivinase nuestro ánimo, tomó su guitarra y tocó *Castles Made of Sand* de Jimi Hendrix. En tales instantes parecía que la miseria se detenía. El mundo podía, por un breve momento, lavarse las manos en inocencia - y purificarse en las cálidas notas de un hombre sincero.

Los últimos acordes se desvanecieron en el aire de la noche. La serenidad, sin embargo, permaneció un instante, como si todos comprendieran la rareza de aquel momento.

Apenas se disipa la magia, retorna la cruda realidad.

Al cabo de un rato recogimos nuestras cosas y caminamos hacia el metro. De camino, Ahmed se volvió más

callado. Algo tenía en los labios. No fue sino tras sentarnos que me reveló la razón.

Rateros

Algunos de sus muchachos habían vuelto a las andadas - al hurto de bolsillos. Le habían mostrado con orgullo lo que habían obtenido, aun sabiendo que él despreciaba tales actos. Incluso le ofrecieron una parte. Ahmed había estallado.

“¿Cómo pensáis obtener jamás respeto de franceses o italianos si les seguís robando sus pertenencias?” había gritado.

“Deshonráis vuestra patria, vuestra cultura, vuestra fe.”

A la vez comprendía cuán arduo era para jóvenes como ellos - criados en Francia, a menudo encallados. Mas no lo admitía como excusa.

“La delincuencia es el camino fácil,” dijo. “*Los verdaderos hombres eligen la vida honesta.* Ahí se muestra la fuerza. Lo demás es flaqueza y cobardía.”

Ahmed era un hombre de dos mundos. Conocía por dentro la cultura occidental y la norteafricana. Creía que toda cultura preservaba algo valioso - de lo contrario no sobreviviría. Pero esa comprensión faltaba a menudo.

“La hostilidad nace del desconocimiento. Sólo quien se abre puede llegar a comprender,” dijo. “El respeto empieza donde la curiosidad ocupa el lugar del miedo.”

Habló también de la mística islámica - de quienes vivían su fe en un plano distinto, más hondo. Él deseaba formar parte de ello. Creía que lo bueno, sea cual fuere su forma, acaba confluyendo en una verdad simple.

Dijo: “Las cosas que vemos y padecemos se graban en nuestros corazones para que, al fin, lleguemos todos a la

misma conclusión. No en el saber, sino en la fe en el bien. Y ese bien es el Amor - *el Amor Eterno*."

Las palabras de Ahmed se quedaron conmigo. Una verdad simple para todos. Me hizo bien darme cuenta de que, cada uno desde un origen distinto, habíamos llegado al mismo núcleo por caminos diferentes.

Alimento sano

El espíritu te nutría, sí - pero el cuerpo necesitaba combustible. Una vida errante era físicamente dura; devoraba energía. Siempre en movimiento, siempre alerta. Kilómetros andando, cada día ganarse el sustento, un lugar seguro donde dormir, un poco de reposo. Dormir al raso, a menudo sin verdadera protección - nunca un sueño plenamente profundo.

Mantener la salud era indispensable - sin ello no resistía. La buena nutrición era prioridad. Me cuidaba de ingerir lo necesario: pan integral, queso, pescado, ajo, aceitunas, verduras crudas, fruta. Nada de comida basura - me derribaba pronto.

Tampoco fumaba ni bebía apenas cuando vagaba. No sólo porque a la larga agota, sino también por los riesgos. Andar bajo los efectos en una ciudad extraña es buscarse problemas, como aprendí en Granada. En un entorno conocido es distinto, pero en la calle jamás estás del todo seguro.

Cocinar no hacía - simplemente no podía. Para comidas calientes solía recurrirse a la misión. No es que siempre lo hiciera; la calidad era a menudo mediocre. Había que tener fortuna.

En Roma había numerosos lugares donde uno podía comer gratuitamente. El mayor de ellos destacaba en calidad. En un gran salón, donde más de un centenar de

personas podía recibir alimento, servían los padres y algunos muchachos de la calle. Aquellos jóvenes eran escogidos, se les permitía ayudar en la preparación y el servicio - y recibían a cambio una habitación.

Los más apuestos eran seleccionados, y precisamente por ello circulaban rumores de abuso. Un muchacho que yo conocía, un mozo llamativamente hermoso, había sido invitado a trabajar allí. A los pocos días se marchó.

"No me agradó", dijo cuando le preguntamos por qué. De padres insistentes no había notado nada. Mas aun así - la duda permanecía.

Talento

En ocasiones también recibía un obsequio para el alma. En Roma fue una voz que atravesaba la galería del metro - un joven músico dotado de un talento raro, como antes había visto en Finn en Estocolmo, Alex en Montpellier y Flavio en Granada.

Estaba sentado en el suelo de un túnel del metro, cantando canciones de los Beatles con la guitarra sobre las rodillas. Su voz era tan pura que producía escalofríos. Un círculo de oyentes se había formado a su alrededor.

Un muchacho inglés de no más de dieciocho años, con un rubio vello suave, cara de niño y ojos de un azul límpido. Su actitud era indiferente - parecía no importarle nadie ni nada. Con la camisa entreabierta y un vaquero gastado, yacía desplomado contra la pared alicatada.

Parecía sorprendido por tanta atención. Entre los temas dejaba caer largos silencios, como si aguardase a que el público desapareciera por sí solo. Mas nadie se movía. Todos permanecían.

Yo también.

Los presentes le hablaban, le ofrecían elogios, buscaban contacto - pero él apartaba la cabeza una y otra vez. La espera los volvía impacientes. Sólo cuando reanudaba el canto, un suspiro de alivio recorría al público. Entretanto, su estuche de guitarra se colmaba de monedas y billetes.

Junto a mí estaba un hombre que se presentó como director de cine.

"*Bellissimo*", murmuró cuando le pregunté qué le parecía.

Deseaba emplear al joven en una película. Si ello llegó a suceder, no lo sé. Jamás volví a verlo.

La imagen de aquel muchacho - y sobre todo su voz - regresó todavía unas cuantas veces. Mas poco a poco se despidieron, desvaneciéndose en un cajón de la memoria donde yacen guardados otros recuerdos semejantes.

También yo comencé a despedirme - de la ciudad eterna, de mis almas afines. El invierno había cedido lugar al color y al espacio, y en aquella nueva estación Roma se sentía distinta: más suave, pero también más inquieta en mi corazón. Por doquier algo despertaba - brotaban yemas en los árboles, el parque se colmaba de flores fragantes, y los primeros puestos de helados brillaban al sol.

Ciudad del amor

La primavera hormigueaba en el aire. Los días se alargaban, la luz se hacía más plena. No en vano se dice que Italia es la tierra del amor. En el parque donde yo dormía, los prados quedaban en las tardes soleadas sembrados de parejas enamoradas - muy juntas, susurrando, acariciándose, besándose, y lo demás carecía de importancia.

Jamás había visto tanta intimidad a la vista de todos, y ciertamente no en tal escala. La visión de tantas parejas, tan

cobijadas en los brazos del otro, desveló una carencia que ya no podía ignorar. Anhelaba el hogar. La quietud. El calor humano.

La idea de partir llevaba tiempo rondando por mi mente.

Lo hablé con Ahmed. Había trabajado durante años en Francia como mensajero para un amigo, y podía retomar aquel oficio. Pero en Roma se encontraba todavía demasiado a gusto como para cambiar algo.

Él fue el único del que me despedí.

En el camino de regreso me alojé unos días en casa de Bädu, y luego - sin grandes ceremonias - regresé a mi hogar.

ÚLTIMO VIAJE

EN BUSCA DE CONEXIÓN

Fin de la vida errante

Tras mi regreso de Italia tomé tiempo para recomponerme. Descansar, reponer fuerzas - y partir de nuevo. Largo tiempo pensé que siempre seguiría vagando. No conocía nada más que me diera tanta satisfacción.No hacía planes para el porvenir. La calle era el plan.

Con todo, el final llegó más pronto de lo esperado. Aún emprendí dos viajes: uno hacia el norte, a Escandinavia en verano, y más tarde a Grecia pasando por Italia. Después de aquello, se acabó.

La calle, que antaño fuera un campo de juego lleno de libertad y encuentros inesperados, había perdido su brillo. Día tras día los mismos ritos: tocar, comer, hallar cobijo, dormir. Conocía ya todas las tretas. Mas ya no me aportaba nada.

El encantamiento se había disipado. Lo que una vez fue aventura, se tornó rutina. Había explorado los confines de la existencia errante, vivido sus incertidumbres. Sobrevivir ya no era un desafío, sino un oficio. *Solo otro día en la oficina.*

No hubo un instante de iluminación ni una ruptura dramática. Tan sólo una conciencia adormecida, arraigada en lo profundo: ya es suficiente.

La calle me había dado mucho: historias, amistad, visiones, libertad. Eso lo atesoraría. Ya había pasado de los treinta. Era tiempo de otra cosa.

¿Qué exactamente?

Aún no lo sabía.

Sólo que no era ya esto.

Ámsterdam

Por medio de un conocido pude alquilar por un precio razonable un apartamento en Ámsterdam. Oficialmente ya estaba arrendado, pero el inquilino - Herman - apenas aparecía. Pasaba la mayor parte del tiempo con su novia en Emmen. Cuando nos encontramos resultó ser un hombre simpático, de unos cuarenta años. No le importaba que yo ocupara su vivienda entretanto. A veces regresaba a la ciudad y compartíamos el piso. Todo marchaba bien. Era una grata compañía.

Ámsterdam atraía. Jóvenes de todas partes acudían allí para estudiar, trabajar, o simplemente dejar atrás la estrechez de su aldea natal. Allí sucedían las cosas. Allí podías ser tú mismo. O eso creía. Era un nuevo paso.

Mi vida adquirió un ritmo razonablemente normal. Trabajé como limpiador para Alfa Hulp y además tenía un puesto en la Liftcentrale, una organización donde uno podía, por una suma, viajar con alguien hacia algún destino, dentro o fuera de los Países Bajos. El concepto venía de Alemania. El propietario - un alemán - dirigía desde la misma oficina también una agencia de viajes. Por las tardes y noches seguía tocando con regularidad en la calle.

Al principio lo disfruté. Descubrir la ciudad, absorber nuevas impresiones. Mas con el tiempo me sentí cada vez más solo. También me desilusionó cómo reaccionaban a mi acento.

“Oh, tú vienes ciertamente del este”, decían con un tono que hacía pensar que procedía de Siberia, como si no perteneciera allí.

Esa supuesta tolerancia de Ámsterdam resultó ser mera apariencia. Había que adaptarse. Yo no lo hacía. No deseaba plegarme, renunciar a mi esencia. Pero la consecuencia fue que cada vez me sentía menos en casa.

Crisis existencial

Me deslicé hacia una tristeza que ya había conocido antes, pero ahora más honda que nunca.

Las gentes se sentían frías, centradas en sí mismas. Ninguna conexión verdadera, sólo encuentros fugaces y palabras superficiales. Podías morir en tu vivienda sin que nadie lo advirtiera. La sociedad moderna no dejaba espacio para la vulnerabilidad. No había amor, sólo intereses: tú algo para mí, yo algo para ti. No llegaba más lejos.

Mi visión de la sociedad se tornó cada vez más pesimista. Todos parecían apartar la mirada de lo auténtico. Levantábamos una pantalla para no tener que ver nada. Los medios colmaban ese vacío con un flujo de relatos unilaterales sobre nuestra prosperidad, nuestra supuesta superioridad moral y la idea de que siempre estábamos del lado correcto. La crítica era barrida o tachada de extremismo. Las noticias no eran reflejo de la realidad, sino un drama cuidadosamente dirigido. Todo lo que no encajaba en el guion, se eliminaba sin más.

También nuestra conducta en el extranjero: sonriendo

en misiones comerciales mientras vaciábamos tierras de recursos; predicando paz y a la vez vendiendo armas; mostrando compasión mientras apoyábamos a los perpetradores. Lo llamábamos civilización, progreso, ayuda - pero bajo esas palabras se ocultaban la codicia, el poder y el interés propio.

Nos alimentaban con historias destinadas sobre todo a tranquilizar: que nosotros éramos la sensatez personificada, que nuestros líderes sabían lo que hacían, que los problemas residían en otra parte. Los conflictos se simplificaban en bien y mal, como si la vida fuera un cuento.

Tras aquella fachada yacía otra cosa: soledad, barrios desolados, pobreza silenciosa, adicción, malestar psicológico.

Todo era un gran espectáculo - y nos lo tragamos entero.

No había respeto. Ni por los ciudadanos. Ni por la verdad.

El país, la ciudad, el sistema - rebosaban de mentiras.

Y yo me asfixiaba con ellas.

Triste. Impotente. Solo.

Me hundi en un lodazal de pensamientos del que no parecía haber escape. Las preguntas engendraban nuevas preguntas, hasta que nada tenía sentido. La desesperación se me deslizó bajo la piel.

Antes, viajar ayudaba. Hacer música, vagar, los encuentros. Pero de esa vida nada más podía extraer. Ni consuelo, ni magia, ni un nuevo horizonte.

Me encontraba estancado. Nada me conmovía ya. Todo era plano; las personas se volvían figurantes. Anhelaba calor y conexión auténtica; hallaba sólo frío y distancia. Los días se repetían.

No veía futuro. Ni en Ámsterdam, ni en los Países Bajos.

Un día, ya era suficiente. Deseaba algo radical. Un salto al abismo. Todo o nada.

La conciencia no llegó de un solo golpe. Creció lentamente una resolución: no una huida, no unas vacaciones, sino un paso hacia lo desconocido. África.

Quería saber si podía ser distinto. Si allí las personas aún cuidaban unas de otras, si existía un sentido de comunidad. Y si no era así, entonces ya no valía la pena.

“Muéstrame lo que vale la vida”, pensé.

No llevé guitarra. Sólo lo estrictamente necesario.

A través de la Liftcentrale conseguí un viaje hacia el sur de España.

Con mil florines en el bolsillo y un visado para Marruecos partí.

Camino hacia la verdad - o hacia el fin.

Reencuentro con Reme

En Granada me bajé.

Cuando llegué a Sacromonte, resultó que Reme aún vivía en la misma cueva. Nos alegramos de vernos de nuevo. Había tenido una relación, mas ésta había concluido. Permanecí unos días con ella. Cuando le conté mis planes, albergó la esperanza de que, en mi viaje de retorno, pasara de nuevo a verla. Se lo prometí, aun sin saber siquiera si para mí existiría un regreso.

Fue la última vez que la vi.

Tánger

Hice autostop a lo largo de la costa, pasando por Málaga, hasta Tarifa, donde tomé el transbordador hacia Tánger. En el lado español todos los vehículos, camiones y peatones

eran minuciosamente revisados - el contrabando de hachís desde Marruecos era un problema bien conocido. En Tánger, el ambiente al llegar era sorprendentemente más relajado. Ningún control, sólo hombres marroquíes que aguardaban a los turistas con ofertas de guías o de hoteles baratos.

Rehusé cortésmente, pero uno de ellos se empeñó en seguirme con obstinación. Intenté mantenerlo a distancia sin ser descortés - al fin y al cabo era mi primer día en su país - mas no cedía. Cuando le pregunté qué deseaba realmente de mí, respondió que era peligroso caminar solo por la ciudad.

¿Era una advertencia o una amenaza? Pidió una suma absurda por acompañarme, con la evidente esperanza de que yo regateara. No tenía deseos de ello. Finalmente se dio por vencido. Mas el mensaje había quedado sembrado: el temor había sido inoculado.

Caminé alerta por la ciudad, observando, sopesando los rostros. Mas poco a poco desapareció la sensación. La ciudad seguía su propio ritmo; la gente proseguía sus quehaceres. La amenaza se disipó entre la luz del sol y los callejones fragantes - aunque una ligera desconfianza permaneció.

Tánger poseía un pasado legendario. De 1923 a 1956 fue una zona internacional donde las leyes eran maleables y los límites morales se difuminaban. Un refugio para espías, contrabandistas, criminales - pero también para escritores, artistas y almas errantes. Paul Bowles, Burroughs, Kerouac, Ginsberg, Genet, Brion Gysin, Francis Bacon - todos hallaron aquí un escondite temporal. Deambulé por la medina, visité el mercado y tomé chai en un café.

Era septiembre, mas aún pleno verano. Me sorprendió cuán abiertamente se fumaba hachís. Por doquier veía pipas

de acero que pasaban de mano en mano tras una calada. Nadie parecía preocuparse.

“¿Será legal aquí?”, me pregunté.

No podía serlo. El Rif, donde se cultivaba el cannabis, quedaba muy cerca. Tal vez ello influía.

Más tarde hablé con un expatriado que residía allí desde hacía años. Me explicó que el hachís estaba oficialmente prohibido, pero en aquella región se hallaba culturalmente entretejido con la vida diaria.

“Se tolera, hasta que tengas mala suerte”, dijo. “Especialmente si eres turista debes ser precavido. Si te atrapan, suele seguir una exigencia de soborno. Si te niegas, te llevan a la comisaría - y entonces no sabes qué te espera.”

Aquello me desalentó. En tal ambiente no sentí deseo alguno de fumar nada. No permanecí mucho. Ese mismo día tomé el tren hacia Rabat. En el compartimento era el único extranjero, y me miraban desde todos los ángulos. La inquietud no había desaparecido; permanecí vigilante. No me atreví a dormir, temeroso de despertar sin mis pertenencias.

Marrakech

Mis temores resultaron infundados. El viaje a Rabat transcurrió sin incidentes. También el trayecto por Casablanca hacia Marrakech sucedió sin contratiempos. Allí alquilé un hotel barato por varios días. Dormir a la intemperie no me atraía. Afortunadamente, era lo bastante asequible como para concederme ese lujo. Una habitación significaba también: ningún lastre. Caminar por la ciudad sin carga alguna se sentía como una liberación.

Marrakech tenía reputación de destino hippie de los años sesenta. Mucho de ello parecía ya folclore; lo que

restaba eran recuerdos y relatos para turistas. La ciudad misma - una de las cuatro ciudades imperiales - irradiaba, con su arquitectura morisca, algo familiar y despertaba recuerdos de Granada.

Todo parecía estar en movimiento. Motocicletas pasaban rozando carros llenos de naranjas, mientras burros cargados con grandes pesos avanzaban pacientemente por las calles estrechas. La medina era un laberinto de pasajes angostos donde la luz sólo penetraba tamizada. En cada esquina había comercio: trabajos de cobre, alfombras, especias, calzado, fruta fresca, carne colgando al aire libre, y aguadores con ánforas de cobre y vestiduras teñidas de colores. Se regateaba con gran estruendo.

Las tiendecillas extendían su mercancía hasta casi el centro del callejón. Carretas se abrían paso a empujones, niños vendían alfombrillas, joyería, refrescos en bolsas de plástico. Restaurantes y casas de té ocupaban aceras y plazas. Oía la calidez seca mezclada con un torbellino de aromas - menta, cuero, carbón y el olor grasiento de bocados fritos.

En la gran plaza junto al zoco vi por primera vez a un encantador de serpientes. Llevaba una túnica azul clara, turbante, y trabajaba con las manos desnudas. Uno por uno sacaba a los ofidios de una cesta de mimbre, los hacía danzar, ondularse y erguirse al ritmo de su flauta - como si sometiera su voluntad. El público mantenía distancia sin necesidad de advertencias. El temor residía en la sangre.

Monos eran conducidos con cadenas para fotografías, a veces con cierta rudeza que provocaba incomodidad. Acróbatas, cuentacuentos y músicos reunían corro tras corro de espectadores. El murmullo tenía algo hipnótico, especialmente al caer la tarde - un tapiz de voces, música, gritos y el siseo del aceite en los fogones.

El bazar en sí era un laberinto. Una ciudad dentro de la ciudad. Vagué sin rumbo, dejándome sorprender por colores, sonidos y fragancias - especiadas, grasientas, dulces.

En un pequeño parque junto a la plaza servían chai. Me uní a un grupo de hombres bajo un árbol e intenté integrarme en la conversación, mas apenas me dirigieron la palabra. Cuando observé que pagaba cinco veces más por un vaso de té que ellos, hablé con el vendedor. Él no se mostró impresionado por mi sentido de justicia. Encogió los hombros: *prix touristique*.

En la plaza conocí a dos mozos de unos veinte años. Habían sido expulsados de Francia por conducta delictiva, mas eran amables y humildes. Me mostraron la ciudad y no pidieron nada a cambio. Compré un poco de hachís de ellos, que fumé por la noche en la habitación de mi hotel. Ello me pareció lo suficientemente seguro.

Descubrí que aquí todo era comercio. Mi saco de dormir demasiado cálido y mis zapatillas sofocantes fueron canjeados, a través de sus contactos en el zoco, por una manta marroquí de lana y un par de sandalias artesanales.

Poco a poco advertí que uno de aquellos muchachos necesitaba su ración diaria de vino.

No era fácil hacerse con ello en este país. No había tiendas donde venderlo. Necesitábase de conexiones, como con las drogas, y no era barato. También consumía opio. Durante el día aún se mantenía, mas por las noches vagaba aturdido por las calles o permanecía en silencio con su bota de vino en un umbral. Su compañero velaba por él, procurando que nada le sucediese ni que fuese apresado por la policía.

Yo seguía mi propio camino, y gradualmente nos fuimos viendo cada vez menos.

Ouarzazate

Tras más de una semana abandoné el bullicioso Marrakech en dirección a Ouarzazate. En el autobús: asientos de plástico, cortinas moteadas de sol, sobre el conductor un rosario de cuentas y una fotografía amarillenta. El motor murmuraba, una casete de chaâbi crepitaba, y lentamente la ciudad quedó atrás: palmeras, muros rosados, luego la llanura con olivares.

Después de Aït Ourir comenzó la ascensión. Curvas cerradas, peñascos apilados como hogazas, aldeas arenosas, cabras que buscaban equilibrio en las laderas. El autobús gemía, reducía marcha, hallaba de nuevo el compás. La gente se inclinaba al ritmo de los giros; un niño dormía con la boca abierta. Las ventanillas entreabiertas dejaban entrar un soplo de tomillo. Ante cada curva ciega, el conductor tocaba brevemente el claxon - un escueto “aquí vengo” dirigido al muro de la montaña.

En lo alto del Tizi n'Tichka, la luz cambió; el descenso adquirió tonos más cálidos, tierra cocida. Las laderas se abrían en terrazas y cauces secos. Aldeas de barro se aferraban a los flancos, muros de pisé del mismo color que la tierra. A lo largo del camino, puestos con azafrán, miel, alfombras que aleteaban al viento. El autobús tomó velocidad; encima de mí se deslizaba el equipaje. El hombre a mi lado ofreció higos de una pequeña caja de plástico.

La tarde declinaba; las sombras se alargaban y se aguzaban. A lo lejos surgieron los primeros contornos de una palmeral y la silueta de un cuartel. Un cartel: Ouarzazate. Una ciudad de adobe y piedra, cocida al sol, con las cumbres refulgentes del Atlas al fondo - nieve como polvo sobre el horizonte.

Entramos en un asfalto más ancho. A la derecha, la

Kasbah Taourirt como un castillo de arena; a la izquierda, una flecha que indicaba un estudio cinematográfico - un destello de la fábrica de sueños al borde del desierto.

El motor se apagó con un suspiro. La puerta se abrió de golpe; el calor me golpeó el rostro. Todos se estiraban, sacudían el polvo de la ropa, recogían bolsos del techo. Risas, gritos, regateos con un taxista; alguien buscaba un sombrero extraviado.

Tomé una habitación en un hotel sencillo y salí a explorar. Entre casas color arena y callejuelas estrechas caminé hacia las afueras, en dirección al desierto. Un tendero con un pequeño puesto de joyas me habló. ¿Relojes? No tenía interés. No le importó. Sirvió chai y conversamos - una mezcla de francés, inglés y español. Me contó cuán difícil era labrarse una vida aquí. Muchos jóvenes no veían futuro: sin trabajo, sin dinero, sin mujer - sólo el sueño de Europa. Mientras él anhelaba el norte, yo miraba hacia el sur. Me deseó suerte.

Más adelante, las últimas casas se disolvieron en una llanura de arena abierta. Allí se hallaba un modesto local de comida. Afuera los comensales se sentaban en la arena alrededor de un fuego tenue. Comían en silencio; de vez en cuando unas pocas palabras. Dentro no había carta. Pedí la comida, salí de nuevo y me acomodé también en la arena.

El aire era tan puro que cada inhalación parecía un don. Lo que hacía bien a mis pulmones, apaciguaba mi estómago. La comida llegó en una tajine de barro: sencilla - garbanzos, verduras tiernas, una salsa cálida y fragante, un poco de carne. Nada extraordinario, y a la vez perfecto.

Desaparecidos

De regreso en mi hotel vi en el vestíbulo de nuevo los carteles que ya había encontrado antes: dos jóvenes holandeses desaparecidos. Habían viajado en coche por Argelia, mas después nada más se supo de ellos. Me afectó especialmente porque provenían de mi propio país.

En el tiempo en que yo viajaba por Marruecos, nadie sabía qué les había ocurrido. Aún había esperanza de que fuesen hallados. Meses más tarde oiría lo que probablemente había sucedido: en medio del Sáhara, su coche sufrió una avería. Ninguna ayuda en cientos de kilómetros. Seguir a pie era imposible. Cuando el agua se agotó, habrían incendiado el vehículo en un último intento de atraer atención - en vano.

¿Qué habrían vivido esos muchachos? Me pregunté qué habrían intentado para sobrevivir en aquel calor abrasador, y cómo habrían sido sus últimas horas. ¿Habían luchado hasta el fin, o se habrían rendido mansamente a lo inevitable?

Rumbo al Sáhara Occidental

Su situación seguía resonando en mi mente mientras avanzaba.

No me detuve en Ouarzazate. Al día siguiente tomé el autobús hacia Laâyoune. El motor retumbó, la ciudad retrocedió: el color de adobe desvaneciéndose, el Anti-Atlas avanzando.

Por Taznakht colgaban alfombras secándose al viento. La carretera subía y bajaba, los colores variaban de rojo pétreo a gris ceniza. La gente cabeceaba, acompañando el

vaivén del firme. De cuando en cuando un control: mano en alto, mirada breve, gesto de sello, adelante.

El país se volvía más desnudo: primero arbustos, luego sólo piedra y arena. En una parada subió un anciano con un haz de ramas de dátil bajo el brazo. Asintió, se sentó a mi lado y quebró una para compartirla.

Tata era una franja de verdor en una cuenca de piedra: palmeras, una bomba de agua, tres tajines sobre carbón. Comimos en silencio del mismo barro cocido. El conductor revisó el agua, golpeó un neumático y nos silbó de vuelta al autobús. Después, Akka: casas de barro, arcadas de sombra, hileras de dátiles colgando de cuerdas.

La tarde se extendía. El calor centelleaba sobre el asfalto; espejismos devoraban el horizonte. Guelmim se llamaba a sí misma la puerta del Sahara - podía sentirlo en el viento. Más arenoso, más salobre; como si el océano viajase ya con nosotros. Entre Tan-Tan y la costa, a veces podían verse las gaviotas antes que el agua; y luego, de pronto, aparecía el azul en el borde del ojo.

El autobús enmudeció. Todos miraban hacia afuera: sombras largas sobre llanuras vacías que conducían a ninguna parte y a todas. En el crepúsculo surgían los puestos de control, barreras medio tragadas por la arena; papeles, un asentimiento, adelante.

Tarde en la noche, Laâyoune resplandeció como una cinta de luz de sodio en la oscuridad. Entramos en el terreno de la estación.

Nos hallábamos ya en el Sáhara Occidental - una franja disputada durante años, escenario de escaramuzas y patrullas. Para Rabat, parte natural del reino; para el pueblo originario, la promesa de algo propio, con el Polisario y Argelia a sus espaldas.

Viajar aquí sólo era posible con permiso. Hacia Dakhla,

a mitad de camino hacia Mauritania, partía una sola columna diaria: autobuses, camiones, coches en un solo cordón, escoltados delante y detrás por militares. No se trataba de bravura - sino de cautela.

En columna

Antes del alba nos reunimos en la plaza polvorienta junto a la gendarmería. Autobuses, camionetas, camiones bajo lonas - un solo y largo hilo. Soldados recorrían la fila, miraban en las cajas, cerraban puertas con un golpe seco.

"Colonne", dijo alguien.

Delante, una camioneta con luz giratoria; detrás, otra igual. Instrucciones: ventanillas entreabiertas, guardar distancia, no detenerse, no apartarse del camino.

La ciudad dormía aún cuando partimos. Luz grisazulada, aire fresco con un trazo de sal. Los motores zumbaban en un mismo compás; se sentía cómo todos se amoldaban a aquella cadencia. Tomamos la N1 - una flecha a través del vacío. Yo me maravillaba ante las líneas costeras que parecían paradisíacas: playas níveas, bañadas de sol, extensas y absolutamente desiertas. Sin turista alguno, sin aldea. Sólo viento, arena y el mar sin fin.

Boujdour fue un respiro. Una roca, más adelante un faro. Formamos un semicírculo alrededor de un puesto de té: tres vasos dulcísimos en fila, pan con tortilla y comino. El vehículo de escolta quedó con el motor encendido. Un gesto breve, todos de vuelta dentro. El cordón se tensó de nuevo.

Hacia la tarde el camino estrechó la península. A la izquierda la laguna en matices azulverdosos; a la derecha el océano abierto. El cielo cobraba un borde rojidorado. A lo lejos apareció un collar de luces: Dakhla. La luz giratoria se

apagó. El motor de nuestro autobús bajó de tono, como si también él se aliviase.

En la estación alguien se me acercó: hotel en oferta. El precio era más alto de lo que acostumbraba; decliné y seguí. Él insistió, propuso algo más barato. En realidad estaba harto, pero cuando la cifra bajó a algo razonable, me dejé guiar.

Aquella noche busqué un restaurante e informé sobre cómo continuar. No había ya transporte público hacia el sur. Quien deseara ir a Mauritania, debía arreglárselas por su cuenta. Con ese conocimiento me retiré a descansar.

Damas rollizas

Dormí hasta bien entrada la tarde. Sin prisa. Deambulé por las calles arenosas y dejé que los ojos y los oídos hicieran su labor.

Fuera de la ciudad topé con algo inesperado: un grupo de mujeres corpulentas yacía de costado en la arena, vestidas con colores vivos, rostros lisos y redondos. Se hallaban allí sin reservas; los transeúntes - yo también - se detenían a mirar. Sus miradas eran seguras, casi desafiantes: *así somos*.

Intrigado, pregunté a un hombre qué sucedía. Explicó que en aquella región la gordura simboliza belleza y estatus.

“A las muchachas se las engorda desde jóvenes”, dijo.

“¿Engordar?” pregunté.

Asintió. “Sí. Las jóvenes deben plegarse al deseo del hombre si aspiran a un esposo digno. Cuanto más pesada la mujer, mayor el prestigio de su marido. Un poco como con el ganado - añadió sin vergüenza. Con ello demuestra el hombre que cuida bien de su(s) mujer(es) y de sus animales.”

Me sobresaltó, mas me contuve. Por primitivo que sonase, ¿era acaso mejor nuestra obsesión occidental con la delgadez? También nosotros imponíamos un ideal de belleza a las mujeres.

Propuesta de matrimonio

Más tarde aquel día, un hombre de mi edad me abordó en la calle. Preguntó si deseaba conocer a su hermana. Al principio fui cauto. Mas él se mantuvo amable, sin exigir nada. Ella lo pasaba mal, dijo. Tal vez yo pudiera hacer algo por ella. La curiosidad venció a la desconfianza.

Le seguí. Entramos en una estancia pequeña. En el centro, una mesa; la luz del sol caía por una ventana diminuta sobre el muro verde menta. Su hermana estaba sentada al otro lado, con pañuelo en la cabeza, pesada ropa pese al calor. Apenas me miró. Dos mujeres mayores permanecían en silencio en la sombra. Todo parecía una obra teatral cuyo argumento aún ignoraba - hasta que comprendí: deseaban que me casara con ella.

Ya había escuchado historias así. Mujeres que, para escapar de la falta de perspectivas, buscaban a un extranjero para conseguir papeles. Luego cada cual seguía su camino.

El hermano formuló la propuesta con gentileza, casi con timidez. No como un trato, sino como una súplica de ayuda. Sólo deseaba una oportunidad para su hermana, dijo. Y le creí. Mas no me sentía bien. ¿Qué se esperaría de mí en Europa? ¿Qué cadenas invisibles podían aguardarme?

Dije serenamente que no lo haría.

“No hay problema”, dijo él. “Lo comprendo.”

No insistieron.

Les saludé, me di la vuelta y salí.

Mientras caminaba hacia el mar, seguía dándole vueltas.

¿Había rechazado algo que quizá sí hubiese podido ser - una conexión inesperada, incluso una mujer con quien compartir mi vida? ¿Otro sendero, hacia hogar y estabilidad? ¿Una ocasión perdida?

Había dicho que no, y también eso significaba algo.

Estaba bien así, me repetí, con la esperanza de que la inquietud se aquietase en mi pecho.

Caballo con alas

A orillas de la costa hallé un banco. Me senté y contemplé la playa y el océano, con el pensamiento aún en ella. Unos niños jugaban como juegan los niños en todas partes: corrían tras las olas que retrocedían y huían chillando cuando el agua tornaba a seguirles.

Un hombre se sentó a mi lado. Andrajoso, con un olor que hacía suponer que llevaba mucho sin lavarse. Bajo su barba erizada, salpicada de gris, mostraba pequeñas costras. Su dentadura eran muñones, salvo un colmillo aún razonablemente intacto. Cabello oscuro y lacio - con alguna hebra gris - pegado a su flaca cabeza. Me miró con ojos hundidos y dijo que había trabajado en Inglaterra. Parecíale agradable hablar de nuevo en inglés.

Pensé primero que quería dinero y se lo pregunté de inmediato.

“No”, dijo. Y agitó las manos en un gesto tranquilizador.

“Relax. Just talking.”

Dijo que en otros tiempos había navegado en la marina mercante, que había recorrido el mundo y que leía mucho. Camus era su favorito. Más tarde volvió a su tierra y se unió al Polisario, el ejército rebelde.

“La lucha no ha terminado”, dijo. “Mas mi vida sí. Demasiado visto. Demasiado vivido.”

Se pasó una mano por el pelo.

“Los horrores de la guerra, lo que nos hacemos unos a otros... ningún hombre cabal puede soportarlo.”

Sólo la heroína le mantenía algo sereno. La usaba ya cuando combatía en el Polisario. *Horse*, la llamaba.

“Era el caballo que nos daba alas. Muy por encima de las nubes, para no ver más la miseria.”

Ahora la guerra se había vuelto hacia adentro. Cada día combatía de nuevo, contra sus demonios. El ideal por el que un día luchó se había tornado cinismo.

“No se trata del pueblo, sino del botín. Luchamos por los ricos, por los patrocinadores. No por nuestro pueblo. Esta tierra es rica. Aunque no lo parezca - quieren sus minerales. Los financiadores quieren ganancia. Siempre ganancia. Y nosotros no recibimos nada.”

Señaló a un niño con una cometa, cuya cola de vivos colores aleteaba en el aire.

“Así me sentía yo antaño. Unido a mi pueblo, mi ideal en alto. Mas me dejé seducir por las armas, y entonces adquieres un enemigo - que en verdad es tu hermano. Aprendes a odiar porque es preciso. Porque sólo así puedes matar. Y para ello necesitas drogas. Sin drogas nadie gana una guerra. Te vuelven insensible. Entonces todo es más fácil. Hasta que despiertas. Y comprendes que todas las balas estaban dirigidas contra ti mismo. Después llega la locura. Y quedas perdido para siempre.”

Calló. Se inclinó hacia adelante y sacudió la cabeza.

“¿Cómo es posible que nos dejemos engañar una y otra vez?”

Me miró, aguardando una respuesta. Mas ¿qué podía decir?

Que todo gira siempre en torno a los recursos y a la codicia de los poderosos, hacía ya tiempo que lo sabía. El resto es cortina de humo - propaganda para vender la guerra

al público. Sembrar miedo, señalar a un enemigo que pretende destruirnos, invocar la defensa de la patria. Siempre el mismo guion manido.

El sufrimiento de millones se despacha como 'daños colaterales'. Y después... nadie vuelve a levantar la voz. Mucho menos por seres como él. Los medios callan. La indignación se apaga. Y a la menor ocasión el libreto está ya preparado.

En verdad - ¿por qué caemos siempre de nuevo?

En la playa, las madres reunían sus cosas y llamaban a sus hijos. A disgusto acudían los pequeños.

Poco después caminamos juntos hacia la ciudad. Al pasar junto a un pequeño restaurante le pregunté si deseaba comer algo. Dijo que su estómago ya no toleraba mucho. Sopa, con un poco de pan - eso aún podía.

Pedí para ambos. Nos sentamos bajo una pérgola cargada de flores púrpuras. Ya no hablamos mucho. Su historia me acompañó mucho tiempo después de que nos separáramos.

Hacia Mauritania

Volví a mi hotel. Estaba cansado. Había sido un día intenso. Más tarde vería si hallaba a alguien con quien proseguir el viaje. Primero descansar y reponerme.

Esa misma noche encontré en la ciudad a un grupo de belgas de habla flamenca. Viajaban con un gran todoterreno y un jeep en una expedición por el desierto hacia Mauritania. ¿Si podía acompañarles? Tras breve consulta dijeron: hasta la frontera sí. Me alegró aquella respuesta.

Antes del alba en el campo de arena junto a la gendarmería. Dos pick-ups Toyota, un pequeño camión sobrecargado, bidones de diésel y agua, cuerdas y tablones contra el

atasco. El viento venía frío desde la laguna; té en pequeños vasos, un borde de azúcar en los labios. Un hombre anotaba nombres en un cuaderno. “Viajar juntos”, dijo. “No detenerse. Seguir la huella del de delante.”

Los belgas eran miembros de un club de aventureros que hacía travesías regulares por regiones remotas. Cinco personas en total: dos mujeres y tres hombres. El club era mayor, mas con dos vehículos había que turnarse. Eran amantes del terreno áspero.

Tenían todo bien dispuesto: agua, víveres, gasolina extra, un mecánico por si surgía avería. Incluso cajas con ropa y gafas para distribuir. A diferencia de mí, ellos poseían visado para Mauritania. Quedaba por ver si a mí me permitirían entrar en el país.

Dakhla se desvanecía a nuestra espalda, quedando sólo el océano como una larga franja azul a la vista. La tierra se volvió llana y pedregosa: hamada, aquí y allá un arbusto seco, un cuello de arena que a veces devoraba la pista. Los motores entonaban una sola nota.

Iba sentado en un banco en la caja del vehículo con Alain, un tipo grande y fornido, y dejaba que el viento respirase por mi boca. Hablamos de nuestros viajes, de expectativas, de África, de la vida en Europa. Percibía cuán difícil me resultaba hablar del propósito de mi viaje. Irreal, demasiado lejano; no encajaba con la imagen que fingía mantener de mí mismo: el viajero sobrio. Quise decir algo, buscar apoyo, quizá confirmación, mas no pude. No lograba pronunciarlo. Debía vivirlo, no hablar de ello.

El sol ascendía; el aire se quebraba en láminas temblorosas. Sal, polvo, un soplo a pescado venido de ninguna parte. Una gaviota colgaba inmóvil sobre la nada.

Al final del día aguardaba el tramo más arduo: tierra de nadie. Ningún asfalto, sólo huellas que serpenteaban por un

campo de roca y dunas pequeñas. Carteles de *DANGER MINES* torcidos en la arena, aquí y allá el chasis de un coche desahuciado. Conducíamos rueda en rueda, exactamente en la misma hendidura. Nadie hablaba. Sólo el golpeo de la suspensión y el seco repiqueteo de las piedrecillas contra los bajos.

Y de pronto, color: una bandera mauritana ondeando lánguidamente en un mástil. No había puesto fronterizo. La columna siguió sin inmutarse. El mundo apenas mudó. Al anochecer, cascos de barcos se perfilaban como costillas oxidadas que emergían de la arena suelta.

Había que presentarse ante la aduana en Nouadhibou. Giramos hacia un recinto arenoso; los motores se apagaron uno por uno. Inspección. Los belgas pasaron rápido: sus papeles estaban en regla.

Yo hube de quedarme.

En la comisaría

Un agente de aduanas me condujo a la comisaría. Afuera, en un pequeño patio, me indicaron que me sentase en el suelo junto a un policía tras una mesa llena de papeles y un teléfono.

“Esperar”, fue lo único que dijo.

“¿Cuánto tiempo?”

Alzó los hombros.

Al atardecer hubo un relevo. El nuevo agente dijo que debía pasar aquí la noche. Mañana seguir. Entretanto trajeron a más detenidos - no a una celda, sino al patio con nosotros. La mayoría arrestados por consumo de alcohol, prohibido en el severo islam mauritano. Algunos cayeron rendidos al suelo en cuanto se recostaron. También llegaron dos prostitutas; tímidas, permanecían en la sombra.

Apenas había comido en todo el día y el hambre comenzaba a apretarme. Pregunté al agente, en mi pobre francés, si podía conseguir algo de comer.

“No es nuestra responsabilidad”, dijo con indiferencia. “De eso debes encargarte tú mismo.”

“Mas no puedo ir a ninguna parte.”

“Entonces habrás de esperar hasta la mañana. Cuando las familias de otros prisioneros traigan comida, podrás pedir que te dejen compartir.”

Aquel horizonte no me tranquilizaba, mas no tenía elección.

Y así fue. A la mañana siguiente aparecieron madres, hermanas, padres con ollas y recipientes de plástico llenos de comida caliente. Observé hambriento, pero no me atreví a pedir nada. Hasta que un hombre, con quien ya había cruzado unas palabras, me hizo señas.

“Ven, come con nosotros.

No había cubiertos. Se comía con las manos. Parecía sencillo, pero resultó ser un arte. A pesar de mi torpeza, logré alimentarme. Le quedé agradecido.

Tomó el relevo el turno diurno; el primer agente de ayer había regresado. Más tarde trajo noticias.

“No puedo retenerte aquí. Debes ir a Nouakchott por un visado.”

Mas antes debía firmar una declaración. La había tecleado en una vieja máquina, en francés, en la mesa junto a mí. Le llevó horas. Cuando intenté leer lo escrito, me arrancó el papel de las manos con brusquedad.

“No leas. Firma sin más.”

Un prisionero a mi lado protestó.

“¡Debe saber lo que firma!”

El agente no estuvo de acuerdo. Me devolvió la hoja y,

cuando en mi segundo intento volví a mirar el texto, amenazó: “Si no firmas ahora mismo, te quedarás aquí.”

Me pareció prudente escoger por los huevos antes que por la gallina. De todas formas no podía entender aquel francés. Firmé y acto seguido me llevaron, escoltado por la policía, al aeropuerto. Yo mismo debía costear el vuelo a Nouakchott - ni siquiera sabía si tenía dinero suficiente. Por fortuna, fue posible. Esa misma tarde obtuve mi visado.

Nouakchott

Por fin libre. Aunque sólo hubiese sido una noche, se sintió como una eternidad. Me interné en la ciudad. Edificios bajos por doquier - tres o cuatro pisos era casi el máximo. La mayoría de las casas tenían una sola planta: bloques cuadrados de techos planos. Sencillos y funcionales.

A diferencia de Marruecos, aquí me dejaban tranquilo. Sin gritos, sin insistencias. Fue un alivio.

Dudé entre buscar un hotel o dejar que las cosas ocurrieran por sí mismas. Opté por lo último. Cuanto más me alejé del centro, más desapareció el pavimento. Las callejuelas entre las viviendas eran ya sólo de arena. Allí me crucé con un joven negro: Camara, de Ghana. Hablaba buen inglés y tenía un aire familiar, como si compartiéramos algo, aunque aún no sabíamos qué. Resultaba sorprendentemente occidental, aunque jamás hubiese salido de África. Conversamos un rato y me invitó a cenar en su casa.

Vivía con su amigo Ebo en una casita desnuda: una sola habitación. Sin muebles, sin colchones, sin mantas - sólo una estera en el suelo.

“Si quieres, puedes quedarte a dormir”, dijo Camara.

“Con gusto.”

Ebo no estaba en ese momento, pero según Camara no

tendría objeción. Y así fue. Aquella noche charlamos los tres. Ambos querían ir a Europa, pero habían quedado varados en Mauritania.

Decían que aquí lo llamaban "*el ataúd*" - entras, mas no vuelves a salir. Avanzar hacia Marruecos o Argelia era imposible. Y aunque tuvieran dinero, serían expulsados en cuanto llegaran. Tampoco podían volver a Ghana: todo su ahorro se había consumido en el viaje; no quedaba nada para regresar. No había trabajo. Para sobrevivir se hicieron barberos - sin formación, sin experiencia.

Al día siguiente me llevaron a su lugar de trabajo, fuera de la ciudad. Había allí más en la misma situación: muchos de Ghana, Nigeria, Camerún e incluso Costa de Marfil, todos barberos.

En la arena del desierto habían marcado recuadros de unos dos metros cuadrados y con postes y tablones de madera los habían transformado en unidades sencillas. Entre los postes colgaban lonas para resistir el sol abrasador. Así nació una barbería al aire libre con una decena de puestos.

Era un lugar bullicioso cuando llegué con Camara y Ebo. Los clientes iban y venían; pero era también un punto de encuentro para jóvenes unidos por un mismo sueño: alcanzar Europa algún día.

Algunos llevaban años aquí. La esperanza de llegar a Europa se iba desmoronando, pero nadie lo decía en voz alta.

Más tarde, ese mismo día, apareció un joven mauritano. Llevaba en su bolsa algunas botellas de cerveza para uso propio; las mostró orgulloso. Algunos susurraban que acababa de ser liberado, tras cinco años de prisión por posesión de alcohol.

Fuese casualidad o fuese que le seguían, no lo sé, mas de

pronto surgieron dos agentes de policía. Caminaron directamente hacia él, arrancaron la bolsa de sus manos y, sin pronunciar palabra, señalaron las botellas con un leve golpecito.

Él cayó en total pánico. Rogó, suplicó, gritó. Se agitó con los brazos. El mero pensamiento de otra larga pena de prisión le empujó casi a la locura. Cayó llorando al suelo.

Mas los agentes fueron inexorables. Lo tomaron por los brazos y lo arrastraron, a trompicones en la arena suelta, hacia el automóvil.

Entre nuestro pequeño grupo se encendió la discusión. Algunos lo hallaban absurdo: que fuese arrestado por algo tan nimio. Otros lo llamaron insensato - sabía bien lo que le esperaba, y aun así vagaba otra vez por la ciudad con cerveza.

A mí me pareció, sobre todo, triste. Sentí compasión por él. No podía creer que un par de botellas de cerveza pudiesen causar tal drama. Que incluso la libertad pudiese pender de ello, me parecía excesivo.

El incidente siguió rondando mi ánimo. Me sentía cada vez menos a gusto en este país. La forma en que se trataba a la gente empezó a incomodarme.

Al margen de eso, había poco que hacer en la ciudad, y por la noche aún menos. Ebo tenía una amiga; cuando ella venía, Camara y yo dábamos un paseo para que pudiesen estar a solas. Ella era casada, pero ello no le impedía un idilio - aunque acarrase riesgo de severas penas.

Jamás podía quedarse mucho tiempo. Su marido podría sospechar. Venía casi siempre tras la puesta del sol. Entonces caminaba yo, solo o con Camara, por el barrio. Las calles estaban vacías, la ciudad se replegaba sobre sí misma para la noche. Era un desierto total. Sin luz, sin sonido.

Tampoco podía uno ver dentro de las casas. Todo estaba cerrado a cal y canto.

A veces parpadeaba un farol sobre un callejón desierto. Casi siempre seguía yo la misma ruta, para no extraviarme. Al volver, a veces la veía escabullirse. No decía nada. No me miraba siquiera. Como si yo no existiera.

Le pregunté a Ebo cómo era posible, pues lo que hacía era en verdad peligrosísimo. Él dijo que muchas mujeres tenían amantes. Los matrimonios eran con frecuencia concertados, los hombres tenían varias esposas, la ternura era escasa. Así que buscaban fuera lo que dentro faltaba, en secreto.

Se habían conocido en una de las muchas lavanderías públicas. Las instalaciones eran primitivas. No había agua corriente; se recogía en una fuente. El retrete era un agujero en el suelo. A veces salían cucarachas, grandes como mi puño. Casi siempre cerraban el hoyo, mas no siempre; entonces correteaban por los muros. En la habitación misma no entraban. Ello tranquilizaba.

Tras una semana había visto ya bastante y decidí proseguir viaje - hacia el África negra. Examinamos el mapa. Podía escoger: Senegal o Malí. Fue Malí. No había tren, ni autobuses de línea. Sólo viejas furgonetas de chóferes locales iban en aquella dirección.

Camara me acompañó a la estación y me dio algunos últimos consejos. Nos abrazamos brevemente. Mientras la furgoneta tomaba velocidad, miré atrás y le vi empequeñecerse entre unos tenderetes y un puñado de viajeros.

A través del desierto

Desde Nouakchott comenzó la larga marcha hacia Malí: más de novecientos kilómetros de desierto. En la Toyota

íbamos, además de mí, un solo pasajero. Los asientos eran improvisados: unas mantas, una caja. Al comienzo marchaba bien. Una calzada confortable se extendía ante nosotros, hasta que, de improvisto, terminó. Después sólo quedaba un queso de agujeros. El conductor no redujo velocidad. Rebotábamos de un costado a otro y debíamos agarrarnos para no salir despedidos.

Por el camino subieron más personas. No sólo pasajeros - también sacos de arroz, harina, sillas, cubos, bidones. Al principio todo iba al techo. Cuando ya no cupo nada más, el resto entró dentro, y nosotros encima.

En cada parada parecía que la furgoneta estaba más llena de lo físicamente posible, mas siempre cabía algo más. Un anciano con una cabra gesticuló vivamente que deseaba subir. El conductor se detuvo. Tras breve parlamento, la cabra fue al techo. Entre todos la alzaron, patas atadas a la baca, cuerdas tensas sobre el lomo. El hombre se abrió paso entre nosotros. Estábamos prensados unos contra otros; la furgoneta parecía exprimirse sobre nuestras espaldas. Los peatones seguían alzando la mano, pero ya no cabía ni un alfiler.

Con la furgoneta cargada de gente y bagaje, cada bache era un golpe. El chasis desfondado gemía; nos proyectábamos de lado o chocábamos entre nosotros. Nadie se quejaba. Se suspiraba, se reía, se compartía. Un niño lloró un instante y volvió a dormirse en el regazo de su madre. Los sacos de grano sobresalían, los pies de una silla me pinchaban la espalda, un codo reposaba contra mi sien. Agobiante, sí, pero también íntimo: caos rodante de personas y enseres.

Boutilimit fue la primera escala. Té en tres rondas, azúcar pegada a mis dedos. Alguien vendía cacahuets en cucuruchos de papel. El conductor golpeó un neumático,

apretó un hilo suelto; nadie se inquietó. El tiempo era elástico: uno partía cuando podía, no cuando debía.

Pasado el mediodía, la furgoneta se hizo horno. Bidón hacia atrás, tapón fuera, sorbos pequeños, y pasar.

El mundo afuera era infinito. Llanuras de arena acanalada, rocas como olas petrificadas, aquí y allá un árbol torcido o un hombre con un camello, desvaneciéndose en la lejanía. Ningún sonido salvo el monótono bramido del motor y las nubes de polvo que surgían. Por momentos surgía una aldea - chozas de barro, niños que saludaban, una bomba de agua - y luego de nuevo amplitud. El aire vibraba; el sol pendía como un disco incandescente sobre todo.

Puesto de control. Una cuerda atravesando el camino, una caseta en la sombra. El gendarme hacía dos preguntas que no requerían respuesta. Una inclinación de cabeza, un ademán: seguir. A veces duraba más. Alguien bajaba, lo acompañaban adentro, volvía con un papelito o sólo con un encogimiento de hombros. Nadie murmuraba. Esto pertenecía al camino, como el polvo pertenece al desierto.

De vez en cuando nos deteníamos para rezar. Todos sacaban su alfombrilla, buscaban un lugar en la arena y se volvían hacia el este. Yo era el único que no participaba. Uno preguntó la razón.

“Es que no es mi fe”, dije.

“Entonces reza a tu Dios”, respondió con gentileza.

Asentí. “Prefiero orar en silencio.”

“También está bien”, dijo él.

En una polvorienta plaza de mercado en Aleg descendieron varias personas y el vehículo volvió a llenarse: sacos de cebollas, un haz de gallinas que cacareaban quedamente, un hombre con un radio pegado al oído. Veinte kilómetros más allá estaba el capó abierto y vapor siseaba hacia el cielo.

Todos fuera. Buscar sombra. El conductor asintió con indiferencia, vertió agua en el radiador, se limpió las manos en el pantalón, y adelante de nuevo.

En el autobús viajaba una joven pareja. Tenían familia en Europa y ansiaban llegar allí a cualquier precio. Él hablaba mirando fijamente al frente, las manos apoyadas sobre el saco de arroz entre sus rodillas.

“Estoy harto,” dijo. “De África. Todo cuanto ganas has de compartirlo con la familia. Cuanto más posees, más te requieren, hasta que nada queda.”

Movió la cabeza despacio.

“Te despluman vivo.”

Miró de soslayo, como para asegurarse de que yo escuchaba.

“¿Por qué habrías de construir algo? Empezar no tiene sentido. No hay recompensa, sólo expolio. Lo único que fomenta es tender la mano. En Europa uno gana para sí mismo. Nadie que invoque derecho alguno sobre ello.”

Odiaba aquella antigua costumbre. La crítica brotaba del fondo de su ser. Guardamos silencio.

Para mí - que justamente había viajado a África en busca de comunidad, de vínculo, de compartir- aquello fue desconcertante. También había, pues, un reverso en aquella solidaridad, un lado oscuro en el que jamás había reparado.

Not for resale

Malí no lo alcanzamos en un solo día. Continuamos hasta que el sol se tornó rojo. En medio del desierto, junto a un camino vacío, acampamos. Mantas, sacos de dormir, cada cual halló un lugar en la arena.

Me envolví en mi manta marroquí y miré hacia lo alto. La noche hizo brotar el cielo. La Vía Láctea pendía como un

río de luces sobre la tierra. Jamás la había visto tan clara. Dormí sin esfuerzo. Me sentía seguro - cercado por incontables ángeles custodios.

Madrugar. Té, pan seco, un puñado de dátiles. La furgoneta arrancó de mala gana - una tos - y se lanzó.

Kiffa fue la primera parada. El llamado a la oración flotaba sobre la ciudad. Alguien vendía cacahuètes, otro pollo asado.

En casi cada aldea bajaban pasajeros y descendían sacos de arroz y fardos del techo. Ayoun el-Atrouss se deslizó ante nosotros. El sol subía; el aire temblaba.

En una aldea somnolienta nos detuvimos por una llanta blanda. Estirar las piernas. En una tiendecilla hablé con un hombre que se nombraba "commerçant". Vendía comida enlatada, ropa y ollas - artículos de organizaciones occidentales de ayuda, aún en cajas con sus logotipos y la inscripción "*Not for resale*". ("*No destinado a la reventa*")

Con pocas palabras pude hacerle entender que esos bienes estaban destinados a ser distribuidos gratuitamente. ¿Por qué habría uno de pagarlos? Me miró sorprendido y, imperturbable, dijo: "Todo es comercio. Yo también lo compro a otro. *Nada es gratis*."

Cuanto más cerca estábamos de Malí, más vacía se volvía la furgoneta. Una última parada en Kobenni, luego hacia la frontera.

Tampoco tenía visado para Malí. Ya me veía de nuevo pasando la noche en comisaría. No tenía ganas. El conductor me dejó en un sendero de arena. "El puesto fronterizo está ahí," dijo, señalando. "A unos cientos de metros." Yo no veía nada - los arbustos y árboles bajos ocultaban la vista - pero él me aseguró que sólo debía seguir la huella.

Cruzar la frontera

Tras una breve caminata surgió la casilla de aduanas. Decidí actuar de otra manera. La rodeé en amplia curva hasta que, al cabo de media hora, aparecieron las primeras chozas de una aldea. Unos niños me vieron, lanzaron un grito y huyeron corriendo. *¿Nunca habrían visto a un hombre blanco?*, me pregunté.

Avancé por un angosto sendero de arena, flanqueado por altas vallas de cañas. Tras aquellas empalizadas se hallaban pequeños kraales con chozas circulares, techos de paja que se elevaban en punta. Era el África tal como aparecía en las láminas escolares.

Una mujer vino hacia mí. Probablemente advertida por los niños. No mostró temor; me observó con calma y señaló un raspón en su brazo. Si tenía algo. En mi mochila había unos cuantos apósitos. Se los mostré. Asintió y me hizo señas para que la siguiera.

Entré en el kraal de su familia. Dentro del cerco había cuatro o cinco chozas. Bajo la atenta mirada del resto de la familia, le coloqué un apósito. Entonces se hizo patente que casi todos tenían algún arañazo - uno aún más pequeño que otro. Uno a uno se acercaron, media docena quizá, con ojos expectantes y brazos extendidos.

Antes de darme cuenta, mi provisión de apósitos se había agotado. Pero ellos estaban satisfechos, casi orgullosos. Daban la impresión de que yo había hecho algo digno de nota. El padre asintió aprobatorio, posó su mano sobre mi hombro y me invitó a compartir su comida. Aquella noche pude dormir en una de las chozas.

La familia de Kjolo

Cuando fuimos a cenar, ya había oscurecido. Sólo el resplandor de un pequeño fuego iluminaba el círculo en que nos sentábamos en el suelo, alrededor de una gran olla de mijo. En el centro yacía un pequeño charco de jugo con unas hebras de carne. Todos se sirvieron y llevaron en silencio un puñado a la boca. Ya conocía el ritual por Camara y Ebo, pero aún me costaba acostumbrarme a él. Aquí se añadía algo más: estaba abrasadoramente caliente. Sin embargo, los demás - también los niños - no parecían inmutarse. Comían sin parpadear, como si sus manos fuesen invulnerables al fuego.

Yo debía contentarme con porciones diminutas, soplando y probando con cautela. Pero aun así, el sabor era tan intenso y extraño que no recordaba haber comido jamás algo que me resultase tan repugnante. Miré a mi alrededor, intentando leer los rostros; la vergüenza me subió a las mejillas y no supe bien qué hacer. Pero tenía hambre y no deseaba ser desagradecido. Así que mantuve el semblante sereno, tomé pequeños bocados, tragué despacio, asentí de vez en cuando en señal de agradecimiento y dejé mi mano reposar suavemente en el borde del plato. De ese modo domé la aversión y seguí comiendo.

Después de la cena todos se levantaron lentamente. Nada se dijo. El día había concluido. Kjolo, el padre de la familia, me condujo a una de las chozas. Me entregó una pequeña vela para la noche.

Vivíamos aquí al ritmo del ecuador: a las seis de la mañana luz, a las seis de la tarde oscuridad. Apenas el sol se ponía, la vida desaparecía del poblado. No había electricidad, ni radio, ni televisión. Tras la comida todos se acosta-

ban. El silencio era absoluto. Parecía que en mil años nada hubiese cambiado en aquel lugar.

A la mañana, aun antes del alba, oí ya a las dos esposas de Kjolo trajinando. Estaban en cuclillas junto a un pequeño fuego y preparaban el desayuno. Mijo, lo mismo que la tarde anterior. Respiré hondo y me sobrepuse. Había de acostumbrarme.

Los dos hijos mayores de Kjolo, de unos dieciséis o diecisiete años, partieron temprano con un burro y un carro destartalado. A cinco kilómetros tenían un pequeño campo donde cultivaban cacahuets. Trabajaban todo el día bajo el sol ardiente, y sólo al anochecer regresaban.

Entretanto, la noticia de que un hombre blanco se alojaba en el poblado corrió como reguero de pólvora. Sobre todo los niños venían a mirar, curiosos, risueños. Yo no siempre sabía bien cómo conducirme, y lo dejaba simplemente acontecer.

Choque cultural

Aparte de la diversión que mostraban, vi también a un par de pequeños en mal estado.

Kjolo tenía con ambas esposas dos niños muy pequeños, apenas de un año. Estaban sentados en el suelo, apáticos, con los ojos húmedos y quejumbrosos. Nadie parecía inquietarse por ello. Pregunté a Kjolo qué les ocurría.

“No toleran la comida,” dijo.

“¿Y entonces?”

“Entonces no sobreviven,” respondió con calma.

Lo miré. ¿Lo decía en serio?

“Pero uno hace todo lo posible por salvar a su hijo,” pensé. Mas Kjolo se mostraba muy lacónico. “Esperamos,” dijo.

No podía comprenderlo. La resignación, el fatalismo. Años atrás había seguido un curso de reiki. Quizá pudiera aliviar algo. Pregunté si podía ayudarles. Nadie objetó. Me senté junto a los niños y posé suavemente mis manos sobre sus vientres. Primero uno, luego el otro. Pasé horas así. Mas el dolor persistía, y el quejido no cesó. Hube de resignarme, tal como ellos ya lo habían hecho desde hacía tiempo.

Kjolo tenía en un costado del rostro una gran mancha roja con erupción. Pregunté si nunca había buscado tratamiento. Negó con la cabeza.

“Aquí no hay médicos capaces,” dijo. “Están en Bamako, a trescientas leguas. A veces pasa alguno en una furgoneta, como un médico ambulante, pero los remedios has de pagarlos tú. Y son caros.”

Me miró fijamente: “Nuestro destino yace en manos de Alá. Él decide sobre vida y muerte.”

Esto significaba que los pequeños simplemente debían esperar: o eran llamados, o se les permitía permanecer. Y sin que los padres tuvieran que actuar. Aquello se me atragantaba. ¿No era justamente nuestro deber cuidar unos de otros, como parte de algo mayor? Para mí la fe no era excusa para la pasividad; al contrario. Precisamente mediante la acción, mediante la compasión, se hace tangible el amor. La caridad es la fe misma. ¿No es eso lo esencial?

Mas aquí la entrega significaba otra cosa. Aquí entrega era no intervenir, sino aceptar. Dios decide, y el hombre aguarda. Creíamos en el mismo Dios - el Dios de Abraham - pero nuestras concepciones de Su voluntad, de nuestro papel en ella, estaban separadas por un abismo. Para mí fue un choque cultural; me llevó mucho tiempo poder darle un lugar.

Tumulto en el poblado

En los días siguientes empecé a reconocer el patrón de la vida aldeana: pausado y uniforme. El tiempo se contaba por pequeños actos: traer agua, trabajar la tierra, arrear cabras, majar grano, orar, comer, dormir. Yo me mantenía en segundo plano, observaba, escuchaba, procuraba entender. Aquella lentitud tenía algo calmante, y al mismo tiempo hacía que cualquier alteración rasgara el día como una hendedura.

Una tarde estalló de pronto alboroto en el poblado. Gritos, pánico. Kjolo corrió afuera; yo le seguí. Un hombre golpeaba a una de sus esposas con un palo. La mujer chilló y huyó por los senderos entre las empalizadas, con su marido enfurecido tras ella. Buscó refugio en otro kraal, donde las mujeres la rodearon. Entretanto, unos cuantos hombres habían sujetado al esposo. Estaba fuera de sí. Kjolo tomó la iniciativa, le habló con calma. Poco a poco el hombre se serenó. Juntos le condujeron de vuelta a su propio kraal. La mujer quedó atrás, llorosa, consolada por las otras.

Camino de Bamako

Tras más de una semana me despedí de la familia. Todos estaban en pie, y sus palabras cálidas me hicieron sentir como si hubiese vivido allí meses. Reían y saludaban. Sabía que aquella imagen me acompañaría largo tiempo.

Los hijos de Kjolo me llevaron en el carro del burro hasta el camino principal. En cuanto dejamos atrás el poblado, los sonidos y la vida en torno a nosotros se desvanecieron; sólo el suave roce de las ruedas sobre la arena nos acompañaba.

Media hora después llegamos a una pista de grava, polvorienta, interminable y vacía. Desde allí se iba hacia Bamako. Me estrecharon la mano, breve pero firme, y regresaron.

Los miré alejarse hasta que se perdieron, luego dejé vagar mi mirada por la carretera desierta y empecé a caminar. Al poco vi venir un camión. Un viejo armatoste de los años cincuenta, mitad camión militar, mitad pieza de museo. Alcé el pulgar. El conductor se detuvo.

“¿Bamako?”

Asintió y señaló la caja. Trepé por el costado y me dejé caer sobre el piso de hierro liso, con la espalda apoyada en el tabique metálico que me separaba de la cabina. El sol abrasaba sobre el metal. Pero estaba sentado - y avanzaba.

No duró aquello mucho. Avanzábamos por una sucesión interminable de baches y ondulaciones, y yo salía despedido por la caja del camión como una pelota de ping-pong a cada sacudida. Agarrarse era inútil. Aquello no podía sostenerse. En la cabina también lo advirtieron. Me permitieron pasar al frente, entre el conductor y su acompañante.

Mantuvimos un ritmo firme, incluso al atravesar las aldeas por las que irrumpíamos sin aminorar. Reducir la marcha parecía prohibido; frenar, impensable. Cuando una cabra se plantó ante nosotros en mitad del camino, la golpeó de lleno. El animal salió volando y quedó inmóvil en la arena. El conductor no volvió la cabeza ni un instante, y siguió con idéntica velocidad, como si nada hubiese ocurrido. Giré sorprendido mi rostro hacia él. Sin pronunciar palabra, alzó el puño - ese ademán universal: “*me importa un comino*”.

Lo que yo ignoraba era que en el trayecto había puestos de control. La primera vez me entró angustia. Le dije que no tenía visado. El conductor me hizo un gesto de calma.

Entregó sus papeles y mi pasaporte, y explicó que yo carecía de visado. El agente observó, preguntó adónde iba.

“A Bamako.”

Asintió: “Allí obtener visado.”

Listo. Sin multa, sin celda. Me sentí aliviado.

Rodamos aún un buen trecho. Al desviarse por un camino secundario en las cercanías de un poblado, bajé y proseguí a pie. Había más gente. No carros, sino viandantes, carretas de burros cargadas de leña o agua, pastores que arreaban sus rebaños. Entre ellos corrían atletas: jóvenes a torso desnudo - fibrosos, ágiles, incansables.

Al borde de la carretera se alzaba una pequeña construcción donde uno podía recuperar el aliento y tomar algo de beber. Unos ancianos, sentados en taburetes bajos, se apoyaban en la pared de adobe, ocultos en la sombra. Me acerqué, saqué mi mapa de la mochila y les pedí ayuda para orientarme hacia Bamako. Se animaron enseguida, se inclinaron sobre el papel y deslizaron sus dedos negros y encañecidos por él. Mientras tanto conversaban entre sí en una lengua que yo no entendía - viva, gesticulada, como dos hombres enfrascados en descifrar un rompecabezas sin clave.

Pensé que terminarían indicándome el camino, pero no hallaron una respuesta clara. Al cabo de un rato enrollé el mapa y les di las gracias por el intento. Sólo más tarde comprendí: probablemente era la primera vez que veían un mapa de carreteras. Y quizá, como tantos en esta tierra, no sabían leer ni escribir. Bien podía haber sido una bonita lámina de colores.

Uno de los corredores también se había detenido a beber. Le pregunté cuánto llevaba corriendo. No lo sabía con exactitud. Tenía que llegar a un poblado a veinte kilómetros para entregar un mensaje a un pariente.

“¿Y lo hacéis corriendo?”, pregunté.

“Sí,” dijo riendo.

Reanudé el camino. El sol descendía. En un pueblecito pregunté si podía dormir en alguna parte. Dormir solo en la maleza no me parecía prudente. Prefería estar cerca de gente. El hombre a quien me dirigí tenía claramente la cabeza en otro asunto. Más adelante había una mujer a quien lanzó unas palabras duras. Cuando ella desapareció, me prestó atención. Dijo que allí podía dormir, y me señaló el lugar. Había otros viajeros que dormían fuera. Podía unirme a ellos.

A la mañana siguiente avancé poco. Un par de trayectos breves, nada más. Me hallaba a mitad de camino. Pero entonces, hacia el mediodía, surgió de pronto mi viejo y conocido camión en el horizonte. Resultó que tenían una entrega en Bamako y podía acompañarles hasta el final. En los puestos de control el conductor habló por mí una vez más. Cuando al atardecer entramos en la ciudad, vi a unos niños jugando al fútbol en un campo entre los árboles.

“La civilización,” pensé.

Bamako

Mi primera tarea: conseguir un visado. No hubo preguntas difíciles; sólo un sello para tres meses, pagar, y listo. Allí supe que un padre holandés vivía en una misión de la Iglesia católica. Me dieron la dirección y decidí buscarlo.

El edificio estaba en el centro y no era difícil hallarlo. En el patio interior había algunos sacerdotes sentados. A mi pregunta señalaron una barandilla en el piso superior. Vivía allí, en la primera planta. Llamé a su puerta y, cuando abrió, me miró con frialdad. Quise preguntarle si podría pasar allí una noche, mas me cortó en seco.

“Si quieres algo, puedes dormir abajo en el cobertizo,” gruñó con un acento brabantino inconfundible.

Me quedé helado. También indignado. Tan brusco, tan hosco - no comprendía qué falta había cometido. Hubo un intercambio de palabras en el que no me quedé callado y expresé mi rechazo ante su actitud.

“Estoy harto de todos esos que vienen aquí a mendigar alojamiento,” bramó. “Sois todos unos aprovechados. Venís a África y vivís de la hospitalidad de los pobres africanos. Debería darte vergüenza.”

Antes de que pudiera replicar, me cerró la puerta en las narices. Me quedé aturdido. Cuando recobré algo de sentido pensé: *pues bien, el cobertizo entonces.*

Abajo pregunté dónde estaba exactamente. El hombre al que me dirigí fue cauto - nuestra disputa no había pasado desapercibida - pero aun así me indicó el camino. No era un cobertizo propiamente dicho, sino un tejadillo abierto por un lado, con herramientas de jardín bajo él. No era un cuarto, pero tampoco un hotel. Suficiente.

Otra cosa para la que no estaba preparado era traer pastillas contra la malaria. En el norte seco apenas había mosquitos. Pero aquí, a orillas del Níger, la historia era otra. Aquella noche me acribillaron. Me envolví en la ropa: calcetines en las manos, camiseta sobre la cabeza. Cualquier cosa para protegerme. Pero hacía demasiado calor. Me empapaba de sudor; dormir era imposible.

Paseé un poco y vi a dos obreros durmiendo afuera en unas literas.

“¿No les molestaban los mosquitos?” Miré bien, y también ellos estaban cubiertos de picaduras, pero dormían sin más.

“Increíble,” pensé. Aquella noche no pegué ojo.

Un don caído del cielo

Al día siguiente vagué por la ciudad. El calor pendía como un manto sobre las calles, donde motocicletas, furgonetas y taxis zigzagueaban entre tenderetes, peatones y carretillas.

A los lados permanecían mujeres envueltas en telas de vivos colores, buscando sombra bajo parasoles, con grandes recipientes sobre la cabeza - plátanos, mangos, bolsitas de agua. Hombres sentados en sillas de plástico a la sombra de muros descascarados, jugando a las cartas, riendo, aguardando.

En torno a la estación y en la ribera del Níger el tráfico se aglutinaba hasta formar un organismo lento y ruidoso que avanzaba a trompicones.

A la orilla del río se lavaba la ropa, se rezaba, se pescaba y se dormía. Me senté en un murete y observé cómo el mundo desfilaba ante mis ojos sin mi intervención - un campesino que hacía pacer sus reses en la hierba húmeda junto al agua, mujeres con cántaros en la cabeza, sus caderas meciéndose en una cadencia inconsciente, niños de mirada tímida, polvo en los tobillos, dedos en la boca.

Crucé el gran puente sobre el Níger, dejando la ciudad atrás, en dirección a los arrabales. Sin un propósito claro seguí andando.

A lo largo de la carretera abundaban los talleres mecánicos. Muchachos en edad escolar yacían bajo coches herrumbrosos, hurgaban en los motores, levantaban piezas como si fuesen trofeos. Cuando pasaba, alzaban la vista. A veces me detenía a ver cómo trabajaban. Todo parecía aprovechable. Lo que entre nosotros habría acabado hace tiempo en el desguace, allí se reparaba con orgullo. La mayor parte del trabajo se hacía al aire libre, bajo el cielo desnudo. Detrás de

los talleres comenzaba un barrio de viviendas bajas, con techos planos.

Abandoné la vía principal y seguí los senderos polvorientos que serpenteaban entre las casas. A menudo eran patios: viviendas sencillas de piedra dispuestas en un cuadrado, con un patio abierto en el centro.

El olor de carne asada flotaba en el aire. Voces infantiles retumbaban entre las paredes, mezcladas con el crepitar de viejas radios de transistores: música coránica, afropop, a veces reggae.

Hacía rato que no sabía dónde estaba. Era un laberinto, pero me dejé guiar por la curiosidad. A veces alguien me hablaba y caminaba un trecho conmigo, con la esperanza de una limosna. No lo sentía impertinente - más bien un gesto amable, un intento de contacto en un mundo que yo gustaba de descubrir.

Al final llegué a una gran explanada de arena entre las viviendas. Había algunos tenderetes dispersos. Crucé. En el porche de un pequeño edificio de cemento estaban sentados unos hombres de mi edad. Me llamaron. Querían saber quién era y me invitaron a sentarme con ellos. Mi francés era pobre, pero tenían paciencia.

Les conté mi viaje y cómo había acabado allí. El pago del visado había devorado mis últimas monedas. Estaba prácticamente sin recursos. Lo único que me quedaba eran cincuenta florines - mi último dinero holandés - que quería reservar para emergencias. Pregunté si había trabajo. No era fácil. Pero uno de ellos, Karim - de baja estatura, complexión fuerte y sonrisa abierta - dijo que preguntaría a alguien.

El resto del día permanecí con ellos. Había un ambiente relajado; eran amables y tenían sentido del humor. Al anochecer apareció un hombre grande y corpulento: Bouba-car, un varón seguro de sí, de voz grave y mirada reflexiva.

Dijo que tenía trabajo para mí en su imprenta. También me ofreció una habitación, un poco más adelante, en un compound donde vivía una de sus esposas.

Apenas podía creerlo. Era un don caído del cielo. Karim lo había arreglado todo. Había ido a hablar con Boubacar y le había contado mi situación. Boubacar era cristiano. Karim, siendo musulmán, pensó que entre correligionarios quizá habría voluntad de ayudarse.

La euforia me sostuvo los primeros días, pero pronto descubrí que mis expectativas no coincidían con su realidad.

Lecciones sobre tiempo, trabajo y expectativa

A lo que yo estaba acostumbrado en un empleo: horarios fijos y un salario asegurado. Pero aquí no funcionaba así. A veces Boubacar venía en su coche a recogerme y conducíamos al centro donde estaba su negocio. Pero la mayoría de las veces tenía que arreglarme solo - y ver si lograba llegar... o si había trabajo al llegar.

En la imprenta trabajaban otros dos muchachos. Nuestra tarea era hacer montones con las hojas impresas que salían de la prensa. Ellos eran mucho más diestros que yo. Por más que me esforzase, no podía seguirles el ritmo. Sus pilas eran siempre más altas al final de la faena.

Casi a diario caminaba unos cinco kilómetros para averiguar si había trabajo. A veces tenía suerte y podía ayudar. Muchas veces encontraba la puerta cerrada. Entonces deambulaba por la ciudad.

El pago se basaba en la intuición. No había salario por hora, ni acuerdo alguno. En los días buenos Boubacar me daba algo de dinero; en otros tenía que pedírselo y él

respondía con una inclinación de cabeza - o con nada. El dinero seguía siendo escaso, como para la mayoría aquí.

También había certezas: tenía un techo gratuito y cada día comida en la veranda de Karim.

Para aumentar un poco mi presupuesto, pensé en dar clases de inglés. En la ciudad conocí a unos cambistas, la mayoría nigerianos. Con ellos podía cambiar moneda occidental a mejor tasa que en el banco. Les conté mi idea y conocían a unos comerciantes que querían mejorar su inglés. Así entré en contacto con dos hombres de negocios. Llevaban un tiempo estudiando por su cuenta con unos libritos, pero no avanzaban. El material ya lo tenían - ventajoso. Acordamos que les daría clase dos veces por semana, una hora cada vez, por un precio fijo.

Las primeras lecciones fueron bien. Llegaban puntuales y aprovechábamos la hora. Les hacía leer frases y comprobaba si entendían su significado. La traducción estaba al lado. Quería que hablasen inglés todo lo posible. También ellos hablaban conmigo únicamente en inglés. Como efecto secundario yo mismo aprendía más francés.

Pero al cabo de unas semanas se volvió cada vez más difícil. A menudo llegaban tarde - una hora, a veces mucho más - o no aparecían. Y cuando finalmente venían, actuaban como si nada hubiese ocurrido. Aquello me sacaba de quicio. El sentido del tiempo era otro aquí. Flexible, pero complicado cuando intentabas quedar en algo. No lograba acostumbrarme. Finalmente cancelé a ambos. Ir especialmente al centro para luego esperar horas sin saber si se dignarían aparecer - no era para mí.

En la veranda

Karim era fotógrafo; su estudio se hallaba en la pequeña edificación junto a la veranda. Allí pasaba los días, aguardando a la clientela. Junto a él, en el mismo espacio, trabajaba Juma, el sastre, quien recibía la mayor afluencia - sobre todo de mujeres. En el terreno abierto había un mercado varias veces por semana con verduras y artículos de uso cotidiano; también había a diario algunos puestos fijos.

Cuando no estaba en la ciudad, solía permanecer con Karim. Su amigo Mamadou, conocido por todos como Momo - un hombre fornido, de porte sereno, que tenía un cuarto en la misma aldea que yo - se hallaba también casi siempre presente. A menudo pasaban otros amigos, y entonces nos sentábamos allí con cinco o seis hombres, conversando durante horas.

Uno de ellos, un hombre delgado y de lengua afilada, tenía el apodo de "Blanc" porque siempre ensalzaba a los blancos. Decía que éstos hacían todo mejor. Un día le preguntaron qué tenía eso de tan extraordinario y señalaron hacia mí. Yo llevaba ya cierto tiempo allí, y aparte del color de mi piel, Karim y los demás veían poca diferencia. Blanc no supo qué responder y terminó admitiendo que la imagen que él tenía del "blanco" no concordaba del todo conmigo. Los demás prorrumpieron en carcajadas.

La mujer del sastre cocinaba cada mediodía y cada noche una gran marmita de arroz para nosotros. Intenté comer con las manos. Para gran hilaridad de los demás. Un día, Karim me ofreció una cuchara, pero la rechacé. Era cuestión de orgullo. Quería aprender a comer como ellos, costara lo que costase.

Mi francés mejoraba cada vez más. Ayudaba que aquí se hablara una variante sencilla, con un vocabulario limitado.

Me venía bien. Entre ellos hablaban bambara, pero cuando yo estaba presente cambiaban. Hablar era allí una forma de pasar el tiempo. No necesitaba tener un propósito - con tal de que fuese ameno. Podían hacerlo durante todo el día. Día tras día.

Alrededor de las seis de la tarde aparecía un televisor - un aparato portátil en blanco y negro con antena. Lo colocaban afuera, sobre una mesita, y miraban uno de los dos programas: la telenovela “*Dynastie*” o viejas repeticiones de partidos franceses de fútbol. Hacia las ocho la señal desaparecía de nuevo. A veces me quedaba con ellos; otras veces deambulaba por el barrio, o me retiraba a mi cuarto.

La habitación

Mi cuarto era pequeño, unos seis metros cuadrados. Había una estera de junco en el suelo sobre la cual dormía. Nada más. Del lado de la calle había, a la altura de los ojos, una pequeña abertura rectangular. Debajo, afuera, se hallaba una máquina de moler grano. El dueño tenía la molesta costumbre de encenderla por las noches. Producía un estruendo infernal. Con sus amigos se sentaba junto a ella a gritar, pues debían alzar la voz por encima del ruido.

Cuando terminaba la molienda, seguían conversando con el mismo volumen. Bien podían haberse sentado dentro de mi cuarto; no habría hecho diferencia. Una vez le pedí si podía sentarse un poco más lejos, pero no aceptó mi postura “colonial”. Decía que un blanco no iba a dictarle lo que podía o no podía hacer en su propio país. Boubacar intervino y consiguió que se apartaran un poco. Eso duró una noche. Al día siguiente estaban otra vez en el mismo lugar. Pensé: dejémoslo así. Quizá tenía razón. ¿En qué me estaba metiendo?

Otros intentos

Para encontrar otra fuente de ingresos, pregunté a Karim si quizá podía trabajar en los huertos. A orillas del Níger había muchos huertos pequeños. De allí obtenían ellos mismos sus verduras frescas. Quizá yo también pudiera alquilar un pedazo de tierra.

“Eso no es para ti. Ellos trabajan durísimo”, dijo él. “¿Tú? Tú no eres lo bastante fuerte.”

No le creí.

“Ven entonces a mirar”, dijo.

Una tarde fuimos juntos a los huertos. Jóvenes, vestidos sólo con un pantalón corto, iban y venían con cubos desde el río. Vertían el agua sobre sus plantas y corrían de nuevo a por más. Así pasaban toda la tarde. Las plantas tenían un aspecto magnífico - verde intenso y de hojas exuberantes. Cultivaban mucha lechuga y otras verduras de hoja. Al verlo, empecé a comprender que quizá Karim tenía razón. Yo no aguantaría ni un día. Y eso sin contar el calor.

No era sólo el trabajo. Conseguir un trozo de tierra, acondicionarlo, sembrarlo, invertir en herramientas - todo ello requería tiempo y dinero. Allí cada cual trabajaba para su propio sustento. ¿Ayudar a cambio de pago? Imposible. Preferían a alguien de la familia.

Era una idea hermosa, pero debía descartarse. Seguiría con la imprenta.

Una verdad incómoda

Una cosa hacía Boubacar con absoluta constancia: siempre había en mi cuarto una reserva de espirales contra mosquitos - coils verdes; una vez encendidas, ardían lentamente toda la noche. Desprendían un olor penetrante que

ahuyentaba a los mosquitos. Veneno puro, en verdad. Yo dormía en el suelo; el humo ascendía y escapaba por la abertura hacia afuera. A mí no me molestaba demasiado.

Un día Boubacar me llevó en un recorrido que mostró otra faceta de su trabajo. Me había pedido expresamente que lo acompañase. Por una larga escalera subimos a un cuartito donde tres hombres uniformados estaban sentados - aparentemente agentes de aduanas. Boubacar me presentó y les di la mano a todos. Luego sacó unos formularios que empezaron a comparar entre sí. Discutían, tomaban notas, y poco a poco me di cuenta: aquellos papeles no eran oficiales. No estábamos en una oficina de aduanas, sino en un cuartito discreto sobre una tienda, con funcionarios que aparentemente querían ganarse algo extra.

Nuestra imprenta imprimía documentos ilegales.

Fue un descubrimiento incómodo. Guardé silencio. También en el coche, de vuelta, no dije nada. Tenía que asimilarlo primero.

Pero no eran sólo estas cuestiones turbias las que me afectaban - también la crudeza cotidiana de la vida se mostraba sin disfraz.

Unos días después vi a una mujer dar a luz - en plena calle, sobre la arena. Me quedé clavado al suelo. Otras mujeres corrieron hacia ella, extendieron un paño a su alrededor y la resguardaron. Yo seguía allí, aún en estado de choque, hasta que un hombre me tomó por los hombros y me dijo con voz amable pero firme:

“Eso no es para hombres.”

Recobré la compostura, me volví y me marché.

Pago en especie

Entretanto, fui quedando cada vez más imbricado en la vida alrededor de la veranda y vi también cuanto allí acontecía. Karim era un hombre apuesto. Establecía con facilidad contacto con las mujeres. Su matrimonio había quedado dañado tras la infidelidad de su esposa. Desde entonces lo había soltado. Nuevas amigas venían y se iban.

El vecino - el sastre - superaba a todos. Las mujeres entraban y salían de su taller, y cuando había de negociarse el precio, el dinero no siempre era necesario. El pago en especie bastaba a menudo. La habitación de Momo era entonces ocupada temporalmente. Él debía, mientras tanto, buscarse otro lugar. Casi a diario había esta trifulca. Su mujer, que por cierto era especialmente hermosa, parecía no inmutarse. O no lo sabía, aunque yo lo dudaba.

Momo, un hombre grande y fornido, tenía también una novia con la que más tarde habría de casarse. Venía de vez en cuando, pero él nunca era realmente amable o íntimo con ella. Era una muchacha joven, claramente enamorada de él. Momo, por el contrario, la mantenía a cierta distancia y entretanto tenía también sus aventuras.

“Cuando me case, seré un buen musulmán,” dijo. “Iré cada semana a la mezquita y cuidaré de mi esposa y mis hijos. Hasta entonces, quiero gozar.”

Pregunté en cierta ocasión a Boubacar por qué tenía dos mujeres, siendo que su fe cristiana en realidad no lo permitía.

“Soy católico, oficialmente,” dijo. “Mas no creo en nada.”

Sobre sus mujeres dijo: “Con la primera ya no marchaba bien. En lugar de divorciarme y dejar a mi mujer y mis hijos atrás, decidí tomar una segunda esposa: la mitad de la semana vivo aquí y la otra mitad allí.”

“¿Y cómo es eso, tener dos mujeres?”

“Cuantas más mujeres, más problemas,” dijo con sequedad.

Familia como deber

Boubacar contó también que el éxito en la familia actuaba como imán. Quien tenía dinero era tenido por responsable del resto. Primos, sobrinas, parientes lejanos: todos podían aparecer de pronto en tu puerta si estaban en aprietos. Y no podías negarles ayuda. Era familia.

Su padre había tenido antaño un negocio en Francia, le quedó algo de dinero, y ahora recorría el país con un camioncito lleno de arroz para entregarlo a la familia. Gratis, por deber moral.

Me recordó al joven en el autobús en Mauritania, que estaba completamente harto de esa tradición.

Árboles en la ciudad

Me sentía más a gusto con Karim y Momo. Podíamos hablar de todo: mujeres, religión, fútbol, África, Europa, pobreza, política, ecología. Aunque apenas sabían leer o escribir - Karim un poco - estaban bien informados y reflexionaban mucho. Tenían una inteligencia natural de la que estaban orgullosos.

“Vosotros os basáis en el conocimiento,” dijo una vez Karim. “Nosotros seguimos nuestra intuición.”

Eran conscientes del daño que causábamos a la naturaleza. Por eso opinaban que debía haber más árboles en la ciudad. Ellos mismos habían reunido dinero para plantar unos árboles frente a la veranda. Pero cada vez que un arbolito sacaba un brote con intención de volverse rama, venía

un viejecito y arrancaba esos frescos retoños verdes. Karim estallaba de furia cada vez que sucedía.

Sabían quién lo hacía y habían intentado ya varias veces hacerle comprender que la intención era que aquellos árboles crecieran. Al principio no hizo caso, pero al final cedió. Karim dijo que no sólo ellos, sino también su familia, se lo habían reprochado.

Eran pequeñas victorias como éstas las que daban a Karim y a Momo ánimo de que el cambio era posible, incluso en los márgenes de aquella vasta ciudad.

¿Quién es Salif Keita?

En el centro había visto al célebre músico maliense Salif Keita circulando en su mercedes. Keita era albino, de piel clara. De vuelta con Karim y los muchachos decidí tomarles un poco el pelo.

“¿Es Salif Keita blanco o negro?” pregunté.

Karim me miró como si yo hubiera perdido el juicio. “Negro, por supuesto.”

Lo negué: “Pero si ves claramente que es blanco.”

Aquello dio lugar a una discusión acalorada en la que todos intervinieron. Karim fue el más vehemente. Rehusaba aceptar que un héroe nacional fuera contado entre el “otro bando”. Pero tampoco los demás se dejaron guiar por la apariencia externa. Keita era negro, punto.

Estudiar en la calle

Conocí a Roger, un nigeriano de mi edad. Había vivido un tiempo en Ámsterdam y hablaba a menudo de ese periodo. Íbamos juntos con cierta frecuencia. Cambiaba dinero y

estudiaba entretanto derecho - no en la universidad, sino en la calle, con libros de la biblioteca.

La idea del “derecho” me fascinaba. Mientras él se abría paso en francés por las leyes, yo mismo comenzaba también a reflexionar. Me preguntaba quién decide lo que es bueno o malo, quién recibe autoridad y por qué. Quién determina si he de ser detenido cuando hago música en la calle, si he de mostrar mis papeles, justificarme o incluso ser desnudado en un puesto fronterizo.

En nuestras conversaciones se hablaba a menudo de tales cuestiones. Algo germinaba. Aún pequeño, pero vivo - como los arbolitos que Karim había plantado ante la veranda.

Devaluación

Entonces estalló de pronto el pánico. Francia había decidido de un día para otro devaluar el franco CFA: su valor quedó reducido a la mitad. La gente acudió a mí con preguntas. Habían oído en la radio que aquello sería beneficioso para la exportación, pero no comprendían qué significaría para ellos. Tenían la esperanza de que yo lo supiera.

No entendía de economía, pero el argumento de la exportación me parecía insensato. Mali apenas exportaba, y lo que exportaba iba a Francia. El comercio con otros países pasaba también por Francia. La víspera de la medida había largas filas en la gasolinera: al día siguiente el combustible costaría el doble.

Karim tenía confianza. Francia era para él el hermano mayor.

“Ellos nos ayudarán,” dijo.

Yo pensaba de otro modo.

“Francia piensa sólo en sí misma y no se preocupa por

vuestro destino. Así no funciona una potencia colonial. Sácate eso de la cabeza,” dije.

La incertidumbre en las calles de Bamako se reflejaba en mi propio cuerpo. Mientras la gente calculaba cómo sobrevivir al día siguiente, también mi cuerpo comenzaba a emitir señales. La crisis no sólo se obraba afuera, sino igualmente en mi interior.

Malaria

Mi negligencia con las píldoras contra la malaria me salió cara. Caí enfermo. Hacía ya un tiempo que lo presentía. En la ciudad había conocido a una muchacha, farmacéutica, que se había criado en Múnich y hablaba un alemán fluido. De ella había comprado una cajita de pastillas, pero ya era demasiado tarde.

Durante la comida, un día, Karim tomó mi rostro entre sus manos, levantó un párpado y vio que la esclerótica estaba amarilla. No cabía duda. Avisó a Boubacar, a quien consideraba mi responsable. Boubacar vino y confirmó la sospecha de Karim: *malaria*.

A partir de entonces todo fue cuesta abajo. Mi apetito desapareció; cada bocado se convirtió en un suplicio. La ropa me colgaba; el cinturón podía ajustarse un par de agujeros más. Sobresalían hombros y huesos de la cadera. Sentarse dolía; recostarme era lo menos malo. Tras cien metros de marcha, me quedaba temblando sobre las piernas y necesitaba horas para recuperarme. La cabeza se volvía ligera, el mundo ennegrecía por los bordes. Por la noche permanecía despierto: escalofríos, luego sudor, la respiración alta, el corazón resonando en mis oídos.

Karim y Momo venían con arroz o caldo; casi siempre quedaba en apenas un par de bocados. Ponían agua, té con

mucho azúcar. Yo tomaba pequeños sorbos y volvía a cerrar los ojos. Las voces en la calle sonaban amortiguadas, los días se fundían unos en otros. Cada visita se hacía más breve, las miradas más inquietas. Temían lo peor.

En un momento dado pensé: estas gentes conviven desde hace siglos con la malaria - deben tener algo contra ella. Pregunté a Karim si no conocía algún remedio tradicional. Me miró con cierto escepticismo. La confianza en la medicina moderna había crecido tanto que apenas se creía ya en los propios remedios. Karim tragaba toda clase de pastillas, no para algo concreto, sino porque pensaba que eran sanas.

“Hay algo,” dijo al fin. “¿Quieres usarlo?”

“Con gusto.”

En el mercado frente a nuestra puerta compré por una bagatela un manojo de cierta planta. Una mujer que vivía detrás de la tienda de fotos con su marido recibió la instrucción de preparar té con ello. Cada día me daban un vaso. Era tan amarga que necesitaba veinte minutos para acabarlo.

Pero tras unas semanas comencé a sentirme mejor. Me volvió el apetito, iba al mercado a por plátanos y otras golosinas. También mi tránsito intestinal se normalizó - aunque desde mi llegada había tenido problemas de vez en cuando. El clima, la comida, el agua... ¿quién lo sabe? A menudo sufría de estreñimiento.

El camino hacia arriba estaba emprendido, aunque tardé por lo menos dos meses en restablecerme del todo. Entonces Karim me felicitó y dijo: *“Ahora eres un verdadero africano.”*

Oumou Sangaré

En el barrio se había anunciado un concierto gratuito de Oumou Sangaré, la célebre cantante y abanderada de los derechos de la mujer en África. Se había criado allí, hija del barrio, y todos aguardaban con expectación.

Cuando subió al escenario, ataviada con un largo y espléndido vestido, un estremecimiento recorrió a la multitud. Su presencia tenía algo magnético: poderosa, mas sin pose. Entre las canciones pronunciaba breves mensajes en bambara, siempre seguidos de vítores atronadores.

La música golpeaba como oleaje sobre el público, lo elevaba y lo llevaba consigo en una corriente de ritmo y emoción. En el campo se bailaba, se cantaba, se gritaba. Se desataban, pero con respeto. Algunos trepaban al escenario, bailaban un momento con ella o a su lado y desaparecían de nuevo entre la masa. Un bailarín, con pintura blanca en el rostro, encendía aún más al público con movimientos salvajes, casi de trance.

El concierto se sintió como una exhalación colectiva. Por un instante, se olvidó la dureza de la vida, la escasez, la incertidumbre. Allí estaba alguien que había triunfado sin volverse contra su pueblo.

Robo

Todavía embriagado por la energía del concierto regresé a mi habitación. Las voces y los tambores resonaban en mi cabeza. La puerta estaba abierta. Habían entrado a robar.

Miré rápidamente alrededor, pero a primera vista no echaba nada en falta. No había dejado objetos de valor, y mi dinero y pasaporte los llevaba siempre en una bolsa alrededor de la cintura.

Nadie en el compound había visto ni oído nada - todos habían estado en el concierto.

Molesto, sí, pero decidí dejarlo atrás. No había daño. El ladrón se había equivocado.

Partida

Karim había abierto un nuevo negocio, en otro barrio, a unos siete kilómetros de distancia. Apenas aparecía ya por la veranda con los demás. Sentía que quizá, en el último tiempo, le había pedido demasiado. Algo de culpa me roía. No un peso grande, pero sí constante. Lo que más me dolía era que apenas lo veía. Con él tenía el mejor vínculo.

Quizá habían cambiado cosas entre nosotros, sin decirlo. En roles, expectativas, cercanía. Pero, fuera como fuese, sentía que era hora de marcharme. Estaba sano otra vez, me sentía fuerte. Pero casi no tenía dinero. La mayor parte de los últimos cincuenta florines se había ido en la prolongación de mi visado.

Tardé unos días en tomar la decisión. Después se lo conté a los demás. Boubacar se alegró sobre todo de que me hubiera recuperado. Me dio algo de dinero para el viaje. Momo fue más reservado. Me advirtió.

“Mali es un país tranquilo,” dijo, “con gente relajada. Pero no toda África es así.”

No me preguntó exactamente hacia dónde quería ir - y, a decir verdad, yo tampoco lo sabía. Pero comprendía lo que quería decir. No buscar disturbios. No dirigirme hacia el sur. Así que decidí ir hacia el este, hacia Níger. Le pareció mejor idea.

El día de mi partida, Momo y yo pasamos por la nueva tienda de Karim para despedirnos. Conversamos un poco.

Luego siguió un breve abrazo. Sin palabras de sentimentalismo.

Como hombres nos separamos. Sin emoción.

Con el resto de mi propio dinero, y lo que me había dado Boubacar, compré un billete de autobús hacia Gao, unos 1.150 kilómetros. Lo que viniera después, ya lo vería. Otra vez no tenía visado, pero de algún modo también eso se resolvería.

Rumbo al este

Momo me llevó temprano a la estación de autobuses. Por doquier había movimiento y bullicio; en el aire flotaban diésel, polvo y plátano frito. Los comerciantes amarraban fardos sobre el techo del autobús; una madre ataba a su hijo a la espalda. Momo me deslizó aún algo de dinero - de él y de Karim, me estrechó con sus grandes y fuertes brazos por última vez, y así fue.

Tras medio año abandoné Bamako. Me sentía ligero, listo para algo nuevo, sin darme cuenta de lo rápido que todo cambiaría. El conductor contó billetes ajados, asintió, arrancó. Partimos.

La ciudad se desvaneció tras de mí: casas bajas, luego campos, luego sabana. En el autobús sonaban casetes: Oumou, Salif, Jimi Hendrix, Led Zeppelin. El altavoz vibraba con cada bache del asfalto. El hombre a mi lado compartió una bolsa de cacahuètes y preguntó adónde me dirigía.

“Gao.”

Dio un golpecito en mi billete y rió: “C’est loin.”

Primera parada Ségou. Vendedores metían los brazos por las ventanillas: montones de mangos, saquitos de agua, brochetas sobre una rejilla de hierro. El motor seguía encen-

dido. El asfalto era nuevo en algunos tramos, negro y cortante; luego cesaba y comenzaba el camino de tabla de lavar. El autobús serpenteaba junto a un camión cargado de sacos de yute. A lo lejos, un pastor con su ganado.

En Sévaré, cerca de Mopti, comenzaba la región de los tuareg. Era de noche cuando llegamos. Nos detuvimos junto a un campo lleno de vehículos militares. El conductor bajó y habló con un soldado. Nosotros aguardábamos con resignación; nadie formulaba preguntas. Bebí agua tibia de mi botella y observé. Soldados con armas automáticas y rostros sin expresión.

Para poder avanzar era necesario formar primero una columna, como en el Sáhara Occidental. Hacía tiempo que no ocurría nada, pero en el pasado algunos viajeros habían sido asaltados allí. Así que se optaba por la seguridad.

Al día siguiente nos reuniríamos. El conductor nos condujo a la plaza del mercado, donde podríamos dormir todos juntos al aire libre.

Secretos

En el autobús conocí a un hombre de Burkina Faso. Buscamos un lugar uno junto al otro, dejamos nuestras pertenencias y conversamos un poco bajo las estrellas. Su voz sonaba suave y contenida, claramente no destinada a otros oídos. Miraba a lo lejos, donde los edificios eran tenuemente iluminados por la luna.

La conversación derivó hacia los *secrets*: las fuerzas ocultas que sostienen el poder. Contó que muchos líderes africanos buscan el contacto con curanderos y hechiceros, que mediante rituales deberían provocar la prosperidad.

Asintió despacio, casi solemne, como si lo contemplara ante sí.

“Podemos ser cristianos, musulmanes, lo que fuere,” dijo, y entonces me miró directamente. “Pero, al fin y al cabo, todos creemos en los espíritus.”

Sus ojos chispearon un instante a la luz de la luna. Sin rastro de duda.

También dentro de las familias, dijo, se empleaban tales fuerzas. En estructuras jerárquicas, donde los ancianos tenían siempre la última palabra y las mujeres apenas voz, a veces se consultaba a un mago durante los conflictos. Con un mechón de cabello, un trozo de ropa o un objeto personal se ejecutaba un ritual para poner fuerzas invisibles contra alguien.

Yo escuchaba. Lo encontraba fascinante, aunque en parte inverosímil. Aunque en Bamako había vivido algo que, de pronto, adquirió otro sentido.

Allí conocía a un hombre, maestro de una pequeña escuela. Era algo insistente, un tanto manipulador. Quería que yo le ayudase a conseguir dinero desde Europa para su escuela. Le había explicado varias veces que no podía arreglar eso así como así, pero él volvía una y otra vez sobre el asunto. Me cansé, y de manera menos diplomática le dejé claro que no podía ayudarle.

Un día, poco antes de mi partida de Bamako, nos encontramos de nuevo. Se mostró muy amable. Nada más sobre dinero. En su lugar, me pidió que me sentara un momento con él. Conversamos un poco y, de repente, me pidió un mechón de cabello - como recuerdo, dijo. Porque los buenos amigos debían hacer esas cosas el uno por el otro.

Me pareció extraño, pero no le vi malicia. Corté un pequeño mechón y se lo entregué.

Sólo ahora, allí en la arena, junto a mi compañero de viaje de Burkina Faso, pensé: *hmm... allí había más de lo que imaginé.*

En columna hacia Gao

A la mañana siguiente formamos un convoy. Avanzamos lentamente. Camino de Douentza, la sabana se volvió más desnuda, más seca, más silenciosa. Ninguna aldea ya; sólo, de cuando en cuando, una sombra bajo un árbol. En la distancia, la arena centelleaba en el calor como agua que no existía.

Durante horas, la ruta no daba más que llanura, hasta que Hombori surgió de repente. Mesetas rocosas y torres se apilaban en el horizonte como castillos; bordes negros de sombra, la luz de un amarillo espeso en la tarde. Por un momento me sentí en Arizona, tierra de westerns sudorosos, con sus inmensas mesas y paredes rojizas de piedra.

En Gossi la columna se detuvo brevemente. Lo aprovechamos para orinar y estirar las piernas. El conductor se sumergió bajo el capó, revisó motor y radiador. Apareció una jerrycan; rellenar donde hiciera falta. Luego seguimos rodando los últimos kilómetros hacia Gao.

Por la tarde alcanzamos nuestro destino. El autobús entró rodando en la estación. Todos se desperezaron, sacudieron el polvo de la ropa, buscaron su equipaje en el techo. Yo descendí con la garganta seca y la vejiga a punto de estallar.

Dos días y un autobús lleno de paciencia

Desde Gao salían autobuses hacia Niamey y el poco dinero que me quedaba alcanzaba justo para un billete. Después quedaría absolutamente sin nada.

Tocaba esperar. Cuánto, nadie lo sabía; los horarios de salida eran un concepto nebuloso. Lo que me llamó la atención fue la serenidad de todos. Nadie se quejaba, ni siquiera

si se prolongaba hasta el día siguiente. Cada cual aceptaba su suerte y hacía lo mejor posible.

Ya me había encontrado antes con ello - yo, con mi eficiencia occidental y mis planes, pero visto así tenía también su encanto. La resignación como arte de sobrevivir.

La mayor parte de los autobuses se asemejaban a los de Europa: algo envejecidos, mas por lo general en buen estado. Sólo que todos iban repletos.

Frente a la gare routière se hallaba un viejo autobús escolar, desvencijado, de los años cuarenta, que tiritaba al sol. Allí había aún espacio. Un muchacho francés y yo éramos los únicos blancos. Cruzamos una mirada; el estado de aquel artefacto lo decía todo. Pintura descascarada, asientos hundidos, neumáticos lisos sin dibujo, ventanillas que no podían abrirse. Y - como después se revelaría - un motor en sus últimos alientos.

Al resto no le importaba. Sacos de mijo eran amarrados al techo, una cabra fue metida en el vientre del vehículo, los niños acabaron en regazos ajenos. En un santiamén estaba todo abarrotado. El chófer comprobó que la carga estuviese bien sujeta; llavero en mano, aceite en los dedos. Silbó, hizo un gesto breve. Partimos.

Seguimos el curso del Níger rumbo a Ansongo. Polvo rojo barría los cristales. En el primer puesto la ventanilla descendió: papeles, una charla corta, “¿un pequeño obsequio?” Unos billetes mustios, un asentimiento, adelante. Diez kilómetros más allá, el autobús se detuvo resoplando. El conductor puso un trapo sobre el tapón del radiador; vapor, bidones vacíos. Buscamos sombra bajo una acacia, empujamos, y el motor volvió a tomar vida.

En Labbezenga siguió el control fronterizo. Todo hubo de salir del autobús y quedar en la arena. Cuatro aduaneros pasaron lentamente entre los enseres: escudriñar, palpar,

buscar aquello sobre lo cual pudieran cobrar aranceles. Maletas abiertas, bolsas registradas, algún objeto desmontado. A varios los llevaron aparte para “ajustar cuentas” en el despacho.

Luego llegó la caja para todos: quinientos francos CFA para poder entrar. Sin recibo, sin explicación. Jamás había pagado “entrada” para entrar en un país; aquello no provenía de ninguna ley. Frente al despacho desfilaban cuatro idénticos Peugeot 504 blancos, símbolos resplandecientes de estatus. ¿Cómo se pagan tales autos con un salario de funcionario? Pensé en los falsos documentos de aduana de Boubacar. No había elección. Todos pagaron.

Menos yo. Mi dinero se había agotado.

El francés lo advirtió. Sin decir palabra me deslizó los 500 CFA. Formábamos una fila ante la oficina. Dentro, el comandante reposaba en su silla, como un monarca en su trono. Tras cada trámite ordenaba con voz áspera al siguiente que avanzase. No tenía buen aspecto, mas procuré mantener la calma.

Cuando llegó mi turno, me adelanté.

“No tengo visado,” dije enseguida. “Lo obtendré en Niamey. He aquí mi billete de autobús.”

Le entregué mi pasaporte y el dinero. Hojeó, guardó silencio. De la barriga opulenta bajo su uniforme emergió un gruñido leve. Me miró un instante más, hizo un gesto brusco con el brazo: que me marchase.

Prosiguió el camino hacia Ayorou: calamina, baches. El motor estaba en tan pésimo estado que cada pocos kilómetros debíamos detenernos. Vapor escapaba de debajo del capó; aguardábamos a que enfriase. A veces todos estábamos fuera, preguntándonos si llegaríamos a destino, mientras el conductor conservaba el ánimo y decía que no ocurría nada.

En cada control - y fueron muchos - el chófer tenía que pagar un soborno para poder continuar. Porque aun para las normas africanas, aquel autobús no era ya apto para circular.

La tarde descendió, el aire tomó un tono cobrizo. Lo que normalmente sería un viaje de medio día se convirtió para nosotros en dos jornadas enteras.

Y sin embargo nadie se quejó. Cada cual aceptaba las cosas tal cual venían.

Al anochecer nos detuvimos junto al camino. Cada uno buscó un lugar para dormir. Se compartió comida, se conversó y se rió. También el conductor, un hombre alegre, contribuyó al ambiente. Encajaba bien las bromas sobre su autobús.

“No es culpa mía,” dijo. “Vosotros fabricáis estos vehículos.” Y señaló hacia el francés y hacia mí._

“Sí,” respondí, “pero cuando están en este estado, en nuestro país van directo al desguace.”

“¡Non non non non!” clamó teatralmente, como si se tratase de su amada.

Todos rompieron en carcajadas.

El segundo día, el mismo ritual. Controles con gendarmes que alargaban la mano. El conductor reía por lo bajo, contaba, pagaba. Volvimos a detenernos con frecuencia: sobrecalentamiento, un cable suelto, un neumático blando. El sol ascendía y bajaba. Tillabéri pasó como una promesa polvorienta. Ya no podía faltar mucho.

El chófer había pagado tanto soborno que ya no le quedaba nada. Pasó por el autobús pidiendo a los pasajeros si podían contribuir. Hubo risas, pero poco entusiasmo. Cada uno consideraba que era su problema.

Aun así logró salir adelante una vez más. Al caer la tarde

entramos sacudiéndonos en Niamey - tambaleantes, humeantes, pero llegados.

Niamey

La primera noche dormí en la estación, como tantos otros viajeros. En el suelo, entre bolsas, piernas y cuerpos dormidos.

Al día siguiente conocí a un joven de Gambia. Había viajado hasta aquí con su esposa y dos hijos, por la misma ruta que yo. Eran cristianos devotos, amables y abiertos. Al notar que estaba sin dinero, me invitó a ir a comer con él.

A lo largo de las calles había incontables comedores improvisados bajo cobertizos, con ollas humeantes y bandejas de verduras que me recordaban de inmediato a Bamako y a los huertos junto al Níger, que también aquí atravesaba la ciudad.

Mientras comíamos, habló de su vida en Gambia. Había pasado mucho tiempo con turistas blancos y me contó lo que había observado en ellos.

“Los blancos hacen cosas con sus hijos,” dijo. “Los llevan a la playa, a un parque de diversiones o a un zoológico. Los africanos no hacemos eso. Nos quedamos en casa y dejamos que los niños se las arreglen solos.”

En su comunidad religiosa intentaban cambiar eso. Organizaban días especiales para los pequeños: excursiones, actividades deportivas y juegos, jornadas temáticas en torno a la fe.

En sus palabras se percibía dedicación, pero también anhelo. De cambio, de atención, de algo que había visto y no podía ya soltar.

Pasamos juntos todo el día. Él parecía sentirlo como un deber cristiano: cuidar de mí como de su prójimo. Yo lo

agradecía, mas también me pesaba. Apenas tenía recursos, y no quería que su familia tuviese que privarse por mi causa.

Debía hallar algo. Algo para mí. Mas ¿qué?

Aún no tenía visado - no por falta de voluntad, sino porque sencillamente no podía costearlo.

¿Subsidio?

Entonces me vino una idea. En la ciudad había un consulado neerlandés. En otro tiempo me habían dicho que uno podía solicitar una prestación de asistencia social holandesa incluso desde el extranjero. Tal vez era una opción. Decidí intentarlo.

Camino del consulado atravesé uno de los barrios más acomodados de Niamey. Avenidas anchas, a ambos lados grandes árboles que concedían algo de sombra. Villas con jardines amurallados y pesadas puertas de hierro.

Era un contraste punzante con el resto de la ciudad. Aquí vivían los ricos. Embajadas, oficinas de organizaciones extranjeras, entidades de ayuda.

En uno de los edificios la puerta estaba abierta. Dentro vi a unos cuantos blancos sentados tras portátiles. Resultaron ser neerlandeses que trabajaban para una organización humanitaria. Entré e intenté entablar conversación.

Esperaba una palabra amable, quizá un instante de reconocimiento - hacía ya tanto que no veía compatriotas. Mas no mostraron mucho interés. Cortantes, distantes. Probablemente ocupados.

Una lástima.

El cónsul

En el consulado conocí al cónsul - un hombre grande, señorial, de porte distinguido pero sorprendentemente afable.

Le expuse mi situación y le pregunté si era posible solicitar una prestación social desde el extranjero. Escuchó, asintió reflexivo, pero antes pidió mi pasaporte. Con él desapareció en una estancia del fondo.

Quedé solo en una sala acogedora y luminosa. Había flores y plantas por doquier. Las paredes, de un blanco suave; desde la ventana se divisaba un jardín con piscina. Aunque dicha piscina llevaba tiempo sin mantenimiento - el agua estaba turbia y cubierta de hojas caídas.

En medio de la sala se alzaba una gran jaula con un papagayo. Cada pocos minutos rompía el silencio con un grito estridente. Un aire acondicionado zumbaba tenuemente: el ambiente era agradablemente fresco.

El papagayo y yo éramos las únicas criaturas vivas en la estancia. Por curiosidad me acerqué a su jaula. Le hablé en voz baja, traté de atraerle con palabras y sonidos juguetones. Me miraba con la cabeza ladeada, como si me calara. Mas no devolvió palabra alguna.

En un descuido, casi de manera automática, introduje el dedo entre los barrotes - como señal de amistad.

Sin vacilar me mordió. Fuerte. Tan fuerte que por un instante creí que me había quebrado el dedo.

A duras penas contuve un grito. Gimiendo de dolor sujeté la mano, la encajé entre las rodillas y apreté cuanto pude para amortiguar la quemazón.

Qué animal tan ruin.

Mi dedo aún ardía cuando el cónsul regresó, tras un cuarto de hora. Sonrió cordialmente y dijo: "Todo está en orden."

Le pregunté qué quería decir con ello.

Había verificado mis datos - explicó - para asegurarse de que no fuese buscado por la policía. Me sorprendió un instante, mas comprendí que pertenecía a sus obligaciones.

Luego aclaró que, en efecto, era posible solicitar una prestación social, pero que habría de esperar al menos seis semanas. Además, había toda una serie de formalidades: un permiso de residencia, una dirección oficial, trámites administrativos que yo, sin dinero ni red de apoyo, no podía resolver.

Vio la decepción en mi rostro.

Entonces dijo: “¿Por qué no llamas a tus padres y les pides que te envíen dinero para un vuelo a casa?”

Me tomó por sorpresa. Era la primera vez, en todos aquellos meses, que alguien mencionaba la palabra hogar. La idea ni siquiera había cruzado por mi mente. ¿Regresar? Quería concluir mi viaje. No ahora. No así.

El cónsul me observó un instante y dijo luego: “Piénsalo con calma. Y si deseas llamar a tus padres, puedo prestarte dinero para los gastos de teléfono.”

No lo había previsto. Fue como un trueno en cielo sereno.

El cónsul me consideraba necesitado - y deseaba ayudarme. Pero yo no me veía como alguien que necesitaba ayuda. Me veía como quien debía arreglárselas por sí mismo, hallar los medios para proseguir. Y él, el cónsul, era sólo un eslabón en esa cadena.

La idea de pedir dinero a mis padres se me antojaba una derrota. Una capitulación. ¿Qué quedaría entonces de mi propósito? ¿De mi intención de avanzar hasta que ya no fuese posible?

¿Era éste el final?

Libre y solo

De vuelta en la ciudad deambulé con mis pensamientos. Sobre una dura explanada de arena vi a un grupo de muchachos jugar al fútbol. En Bamako había participado alguna vez. Allí el juego era rudo. Pero cuando yo tenía el balón, se contenían. No querían herirme.

Esta vez me quedé al margen. No tenía ánimo.

La película se proyectaba en mi cabeza. La razón de mi viaje. Mi búsqueda de una sociedad donde se cuidase unos de otros. Donde el sentido comunitario siguiese vivo.

Y ahora, aquí, parecía desplegarse ante mis ojos. Todos cuidaban de todos. Incluso de mí. Nadie quedaba atrás. Parecía la sociedad ideal - mas no lo era.

Las posibilidades de desarrollarse como individuo aquí eran escasas. Apenas había educación ni instrucción. Lo que se aprendía venía de la familia: de padre a hijo, de madre a hija. Sólo cuando una empresa extranjera o una organización de ayuda se establecía y requería personal para un fin específico, ofrecían algo parecido a enseñanza.

Así vi una vez a un grupo de mujeres recibir clases de informática en un edificio junto a la imprenta de Boubacar, impartidas por un empleado de una firma extranjera.

Poco a poco comencé a comprender: si deseaba hacer algo con mi vida, si tenía ambiciones que excedían el aquí y ahora, éste no era el lugar.

En mi propio país las oportunidades yacían al alcance de la mano. Aquí se vivía según normas tradicionales. Todos conocían su lugar, se sometían a la jerarquía, no se apartaban del sendero. La libertad individual era subordinada al colectivo. Pertenecías a la comunidad, quisieras o no.

Mas precisamente por ello jamás estabas solo. Siempre había contacto, siempre cercanía. La soledad no la conocían.

Una vez traté de explicarlo, allí en la veranda junto a Karim. Lo que significaba estar por completo solo.

Llegar a casa en un hogar silencioso. Sin voces. Sin caricias. Días en que nadie te ve de verdad. Semanas en que no tienes que explicar a nadie cómo te va - porque nadie lo pregunta.

Incluso cuando estás entre la gente, la distancia es a menudo tan grande, tan fría, que al final escoges voluntariamente permanecer solo.

Me miraron con expresiones entre interrogativas y sonrientes, una sonrisa llena de incomprensión. Yo hablaba de algo que para ellos no podía existir - una dolencia que sólo se encuentra en otros mundos. No podían imaginárselo.

Y entonces me pregunté: ¿es ésa la esencia de la diferencia?

O bien eres libre y estás solo.

O bien estás vinculado, mas menos libre.

Tras una noche de sueño, lo supe.

Escogí lo primero.

Hacia el hogar

Al día siguiente volví al consul y le dije que deseaba llamar a mis padres. Ya había ido a una agencia de viajes para informarme: un vuelo a Ámsterdam costaría alrededor de mil florines.

Él me dio un puñado de monedas para las cabinas telefónicas de la estación, y un número de cuenta al cual podía transferirse el dinero.

Conseguí hablar con mi padre. Mi madre estaba tan alterada que él tuvo que contenerla sin cesar, pues quería a toda costa hablar conmigo. Fue una conversación caótica - mi madre llena de emociones, mi padre tratando de mantener la calma.

Pero el mensaje fue comprendido. Dijo que transferiría de inmediato la suma solicitada de mil doscientos florines.

Después, tardó todavía tres días antes de que el dinero estuviera aquí en el banco. Cuando por fin lo retiré, fui al consulado para devolverle al cónsul lo que me había prestado.

Como agradecimiento por su ayuda había comprado un arbusto de bayas para su jardín. Lo aceptó con una sonrisa, me deseó buen viaje y me encargó saludos para mis padres.

Mientras tanto busqué todavía a mi compañero de Gambia. Quería darle algo de dinero, en agradecimiento por todo lo que había hecho por mí.

Mas no volví a encontrarlo. Seguramente ya habían proseguido su viaje. Lo lamenté.

Vía Bamako y Casablanca volé de regreso a casa.

En Casablanca aún topé con un problema: no tenía visado para Marruecos. El empleado de la agencia de viajes me había asegurado que no era necesario - se trataba únicamente de una escala. La aduana opinaba lo contrario. Sin visado yo no podía entrar oficialmente en el país, aunque fuese sólo para una parada técnica. El tiempo apremiaba, el avión partiría pronto. Un funcionario que parecía comprender mi situación hojeó un momento mi pasaporte, asintió y finalmente estampó un sello. "Así está bien", dijo.

En Schiphol me esperaban mis padres y mi hermana mayor. Pocas horas después estaba nuevamente en casa.

Esta vez pensaba afrontar las cosas de otra manera y

dejar atrás la vida al día. Nunca había terminado nada. Quería cambiarlo. La semilla que Roger había plantado en Bamako había caído en tierra fértil.

Me puse a estudiar Derecho.

EPÍLOGO

TREINTA AÑOS MÁS TARDE

Aún un tercer tramo por recorrer

A veces me sobrevénia de improviso: un recuerdo, un detalle que me hacía detenerme ante el camino que quedaba a mi espalda. Había concluido mis estudios de Derecho. Después trabajé en la profesión hacia la cual me había empujado durante años. Durante diez años fui abogado, rígido en mi traje, en un mundo de expedientes, procedimientos y vistas. Por fuera parecía como si hubiese triunfado. Por dentro sabía que no era así.

Hacia el final de mis estudios nació mi hijo. Debería haber sido un punto de inflexión, una fuente de gozo y de vínculo. En cierto sentido lo fue - pero al mismo tiempo comenzó entonces el período más duro de mi vida. La relación se rompió, y lo que siguió no fue un divorcio como en las películas, con alivio o cierta dignidad, sino un campo de batalla. Durante doce años tuve que enfrentarme al odio de mi ex-compañera y de su madre. Como si yo no sólo hubiese sido su pareja, sino también el enemigo de toda la casa. Yo no valía, yo no era padre, yo no era persona a sus ojos. Todo

intento de mantener contacto con mi hijo estaba rodeado de desconfianza, resistencia, control, reproches. Aquellos años quebraron algo en mí. Aprendí lo que significa ser sistemáticamente apartado mientras no deseas otra cosa que estar con él.

La abogacía no ofrecía consuelo. Más aún: se reveló como un lugar que no era para mí. Perdí mi propia cercanía, mi sentimiento, mi intuición. Mi personalidad cambió. Todo pasó a través del intelecto. Yo no quería perderme a mí mismo; no valía tal precio. Además, me hallaba a menudo en conflicto con la Hacienda holandesa. Su estilo autoritario, su actitud coercitiva e inflexible. Daban la impresión de que yo trabajaba sobre todo para ellos y no para mí mismo. Una y otra vez multas y disputas. Estaba harto.

Tras diez años desconecté la máquina. Fue una liberación. Y entonces hice algo que muchos consideraron extraño, pero que para mí fue tan natural que ni siquiera necesité pensarlo mucho: tomé mi guitarra de nuevo y salí a la calle.

Esta vez no en las calles bulliciosas de Estocolmo o de Roma, sino en Oldenburg, justo al otro lado de la frontera alemana, no lejos de Groningen, donde yo vivía. Cada fin de semana emprendía el camino. Durante el día dormía o deambulaba por la ciudad, mas cuando caía la tarde y los cafés abrían sus puertas, me instalaba en medio del flujo del nocturno bullicio. La gente se detenía, reía, escuchaba y echaba unas monedas en el estuche de la guitarra. A veces eran encuentros breves; a veces se formaba un círculo a mi alrededor y surgían momentos preciosos. Cantar juntos, alguien tomaba la guitarra, alguien iniciaba una canción - y disfrutar juntos hasta bien entrada la noche.

Durante diez años viví en ese ritmo. Entre semana hacía trabajo voluntario en la asociación de huertos donde tenía

mi casita, pero los fines de semana cruzaba la frontera y volvía a ser músico. Había en ello una libertad que jamás había sentido en la abogacía: el intercambio directo, la espontaneidad, el aplauso no comprado con palabras preciosas, sino merecido por el sonido, por el sentimiento.

Hasta que el mundo se detuvo. Covid. Calles vacías, cafés cerrados, fronteras clausuradas. De pronto no hubo vida nocturna, no hubo público, no hubo razón para sacar mi guitarra de su estuche. Como si alguien hubiese apagado la luz de improviso.

Entonces sonó el teléfono: mi padre. Habló con una voz que sonaba resuelta, pero bajo la cual percibí la desesperación. Mis hermanas habían decidido que era tiempo de instalar a nuestros padres en una residencia. Ya lo habían arreglado todo, como si sólo hiciera falta una firma y enviar un camión de mudanza. Pero mis padres no querían.

Mi padre dijo: "Quere mos permanecer en nuestra propia casa. No deseamos irnos".

Escuché y supe de inmediato que me estaba pidiendo hacer una elección. En realidad ni siquiera me la pedía - ya estaba implícita. Él sabía que vendría. Y así ocurrió: me instalé en casa de mis padres. No porque fuese fácil, no porque no implicara sacrificios, sino porque era el único camino justo.

Mis hermanas estaban furiosas. Se sintieron pasadas por alto, como si con una sola decisión hubiese destruido todo su trabajo. Lo que siguió fue una nueva campaña de odio. Primero dirigida contra mí, pero pronto también contra mis padres, como si ellos fuesen culpables de su propia decisión de permanecer en su hogar. Se les presentó como irresponsables, tercos, desagradecidos. ¿Y yo? Yo era el traidor, el que había frustrado sus planes.

A veces me pregunto si hay un patrón en mi vida. Como

si una y otra vez surgiesen bandos en los cuales yo, por definición, acabase en el lado “equivocado”. Primero en mi relación, después en mi trabajo, más tarde en mi propia familia. Pero ¿qué es equivocado? Para mí siempre había sido como si simplemente intentara permanecer fiel a lo que era verdadero para mí. Como padre, como hombre, como hijo.

La vida con mis padres trajo nuevos ritmos. Ya no cafés ni noches, sino desayunar juntos, cocinar, lavar ropa, hacer pequeños paseos. A veces caía un silencio, que antaño me habría incomodado, pero que ahora poseía una suave naturalidad. Mi padre se sentaba en su silla viendo televisión, mi madre miraba con él o hojeaba una revista. Sentía cuán precioso era aquello. ¿Cuántas personas reciben la oportunidad de vivir tan de cerca los últimos años de sus padres?

También hubo reveses. Yo había esperado que la relación con mi padre mejorara y que él estuviera agradecido de que lo hubiese salvado de las garras de sus hijas. La verdad resultó ser lo contrario. Reviví mi infancia con toda la incomprensión, la lucha por el reconocimiento y la valoración que había anhelado toda mi vida. En todos esos años no había cambiado nada. Hasta que comprendí que obtener “razón” no tenía sentido. Él habitaba en su propia versión de la historia y yo en la mía; entre ambas no cabía puente alguno. Así que solté. Un final insatisfactorio: sin reconciliación, sin alivio, sin disipación del dolor.

Lo que siguió: aceptación. Mi padre no era sino un hombre según sus posibilidades; no tenía malas intenciones. Sin expectativas, desapareció también el dolor. Una lección de humildad: amar sin tener razón, cuidar sin aplauso, estar cerca sin ser visto - y no obstante escoger la lealtad.

Al mismo tiempo, la presión del exterior seguía siendo palpable. Mis hermanas habían roto todo contacto, y

tampoco los nietos kwamen nog. Eran duras, a veces despiadadas. Mas yo había aprendido a no querer ganarlo todo. Había librado mis batallas en los tribunales, en mi relación, en la calle. Esta vez escogí la firmeza sin lucha. Simplemente permanecí. Estaba allí.

Donde con la madre de mi hijo y su madre hacía ya largo tiempo que podía volver a pasar por una misma puerta, dudaba de que entre mis hermanas y yo alguna vez llegara a sanar.

Tres años después de haberme instalado en casa de mis padres, mi padre falleció a la edad de noventa y un años. Poco antes, mi madre, a causa de la demencia, había sido ingresada en una residencia. La vivienda fue vendida y yo volví a quedar en la calle. Todo cuanto había sido mi base desapareció en breve tiempo: ya no había un hogar paterno al cual regresar.

Nada me retenía ya. No me habían quedado amigos de mi existencia errante. Mi hijo era mi único contacto. Por él no necesitaba quedarme: llevaba su propia vida. Tampoco por mi madre; ella ya no sabía quién era yo.

Con una pequeña caravana y la idea de que - a juzgar por la edad de mis padres - aún quedaba un tercio de mi vida por delante, emprendí mi camino por Europa. Elegí el sur y me establecí en Suiza, en Cerdeña y en España. A veces creía haber hallado un lugar donde pudiera fijar mi morada, mas cada vez la idea se me deslizaba entre los dedos. La pequeña herencia que había recibido habría debido bastar para una vivienda modesta en el sur. Ya me veía en una casita blanqueada, con vista al mar, un pequeño huerto y una vida sosegada.

Mas aconteció de otra manera. No hubo casa, sino nuevamente una existencia errante. Vivir día tras día, como antaño, con la diferencia de que ahora tenía los medios para

no verme forzado a sobrevivir sin cesar. No había lucha diaria por una comida o un techo, sino la libertad de viajar y aun así hallar reposo. A veces permanecía largas temporadas con ciertas personas, cuidaba de sus casas o trabajaba en sus jardines a cambio de sustento y hospedaje.

Y entretanto escribía. En este libro, pero sobre todo en mis pensamientos. Una y otra vez volvía a la pregunta: ¿a dónde he llegado realmente? ¿Había avanzado en verdad? ¿Me había convertido en un hombre mejor? ¿O vivía tan sólo una repetición de jugadas, como si el círculo se cerrase sin que nada hubiera cambiado de veras? Y más aún: ¿*me esperaba la filiación divina*? Pues en lo profundo de mí ardía esa pregunta: ¿no es ese, acaso, el fin de esta vida?

Una respuesta concluyente no hallé. Todo quedó en la fe, en una convicción que a veces me hacía tambalear y a veces me daba nuevas fuerzas. Lo que sí era cierto: en esos años había llegado a conocerme mejor - sobre todo mis aristas más difíciles. Mi impaciencia, mi terquedad, mi soberbia, mis arrebatos, por nombrar algunos. Propensiones tenaces que no quieren ceder.

También hubo luz al final del túnel. Una comprensión que se había anunciado lenta pero firmemente. *Amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a uno mismo*. Esa era la dirección que procuraba seguir. Por sencillas que suenen las palabras, ponerlas por obra seguía siendo un gran desafío. Y, no obstante, había esperanza.

El amor a Dios es, en esencia, amor por lo bueno, lo verdadero y lo puro. Me guió por una estrella moral del norte que se eleva por encima de mis propios impulsos y miedos. Al amar algo más grande que yo, surge una firmeza interior. Cuanto más alta es la fuente desde la que amo, más libre y más incondicional puedo ser en mis relaciones con los demás. Ya no necesito obtener mi valor del trabajo,

del éxito, del aspecto físico o de la opinión de otros. No todo gira en torno a mí. Las personas suelen enredarse en miedo, celos, orgullo e inseguridad, pero el amor por algo que se eleva por encima de todo eso crea espacio y libertad. Al amar a Dios, el sufrimiento adquiere significado; se vuelve más llevadero porque forma parte de un todo mayor.

Para poder amar a Dios, Él debe ser para mí una persona - un ser humano, no una idea abstracta. A su imagen fuimos creados, hombre y mujer. Una persona que se reveló en Cristo como el redentor de nuestro sufrimiento. Alguien a quien realmente puedo dirigirme, con quien puedo construir un vínculo personal mediante la confianza. Alguien a quien puedo pedir cosas y ante quien puedo dejar mis preocupaciones.

Para amar a mi prójimo como a mí mismo, me ayuda comprender que somos seres libres en una existencia temporal. Todos estamos en camino hacia el mismo destino espiritual: *la filiación divina*. En esta vida debemos enfrentarnos a lo que somos y a las decisiones que tomamos. Por eso, hay algo que realmente importa: aprender a no juzgar. La clave está en el autoconocimiento. Quien se mira a sí mismo con honestidad ve cada vez con más claridad sus propias faltas - a menudo más de lo que desearía. Pero son precisamente esos defectos y debilidades los que forman la base del crecimiento interior. Y de ahí surge de manera natural una mayor suavidad hacia las faltas y peculiaridades de los demás.

Pienso que quien ama a otro - con sus errores, decisiones y vulnerabilidades - al mismo tiempo perdona algo dentro de sí. Entonces surge la paz. El amor encuentra espacio. La sanación comienza. Y así, paso a paso, te conviertes en quien realmente eres: un hijo de Dios.

Dualidad

Otra comprensión que me aporta mucho es que la dualidad de la vida no tiene por qué paralizarnos. Y menos aún en nuestro miedo al mal. Comencé a ver que el mal no es tan sólo adversario, sino también fuerza contraria necesaria. Sin resistencia no hay crecimiento. Sin dolor no hay entendimiento.

El mal nos desafía. Nos presenta una y otra vez decisiones, como un círculo en la cual fuerzas opuestas se encuentran sin cesar. Y cada vez, tras lucha y confusión, puede el amor inclinar la balanza. Así se hace visible que la oscuridad es únicamente el fondo sobre el cual puede resplandecer la luz. Quizá deberíamos incluso agradecer que el mal nos rete sin descanso a hacernos más fuertes, a sobreponernos a él.

Ahora, treinta años más tarde, contemplo la misma dinámica a escala mundial. Hablo con personas que sienten preocupación. Conversan sobre conspiraciones globales, sobre fuerzas invisibles que pretenderían dominar a la humanidad. Circulan relatos que afirman que desde hace siglos existe un designio que ahora toma forma: un mundo en el cual la tecnología somete al hombre y la libertad se vuelve ilusión.

El temor se palpa. Algunos ven por doquier signos de control: monedas digitales, inteligencia artificial, alteración genética. Como si una red se cerrase lentamente a nuestro alrededor.

Mas cuando tales conversaciones se encienden, procuro ofrecer otra perspectiva. Digo: sí, existe una fuerza contraria - y no está ahí por casualidad.

Así como el mal es necesario para el crecimiento personal, así también lo es para la humanidad en su conjunto. Sin

resistencia seguiríamos dormidos. Justamente la amenaza nos obliga a despertar, a asumir responsabilidad y a profundizar nuestra alma.

Se siente como si todo estuviese en tensión máxima, como si el mundo se hallase en un punto decisivo entre la luz y la sombra. La tensión está presente en todas partes - cercana y también en toda la tierra.

Mas creo que el desenlace está asegurado. La oscuridad no puede apagar la luz. Por honda que sea la noche, la aurora vuelve siempre a romper. El mal puede infundirnos temor y desafiarnos, pero sin querer nos aproxima los unos a los otros - así como el Buen Pastor reúne a su rebaño.

Él viene. *Lo prometido, prometido está.* Y promesas de tal orden no se quiebran.

Desde esa confianza, doy forma a mis pensamientos y vivo mis días. No es un viaje grandioso, ni una gesta heroica, sino una existencia sencilla en la que cada día aprendo un poco más a soltar.

Porque la vida aquí en la tierra no es algo a lo que aferrarse. Está aquí para aprender. Para aprender que no es la materia, sino el espíritu, lo que sostiene la vida verdadera. Por eso el mal no puede quebrarme. Solo me invita a amar más profundamente. Y en ello, pienso, reside la respuesta que durante tanto tiempo he buscado - no en la perfección, ni en una línea ascendente, sino en la disposición a atravesar una y otra vez la espiral de luz y sombra, hasta que el amor entone la última nota.

